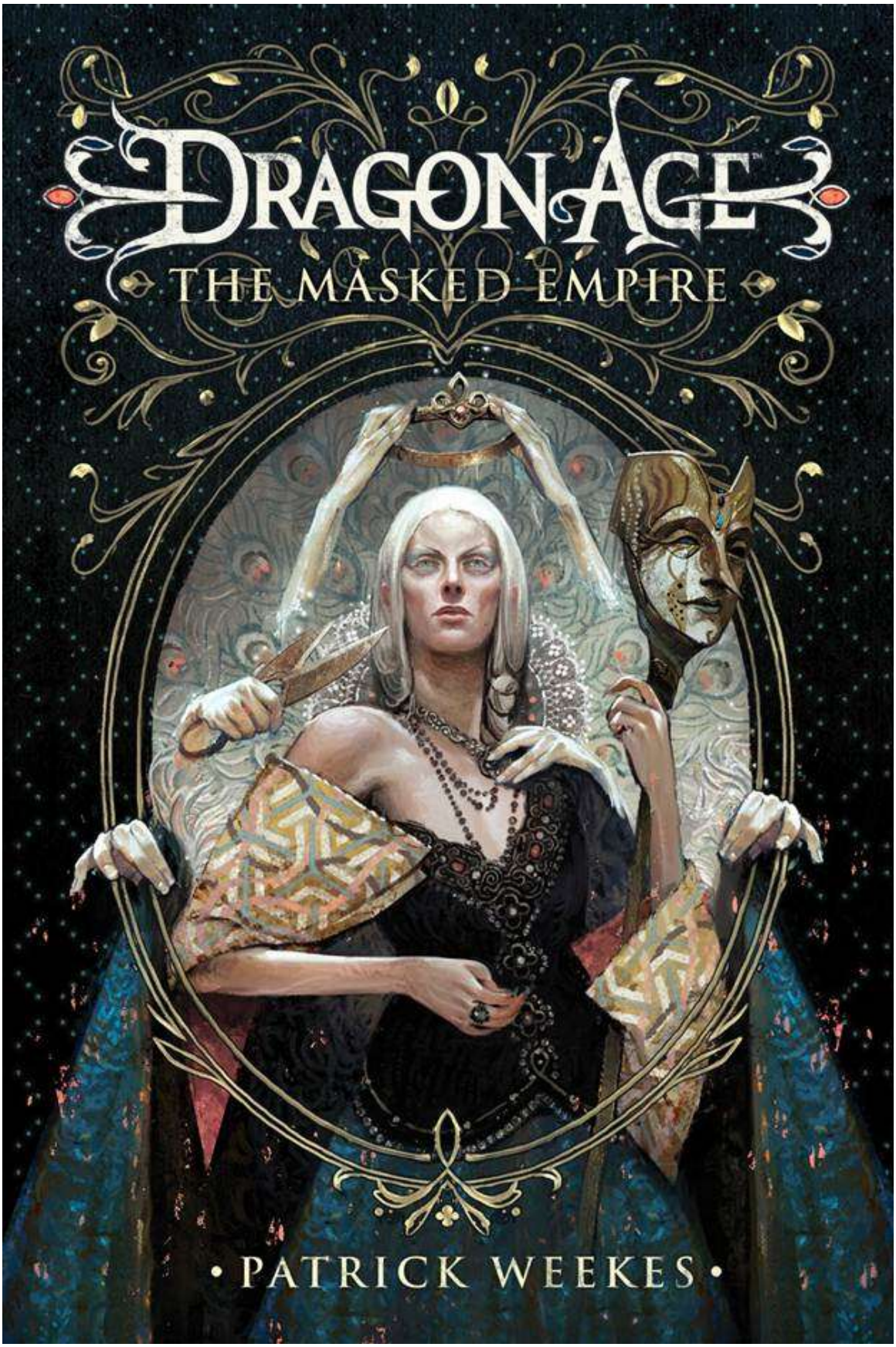

DRAGON AGE
THE MASKED EMPIRE
• PATRICK WEEKES •

Viaja a la parte más oscura y más mortal de Orlais, donde el peso de los títulos importa menos que la fuerza de las espadas

La Emperatriz Celene de Orlais subió al trono de la nación más poderosa de Thedas gracias a su sabiduría, ingenio, y manipulación despiadada. Ahora el imperio al que ha guiado a una era de iluminación se ve amenazado desde dentro por una guerra inminente entre templarios y magos, mientras que la rebelión se agita entre los elfos oprimidos. Para cuidar de Orlais, Celene debe mantener su agarre en el trono por cualquier medio necesario.

Luchando con la legendaria habilidad de los caballeros orlesianos, el Gran Duque Gaspard ha ganado innumerables batallas por el imperio y la emperatriz. Pero ¿ha luchado en vano? A medida que el Círculo falla y el caos se cierne, Gaspard empieza a dudar si el enfoque diplomático de Celene al problema mago o los levantamientos élficos mantendrá seguro al imperio. Tal vez sea hora de un nuevo líder, uno que viva por los principios del código de los gentileshombres, para hacer a Orlais fuerte otra vez.

Briala ha sido doncella de Celene desde que ambas eran niñas, usando sutilmente su posición para ayudar a mejorar la vida de los elfos en todo Orlais. Ella es la confidente, jefa de espías, y amante de Celene, pero cuando la política obliga a la emperatriz a elegir entre los derechos de la gente de Briala y el trono orlesiano, Briala a su vez debe decidir dónde yacen sus verdaderas lealtades.

Las alianzas se forjan y las promesas se rompen mientras Celene y Gaspard luchan por el trono de Orlais. Pero al final, los elfos que se esconden en los bosques o mueren de hambre en las elferías podrían decidir el destino del imperio enmascarado.

Dragon Age 4

El Imperio Enmascarado

Patrick Weekes

Título original: *Dragon Age: The Masked Empire*

Autor: Patrick Weekes

Arte de portada: Doe

Publicación del original: diciembre 2011

Traducción: CiscoMT

Revisión: Holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

26.04.17

Base LSW v2.2

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Dragon Age y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Este libro está dedicado a los fans LGBTQ que nos han hablado a todos nosotros en BioWare vía panel de preguntas, mensajes directos, fan art Tumblr, vídeos excitados de Youtube, y todo lo demás. Gracias por vuestras amables palabras y vuestras historias cálidas, a veces descorazonadoras. Gracias por apreciar lo que hemos hecho y desafiarnos a hacer más. Pero principalmente, gracias por extender la mano y hacer que se escuchen vuestras voces.

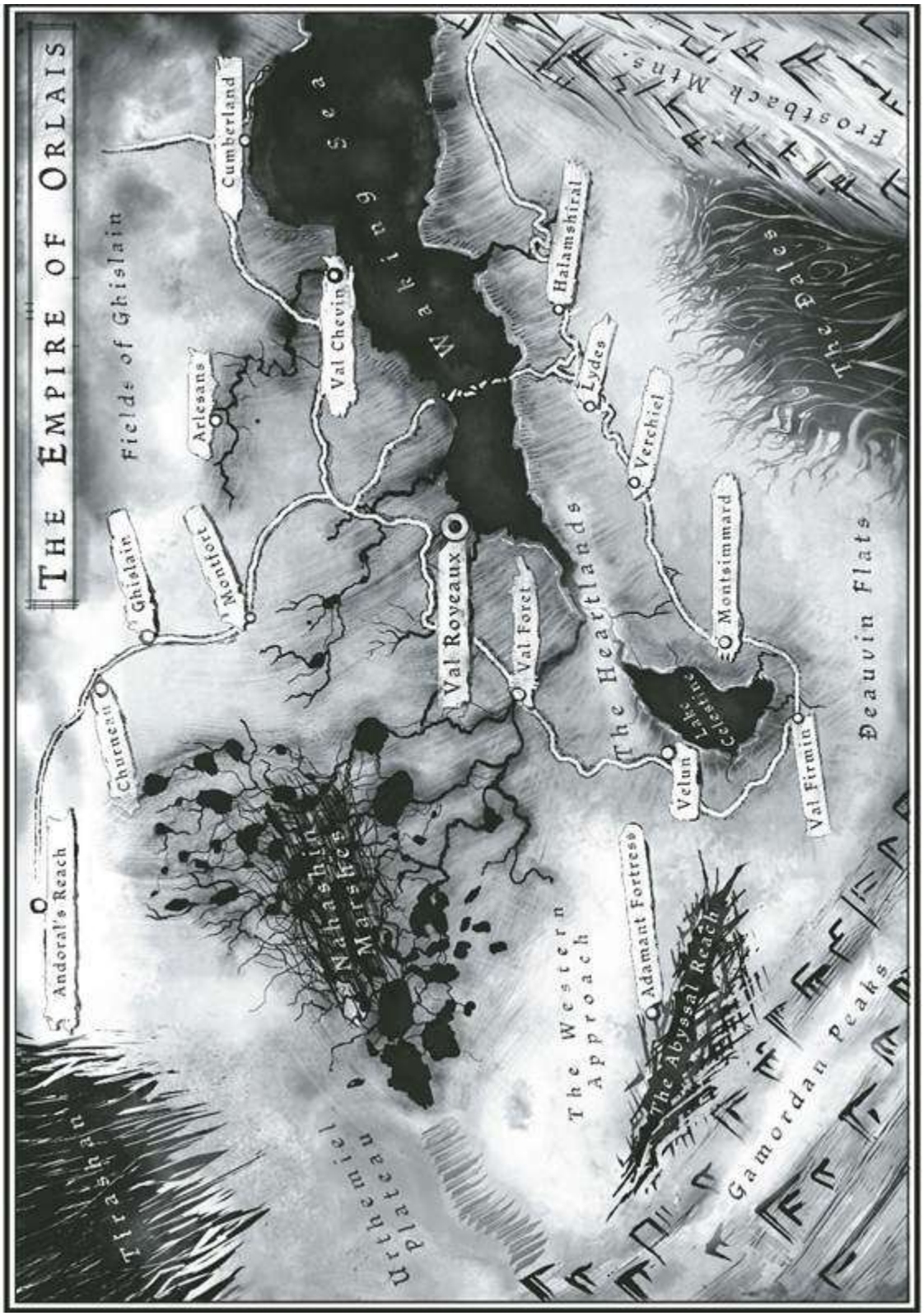
Agradecimientos

Ningún libro atado a un mundo tan grande tiene lugar sin que un montón de gente se asegure de que todo encaje. Este libro en particular requirió incluso más trabajo de más gente, dada una alerta de salud que resultó en que tuviera que pasar por una cirugía ocular en mitad del borrador.

Gracias a todo el mundo en BioWare por su apoyo, pero especialmente: Mary Kirby, por explicar la política orlesiana, y luego explicarla de nuevo más lentamente y con palabras más cortas; Ben Gelinas, por darle al libro el exhaustivo tratamiento de conocimientos que necesitaba para llevar a un escritor novato de Dragon Age a la velocidad habitual; Ramil Sunga, por la maravillosa portada que le dio vida a la Emperatriz Celene; y David Gaider y Mike Laidlaw, por confiar en el tío nuevo con la primera novela de Dragon Age no escrita por David.

Gracias a Stacy Hill en Tor, por manejar mis problemas tanto con una rápida degradación de la visión y los adverbios enormemente excitados con igual aplomo, y a David Hale Smith y Lizz Blaise en Inkwell, por mantenerme cuerdo durante las partes muy interesantes.

Más que a nadie, gracias a mi mujer, Karin, por hacer todas las cosas que requerían mirar a un apantalla durante los tres meses que yo fui funcionalmente incapaz de hacerlo, y por soportar doblemente a los críos durante las muchas largas noches que requirió recuperarme y volver a escribir. No podría haber terminado este libro sin ti, y casi seguro aún estaría a la caza de las estúpidas gotas para los ojos.


The Empire of Orlais
Fields of Ghislain
Cumberland
Arlesans
Ghislain
Montfort
Churnean
Andoral's Reach
Val Chevin
Waining Sea
Halamshiral
Lydes
Verchiel
Val Royeaux
Val Foret
The Heartlands
Montsimmard
Lake Celestine
Velun
Val Firmin
Deauvin Flats
The Ealas
Frostback Mtns.
Nahashin Marshes
Urthemiel Plateau
The Western Approach
Adamant Fortress
The Abyssal Reach
Gamordan Peaks

1

La Emperatriz Celene caminó hacia el gran Patio de la Capilla de la Universidad de Orlais rodeada por su comitiva de sirvientes y guardias y flanqueada por Ser Michel, su campeón. Toda la facultad se había reunido para saludarla, y los profesores se inclinaron mientras se aproximaba.

A la pálida luz de la mañana, las paredes de mármol brillaban como nieve recién caída. Las baldosas de piedra del patio habían sido colocadas con un mosaico de Andraste, orgullosa y desafiante en su armadura de madreperla con llamas de cornalina tras ella. Celene notó con aprobación que el mosaico había sido restaurado desde su última visita, donde había visto que el tiempo y las botas despreocupadas habían soltado algunas de las piedras.

El mosaico de Andraste miraba con ojos de lapislázuli a la capilla que le daba al patio su nombre. Era el edificio más alto de la universidad, extendiendo su dominación con un par de cúpulas de bronce brillante que los estudiantes de la universidad llamaban en broma «los senos de Andraste».

No es que el rector de la universidad se lo hubiera mencionado a Celene, por supuesto.

Sobre las grandes puertas de bronce, sobre un mural de Andraste y sus discípulos, una frase del Cantar de la Luz había sido grabado en la piedra en oro: UN NIÑO LEÍDO ES UNA BENDICIÓN PARA SUS PADRES Y PARA EL HACEDOR. El rector de la universidad y sus profesores estaban con las cabezas inclinadas bajo la frase mientras Celene y su comitiva se abrían paso por el mosaico de Andraste.

—Su Majestad Imperial, —dijo el Rector Henri Morrac, y ante un gesto de Celene, él y los otros profesores se levantaron de sus reverencias—. Estamos honrados por su visita.

—En unos tiempos tan perturbadores, Morrac, me encuentro a mí misma reconfortada ante el conocimiento y la sabiduría que usted y su universidad proveen al futuro de Orlais. —Celene sonrió e hizo un gesto a sus asistentes, y dos de ellos sacaron un rollo de platerita intricadamente forjada que, con un par de giros y vuelcos, ingeniosamente se le podía dar forma hasta un pequeño pero cómodo banco.

Ser Michel se hizo a un lado, sus ojos asimilando las pasarelas y ventanas situadas en las paredes de mármol, alerta por cualquier amenaza a la emperatriz pero siempre proyectando el aire de confianza que Celene requería en aquellos que la servían personalmente.

Morrac se sobresaltó. Claramente había esperado invitarla a su oficina, para discutir el motivo de la visita de Celene en su lugar de autoridad y quizás mostrarle un nuevo manuscrito que algún estudiante prometedor había descubierto. Bajo la máscara comparativamente simple que él llevaba como un hijo menor de la familia Morrac, sus labios se apretaron de confusión y preocupación mientras se tomaba un momento para recolocar su aproximación a la conversación en condiciones al aire libre. Celene estaba silenciosamente complacida por tenerle desequilibrado tan pronto.

La emperatriz llevaba un tocado de satén de color crema con hebras de perlas y tejido con intricados patrones de oro con amatistas para resaltar los colores de la familia Valmont. Su posición como emperatriz dictaba que este era el tocado más ligero y cómodo que podía llevar en público excepto cuando estaba cabalgando, pero sin embargo pesaba lo suficiente como para aplastarle la espalda y el pecho para el final del día. Ella se acomodó en el pequeño banco de platerita, cuidadosa como siempre de que ninguna señal de alivio o incomodidad le traicionara.

Ella fue ayudada al ocultar su expresión por la media máscara que todos los nobles orlesianos llevaban en público. Estaba incrustada de piedras lunares, y unas líneas de oro sugerían unos pómulos y una nariz. Diminutos zafiros morados rodeaban sus ojos, y unas plumas de pavo real tintadas barrían hacia atrás desde su cabeza para rodearla con una corona de oro y violeta. Los zafiros y plumas podían ser reemplazados con otros colores para hacer juego con un tocado particular o representar una ocasión especial. Bajo la máscara, la cara de la emperatriz estaba empolvada de blanco y sus labios estaban perfilados de rojo oscuro.

—Si Su Majestad Imperial lo desea, —comenzó el Rector Morrac—, el Profesor Doucy estaría complacido de darle una lectura de su disertación acerca de la inferioridad de la sociedad Qunari. Es un intento atrevido de expandir las escrituras anteriores del Hermano Genitivi, y si recuerdo bien, encontró su trabajo anterior bastante prometedor.

—Eso ciertamente suena encantador, —dijo Celene, y esperó hasta que Morrac medio se hubiera dado la vuelta hacia uno de los profesores a su derecha antes de añadir—, pero encuentro la discusión acerca de los grandes gobernantes cornudos de Par Vollen algo duro en un día ya sitiado por la promesa del frío del invierno. —Mientras él volvía a su atención, ella añadió—. Quizás uno de sus profesores podría entretenernos con un estudio de matemáticas. He estado, en mi propia manera simple, luchando con el Teorema de Vyranion, y estaría bastante agradecida si uno de sus eruditos duchos pudiera explicar el proceso por el cual se demuestra.

Por un momento, el gran patio estuvo en silencio salvo por un par de pájaros, los cuales, alimentados por los estudiantes o conserjes, habían elegido no volar al sur durante el invierno.

El Rector Morrac tragó saliva. Incluso como hermano pequeño, debería haber tenido mejor compostura. Celene se preguntaba ociosamente si su expresión abierta había llevado a su familia a desterrarle de los peligros de la corte imperial a la vida erudita, o si había olvidado su entrenamiento elegante desde que llegara a la universidad. En cualquier caso, hablaba mal de él.

—Su Resplandor, —dijo él finalmente—, piensa demasiado poco en sus propios fines escolares. El Teorema de Vyranion es excesivamente complejo. Confieso, que, en mis propios estudios matemáticos, las ondas de mi intelecto se han roto contra sus costas rocosas con poco resultado. Sin embargo, si buscas una demostración matemática, he concebido un tratado sobre una tasa específica encontrada en la naturaleza tan a menudo que debe reflejar la propia mano del Hacedor. Estaría honrado de…

—¿Té? —preguntó Celene, e hizo un gesto a uno de sus asistentes, que sacó un tarro elegante de plata inscrito con runas que mantenía el agua dentro caliente sin necesidad de fuego. Otro sirviente sacó hacia delante tazas y platillos de porcelana Antivana tan fina que el sol matinal brillaba a través de ellos—. Seguro que uno de los otros profesores ha dominado el Teorema de Vyranion. La Universidad de Orlais difícilmente puede ser la institución más leída de Thedas si no podemos entender el trabajo de un simple erudito de Tevinter.

El Rector Morrac parecía ofendido ante aquello. Quizás el hombre no había perdido del todo su noble orgullo después de todo.

—Le aseguro, Su Resplandor, que la Universidad de Orlais no tiene par en su persecución del conocimiento y la cultura, debido no en pequeña parte al hecho de que los eruditos de Tevinter no son sino esclavos de los magos que los gobiernan. Al garantizarnos libertad de las presiones religiosas o políticas, nos ha permitido ampliar la cultura de Orlais.

Sí, Morrac aún recordaba lo suficiente del entrenamiento elegante como para lanzar la púa ocasional. Celene estaba complacida de ver que la conversación podía ser interesante después de todo.

—¿Uno de sus estudiantes, entonces? Cuando fui a cabalgar con la Condesa Helene el año pasado, ella me dijo que estaba patrocinando a un joven cuyas habilidades matemáticas no estaban desprovistas de prodigio. —Ella tomó la taza de té que su sirviente le ofreció y le dio un sorbo pequeño—. Ahora que lo pienso, él estaba estudiando el Teorema de Vyranion, y la discusión me llevó a leerlo detenidamente yo misma. Lennan, creo, era el nombre del joven.

—Ah, sí, —dijo Morrac, su mirada volviéndose de piedra mientras veía adónde se dirigía Celene—. Creo recordar su solicitud. Y mientras por supuesto nuestras puertas están abiertas a cualquiera que, a través de la sangre noble o el patrocinio adecuado, sea capaz de asegurarse de que continuará nuestras distinguidas tradiciones…

—Dime, Morrac, —dijo Celene, y se detuvo para sorber su té—. Usted estudia matemáticas. ¿Está familiarizado con el número cero?

Era un té excelente, una mezcla Rivaína de canela, jengibre, y clavos, endulzada con miel justo como le gustaba a Celene.

—Sí, Su Resplandor, —dijo Morrac tras un momento de silencio, cuando se volvió claro que la pregunta no era retórica. Cogió la taza de té que el sirviente de Celene le ofreció con una irritación escasamente ocultada.

—Excelente. Ese es el número de estudiantes en su universidad que no vienen de sangre noble. Confieso cierta decepción en ese asunto, Rector Morrac, ya que había esperado ver cierta mejora desde nuestra última charla.

—Su Resplandor…

—Bébase su té, Morrac. No le he pedido que deje que los campesinos vaguen por sus pasillos. Le he pedido que admita plebeyos que obtengan patrocinio de un noble que

reconozca en ellos cierta inteligencia que trascienda a la sangre y ofrezca una oportunidad a Orlais de volverse más grande a través de sus estudios.

Los nudillos de Morrac estaban blancos sobre el platillo que sostenía.

—El joven del que habla, Su Majestad Imperial, era un elfo.

Celene se volvió hacia su campeón, Ser Michel de Chevin, que estaba majestuoso en una armadura de platerita esmaltada con el escudo de armas imperial. Su propio escudo de armas familiar estaba grabado justo sobre su corazón, mientras que su máscara era un reflejo más simple de la propia de Celene.

—Ser Michel, creo que los gentileshombres son renombrados por sus ojos agudos. Dígame, ¿no hay ya un elfo presente con nosotros en el patio?

Ser Michel sonrió ligeramente.

—En cierto modo, Majestad. —Él señaló hacia la capilla, específicamente al mural sobre las grandes puertas de bronce—. Si no me equivoco, ese mural es una fiel reproducción de Andraste y sus discípulos del legendario Henri de Lydes. En el momento en que Henri creó el original, los elfos aún eran considerados aliados, ya que aún no habían atacado y traicionado a Orlais. Veinte años después, cuando la Divina Renata llamó a una Marcha Exaltada contra los elfos, también ordenó la destrucción de todo el arte de la Capilla que incluyera elfos. —Él sonrió—. Pero Henri de Lydes rogó con tal gracia y pasión que ella transigió y permitió que esta única pieza sobreviviera, dado que Henri recortó las orejas del ahora-herético discípulo Shartan.

Celene inclinó la cabeza agradecida.

—Ah, sí. Y parece ser que la universidad ha copiado la pieza original bastante fielmente. ¿Puede señalar a Shartan, Morrac? Las orejas pueden haber sido alteradas, pero los ojos grandes lo hacen bastante evidente.

Morrac miró al mural, luego volvió a mirar a Celene.

—Por supuesto, Su Resplandor. Al contrario que la Capilla, la universidad se enorgullece de crear una visión precisa de la historia. Este es ciertamente el elfo al que Andraste liberó de la servidumbre del vil Imperio de Tevinter.

—Qué extraño que la universidad, tan ansiosa por luchar contra las *presiones religiosas* que limitan su campo de estudio, en este asunto esté indispuesta a doblegarse incluso tanto como lo hizo la Divina Renata.

—Es un enigma, Majestad, —dijo Ser Michel, y miró al Rector Morrac.

El rector tomó un largo sorbo de la taza de té, luego lo volvió a colocar en su platillo, la porcelana sonando mientras la copa repiqueteaba.

—Por supuesto estaríamos honrados de revisar la solicitud de la Condesa Helena de nuevo.

—Orlais honra su dedicación a nuestra cultura y erudición. —Celene inclinó la cabeza y se levantó. Un asistente cogió el banco pequeño de platerita y lo hizo colapsar tras ella, y Celene le dio su taza y el platillo a otro—. Ahora, tras esta charla de asuntos religiosos, creo que me gustaría pasar un momento apreciando las lecciones que esta capilla pueda enseñar. Vea que no se me moleste, Rector Morrac. —Luego ella sonrió, y

como una oferta de paz, añadió—: Cuando acabe, ciertamente estaré interesada en escuchar más acerca de esa tasa que dice que muestra la mano del Hacedor.

Los profesores se inclinaron y apresuradamente se hicieron a un lado mientras Celene se aproximaba a las grandes puertas de bronce. Los propios sirvientes de Celene se quedaron atrás también, salvo por Ser Michel.

—Podría haberme informado del giro que esperaba que tomara la conversación, Majestad, —murmuró él—. La Herejía de Shartan no es precisamente de saber popular.

Celene sonrió sin mirar hacia él.

—Tenía fe en usted, mi campeón.

—¿Debo acompañarla dentro?

—Creo que estaré lo suficientemente a salvo en los senos de Andraste, —dijo Celene mientras Ser Michel tiraba para abrir la puerta. Michel miró dentro, asimilando la habitación y buscando cualquier peligro potencial, luego se volvió hacia ella y asintió, y ella entró andando sola.

El aire era frío dentro, aunque sin el helor del viento de otoño, era más cómodo de lo que lo había sido fuera. Las ventanas de cristal tintado lanzaban rayos de luz carmesí por los bancos de madera cuyo aroma aceitoso llenaba la capilla. Al otro extremo del pasillo, la llama eterna ardía brillantemente en un gran brasero dorado, la única luz aparte de las ventanas.

La capilla estaba vacía salvo por una mujer pelirroja con una túnica de hermana, que se alzó en pie mientras Celene venía hacia delante.

—Su Majestad Imperial, —murmuró ella, inclinándose profundamente.

Pelearse con el Rector Morrac por los elfos había sido un suave preludio a la auténtica prueba de la mañana. Celene hizo un gesto a la mujer ante ella para que se levantara.

—Me alegro de que la Divina estuviera dispuesta a reunirse.

La mujer pelirroja sonrió. Iba sin máscara, como lo hacían la mayoría de aquellas que servían a la Capilla, y mientras hablaba con un acento nativo orlesiano, sus rasgos eran Fereldeños. Las máscaras eran par del Juego, la disputa implacable e interminable por la cual se fundaban y perdían dinastías en Orlais, y la insistencia de la Capilla en que su gente fuera desenmascarada era con la intención de sugerir que estaban por encima de la política. Era una sugerencia que pocos de la nobleza orlesiana se tomaban en serio.

—El asunto entre manos es, como dijo su mensajero, bastante serio, y a la Divina le gustaría verlo resuelto. Yo soy su voz en este asunto. Puede llamarme Nightingale.

Bajo su máscara, Celene alzó una ceja. A la Emperatriz de Orlais raramente se le pedía dirigirse a alguien por un pseudónimo. Aún así, Justinia sólo habría mandado a alguien en quien realmente confiara.

Sin ceremonia, Celene se sentó en uno de los bancos, su tocado de satén color crema abultándose extrañamente y las amatistas golpeando contra la madera.

—¿Está familiarizada, *Nightingale*, con la tensión entre los templarios y los magos? —Cuando Nightingale vaciló, Celene hizo un gesto para que la otra mujer se sentara también.

—Por supuesto, Su Resplandor. —Nightingale se sentó, moviéndose con una gracia casual y llegando a descansar con sus túnicas más simples sin arrugar y sin abultar. La serie sutil de movimientos era la marca de una bardo entrenada, y Celene archivó la observación aparte para usarla cuando la necesitara.

—Los templarios se han vuelto aún más inquietos desde lo que ocurrió en Kirkwall, —dijo Celene, mirando a la luz roja brillante de la representación en cristal tintado de Andraste en la pira. Años de entrenamiento le dejaron ver a la mujer junto a ella claramente al límite de su visión—. Al igual que los magos, en ese asunto. ¿Qué pretende hacer Dorothea?

Había usado el nombre de pila de la Divina Justinia deliberadamente, y vio, desde el rabillo del ojo, mientras Nightingale reaccionaba. Los ojos de la mujer se encogieron una diminuta fracción, mientras que su postura permaneció sin cambiar. Rabia, entonces, pero no propiamente insultada. Nightingale podría llamar a la Divina por su nombre de pila, podría bien haberla conocido antes de que se alzara hasta la posición.

Todo esto pasó en un latido mientras Nightingale decía:

—La Divina no desea suponer que lo que transpiró en Kirkwall fue algo más que las acciones de un único mago loco dominado por la acción trágica de templarios demasiado entusiastas. Sabe que en ciertas ciudades-estado Marqueñas, los magos se enfrentan a más restricciones que en Orlais.

—Lo sé, —dijo Celene—, y también sé que no ha respondido a mi pregunta. Si Dorothea no se propone hacer nada para unir a los templarios y los magos, está siguiendo los pasos de la Gran Clériga Elthina, que esperó y rezó mientras Kirkwall se desmoronaba. —Ella se volvió y miró a Nightingale directamente.

La otra mujer había reaccionado de nuevo ante el uso del nombre de pila de la Divina.

—*Justinia* desea ver que este mundo sea mejor, Su Resplandor. No ganamos nada al actuar caprichosamente.

—A veces los eventos no nos permiten el tiempo que deseamos, especialmente cuando la magia está en juego. —Celene miró a Nightingale, que se sentaba como una auténtica dama, relajada y colocada en sus túnicas simples, e hizo una suposición—. Entiendo que durante la última Ruina, la torre del Círculo de Ferelden casi se perdió cuando uno de sus magos sénior se convirtió en una abominación. Tras matar a las criaturas, el Héroe de Ferelden fue forzado a decidir en el acto si matar a cada mago restante en la torre.

Su pique dio en la llaga, ya que Nightingale parpadeó, luego dijo acalorada:

—Difícilmente estamos en el grueso de la batalla, Su Resplandor.

—Siempre estamos en batalla, —dijo Celene—. Es sólo que algunos de nosotros no siempre nos damos cuenta. Una bardo llamada Marjolaine me lo dijo una vez. He oído

que encontró un final desafortunado en Ferelden. —Ella suspiró—. ¿No es eso triste, Nightingale?

Nightingale se detuvo un momento, mirando a Celene con un respeto cauteloso.

—Supongo, —dijo ella finalmente—, es una cuestión de perspectiva. Y quizás podría llamarme Leliana.

—Quizás podría, —dijo Celene, y sonrió antes de bajar su voz y continuar—. La Divina Justinia debe saber esto: tengo nobles rogándome en salones privados que el trono tome acción directa en este asunto. —Ante la mirada aturdida de Leliana, ella asintió—. Hay hombres de Orlais que antes nos verían marchar sobre nuestra propia gente en nombre de la seguridad. Yo despreciaría eso. Dorothea sabe que lo haría. Pero debo ofrecerles alguna alternativa.

Leliana se levantó, frunciendo el ceño pensativa.

—Desea que la Divina haga alguna muestra abierta de mejorar la situación.

Celene suspiró.

—A decir verdad, cualquier muestra abierta traerá quejas de que he dado a la Capilla rienda suelta para gobernar este imperio para mí, —dijo ella, y Leliana asintió sin palabras—. Pero si Justinia puede calmar el temperamento antes de que sea forzada a volver la hoja del imperio sobre sí misma, entonces pagaré tal precio gustosamente.

Leliana sonrió.

—Piensa menos en usted misma y más en Orlais de lo que había esperado, Su Resplandor. Es una cualidad afortunada para una gobernante, y una que no he visto lo suficiente.

Celene se levantó también, y por un momento su tocado fue bañado por la luz carmesí del cristal tintado.

—Dígame algo. ¿Qué tan grande era el Archidemonio?

Leliana se rió con una risa de cultura delicada de una mujer noble o una bardo entrenada. El efecto hizo que sus túnicas de hermana hicieran un pobre disfraz.

—Lo suficientemente grande, Su Resplandor, como para que después de haberlo visto, la mayoría de problemas parecen pequeños en comparación. —Su cara se volvió seria, y ella añadió—, pediré a Justinia que considere actuar directamente. Ella querrá su apoyo, para desviar las acusaciones de que pudiera estar intentando robar poder para sí misma.

—Por supuesto. ¿Quizás si hiciera un comunicado en un baile en su honor?

Leliana lo consideró.

—No es el lugar donde uno esperaría que ella hiciera tal pronunciamiento…

—Lo cual es por lo que le gustará la idea, —dijo Celene, sonriendo—. También asegurará que muchos de los nobles que me soliciten acción tengan poca opción salvo escuchar las palabras y saber que se está atendiendo el asunto.

Leliana sonrió.

—Usted fue entrenada como bardo también, Su Resplandor. Es fácil olvidarlo. Debo llevar la propuesta a la Divina.

—Tres semanas, —dijo Celene—, o como mucho, un mes. Mucho más, y no tendré otra opción salvo actuar. Los nobles querrán alguna señal de resolución antes de que se retiren a sus hogares de invierno.

Leliana se inclinó.

—Su Majestad Imperial.

La espía de la Divina se fue tras una puerta lateral oculta, y Celene se volvió a sentar en el banco. Esta vez, concentrada en su entrenamiento, se sentó sin hacer ni un sonido ni arrugar su tocado en lo más mínimo.

Tres semanas más de apretar los dientes y tratar con el Gran Duque Gaspard, que agitaba con los otros nobles en un intento de iniciar una guerra. Tres semanas de tratar de ignorar los argumentos idiotas iniciados por templarios matones y magos que se negaban a ver la forma del mundo.

Y su recompensa por la perseverancia sería Gaspard bramando que ella había dejado que la Capilla tuviera más poder, como si el poder fuera una espada que sólo una persona pudiera sostener en un momento. No lo era. El poder era una danza para navegar con compañeros, sabiendo cuándo liderar, cuándo seguir, y cuándo simplemente pisar el dobladillo del tocado de una rival podía mandarla al suelo de vergüenza.

En manos despreocupadas, tal poder podía hacer caer al más grande imperio en Thedas. La cultura e historia de todo Orlais era de Celene para protegerlas.

Era en momentos como esos que disfrutaba del simple placer de doblegar a un profesor recalcitrante a su voluntad.

—Tres semanas, —dijo Celene, y se permitió un momento para observar el feroz juego de luces a través del cristal tintado.

* * *

Las medias máscaras que la nobleza llevaba en público siempre eran reflejadas por las máscaras de sus sirvientes, aunque menos extravagantes, y con menos variación que los nobles, que a menudo podían permitirse diferentes máscaras conforme dictaban la necesidad de la moda. Si la máscara de la casa de un señor era un león tallado de marfil y con incrustaciones de ónix y oro, las máscaras de sus sirvientes serían leones también, pintadas de negro y perfiladas de latón. Las máscaras protegían a los sirvientes cuando estaban por allí, advirtiendo a los comerciantes y mercaderes de que cualquier ofensa al sirviente era potencialmente una ofensa al amo del sirviente. Para los sirvientes de otras casas, las máscaras eran una forma de reconocer instantáneamente a un aliado potencial… o a un enemigo potencial.

Las máscaras llevadas en el palacio real en Val Royeaux por sirvientes que iban a ser vistos en público reflejaban la que llevaba la Emperatriz Celene. Donde la suya estaba engarzada con piedra lunar, la de ellos simplemente estaban esmaltadas, o engarzadas de marfil para los sirvientes de mayor rango, y el oro y violeta simplemente estaban

pintados. Bajo las medias máscaras, los sirvientes de Val Royeaux pintaban sus caras de blanco, una marca de estatus adicional.

Para un visitante, mirando al mar de caras pálidas recortadas de oro y violeta, los sirvientes eran casi idénticos. Las mujeres llevaban vestidos de sirvienta, los hombres calzones estrechos, ambos cortados a la última moda y teñidos de los colores reales. Sólo los guardias y los sirvientes que nunca iban a ser vistos —la cocinera y sus asistentes, por ejemplo, o los trabajadores que limpiaban las letrinas— tenían las caras visibles.

Pero la meta de las medias máscaras que cada sirviente llevaba era la pompa, no el anonimato. De ser de otro modo, la máscara habría cubierto las orejas de elfa de Briala.

—¡Tú, la de ahí! ¡Conejo! —llamó la hacendada mientras Briala pasaba por el gran salón.

Briala se volvió.

—¿Señora?

—Te han rechazado, ¿no? —La hacendada miró atrás hacia el gran salón, donde los sirvientes en escaleras estaban ajustando un gran estandarte morado de forma que el león dorado de la Casa Valmont de la Emperatriz Celene colgara a la altura apropiada—. Puede ser aceptable que vistas a Su Majestad Imperial en un día normal, pero para un baile, querrán que todo sea adecuado. —Ella encogió los ojos—. ¡Más alto por la derecha!

Briala había visto a la hacendada prepararse para innumerables bailes antes. La mujer siempre estaba enfadada y susceptible en ese momento, librándose de su ansiedad sobre cualquiera que pudiera. Hoy se sentía diferente, sin embargo. Su púa había tenido poco calor tras ella, y todos los sirvientes sabían que Briala se llevaba bien con las chicas que vestían a Celene para las ocasiones más formales. Tenía que hacerlo, o se convertirían en rivales.

Lo que era más, un par de bucles errantes del pelo de la hacendada habían sido pillados bajo su máscara, una metedura de pata que era completamente inaceptable para cualquier sirviente del palacio imperial. La hacendada no podía haber fracasado al darse cuenta a no ser que se hubiera quitado la máscara y luego se la hubiera vuelto a poner rápidamente.

—Sí, señora, —dijo Briala. Había sido la doncella de Celene desde la infancia, cuando la emperatriz había sido sólo una niña entre innumerables rivales para el trono. Ahora, en Val Royeaux, Briala era una de los pocos elfos a los que se les había otorgado la máscara del servicio público.

—Bien, puedes ser útil, entonces. Corre a la cocina y habla con la cocinera y sus chicas. El clima ha sido seco, y no dejaré que se seque la carne con él. —Ella se volvió hacia Briala—. El último otoño, Lady Montsimmard dijo que el *Círculo de Magos* servía un mejor pato que nosotros. —Ella sonrió, el encogerse de sus ojos visible a través de las rendijas en su máscara—. Diles a las chicas que si esto pasa este año, haré que las azoten.

—Sí, señora, —dijo Briala de nuevo, agachando la cabeza para dejar su respeto claro. La jerarquía entre los sirvientes del palacio era estricta y clara, y mientras que el estatus

de Briala como la doncella personal de Celene la dejaba a un lado de la cadena de mando, de ningún modo se libraba de ella por completo.

—Oh, no es necesario preocuparse, conejo. —La hacendada le dio unos golpecitos familiares en el hombro. Mientras lo hacía, Briala vio que el agarre del puño de la otra mujer estaba desabrochado, otro error que los sirvientes que vestían a la hacendada nunca habrían cometido—. Es sólo para meter el miedo del Hacedor en esas cosas perezosas. Nunca te azotaríamos *a ti*. Vete, ahora.

—Sí, señora, —dijo Briala por tercera vez, y se fue mientras la hacendada empezaba a gritar a los sirvientes para que bajaran el lado izquierdo del estandarte.

Mientras caminaba por el gran pasillo, los suelos cubiertos de finas alfombras Nevarranas y las paredes rodeadas de pinturas clásicas y rizos de estuco arremolinado, Briala pensaba.

La hacendada había servido a Celene fielmente durante más de una década. Se preocupaba profundamente por su trabajo, y nunca se permitiría ser distraída durante el día de un baile a no ser que estuviera de algún modo comprometida. La pinza y el pelo suelto sugerían un nuevo amante que había presionado su traje y había robado un par de momentos del tiempo de la hacendada.

Podría no haber sido nada más que eso, por supuesto, pero en Val Royeaux todo era parte del Juego, incluso los enredos clandestinos de los sirvientes más importantes. Briala había crecido observando el Juego, y como una de las piezas de Celene, estaba determinada a ganar.

Si Briala asumía lo peor, la hacendada no estaría involucrada a sabiendas en el asunto. Una vergüenza a Celene traería vergüenza a la hacendada también, y si, el Hacedor no lo quiera, Celene muriera o perdiera poder, la hacendada sin duda sería reemplazada. Si esto era algo más que un nuevo amante superansioso, la hacendada era una herramienta, no un miembro activo de cualquier trama que se estuviera desplegando.

La cuestión era la herramienta de *quién*.

El calor en las cocinas era sofocante, mientras platos de todas partes del mundo conocido eran preparados. La cocinera, Rilene, era una mujer pesada, de cara ruda, cuyos gruesos antebrazos tenían marcas de quemaduras de un accidente en su juventud, si el resultado del antiguo pensamiento de la hacendada de que Rilene se estaba volviendo presuntuosa podía ser llamado un «accidente». A Briala le gustaba, y ella hacía lo que podía por proteger a la mujer, que era mejor haciendo pasteles de lo que lo era en las intrigas del Juego.

—¡Señora Bria! —gritó Rilene, sonriendo, mientras Briala entraba—. ¿Su Resplandor necesita algo para durar hasta el banquete de la noche? Tenemos algunos pasteles encantadores de Lydes.

—Gracias, Rilene, pero no. —Ella miró a las chicas de Rilene, algunas humanas pero muchas de ellas elfas, y ninguna de ellas con máscara. No se pretendía que fueran vistas por los nobles—. La hacendada tenía preocupaciones sobre el pato. Ella fue… muy enfática.

Rilene le dio un asentimiento agradecido.

—Lo veré personalmente. —Ella se sacudió la harina de sus manos marcadas y se movió sobre una olla, donde un plato asado estaba hirviéndose a fuego lento en salsa.

—¿Y si pudieras mandar a una de las chicas para que averiguara acerca de cualquier cambio de plan de última hora que haya hecho la hacendada…? —preguntó Briala.

—Por supuesto, Señora Bria. —Rilene sonrió—. Haré que ella lo averigüe.

—Gracias.

Briala abandonó las cocinas y se abrió paso por el palacio. En el gran salón, la hacendada había acabado con los estandartes y ahora estaba gritando por la organización de las mesas. Las salas de cartas elaboradas que rodeaban el salón habían sido decoradas cada una en el estilo de un país diferente, desde las grandes alfombras de piel de oso y estatuillas doradas de mabari de Ferelden hasta las sedas decadentes y lámparas mágicas de Tevinter. Los balcones ofrecían una vista del gran salón, así como una vía de escape al aire fresco fuera, donde la terraza sobrevolaba un laberinto de setos con brillantes fuentes de mármol.

—¡Tú, ahí! ¡Orejas de punta!

Al contrario de «conejo,» que normalmente se decía con una condescendencia amistosa que sólo hacía a Briala apretar sus dientes un poco, «orejas de punta» nunca podía confundirse por otra cosa que no fuera un insulto. Era lo que un humano podría usar para dirigirse a una escoria de alcantarilla que era demasiado holgazana como para trabajar y demasiado estúpida como para robar.

El capitán de la guardia de palacio no llevaba una máscara. Ninguno de los guardias del palacio la llevaba. Sería demasiado fácil para un asesino mezclarse y acercarse a la emperatriz mientras estaba armado y con armadura. Su cara mostraba los largos ángulos que hablaban de una sangre noble, y bajo su capa inferior, con el blasón del león dorado de la Casa Valmont, su placa pectoral ceremonial brilló.

Más importante para Briala, una de las hebillas de su placa pectoral estaba torcida, y tenía un chupetón justo bajo una oreja.

—¿Tratando de escabullirte y esquivar tus deberes, orejas de punta? —dijo con una mofa.

—La emperatriz me ha ofrecido examinar las preparaciones para el banquete de esta noche. —Briala no se inclinó. Como capitán de la guardia, era lo suficientemente importante como para que debiera hacerlo, pero Briala tenía el suficiente poder como para saltarse las normas cuando realmente quería… y de momento realmente quería.

—Una bonita historia. —Él resopló, y luego la examinó con nuevo interés—. Pensé que si te interesa encontrar cierta distracción, tienes una forma lo suficientemente justa de que ignore esas tiras de mugre que sobresalen de tu cabeza. —Él se acercó, bloqueando su visibilidad del jardín—. Quizás incluso podría sostenerlas como riendas. —Él olía a sudor así como a lavanda, el aroma favorito de la hacendada.

Ella retrocedió dentro.

—Dudo que la emperatriz lo aprobara. —Ella se volvió y se marchó sin mirar atrás, aún pensando.

El capitán de la guardia estaba teniendo una aventura con la hacendada, y sus atenciones claramente habían sido con la intención de acosarla hasta que se marchara, para distraerla de mirar al laberinto de setos de abajo… lo cual fue por lo que él se había movido para bloquear su visibilidad. Por lo que Briala recordaba, el capitán había sido llevado recientemente después de que su predecesor hubiera muerto. Antes de eso, el hombre había servido en la milicia. Briala no sabía dónde, pero dada la popularidad del Gran Duque Gaspard con los soldados…

Sabía quién y dónde. Todo lo que le quedaba por averiguar era el qué.

Ella corrió bajando unas escaleras curvadas cuyos escalones de mármol estaban alfombrados de terciopelo rojo, pero una llamada desde atrás le detuvo antes de alcanzar la entrada que llevaba al laberinto de setos.

—¡Señora Bria! —Briala se volvió para ver a una de las elfas que trabajaban en la cocina corriendo hacia ella—. Me dijeron que la encontrara.

—Gracias, Disirelle. —Briala sonrió a la joven—. ¿Qué has averiguado?

Disirelle bajó la voz y se aferró a su manga nerviosamente con los dedos delgados.

—La hacendada añadió a una bardo, Melcendre, a la lista de invitados de esta noche.

Briala asintió.

—Gracias. Ahora, si Rilene puede darte otro momento, ¿puedo pedirte que averigües qué ha estado haciendo hoy el capitán de los guardias?

—Por supuesto, Señora Bria. Rilene dijo que estaba a su disposición.

—Bien. —Briala se volvió hacia el laberinto de setos—. Estaré allí dentro, cazando.

* * *

Celene había visto a los gentileshombres orlesianos entrenar. Una de sus pruebas más famosas, al menos entre aquellas pruebas que mostraban en público, era una serie de espadas montadas en postes en un gran andamio de madera. Cuando los sirvientes activaban una enorme rueda oculta, las espadas giraban y cortaban, atacando a cualquiera que pasara con una velocidad mareante. Los jóvenes valientes en los festivales de verano intentarían correr a través de las túnicas fuertemente acolchadas, las hojas romas de forma que la mayoría de los participantes no se rompían mucho más que su orgullo. En las pruebas reales, se decía, las hojas estaban afiladas, y el soldado aguantaba sin armadura.

El aguante era siempre como Celene imaginaba los banquetes formales.

Afortunadamente, ella no pasó por este aguante sola. Su campeón, Ser Michel, estaba a un paso tras ella, como siempre, sin armadura de forma que no provocara perturbaciones mientras Celene navegaba por la multitud, pero llevando su espada sin embargo. Sus medias eran de seda dorada y su jubón era de gamuza violeta hecha de bestias que los enanos criaban como ganado. Su vaina estaba ornamentada con un león

engarzado de oro con zafiros morados por ojos y melena, y mientras que sus manos estaban desnudas de los anillos y brazaletes que otros nobles favorecían —no permitiría que nada impidiera su habilidad de manejar una espada— llevaba sobre su máscara la alta pluma amarilla de los gentileshombres.

—¿Órdenes, Majestad? —preguntó en una voz lo suficientemente baja como para que le llegara sólo a ella. Michel normalmente hablaba poco en estos eventos, lo cual Celene apreciaba. Como su campeón, era una extensión de su presencia pública, atrayendo la atención no para sí mismo sino para ella. Le importaba poco el Juego, pero él tenía buenos ojos y seguía órdenes. Había estado con ella durante casi diez años, desde que su último campeón había muerto deteniendo a un asesino.

—¿Briala informó de lo que averiguó?

—¿La espada en los arbustos? Sí, Majestad. —Mantuvo su voz baja y calmada, y por su lenguaje corporal, podrían haber estado discutiendo acerca de las encantadoras esculturas de hielo de wyvernos en las mesas de refrigerios.

—Vigila a la bardo, Melcendre. Comenzará con ella.

—Con esperanzas no se espera que pase ninguna prueba de iconografía religiosa esta noche.

Celene mostró una sonrisa.

—Intentaré advertirte esta vez si surge la necesidad.

Mientras la bardo de Gaspard, Melcendre, cantaba en una voz encantadora sobre el fin del verano y los amores perdidos, Celene se movía a través de un campo de aliados y enemigos, gente con buenas intenciones y posibles rivales.

—Su Resplandor. —El Conde Chantral de Velun se inclinó ante su contacto visual, el movimiento haciendo que la cuerda de perlas negras unidas a su máscara de nácar repiqueteara—. Su luz evitará que los pájaros se marchen este otoño, ya que pensarán que el verano se ha alargado. —Chantral había estado presionando por pedir su mano en matrimonio desde hacía algún tiempo. Dada su aparente lealtad y torpeza en el Juego, Celene le mantenía a una distancia cómoda y amistosa sin desvanecer por completo nunca sus esperanzas.

El tocado de marfil de Celene tenía un corte bajo, y contra su pálida piel un diamante amarillo brillaba con un conjunto rico dorado. El tocado complementaba la gran joya, mientras lágrimas de ámbar fluían de su seno en lazos de amarillo que se oscurecían a dorado en el dobladillo y en las muñecas. Su máscara era idéntica a la que había llevado esa mañana, salvo que las plumas habían sido cambiadas por una filigrana de oro.

—Su amabilidad es tan calmante como las cálidas aguas del Lago Celestine, —dijo ella—, y aunque temo que los pájaros deben partir o morirán en el frío del invierno, sé que darán gracia a los cielos de Velun cuando llegue la primavera.

Ella se movió y captó la mirada de Lady Montsimmard, cuya máscara estaba engarzada de cristales de lirio brillantes en cada mejilla, un regalo del Primer Encantador del Círculo Orlesiano.

—Cosinne, —dijo ella con una familiaridad amistosa mientras la otra mujer daba una profunda reverencia—. Ha pasado demasiado tiempo. Dime, ¿has disfrutado del pato?

—La salsa era divina, Su Resplandor. —Lady Montsimmard y su marido habían entretenido al Gran Duque Gaspard durante el verano, y en los últimos años habían esgrimido la proximidad familiar y el control del Círculo como moneda de cambio. Celene encontraba al marido peligroso y a la mujer sosa, y sospechaba que Lady Montsimmard no se daba cuenta de lo precaria que se había vuelto la situación con los magos. Su suposición resultó ser cierta cuando Lady Montsimmard añadió—: Aunque a decir verdad, cuando visitamos el Círculo de Magos…

—Oh, debería haber tenido cuidado cenando con ellos, —le cortó Celene con una ligera risa—. Parece ser que cuando tratan de preparar una comida, todo a su alrededor termina quemado. —Continuó mientras Lady Montsimmard tartamudeaba su despedida con una sonrisa forzada. Tras ella, Celene sabía sin mirar que Ser Michel había fijado a Lady Montsimmard con una mirada de desaprobación, un recordatorio sin palabras de que Celene podía reírse y jugar al Juego, o, si lo escogía, podría tener la cabeza de Lady Montsimmard en una pica. Hizo una nota para hablar con Madame de Fer, la Maga de la Corte Imperial, sobre la familiaridad de Montsimmard con los magos.

Una y otra vez iba por la multitud, intercambiando saludos y palabras amables cargadas de veneno. ¿Debería Orlais presionar para unos términos de comercio más ventajosos con Ferelden mientras el reino advenedizo aún se estaba recuperando de la Ruina? ¿Qué iba a hacerse para asegurar que nada como lo de Kirkwall podía ocurrir aquí? ¿De verdad iba la universidad donde los hijos nobles venían a estudiar a empezar a admitir a orejas de punta? La mandíbula de Celene le dolía de sonreír… era la expresión más clara visible bajo la media máscara y bajo las capas de maquillaje que cubrían su cara. Bajo las palabras afiladas, la hermosa voz de Melcendre continuaba.

Luego, finalmente, la pomposidad terminó con las risas del Gran Duque Gaspard.

Fue un bramido profundo, estruendoso que había hecho eco por los campos de batalla. Silenció a los tímidos y sirvientes como un redoble de muerte, y arrastró a los otros señores y damas a risas entre dientes con su peso.

La multitud ante Celene se separó, mostrando un claro camino al gran duque y a la bardo de pelo oscuro ante él. Melcendre iba sin máscara, aunque llevaba el denso maquillaje que los plebeyos llevaban en reuniones nobles, y se había vuelto avergonzada ante lo que fuera que Gaspard hubiera dicho.

Celene se tranquilizó sin ningún cambio de expresión externo. Había jugado al Juego durante la mayor parte de su vida. Sin importar lo preparada que estuviera, sin importar cuánto había considerado y planeado y determinado su estrategia, siempre había un momento de miedo.

Luego el momento terminó, y ella estaba moviéndose hacia la bardo que había sido añadida subrepticiamente a la lista de invitados ante la orden de un capitán de la guardia leal a Gaspard. Los pasos firmes de Ser Michel se movían a la vez que los de ella, el alto hombre igualando su paso perfectamente.

Melcendre era buena, notó Celene, pero no perfecta. El maquillaje cubría el hecho de que no podía simular el rubor que daría señal de la vergüenza actual, pero habría sido más inteligente añadir maquillaje rojo a las mejillas para darle a los nobles reunidos la impresión de todos modos. El ver esa pequeña imperfección —si siquiera un error como tal, sino un detalle que Celene podría haber hecho mejor— de algún modo hizo que todo pareciera más fácil.

—¿Y con qué buen juicio ha silenciado mi primo a tan dulce vos? —preguntó Celene al silencio expectante.

Melcendre se detuvo, incómoda, peor Gaspard hundió su cabeza, una reverencia sólo apenas suficiente como para evitar un insulto innegable.

—Su Majestad Imperial, —dijo él, aún riéndose entre dientes—: Estaba señalando que la canción de la joven dama tenía una melodía similar a «El Mabari del Rey Meghren».

Los nobles reunidos se rieron nerviosamente, escandalosamente entretenidos. Celene mantuvo la sonrisa en su sitio. Era un buen primer golpe. La canción había sido popular e inofensiva hacía décadas, durante la ocupación orlesiana de Ferelden. Contaba la historia del infeliz Meghren, mandado en contra de su voluntad a Ferelden por el Emperador Florian. En la canción, el noble desventurado era cómicamente frustrado en cada giro por la burda cultura Fereldeña, incluyendo a un perro mabari babeante que se comió su máscara.

Pese a que nunca era olvidada, la canción había perdido su popularidad después de que el Rey Maric de Ferelden matara a Meghren. Desde que llegara al poder, Celene había hecho lo que podía para fortalecer vínculos entre los dos países, y la canción que se burlaba de los crudos Fereldeños y sus costumbres sin cultura nunca habían vuelto a estar de moda.

Hasta ahora, al parecer.

—Recuerdo cantar esto con los hombres durante las marchas, —dijo Gaspard—. Nos llevaba de vuelta a los días en que Orlais estaba en posición para conquistar el mundo. Pobre Meghren, atrapado lejos de la mirada del Hacedor, tratando de sentirse en casa entre los amos de los perros. —Era un hombre alto, de hombros anchos, y su jubón y sus calzas estaban cortadas con líneas duras y un entramado plateado para dar la impresión de armadura. Su máscara era dorada, engarzada de esmeraldas para ir a juego con la heráldica de su familia, y una pluma alta amarilla salía de la máscara… como Ser Michel, era un miembro de los gentileshombres.

También estaba a menos de diez pasos del Bann Teagan Guerrin, el embajador Fereldeño. La cara del hombre, desprovista de maquillaje, claramente mostraba su rabia al escuchar que su gente era llamada amos de los perros.

—Fue una época triste para todos nosotros, —dijo Celene, volviéndose hacia el embajador con una sonrisa—, y Orlais se complace de contar con Ferelden como un amigo en estos tiempos duros.

Teagan sonrió agradecido y se inclinó.

—Su Majestad Imperial, Ferelden espera lo mismo.

—Por supuesto. —Gaspard caminó hacia delante—. El pasado pasado está, ¿eh, Teagan? Y ahora sólo somos dos viejos guerreros. —Él le dio un golpe al hombro del Fereldeño, y el Bann Teagan se tensó ante la familiaridad.

—¿Se ha traído a su perro con usted a Orlais, mi señor? —añadió Melcendre, la bardo de pelo oscuro la misma imagen de la inocencia, incluso mientras la multitud se reía entre dientes.

Teagan se volvió hacia ella, los puños apretados a su lado.

—Sí, aunque no a este baile. Dudo que hubiera apreciado la comida.

Eso consiguió la risa de la multitud. Pese a que no era un maestro del Juego, el noble Fereldeño fue lo suficientemente listo como para ver cuándo estaba siendo acorralado y tratar de volver a la multitud de su parte.

—Algún día tendré que ver a tu perro, Teagan, —dijo Gaspard, para no distraerse de su juego—. Pero esta noche, en celebración de la amistad entre nuestro imperio y vuestro, ah, reino, he traído algo para ti. —Él chasqueó sus dedos, y un sirviente vino corriendo llevando un gran bulto envuelto en rico terciopelo verde.

Gaspard tomó el paquete y se lo dio a Teagan con una amplia sonrisa. Reluctantemente, sabiendo que estaba cayendo en una trampa pero incapaz de encontrar una forma de evitar hacerlo, el embajador desenvolvió el paquete.

Dentro, tal y como Briala había informado a Celene antes en la tarde, había una espada. Era de fabricación Fereldeña, vagamente funcional pero con un par de tonos de ornamentación alrededor de la empuñadura y la cruz que sugerían que era la espada de batalla de un noble. Era peor para llevar, con hendiduras por la hoja y un par de puntos de óxido.

—¡Gran Duque Gaspard! —Michel se movió para ponerse a sí mismo entre Celene y la espada. El arma nunca debería haber logrado entrar en el salón… los guardias en la entrada del palacio comprobaban todos los paquetes para evitar que un asesino entrara un arma. Lo cual era, reflexionó Celene, por lo que Gaspard había pasado por tantos problemas para que se metiera el paquete a escondidas y se ocultara en el laberinto de setos antes ese día.

—Tranquilo, gentilhombre. —Gaspard miró la espada—. Antes vendría hacia alguien con un atizador de chimenea que empuñando esa cosa. —Asintió hacia el Bann Teagan—. Fue tomada del cuerpo de una noble Fereldeña que fue atrapada causando problemas para el pobre Meghren. Moira, creo. —Tras su máscara dorada y verde, sus ojos se encogieron con buen humor—. Nuestros sirvientes la han estado usando para matar ratas en las bodegas.

Teagan se había quedado tranquilo, mirando a la espada en sus manos como si el resto de la corte se hubiera desvanecido. El terciopelo verde arrugado alrededor de sus puños de nudillos blancos.

—¿Era la espada de una noble? —preguntó Melcendre, añadiendo justo el toque de duda para provocar risas en la multitud sobre la maltrecha espada y llevar a Teagan aún más a decir algo que Gaspard pudiera interpretar como un insulto.

Era un juego simple, pero uno efectivo. El Bann Teagan podía ser provocado hasta que dijera algo enfadado. Luego Melcendre jadearía en shock, para asegurarse de que incluso los nobles más tontos entendieran que deberían ofenderse. Celene luego tendría que escoger entre que Ser Michel desafiara al Bann Teagan para satisfacer el honor de Orlais y no decir nada, permitiendo que Gaspard luciera su código de honor de gentilhombre y lanzara el desafío él mismo. Cualquier resultado amargaría las relaciones entre Orlais y Ferelden, acercándolos más a otra estúpida guerra.

La guerra era donde Gaspard brillaba más.

Todo esto cruzó la mente de Celene, incluso mientras Gaspard retorcía el cuchillo.

—Bueno, ella se llamaba a sí misma la Reina Rebelde. Más cerca de ser una bandida o capitana de mercenarios, en realidad. Pensaba que podía sacarnos de Ferelden.

—Y tenía razón, —dijo Teagan, aún sin mirar a Gaspard—. Su hijo Maric os sacó a todos de nuestro reino.

—Es una vergüenza que Moira no viviera para verlo, —dijo Gaspard, mirando alrededor de la habitación con una sonrisa—. Quizás si hubiera tenido uno de vuestros grandes perros…

Un par de nobles se rieron. Fue justo suficiente como para llevar a Teagan al límite. Celene vio sus hombros tensarse, le vio abrir su boca para decir lo que Gaspard había estado esperando.

—Bann Teagan, —gritó ella. Ella había gobernado el imperio más grande del mundo durante veinte años, y sabía cómo mandar su voz deslizándose a través de una multitud para silenciarla.

La boca aún medio abierta, el noble Fereldeño se volvió hacia ella.

Debido a que ella y Gaspard habían jugado al Juego durante el suficiente tiempo como para ser viejos enemigos familiares, ella le dio a su primo una diminuta sonrisa antes de dar un paso hacia delante. Excelente intento, decía la sonrisa, y la próxima vez, quizás serás lo suficientemente listo como para tener éxito… pero no esta noche.

—Su Majestad Imperial. —El Bann Teagan se levantó preparado, las venas en su cuello hinchadas.

—Veo por su expresión que esta espada ha despertado antiguos sentimientos en usted. ¿Le ha ofendido Orlais por la muerte de Moira Theirin, Reina Rebelde de Ferelden? —Mientras la multitud cogía aire de forma colectiva, ella añadió—: ¿Exige satisfacción?

Teagan bajó la mirada a la espada en sus manos, y luego a Gaspard. Y finalmente, porque podría haber sido deslucido en el Juego, pero no era estúpido, miró a la propia Celene, juzgó su postura, y silenciosamente dijo:

—Sí.

Mientras la multitud estallaba en gritos, Celene sonrió. Gaspard cerró los ojos y sacudió la cabeza, sabiendo ya que había perdido, mientras que su bardo, Melcendre, le miró confundida, claramente insegura de cómo se suponía que debía tirar de la multitud ahora.

Celene miró a Michel y le dio un diminuto asentimiento, y su campeón desenvainó su espada. Los gritos de la multitud de nobles se quedaron en silencio ante la visión del azul brillante desnudo de platerita en la gran sala de baile.

—Entonces satisfacción tendrá, —dijo Celene al embajador Fereldeño—. ¿Ser Michel?

—¿Su Resplandor? —preguntó Michel, la espada desenvainada, sin apartar nunca los ojos del Bann Teagan.

—Hemos sido desafiados, y tú eres mi campeón. ¿Te alzarás preparado para defender el honor de Orlais en un duelo entre hombres de noble cuna?

Sin pausa, Ser Michel dijo:

—No lo haré, Su Resplandor. Ya que nosotros somos la parte desafiada, recae en nosotros escoger las armas usadas en este duelo. No podemos proceder hasta que lo hagamos.

—Ah. —Celene se detuvo por un momento, dejando que se construyera—. Ya veo. Sería reacia a manchar la amistad aún forjándose entre nuestras dos naciones con derramamiento de sangre noble en defensa de desprecios pasados. —Ella se volvió hacia el Bann Teagan—. Por lo tanto, como es mi derecho, para las armas en este duelo, escojo… plumas.

—Muy bien, Su Resplandor, —dijo Ser Michel, y sin vacilar, se quitó la alta pluma amarilla de su máscara.

Los nobles en la multitud eran volubles, sedientos de sangre y vanidosos, pero sobre todo, eran suyos. Tanto como habrían disfrutado del escándalo de un duelo sangriento, admiraban una buena exhibición de ingenio. Mientras Ser Michel alzaba su pluma con la precisión crispada de un maestro espadachín, los nobles estallaron en risas de deleite.

El Bann Teagan se relajó visiblemente, dejando caer el bulto envuelto en terciopelo a su lado y dándole a Celene una sonrisa aliviada.

—Su Resplandor, me temo que estoy desarmado para un duelo de esta naturaleza. Puede notar que mi nación prefiere las pieles a las plumas. —Cuando alzó sus mangas bordadas en piel, incluso obtuvo la risa de la multitud.

—Bastante. —Celene miró a Gaspard, que había asumido la sonrisa educada habitual en la corte para negar la satisfacción de una mueca a los enemigos de uno—. Primo, has mostrado tu generosidad a nuestros primos en Ferelden con tu primer regalo esta noche. —Ella alzó una mano e hizo un gesto en gratitud—. ¿Serías tan amable de ofrecer un segundo?

Gaspard parpadeó, luego se inclinó.

—Nada podría complacerme más, —dijo él, y con un gesto rápido y controlado, sacó su propia pluma de su máscara.

Luego entregó la pluma amarilla, el símbolo honorífico de los legendarios gentileshombres orlesianos, al amo de perros Fereldeño que acababa de insultar.

Mientras Ser Michel y el Bann Teagan golpeaban y bloqueaban con sus plumas ante las risas complacidas de la multitud, Celene sonrió y llamó a Melcendre para que cantara algo celebratorio.

* * *

Briala llegó al dormitorio de la Emperatriz Celene aquella noche a través de una puerta secreta oculta tras un espejo de gran tamaño en una pared.

La emperatriz se había bañado tras el baile —a menudo lo hacía— y se había cambiado a un camisón de satín un rico violeta. La vela en su escritorio era apenas lo suficiente como para iluminar las páginas que había estado leyendo, y la mayoría de la habitación estaba iluminada sólo por la luz que llegaba de la ventana… el pálido amarillo de la luna de otoño arriba, y el naranja más cálido de la propia Val Royeaux abajo.

—¿Ha hablado ya? —preguntó Celene, sin volverse desde donde estaba sentada en su escritorio.

Briala sonrió a su emperatriz, cuyo largo pelo rubio aún estaba tocado por la humedad, captando la luz de la luna mientras surcaba hacia su espalda.

—Sí, aunque no creí que mereciera la pena interrumpir su noche. Su antiguo capitán de la guardia ya ha confesado meter de contrabando el regalo de Gaspard, y se ha arrojado a su merced.

—Qué decisión más optimista por su parte. —Celene se rió entre dientes, bajó su bolígrafo, y se volvió hacia Briala. La cara de Celene era, como lo había sido desde la infancia, una versión más fina de su máscara… huesos finos, piel de porcelana y labios rojos que naturalmente se curvaban dulcemente—. ¿Y la hacendada?

Briala vaciló, y Celene le ofreció una sonrisa curiosa. Finalmente, Briala dijo:

—Estúpida y locamente enamorada, pero no desleal. —Pensando en Disirelle y Rilene, que podrían haber sido azotadas si el pato no hubiera sido satisfactorio, añadió—: Aunque algún castigo suave podría asegurar que acepte su decepción recién hallada con gracia y dignidad.

Celene se levantó, aún sonriendo.

—Por supuesto, —dijo ella mientras iba hacia delante—. Dada nuestra victoria esta noche sobre el Gran Duque Gaspard, la generosidad es apropiada. —Los dedos de Celene recorrieron suavemente el lateral del cuello de Briala, y con un diminuto chasquido, la máscara de Briala se deslizó—. Después de todo, Bria, —dijo ella suavemente mientras hacía a un lado la máscara—, una debe hacer concesiones con errores cometidos por locura de amor.

Briala olió a rosas y madreselva mientras su mejilla desnuda acariciaba la de Celene. Los suaves aromas del baño de una emperatriz, y el satín del camisón era frío entre los dedos de Briala mientras ella lo apartaba para desnudar la pálida piel.

—Como usted crea mejor, Su Resplandor, —susurró ella, y con su mano libre, sopló la vela.

2

Lemet caminaba a través de los suburbios iluminados por antorchas de Halamshiral, manteniendo un ojo abierto por los ladrones y humanos. Había oído que en Ferelden, y quizás incluso en otras partes de Orlais, a los elfos se les mantenía encerrados en pequeñas secciones de las ciudades llamadas elferías. Aquí en los Valles, sin embargo, había más elfos que humanos, y eran los humanos los que se encerraban en el Cuadrante Alto.

Se preguntaba cómo lo hacían los elfos en las elferías… si ser tan poco numerosos significaba que a los humanos no les importaba mandar guardias a las calles elfas para palizas nocturnas a cualquiera que atraparan. Quizás los elfos en las elferías tenían calles limpias por toda su parte de la ciudad, no sólo las calles que salían de las puertas hasta el Cuadrante Alto.

Pero honestamente, Lemet lo dudaba.

—Fuiste un poco estúpido esta noche, amigo mío, —dijo Thren, que estaba balanceándose mientras caminaba.

—No lo digas. —Lemet suspiró y se tropezó mientras una piedra suelta del pavimento se deslizaba en el barro. Estaban en un vecindario lleno principalmente de mercaderes elfos y artesanos, y las calles no habían sido reparadas en años.

—Podrías estar pasando una encantadora noche con Jinette en lugar de caminar de vuelta a casa conmigo, —dijo Thren—, pero tenías que hacerla enfadar.

—Jinette estaba hablando demasiado, —soltó Lemet, y miró alrededor de nuevo—. Continuando acerca de tiempos que hace siglos que pasaron. Acerca de los Valles.

—Es charla de taberna, Lemet. Nadie la estaba tomando en serio. —Thren agarró el hombro de Lemet, y los dos elfos miraron a un callejón, donde un trío de jóvenes les miraban, las manos en sus dagas. Thren y Lemet se pegaron al otro extremo de la calle y no apartaron la mirada hasta que el callejón estuvo tras ellos.

—Jinette piensa demasiado en la historia, —dijo Lemet para romper el silencio cuando estuvieron solos de nuevo—. Va a meterla en problemas.

—¿Cómo? Esa taberna estaba llena de elfos. —Ante la mirada de Lemet, Thren puso sus ojos en blanco—. Está bien. Un par de orejas planas, pero ya sabes lo que quiero decir. ¿Vas a culpar a Gestan y a Thale porque sus madres se volvieron amistosas con algún joven noble y salieron con sangre mezclada? No es que hayan logrado vivir en la mejor parte de la ciudad sólo porque parezcan humanos. Nadie ahí dentro va a ir a contarles a los nobles acerca de los elfos hablando acerca de antes cuando gobernaban esta ciudad.

—No pensé que fueran a hacerlo, —dijo Lemet, deteniéndose mientras un joven corría por la calle delante de ellos, una sombra a la grasienta luz de las estrellas. El chico no podía haber tenido más de ocho años. A estas horas tras la puesta del sol, tenía que estar trabajando con los ladrones. No miró hacia ellos—. Pero hablar acerca de ello sólo hace que la gente se enfade. Los jóvenes imbéciles escuchan acerca de la gloria de los

Valles y los malditos shems nos traicionan, y lo siguiente que sabes, es que alguien decide hacer algo estúpido.

—¿Estúpido como discutir cuando los nobles se niegan a pagar por las reparaciones a sus diligencias? —preguntó Thren, riéndose entre dientes.

Lemet se ruborizó.

—Lord Bencour no ha pagado por el nuevo eje, y ahora quiere que se arreglen las ruedas delanteras. Su hombre me dijo que lo pagaría todo una vez acabara.

—¿No habría estado bien haber sido un lord antes en los días antiguos? —Preguntó Thren—. Sólo imagínalo. ¿Hacer que tu *hombre* lleve la diligencia a algún pobre humano en los suburbios, decirle que le pagarás cuando te pareciera y estuvieras preparado?

—No había humanos alrededor entonces, —dijo Lemet—. Sólo elfos, toda la ciudad, —él se detuvo—. ¿Oyes eso?

Thren encogió los ojos.

—Caballos.

Los dos se movieron hacia el callejón más cercano. Ningún mercader sería lo suficientemente estúpido como para llevar una carreta a través de esas calles después de oscurecer, y eso significaba un humano en una diligencia.

Cada elfo de Halamshiral sabía quedarse fuera de la vista cuando los humanos cabalgaban hacia los suburbios.

—¿No crees que alguien en la taberna habló? —susurró Thren. El claqueteo de las pisadas y las ruedas en las baldosas se volvió más fuerte.

—Pensé que sólo había elfos allí dentro. —Lemet miró a su amigo, luego volvió la mirada hacia el callejón, encogiendo los ojos en la oscuridad. Era un callejón sin salida, bloqueado por basura y una pared que sobresalía donde alguien había tratado de expandir su tienda.

—Sólo quédate en silencio, —murmuró Thren, agachándose tras una caja. Lemet se tumbó en el suelo, ignorando lo que esperaba que fuera barro que le empapó a través de su túnica. Juntos, esperaron en silencio mientras la diligencia humana bajaba por su calle.

Era asombrosa cuando surgió a la vista, recién pintada, blanca entramada con oro, y diminutas lámparas a cada lado del asiento del conductor que repelían las sombras. El conductor era un hombre grande con vainas para cuchillos cosidas en su chaleco de cuero, y guardias en armadura se agarraban a los laterales de la diligencia. Lemet no podía ver al noble dentro… una cortina de terciopelo rojo ocultaba todo salvo una línea dorada de luz del interior de la diligencia. Los caballos eran idénticos, con cubiertas perfectas de oro y riendas blancas.

Luego la diligencia les pasó, su claqueteo fuerte el único sonido en la calle, y Lemet dejó salir un suspiro silencioso de alivio.

Una roca navegó fuera de la oscuridad y sonó contra el hombro de uno de los guardias.

Thren, que había empezado a levantarse, cayó de nuevo mientras el guardia maldecía y golpeaba agudamente al lateral de la diligencia. Lemet encogió los ojos. La roca había salido del callejón al otro lado de la calle.

Tras un momento, vio al chico elfo que estaba en las sombras con otra roca levantada. La cara del chico estaba retorcida de rabia, y su otra mano estaba apretada en un puño.

No trabaja con los ladrones por elección, entonces, se percató Lemet, incluso mientras se levantaba. Cuando no tienes familia que te cuide, los ladrones podrían ser la única cosa entre tú y una lenta muerte cuando llegue el invierno.

Los caballos aullaron mientras la diligencia se detenía.

Lemet corrió por la calle, medio agachado, ignorando el susurro aturdido de Thren tras él. Agarró el hombro del chico, evitando su siguiente lanzamiento, y el chico se dio la vuelta y trató de golpearle. Lemet captó su puño.

—Mataron a mi madre, —dijo el chico, tirando contra el agarre de Lemet.

—¡*Cállate*! —Lemet empujó al chico de vuelta al callejón. El chico se deslizó en el barro y aterrizó con un chapoteo. Sus grandes ojos se abrieron con miedo, y Lemet se movió para ir tras él. Este callejón no era un callejón sin salida. Si corrían…

Una fuerza aplastante golpeó a Lemet contra la pared, y cayó con fuerza. Rodó mientras una bota le atrapaba fuertemente en las costillas y alzó la mirada hacia la cara enfadada de uno de los guardias… no el que había sido golpeado por la roca.

—¿Encontraste a los pequeños bastardos? —llegó una voz vaga desde la diligencia.

El guardia miró a Lemet, que llevaba ropas de trabajo manchadas de barro pero aún servibles, luego al chico, que llevaba harapos robados y aún sostenía una roca en la mano.

Las costillas de Lemet estaban ardiendo, y sintió la sangre en su cara cuando golpeó la pared.

El guardia se movió hacia el chico.

Lemet agarró la bota del guardia.

—¿Cuántos de ellos había? —llegó la voz desde la diligencia de nuevo.

El guardia miró con dureza al chico, luego a Lemet, y finalmente dio un diminuto asentimiento.

—Sólo este, Lord Mainserei, —dijo el guardia, y tiró de Lemet fuera del callejón.

Mientras el guardia que había sido golpeado por la roca llegaba hacia Lemet, con la espada desenfundada, Lemet cerró los ojos y agradeció al Hacedor que algunos humanos fueran mejores que otros.

* * *

Celene se despertó lentamente, con Briala en sus brazos, y observó el pálido sol de otoño reptar hacia su dormitorio.

Ella recordaba dormir más de niña, recuperarse de un día agotador de entrenamiento bárdico o una noche de fiesta hasta tarde. Despertaría ante el sol brillante de Val Royeaux surcando a través de su ventana, enrollada en sus sábanas tan suaves como las nubes, y

lujosamente dejar su mente viajar a la deriva desde la comodidad de los sueños a la excitación de lo que traería el día.

Eso fue antes de que todo Orlais se hubiera convertido en su responsabilidad.

Ahora, leía informes y estudiaba documentos junto a las lámparas brillantes hasta que su cabeza palpitaba y era demasiado tarde como para beber más té, luego se lanzaba a la cama y cerraba los ojos con fuerza, forzando a su mente a parar de ir de problema a problema como un pequeño perro cazando ratas en la bodega. Se despertaba bien antes del amanecer, su corazón palpitando por cualquier preocupación que la había sacado de su sueño, y trataba con sus miedos hasta que encontraba una idea por la que mereciera la pena levantarse para escribirla.

El único momento en que su mente le daba un respiro era cuando Briala dormía junto a ella.

Su amante elfa hacía suaves sonidos al dormir, y Celene acariciaba su pelo ausentemente. Los rizos negros brillaban a gris con la luz de antes del amanecer, luego pasaban al marrón claro de la canela mientras el sol traía color a la habitación.

Marrón sucio, lo había llamado Celene, cuando Briala la esperaba de niña. Marrón de estiércol de caballo, una sombra fea de los rizos dorados de Celene. Antes cuando ambas habían sido niñas, antes de que Celene hubiera conocido el valor de tener una amiga en la que pudiera confiar, que no era una competidora en el Juego.

Ella observó la garganta de Briala, donde su pulso se movía. Su piel era más oscura que la de Celene, aunque pasaba la mayor parte de sus días dentro y no mostraba líneas oscuras en la piel desnuda alrededor de sus ojos. Briala trataba de ignorarlo, pero Celene sabía que estaba bastante avergonzada de ellas. No por las orejas que la delataban como elfa incluso bajo la máscara, no los encantadores ojos líquidos, sino su piel bañada por el sol, punteada con un espray de pecas.

Celene movió un dedo por el brazo desnudo de Briala, sonriendo mientras la elfa se despertaba.

—Podrías haberme dicho que no podías dormir, —dijo Briala.

—Te has ganado un descanso, —dijo Celene con una sonrisa, y la besó en la mejilla.

—¿Cómo fue el resto del baile? —preguntó Briala, estirándose mientras se levantaba. Ella salió de la cama y fue a un pequeño armario donde la tetera encantada de Celene había sido llenada la última noche.

Celene sonrió.

—Creo que te quedaste con las partes más excitantes. —Ella tanteó en busca de su túnica, luego la cogió mientras Briala se la deslizaba con su mano libre incluso mientras mezclaba el té—. El Bann Teagan mandó una carta con su sincera gratitud, y dice que ahora va a volver a Ferelden antes de que se meta en más problemas. El Marqués de Montsimmard desea fondos para contratar mercenarios para que asistan a los templarios a rastrear apóstatas que huyen del Círculo, un problema que se ha vuelto sólo peor desde el desastre de Kirkwall. Y por supuesto, el Conde Chantral de Velun continúa creyendo que

el Lago Celestina es un paraíso tan inimaginable que la Emperatriz de Orlais debería desear casarse con él.

Briala se rió. Chantral había sido educado, sincero y torpe desde hacía años.

—¿Alguien más? —Ella sirvió el té y pasó a Celene una taza y un platillo.

Celene dio su primer sorbo de la mañana, y la diminuta tensión en la parte trasera de su cráneo se soltó ante la especia caliente. Ella sonrió, inhaló el aroma, y bajó la taza para ponerse la túnica sobre los hombros.

—Gracias.

Briala sacudió la cabeza y sonrió.

—Es sólo por puro interés propio, Majestad. La he visto *sin* su té de las mañanas.

Celene resopló indignada, luego cogió su taza y el platillo y dio otro maravilloso sorbo.

—Hay noticias de Lydes, —dijo tras un momento, finalmente respondiendo a la pregunta de Briala.

—¿Del Duque Remache? —Briala dejó de mirar a través de los tocados en el armario, volviéndose hacia Celene con los ojos bien abiertos.

—No mucho antes de que tú y Ser Michel destruyerais al querido Gaspard, Remache declaró que el gran duque es un zoquete, inculto y grosero. Dijo que Gaspard no sería invitado a la caza de invierno en Lydes este año, y que si lo aceptaba, que Gaspard no cazaría en Val Firmin tampoco.

Briala estaba planeando el vestido de Celene para el día mientras escuchaba, escogiendo la joyería y los accesorios que complementarían las actividades programadas de Celene.

—Esa es una oferta mucho más generosa que la anterior. Si Remache puede llevarse a esos lords y ladies con él, a Gaspard no le quedará nadie para escuchar sus llamadas a la guerra con Ferelden.

—¿Pero perder tus visitas a media noche? —Preguntó Celene con una sonrisa—. Creo que es un precio demasiado alto.

Los labios de Briala se retorcieron en una mueca.

—Difícilmente serías la primera gobernante en recibir la ocasional visita a media noche de alguien aparte de tu señor marido. —Pero sus ojos no se cruzaron con los de Celene mientras lo decía—. Y si casarse con Ferelden ya no es una opción…

—Me temo que no lo es. —Celene había una vez, en sus años más jóvenes, esperado hacer mediante el matrimonio lo que Meghren y sus apócrifos mabari habían fracasado en hacer por la fuerza. Con la fuerza de Ferelden tras ello voluntariamente, el Imperio Orlesiano habría tenido el poder de rechazar la agresión Nevarrana e incluso detener a Tevinter.

Desafortunadamente, el Rey Cailan ya se había casado en ese momento. Dada cuánta sangre había sido derramada para colocar a un nuevo rey en el trono de Ferelden —y cuánto tenía aún que reconstruir Ferelden tras la Ruina más reciente— cualquier manipulación percibida de Orlais sería tomada como otro ataque.

Podría haberse casado con otro noble Fereldeño, por supuesto, pero eso habría provocado el problema opuesto. Los nobles más guerrilleros, como Gaspard, habían agarrado sus espadas incluso si Celene se hubiera casado con un rey Fereldeño, indignados por que la emperatriz de la nación más grande del mundo se hubiera rebajado a casarse con el rey de los señores de los perros en lugar de uno de ellos. Si se casaba con alguien inferior, demasiados más estarían de acuerdo con ellos.

Y en su corazón, Celene honestamente también.

—Merece la pena considerarlo, —dijo Briala, interrumpiendo los pensamientos de Celene. Celene miró para ver que Briala estaba rellenando su taza de té, sus ojos aún bajos.

—No lo merece. —Celene cogió a la elfa por el hombro y suavemente inclinó hacia arriba la barbilla de Briala hasta que aquellos hermosos ojos se encontraron con los de ella—. Si me ato a algún lord, será por más que unos buenos terrenos de caza en las Llanuras Deauvin. —Quizás era egoísta. Quizás era un error en el Juego, incluso. Pero Celene ya había perdido lo suficiente de su propia vida por el Imperio de Orlais… como lo había hecho Briala.

La mirada de Briala se suavizó.

—Majestad.

—Ahora dime qué esperar del ministro de comercio esta mañana.

—Te va a pedir que apruebes una alteración de la ley de las tasas de comercio por los Valles. —Briala volvió a Celene mientras hablaba, quitándole la túnica—. Las ganancias han sido pobre en el área, y sugiere un ligero aumento de impuestos por carreta.

—¿Pero? —Celene suspiró mientras los dedos de Briala iban a trabajar en su espalda, desatando la tensión ya presente en anticipación de un día enlazado en un estrecho corsé.

—Está atacando a los mercaderes elfos. —Los dedos ágiles de Briala se abrieron paso por los hombros de Celene y luego bajaron por su columna, y Celene se inclinó hacia atrás un poco hacia las manos de su amante—. Bueno, cualquiera de los mercaderes menos ricos, en realidad. Usan caravanas o carretas más pequeñas, mientras que los mercaderes con un respaldo noble usan unas más grandes. Un impuesto por carreta difícilmente afectará en absoluto a los nobles, pero podría romper a muchos de los mercaderes más pobre.

—¿Qué hay acerca de un aumento en los impuestos por piedra de carga? —Preguntó Celene—. Condicionar el peso de los diferentes bienes, y debería afectar a los nobles y los plebeyos con más igualdad.

—Tendría que comprobar los números, pero eso podría traer también más dinero al trono, —dijo Briala, aún trabajando en la espalda de Celene.

—Gracias. —Celene miró por la ventana. El sol había salido por el horizonte, y la habitación estaba brillante con la luz del día. Reluctante, ella se volvió a quitar la túnica y se alejó de los dedos calmantes de Briala—. Me gustaría que averiguaras cómo le va a Gaspard hoy. Si el capitán de los guardias no tiene más información, podríamos tener que buscar a la bardo.

—Ella no ha abandonado formalmente a Gaspard, —dijo Briala—. Mi gente le perdió el rastro. Los he tenido buscando, pero una bardo orlesiana puede ser difícil de encontrar cuando ella quiere.

Celene sonrió.

—Siempre. ¿La pinza zafiro, crees, o el lazo de diamantes Antivanos?

Briala frunció el ceño y alzó ambos un momento, mirando a Celene críticamente.

—El zafiro le va mejor, pero reunirse con los mercaderes… los diamantes Antivanos son un recordatorio de nuestro comercio.

Celene había estado pensando lo mismo.

—Entonces sacrifiquemos mi estilo en el altar del simbolismo apropiado.

Briala se acercó, sonriendo, y la besó suavemente.

—Es usted una mártir, Su Resplandor.

Entonces sacó su máscara del vestidor, se movió hacia el espejo que ocultaba el pasadizo a su habitación, y se fue.

Celene alzó su taza de té hacia sus labios e inhaló profundamente. Cuando acabara su segunda taza, llamaría a sus sirvientes, y Briala y otros vendrían a vestirla, a estilar su pelo, y aplicar el maquillaje del día.

Nadie salvo Briala sabría nunca sobre aquella primera taza de té, o un par de momentos robados con la mujer que la dejaba dormir por las noches.

* * *

Gaspard aceptó la reverencia del Conde Chantral de Velun e hizo un gesto al hombre para que se sentara. El Marqués de Montsimmard ya estaba allí, sorbiendo su brandy.

Estaban en el fumadero en la casa que Gaspard tenía en Val Royeaux. Las paredes borgoña y las ricas mesas de jabí estaban decoradas con trofeos ganados de la caza o de la batalla. En una esquina, una cabeza de hombre lobo con una mueca estaba montada junto a una espada ancha enorme de un engendro tenebroso, y en una mesa ante ellos, una rosa tallada de un único trozo enorme de ámbar se sentaba en una vasija decorativa de cristal, señalando un torneo que Gaspard había ganado en sus días más jóvenes.

Gaspard hizo un gesto al sirviente que había presentado a Chantral, y el sirviente se fue corriendo, cerrando la puerta tras él.

—¿Le apetece una copa? —dijo Gaspard, y Chantral se dobló, haciendo que las absurdas hebras de perlas negras de su máscara claquetearan simpáticamente.

—Me temo que si paso mucho tiempo con mis copas, terminaré pasando poco tiempo en mi silla. —Chantral, como Gaspard y Montsimmard, llevaban cueros de cabalgar en lugar de las finerías normales. La emperatriz había invitado a los nobles de Val Royeaux a ir a cazar más tarde ese día.

—¿Qué es esto? —preguntó Montsimmard, riéndose. Era un hombre grande, un buen soldado en su juventud, aunque se había vuelto gordo después de que una mala rotura en una gran melé le hubiera dejado su brazo de la espada permanentemente debilitado y le

forzara a colgar su espada. Sin embargo, una alta pluma amarilla cabalgaba sobre su brillante máscara de lirio, señalándole como un gentilhombre—. ¿No puedes aguantar el brandy, Chantral? ¿Qué hay que hacer en Velun aparte de beber?

Chantral se tensó, y Gaspard alzó una mano.

—Paz, hombres. Montsimmard, no seas tan cabrón. —Montsimmard se rió entre dientes, alzó un vaso, y bebió profundamente—. Entonces, Chantral. ¿Qué piensas de la actuación de la última noche?

Chantral se bajó en una gran silla excesivamente acolchada, sus idiotas perlas claqueteando de nuevo.

—Lo encuentro perturbador, mi lord. —Él asintió a Gaspard—. Veo que has recuperado tu pluma.

—Oh, tenemos docenas de esas cosas, —dijo Montsimmard, riéndose entre dientes—. Siempre se rompen o ensucian, y eso es sólo de los bailes. Durante la temporada de torneos, tienes una jodida suerte si no necesitas una tras cada enfrentamiento.

—Pero, —dijo Gaspard, haciendo un gesto a la nueva pluma en su propia máscara—, el corazón del asunto permanece. Más que responder a una demanda de satisfacción con un honorable duelo, Celene escogió *cortejar* a Ferelden.

—Usando la marca de los gentileshombres como un *juguete*, —dijo Montsimmard, y no había sonrisa en su cara ahora—. Bien podría haber jugado a lanzar el aro con la corona imperial.

—Yo no soy un gentilhombre, como bien sabéis, —dijo Chantral, lo cual Gaspard francamente tomó como algo de entendimiento. El tenso y delgado Conde de Velum probablemente no había visto sangre derramada en combate. Aún así, su corazón estaba en el lugar correcto, ya que añadió—: Pero también amo a Orlais. Mi padre murió luchando en Ferelden. No vería su artificio convertido en un entretenimiento del momento para la emperatriz.

—No estás solo. —Gaspard le dio a Chantral la sonrisa que usaba en los torneos, la que hacía a los oponentes preguntarse qué sabía que ellos no—. Hay mucho como nosotros, hombres que están dispuestos a salvar a Orlais de la mujer que lo entregaría a nuestros enemigos con un beso y un adiós.

Chantral se quedó helado.

—Hablas de traición, mi lord.

—Hablo del bien de nuestro imperio, Chantral. —Gaspard lanzó un suspiro. El hombre claramente había sabido el propósito de la reunión, pero como la hija desmayadiza de un noble, necesitaba ser provocado—. Celene ha gobernado durante veinte años, aún así se niega a casarse, incluso cuando su imperio necesita desesperadamente fuerza y estabilidad. Flirtea con Ferelden y juega con vosotros, incluso mientras nuestros magos y templarios miran a lo que está pasando en las malditas Marcas Libres y tienen peligrosas ideas. Ella no hace nada. —Él terminó su propio brandy con un largo trago, dejando salir el aliento mientras ardía bajando por su garganta—. Y con esa inacción mortal, ella ha cometido traición.

Hubo un largo momento de silencio. Montsimmard le dio a Gaspard una rápida mirada, y Gaspard sacudió la cabeza ligeramente. Había sido un riesgo calculado. Incluso si Chantral se negaba a unirse a ellos, probablemente podría no quedarse cayado con cierta ligera presión. Y como un gentilhombre, Gaspard nunca sería tan brusco como para matar al hombre en mitad del fumadero.

—Creo, —dijo Chantral—, que *tendré* que beber después de todo.

—Buen hombre. —Montsimmard llenó otro vaso y se lo pasó, y Chantral lo cogió con los dedos temblorosos.

Gaspard sonrió. Celene probablemente pensaba que había ganado el encuentro de la última noche, y quizás, en las mentes de los petimetres y dandis, lo había hecho. Pero esos no eran los hombres que Orlais necesitaba en la batalla que se avecinaba.

—Planeo acercarme a ella en la caza de hoy, —dijo Gaspard—, y ofrecerle mi mano. Quizás vea razón al fin, y todo esto sólo será una conversación ociosa entre hombres y brandy.

—Será difícil exponer tu caso enfrente de la gente reunida, —dijo Montsimmard, llenándose otro vaso del decantador—, mucho menos delante de su maldito campeón.

—Puedo encontrar algún modo de hablar con ella en privado, —dijo Gaspard, riéndose entre dientes—, en cuanto al campeón, creo que puede estar indispuesto esta tarde.

* * *

Habían pasado años desde que Ser Michel había sentido el escalofrío del terror, pero le llegó cuando vio la nota que yacía en la cama de su cámara. Fue una alerta repentina pulsante, una tensión en la piel por su cara que hizo que le dolieran los dientes en sus agujeros.

Ser Michel de Chevin, decía la nota plegada. La escritura era fina y limpia en las primeras dos palabras, pero en «de Chevin,» las líneas eran romas e irregulares. Un lector normal podría pensar que la mano del emisor se había deslizado, o que su bolígrafo se había roto.

Michel abrió la carta. Tenía un tiempo y un lugar, nada más, y sin firma.

Como el campeón de Celene, Michel conocía su horario diario de corazón. Esta mañana, ella iba a reunirse con los ministros de comercio, una función normal a la que no se esperaba que asistiera. Por la tarde, sin embargo, estaría cazando con los nobles que aún estaban en Val Royeaux tras el baile de la última noche. Necesitaría estar a su lado para eso, tanto por el bien de las apariencias como por el conocimiento práctico de que muchos títulos cambiaban de manos durante «accidentes de caza». Si mantenía la reunión corta, de un modo u otro, Michel creía que podría estar de vuelta a tiempo.

El campeón de la emperatriz era una figura que caminaba por la periferia de la corte. Aunque el nombre «de Chevin» mostraba que venía de sangre noble, se esperaba que rehuyera de todas las ambiciones personales, para no tener lealtad salvo a la emperatriz y

al honor de los gentileshombres. Aunque había jurado defender a Celene de asesinos y luchar en su nombre en cualquier desafío, era tanto confidente como guardia, ocultando mil secretos y se esperaba que fuera sus ojos y oídos cuando ella no estaba presente. En cualquier batalla, en cualquier acontecimiento público, él era la personificación viviente de la propia emperatriz, justo del mismo modo que el Gran Duque Gaspard, en Tevinter o Ferelden, sería una personificación viviente del poder de Orlais.

No es, admitió Michel mientras se vestía, que Gaspard fuera a apreciar la comparación en ese momento.

Se vistió con sus ropas de montar. La chaqueta estaba reforzada con parches de acero por las mangas, así como la parte exterior de los calzones. Mientras que no ofrecía la protección de su armadura completa, le permitía moverse y le daba un par de opciones en una pelea. Hoy, su armadura no era una opción. Hoy, era la personificación viviente de nada y de nadie.

Llevó su máscara hasta que estuvo fuera del palacio, habiéndose marchado sin ser detectado a través de una puerta de servicio, y luego se la deslizó en un bolsillo dentro de su chaqueta. Caminando a través de Val Royeaux sin su máscara, era sólo otro hombre. Podía haber sido el hijo de un mercader, o un soldado marchándose.

Aunque no corrió, la agitación mantenía su paso naturalmente rápido. Pronto, estaba abandonando el distrito rico cerca del palacio. A su izquierda, vio una línea de verde bajo una torre. Un par de minutos después, era un parque, situado en una baja colina que lo dejaba visible desde la mayor parte de la ciudad. Sobre la colina, se reveló que la torre era el centro de una pequeña fortaleza: la Academie des Chevaliers.

La Academie era accesible por un camino angosto que llevaba a través del parque. Por tradición antigua, sólo a los gentileshombres se les permitía caminar por el césped, junto con los estudiantes que estaban usando el parque para los ejercicios.

Michel vio un grupo así ahora, una docena de hombres jóvenes —y una o dos mujeres— en una abultada armadura de entrenamiento, trepando los árboles. Gruñendo con cansancio, tiraban de sí mismos hacia las ramas más altas, agarraban un trozo de tela brillante, y volvían a bajar mientras un maestro les gritaba que se dieran prisa. Tan pronto sus pies tocaban el suelo, una pesada espada de entrenamiento y un escudo eran empujados a sus brazos, y los instructores atacarían con bastones acolchados. Michel recordó sus pulmones ardiendo, sus brazos exhaustos moviéndose como ramas al viento mientras trataba de mantener en alto su escudo. Cuando el ejercicio se completó, los instructores agarraban los trozos de tela y los volvían a colgar en los árboles, y todo empezaba de nuevo. Michel puso una sonrisa mientras un estudiante se resbalaba y caía al suelo. Por la mirada en la cara del instructor, el chico estaría haciendo ejercicios extra mañana.

Los años que había pasado en la Academie habían sido los mejores de su vida. Había entrado sin nada excepto una carta de presentación del Conde Guy de Montfort confirmando su sangre y un monedero lleno de oro para pagar su tutela. Había hecho ejercicios desde el amanecer hasta el anochecer, aprendiendo cómo levantarse, cómo

respirar, cómo hacer que su cuerpo se moviera cuando los músculos ya no escuchaban más. Había aprendido las formas de la espada ancha, la espada y escudo, una espada larga junto a una corta. Había aprendido cómo hacer que un caballo de guerra entrenado se moviera como si fueran sus propias piernas, y cómo luchar desde un caballo sin entrenar sin matarse. Había luchado con placas, malla, y en cuero, aprendiendo cómo usar instintivamente cada tipo de armadura en su ventaja.

Y había aprendido la orgullosa historia de los gentileshombres. Había aprendido a valorar el deber y el valor en la batalla sobre su propia vida. Había aprendido a alzar su escudo para bloquear un golpe intencionado para un camarada, a aceptar su propia muerte como el resultado inevitable de una vida vivida en persecución del honor.

Cuando acabaron las pruebas en la Academie, él y otros estudiantes sénior fueron llevados a la ciudad. Se los llevaron del palacio, de los libros de historia, de los relatos de gloria. Fueron llevados en diligencia a los suburbios después del anochecer.

Vuestros cuerpos han sido probados, y determinados fuertes, habían dicho los maestros. Vuestras mentes han sido probadas, y determinadas agudas. Los maestros habían pasado un pellejo de vino fuerte, empujado a los estudiantes fuera de las diligencias, y dicho, ahora, probad vuestras espadas. Tres veces este año, los elfos de esas calles habían herido a un lord de Orlais, y una vez a una lady. Adelante y mostrad la justicia de los gentileshombres de Orlais.

Michel había sabido que el relato que los maestros habían contado lo más probable es que fuera una mentira, y que incluso si fuera cierto, no tenían forma de saber qué elfos habían cometido el crimen. También había sabido que la verdad no era el punto de esta última prueba. Había bebido el vino, y había probado su espada.

Ser Michel *de Chevin* nunca había mirado atrás.

Se dio la vuelta de la Academie des Chevaliers y caminó hacia los suburbios.

Poco tiempo después, caminó hacia la taberna señalada en la nota. Era un agujero sórdido, y tan temprano en el día los hombres dentro eran borrachos y ladrones sin ningún otro sitio al que ir.

Melcendre, la bardo de pelo oscuro del banquete de la última noche, se sentaba sola en una endeble mesa vieja. Llevaba cueros hoy en lugar de un vestido, y había cuchillos en sus caderas en lugar de una flauta. Sonrió mientras él entraba.

—Ser Michel, —dijo ella, su voz melosa ahumada llena de diversión—. Honra a esta humilde taberna con su patrocinio.

Él se sentó.

—¿Por qué estoy aquí?

—Quizás quería que recordara su infancia, —dijo con una sonrisa dulce. Los dedos de Michel agarraron la mesa hasta que la vieja madera se agrietó—. Ah, no hay sentido del humor entre los gentileshombres. He tenido que aprender y reaprender esa lección cada vez que he tratado con ellos. Los peligros de vivir por sus entrañas, ya me entiende. Y ahora que lo pienso, —añadió ella—, me pregunto si se reirían cuando descubrieran

que hay algunas dudas sobre la sangre del joven noble que entrenaron. ¿Cree que se reirían, Ser Michel?

—¿Crees que eres la primera que busca avergonzarme por ser un primo lejano de los Chevins, por llegar por una vía muerta? —Michel miró mientras la bardo alzaba unas cejas finamente recortadas y mantenía su voz constante y confiada—. Cuestionar mi cuna es cuestionar mi honor, cantante. Tras la vergüenza de una ofensa formal, seré resalzado, mientras que usted lo más seguro es que muera por este insulto.

Melcendre no dijo nada.

Había merecido la pena el intento. Michel suavizó la voz.

—Aún así, *sería* una vergüenza, y tengo poco interés en tu muerte. ¿Qué es lo que quieres? No imagino que me hayas llamado aquí a no ser que tenga algo que quieras.

La bardo se rió entre dientes y chasqueó los dedos. Tras Michel, cada hombre en la taberna desenvainó una espada.

—Ser Michel, ya lo ha traído.

3

Michel escuchó el metálico siseo de las espadas saliendo de las vainas tras él.

—¿Seis? —preguntó a la bardo.

Ella sonrió.

—Siete, ¿pero quién está contando?

Michel giró, pateó la silla hacia los hombres tras él, y se movió.

Su espada —no su espada formal, sino una espada larga de acero rojo que era lo suficientemente buena como para usarla pero lo suficientemente simple como para evitar la atención— se deslizó de su funda y fue hacia la garganta del primero hombre en una ejecución impecable del *Duelista Coge una Manzana*.

Ninguno de los hombres se había movido aún, y mientras el grito del shock se alzaba, Michel empujó con el hombro al hombre moribundo hacia uno de sus camaradas, luego apuñaló *a través* de él al otro hombre con un empujón perfectamente dirigido que había aprendido del *Segundo Escudo*. Ambos hombres cayeron mientras Michel tiraba liberando su espada.

Siete eran ahora cinco. Melcendre había sacado una daga, pero se mantuvo bien atrás de la melé.

El resto estaban moviéndose ahora, balanceando las espadas hacia él, y Michel se hundió en medio de ellos. Bateó la mayoría de los golpes a la derecha con un gran golpe de barrido, recibió uno en el antebrazo reforzado de su chaqueta a la izquierda, y rompió a través del círculo donde habían tratado de encerrarle.

No había una segunda espada, así que el *Oso Aporrea a los Lobos* no se aplicaba. Pateó la silla caída a la izquierda para frenar a los hombres, luego se movió a la derecha, sosteniendo su espada larga con ambas manos mientras balanceaba bajo hacia las rodillas de su enemigo más cercano. El hombre enfrente de él se movió para bloquear su golpe, y Michel usó su agarre a dos manos para invertir la dirección y apuñalar, atrapando al hombre con un corte superficial pero feo en la cara.

Cuatro. Melcendre tenía una mesa entre ella y Michel, mirándole nerviosa.

Michel se balanceó de nuevo a la izquierda, golpeando a un lado un golpe que sólo había oído, y entró para golpear con su empuñadura la cara de su enemigo. Estaba demasiado cerca para apuñalar al hombre, pero él apuñaló *junto* a él, otra sucia maniobra del *Segundo Escudo*, y cogió al hombre detrás de él por sorpresa en la rodilla. Con un rugido, Michel se lanzó hacia delante y dirigió a ambos hombres hacia atrás. Golpearon una mesa y cayeron, y Michel retrocedió y apuñaló una vez, dos, terminando con ellos.

Tres y dos. Desde la esquina de su visión, vio a Melcendre romper hacia la puerta.

No fue lo suficientemente rápido mientras se giraba, y un dolor ardiente le cortó el lateral mientras el hombre tras él le daba. Puso una mueca, bateó a un lado el segundo golpe, cortó las muñecas del hombre, y luego subió cortándole la garganta.

Queda uno. La propia bardo.

Michel corrió por la habitación y salió por la puerta, frenéticamente tratando de encontrarla antes de que se perdiera en la multitud del mercado de fuera.

Vio movimiento por el rabillo del ojo, algo lanzándose, volviéndose y cortando.

Era un fino saco de tela, y estalló al golpearle, mandando una nube de polvo verde en su cara.

Se tambaleó hacia atrás, tosiendo y ahogándose mientras el dolor dañaba sus ojos y garganta. Cegado, incapaz de respirar, Michel no quería otra cosa que acurrucarse en el suelo, pero los años de entrenamiento le mantuvieron en pie, la espada en alto e instintivamente moviéndose hacia un giro defensivo.

No le hizo ningún bien. Algo romo le golpeó en la cabeza desde atrás.

Golpeó el suelo, su último pensamiento consciente que sus maestros deberían haberse disgustado con él por olvidar que debería haber convertido a la bardo en su primera muerte.

* * *

Celene estaba enormemente descontenta al encontrar que su campeón no estaba cuando llegó la hora para la expedición de caza de la tarde en los gentilmente domados bosques de fuera de Val Royeaux. Tras la victoria de la última noche era vital mantener el impulso en marcha, para hacer retroceder a Gaspard durante las pocas semanas que le llevaría a la Divina Justinia prepararse y dedicar la Capilla a dirigir la acción en la creciente hostilidad entre los templarios y los magos. El viaje de caza le daría una oportunidad de evaluar a los nobles indecisos e indicarles la dirección correcta, y demostrar a los nobles aliados con Gaspard que moverse en su contra tendría consecuencias.

Ser Michel no era nada salvo puntual y responsable. No había dejado ningún mensaje. Estaba claro que su ausencia no era intencionada, entonces.

Celene mandó a Briala a encontrarle. Luego, porque cancelar la caza sería un acto de debilidad, llamó a su brillante yegua blanca, ajustó sus faldas de cabalgar, y fue a la batalla.

Los lords, y aquellas ladies que cabalgaban, sumaban quizás una docena, además de sus sirvientes, los guardias de Celene (suficientes para protegerla incluso sin su campeón presente), y los cazadores que trataban con las minucias a los que los nobles no les importaba atender ellos mismos. Mientras cabalgaban hacia los bosques —árboles cuidadosamente esculpidos, suficientes para ofrecer una buena caza, pero no los suficientes como para representar una auténtica amenaza a un jinete inexperto— había ruido alrededor de Celene. Órdenes hoscas de los sirvientes a sus subordinados, bromas y risas entre los nobles, el ladrido ocasional de los perros de caza. Los nobles llevaban tocados de montar o cueros, todos acentuados con plata y oro y lazos que complementaban sus máscaras de montar. Los sirvientes viajaban detrás, siempre

preparados para salir corriendo con una copa de vino aguado o un espetón de carne, queso, y fruta empapada en vino para un jinete más interesado en comer que en cazar.

Celene cabalgaba en un silencio helado, una sonrisa educada congelada en su cara. En su agitación mientras ordenaba la búsqueda de Michel, había rechazado tomar el té antes de irse, y sus nervios se sentían simultáneamente crudos y nublados por la ausencia.

Junto a ella, el Gran Duque Gaspard cabalgaba en el lugar normalmente ocupado por Ser Michel.

—¿No trajiste un arco, Gaspard? —gritó el Marqués de Montsimmard, llevando su corcel cerca.

Gaspard miró atrás.

—No lo hice, —dijo él—. No desearía asustar a nadie de alta cuna con la visión de sangre.

—¿Entonces qué bebes, primo? —preguntó Celene sin mirar. Gaspard se rió entre dientes.

—No puedes esperar hacer caer nada sin un arco, —gritó Lord Chantral Estaba ruborizado y extraño en la silla de montar.

—Si es necesario, —dijo Gaspard, aún sonriendo—, usaré una pluma.

Los nobles se quedaron en silencio.

—No es tu arma más fuerte, —observó Celene—, dado lo fácilmente que fuiste desarmado la última noche.

Los nobles se rieron, pero era una risa nerviosa, no la rica reacción de una multitud de su parte. ¿Había juzgado mal la victoria de la última noche?

Luego, delante, los perros aullaban en persecución. Celene se volvió hacia el grupo.

—¡Vayamos nosotros! —Con un gesto a sus guardias, espoleó su montura y se fue cabalgando a los bosques.

Los otros nobles estaban sorprendidos… las cazas de Celene eran normalmente un asunto más relajado, con los nobles cabalgando como un grupo para encontrar cualquier pobre animal que había sido perseguido o arrinconado por los perros y luego acabando con la bestia con arcos o espadas. El intercambio con Gaspard la había agitado, aún así, y necesitaba la interrupción para recomponerse para el siguiente intercambio. Su caballo golpeó a través de los bosques, rápidamente perdiendo a los otros mientras cada noble encontraba una ruta diferente a través de los árboles, tratando de alcanzar a la presa primero.

Luego el ruido de cascos tras ella demostró que se equivocaba. Era un caballo pesado con un jinete experimentado, y en lugar de tratar de huir, Celene ralentizó a su yegua a un trote. Gaspard se puso a su lado un momento más tarde.

—Su Majestad Imperial.

—Primo.

En momentos, el resto de los nobles estaban fuera del alcance del oído, y el par cabalgó por el camino fácil y bien mantenido.

—Habría sido un desperdicio traer mi arco, en cualquier caso, —dijo Gaspard tras un tiempo.

—¿Eres un cazador tan incompetente? —preguntó Celene.

Gaspard se rió entre dientes.

—No. Pero estos bosques están tan domados. Son prácticamente un parque. Prefiero la caza en los Lydes.

—Es una lástima que no vayas a visitar al Duque Remache para cazar este invierno, entonces.

—En realidad, Remache me invitó tarde la última noche, tras el baile, —dijo Gaspard, su voz volviéndose dura—. Dijo que el bosque se había vuelto tan peligroso que daba la bienvenida a un hombre de honor.

—Oh, para, —dijo Celene irritada—. No hay nadie salvo nosotros alrededor.

Gaspard estuvo en silencio junto a ella un momento. Luego estalló a reír.

—¡Por el aliento del Hacedor, Celene! —Él se golpeó la pierna—. Nunca te faltó coraje, te concederé eso. Si fueras un hombre, estarías liderando los ejércitos tú misma.

—¿Es eso por lo que planeas en mi contra, Gaspard? —preguntó ella, mirándole por encima—. ¿Porque no soy un hombre?

Él en realidad pareció pensarlo.

—No, —dijo finalmente—, el auténtico problema es que no eres yo.

—Poca gente lo es, Gaspard. Celene sacudió la cabeza. Al menos era honesto en su necedad.

Llegaron a un claro, y Celene paró su montura.

—Tienes a Montsimmard y ahora a Chantral, y clamas tener a Remache.

—Entre otros. —Gaspard se encogió de hombros—. Parecería que lo de la pluma fue demasiado lejos.

—¿Amenazarías Orlais para ganar el trono? ¿*Ahora*?

—Absolutamente.

Celene hizo un gesto enfadada.

—¡Tú mejor que nadie deberías saber que los magos y los templarios estarán en guerra en una temporada a no ser que lo evitemos!

—Ciertamente lo estarán, y no veo que Su *Resplandor* haya hecho nada para detenerlo.

—Y *yo no veo*, Gran Duque, que invadir Ferelden fuera a ayudar. —Ella le miró—. Si hubieras matado al Bann Teagan, nuestros soldados habrían estado muriendo por tu estupidez para la primavera.

—Una buena guerra une al imperio. Quizás podamos dejar que aquellos idiotas en la Capilla y el Círculo maten a la gente de fuera de nuestras fronteras en lugar de dentro de ellas. —Gaspard extendió el brazo hacia arriba y, para sorpresa de Celene, se quitó la máscara.

Habían pasado años desde que había visto su cara completa. Sus rasgos aún eran afilados como los de un halcón y arrugados, y pasaba suficiente tiempo fuera como para tener marcas de bronceado por los bordes donde se asentaba normalmente su máscara.

Era efectivamente un desafío.

Tras un momento, Celene se quitó su máscara también. Dio un pequeño asentimiento, aún sonriendo.

—Tienes razón, ya lo sabes, —dijo él—. *Necesitamos* un imperio fuerte ahora mismo. No podemos permitirnos jugar juegos mientras la guerra se alza.

—Y aún así tú mismo juegas juegos, inflamando nuestra relación con Ferelden y asumiendo que yo aún me siento ociosamente mientras la Capilla se rompe a nuestro alrededor.

Gaspard alzó una ceja.

—Estas cediendo poder a Justinia.

—Le estoy dando a la Capilla una oportunidad de repararse a sí misma antes de que deba escribir mi nombre en la historia como la Loca Emperatriz que bañó Orlais en la sangre de su gente.

Él sacudió la cabeza.

—Siempre te preocupaste demasiado acerca de lo que la historia diría, Celene. —Entonces se inclinó hacia delante—. Cásate conmigo.

La cogió por sorpresa, y ella sabía que el shock se mostraba en su cara. Le maldijo por forzarla a quitarse la máscara.

—Presumes mucho, primo.

—Tienes acero en tu ser, Celene. —Su voz no llevaba burla, no llevaba humor—. Admiro eso.

—Tu esposa mató a mi madre.

—Por lo cual tu padre la mató, —dijo Gaspard sin ningún calor particular—, y luego él mismo murió, probablemente por el estilete envenenado que Calienne siempre llevaba bajo la manga. Y eso fue el Juego, jugado fervientemente tanto por tu lado como por el mío. Si deseas nadar en nuestra sangrienta historia en lugar de salvar Orlais, eres menos que la mujer que pienso que eres. —Él dejó salir el aliento, y la miró con una sonrisa pequeña—. Pensé que estarías fuera del Juego una vez tus padres estuvieran muertos. Al igual que el Duque Bastien, y el Duque Germain. Todos nos equivocábamos. —Él hizo un gesto alrededor hacia los bosques, asimilando todo Orlais con un barrido de su brazo—. Te preocupas acerca de la universidad, los tratados, los bailes y banquetes. Yo no. —Sonrió de nuevo, la sonrisa de un depredador—. Pero yo puedo mantener a Orlais a salvo, sin importar la sangre que requiera. Juntos, podemos salvar este imperio.

El hecho de que estuvieran distantemente emparentados significaba poco, y en realidad, tal matrimonio juntaría a toda Orlais. Celene realmente lo consideró por un momento, mirando a Gaspard mientras se sentaba sin máscara en su gran caballo de guerra, orgulloso y arrugado.

Pero finalmente, ella sacudió la cabeza.

—Necesito tu sabiduría y fuerza para defender al imperio, Gaspard. No necesito un marido.

Él sacudió la cabeza.

—Tenía que preguntarlo, —dijo encogiéndose de hombros.

Luego, con una velocidad que engañaba su tamaño, ancló su caballo al suyo. Su mano bajó sobre su hombro.

—Tus guardias están fuera del alcance del oído, y tu campeón parece estar indispuesto, Celene, —dijo sonriendo—. Yo no tuve parte en la muerte de tu madre… encuentro toda la condenada cosa desagradable, de hecho… Pero sé cómo montar un accidente de caza.

La mano de Celene se envolvió alrededor de su muñeca, y él gritó de dolor, luego se lanzó hacia atrás. Se alzó humo desde su brazo, y la fina tela fue calcinada. Él se aferró la muñeca herida a su pecho.

—Tomé el trono a los dieciséis, Gaspard, después de que tu esposa *matara* a mi madre, —dijo él, sosteniendo en alto su mano y mostrándole un brillante anillo de rubíes que chisporroteaba con fuego—. Y no, no tengo deseos de discutir la sangrienta historia de nuestra familia. La conozco bastante bien, gracias. —Con un retorcer de sus dedos, sacó un cuchillo de una vaina oculta en su brazo. Chisporroteó con fuego mientras lo alzaba—. Y no he gobernado Orlais durante veinte años con bailes y banquetes.

La mano de él fue a su espada, y por un momento, ambos se quedaron quietos.

Él se movió, y Celene cortó, trazando una línea de fuego por su antebrazo mientras su espada salía de su vaina. Ella sacó a su caballo del alcance y se agachó. El alcance de su espada ponía las probabilidades a su favor, pero si le había herido lo suficiente en su brazo de la espada…

Entonces en la distancia, los perros aullaron de nuevo. Gaspard miró en aquella dirección, y luego suspiró y hundió la cabeza en una breve reverencia.

—Sólo recuerda, prima. Todo lo que ocurra, podrías haberlo evitado con los votos de boda. —Él enfundó su espada.

Ella podía alzar la alarma justo entonces, lo sabía. Algunos de los nobles de Gaspard eran lealistas endurecidos, pero algunos palidecerían ante empuñar el acero contra la emperatriz. Podía tener a su primo esposado tan pronto sus guardias llegaran.

Pero si lo hacía, Orlais estaría en guerra antes de que se pusiera el sol.

Él volvió a deslizarse la máscara y, aún sosteniendo su brazo quemado cerca, cabalgó de vuelta fuera del claro.

Celene sacudió la cabeza y deslizó su cuchillo de vuelta a su funda.

—Indispuesto, —murmuró ella—. Necesitaremos encontrar a Ser Michel.

* * *

Briala se escabulló fuera del palacio y dejó su máscara, junto con su fina capa de piel, en una de las cajas ocultas que usaba para tales propósitos. Luego, como sólo otra elfa —una

de las docenas que servían a los mercaderes y a los conductores de caravanas en el distrito del mercado— empezó a buscar palabras acerca de Ser Michel.

Los espías más famosos de Orlais eran los bardos. Eran legendarios por su habilidad de extraer información, de tramar intrigas y desentrañarlas con la suficiente habilidad como para volver a los nobles hacia sus propósitos. Eran invitados a jugar pese a esto, y a veces incluso debido a esto. Los lords y ladies que jugaban al Juego siempre se jactaban de ser lo suficientemente astutos como para ser rivales de un maestro de las mentiras y aprender algo del intercambio.

Pero incluso aunque los bardos superaban a los nobles, eran vigilados. Eran famosos. Eran legendarios.

Briala era sólo otra elfa en el mercado. Y los elfos estaban por todas partes.

Ella supo de un chico elfo que descargaba especias que Churneau estaba esperando una cosecha pobre este año. Una vieja elfa lavando ropa que se había empapado en la lluvia mencionó que los mercaderes de Val Firmin pensaban que algo raro estaba ocurriendo en la Fortaleza de Adamantio. Y después de que Briala le rogara con amables palabras y una sonrisa, un conductor de diligencias humano mencionó que el Conde Chantral había sido conducido a una reunión en los dominios del Gran Duque Gaspard esa misma mañana.

Briala caminó, y observó, y escuchó, esperando la pista que la apuntaría a la dirección correcta.

De niña, Briala había sido silenciosa y observadora, arreglando el pelo de una Celene de diez años mientras que la Viuda Marquesa Mantillon y el Duque Prosper, el primo de la madre de Celene, había cenado con los padres de Celene. Habían estado hablando de la caza, de cómo esperaban que fueran varios nobles cuando se iniciara la temporada. El Duque Prosper había dicho que Ferdinand y su hija tendrían problemas en atrapar algo, ya que el hermano de Ferdinand Meghren había arruinado el arco familiar. Le había parecido tonto y sin sentido a Briala.

Luego Prosper había dicho que Lady Celene tendría ocasión de probar su mano al cazar al león dorado, y Briala sabía lo extraño que era eso, porque Celene sólo apenas había empezado sus lecciones de arquería. Lady Mantillon había sugerido ayudar a la posición de Celene, y mientras que Briala nunca había visto un león, estaba segura de que eran demasiado peligrosos para luchar contra ellos.

Pero el aliento de Celene se había contenido mientras el Duque Prosper lo dijo, y Lady Mantillon y los padres de Celene habían mirado a la chica, y Briala había mirado hacia ellos, con cuidado de no hacer contacto visual como su padre le había enseñado, y había visto el símbolo de la familia de Celene, los Valmonts, un león dorado en un campo morado, y ella se había dado cuenta de los humanos no habían estado hablando realmente acerca de la caza después de todo.

Ella había recordado cómo su madre había discutido con otra sirviente elfa antes de que Briala se convirtiera en la doncella de Celene, cómo la otra sirviente había dicho que Briala trabajaría en las cocinas en su lugar y su *propia* hija serviría a Celene, pero a la

mañana siguiente, la sirvienta se había ido, y todo el mundo estaba hablando de cómo había sido pillada robando del monedero del Príncipe Reyaud.

La madre de Briala no había dicho nada, pero le había dicho a Briala que fuera muy cuidadosa, que obedeciera a Celene en todo, y que se convirtiera en la amiga de la chica humana noble.

Escuchando a los nobles hablar acerca de cazar el trono de Orlais, Briala sólo entonces se dio cuenta de cuánto había hecho su madre.

—¡Estúpida zorra orejas de punta! —De vuelta en el presente, Briala observó mientras una costurera humana gritaba a su sirvienta elfa. La chica se ruborizó, mirando a sus pies, mientras que todo alrededor en el mercado, los hombres sonreían y los elfos buscaban algún otro sitio al que mirar.

Briala se consoló notando que un par de los propios mercaderes eran elfos. Aún siendo raros, los mercaderes elfos con bienes únicos eran permitidos en el mercado de la clase alta, y Celene había declarado que las amenazas contra ellos eran indecorosas y desagradables en su última visita. Lenta pero segura, la gente de Briala estaba ganando terreno.

Había sido Celene la que le había enseñado a Briala a observar, ya que era una niña, especialmente una niña ella, no podía actuar como un hombre. Un hombre que actuaba rápida y agresivamente era ensalzado como valiente y atrevido. Una mujer que hacía lo mismo era estúpida y desesperada. Como elfa y plebeya, Briala ni siquiera podía defenderse a sí misma de los insultos o asaltos, al menos no mientras llevara la máscara de sirvienta de la familia Valmont. Su fuerza recaía en su invisibilidad, en la forma en que los nobles a los que servía dirían cosas los unos a los otros en el código de unos pocos nobles de las metáforas y eufemismos, sin adivinar nunca que ella entendía lo que estaban diciendo y estaba pasando cada palabra a Celene. Mientras había observado a la familia de Celene jugar al Juego, Briala había entrenado en las mayores armas que una dama poseía: sus ojos y oídos.

Había sido Briala la que había apoyado a Celene cuando su madre había muerto… un accidente de caza, habían dicho todos los nobles, pero Briala había sabido lo que significaba la «caza» para entonces, y el Duque Prosper había sollozado abiertamente mientras prometía a Celene y a su madre cualquier apoyo que tuviera que ofrecer. Había sido Briala la que había salido de las sombras fuera del fumadero y había escuchado a Celene la noche antes de que el Duque Prosper y el padre de Celene, el Príncipe Reynaud, hubieran ido a darle una visita al Duque Bastien de Ghyslain, el hombre cuya hija había organizado el accidente de caza.

Había sido Briala la que había visto la diminuta herida en el brazo del Príncipe Reynaud cuando volvió de la visita al Duque Bastien, donde la hija de Bastian había muerto ella misma en un *accidente de caza*… la herida que se había vuelto más oscura y hedionda hasta que clamó la vida del padre de Celene, y la cual todos los sirvientes susurraban que tenía que tener veneno, pese a que toda la historia siempre sería que el Príncipe Reynaud había muerto de enfermedad.

Y había sido Briala la que había ayudado a Celene —dieciséis años, ojos vacíos, con ambos padres muertos— cuando el Duque Prosper había sido llamado por el propio Emperador Florian.

Briala había vestido a Celene para los bailes, incitando a las sirvientas a saber qué llevarían las otras ladies y dándole a Celene cualquier diminuta ventaja donde pudiera. Briala se había quedado para servir refrigerios mientras Celene albergaba al hijo de la Condesa Jeannevere y luego al propio hijo de Lady Mantillon, ayudando con diminutas sugerencias a través de gestos aprendidos de los bardos orlesianos mientras Celene encantaba a los jóvenes hombres y se ganaba su apoyo en su lucha por el trono del mayor imperio del mundo conocido. Briala había visto el parpadeo de aburrimiento bajo la máscara del hijo de Jeannevere cuando Celene le volvía la espalda, y con un diminuto gesto había guiado a Celene a hablar más fuerte y a ser más atrevida en su charla, captando la atención del chico. Briala había visto cómo el hijo de Lady Mantillon seguía robándole miradas a la espada del Príncipe Reynaud en la pared, y había convencido a Celene con una única mirada a que convirtiera sus palabras en historia militar y capturar el corazón del joven Lord Mantillon.

Briala había sido a la que Celene había abrazado en una feroz alegría cuando Lady Mantillon extendió la invitación a Celene por primera vez desde la muerte de sus padres.

Recordar el calor de la victoria sólo hacía que la actual frustración de Briala se acumulara. Pasó una hora en el mercado, pero no escuchó nada de los asuntos del Ser Michel. Donde fuera que hubiera ido, no había ido como el campeón de Celene.

Donde fuera que estuviera, estaba en peligro. Michel nunca había sido otra cosa salvo leal, y para él simplemente abandonar a Celene ahora era impensable. No había encontrado nada acerca de su trasfondo, nada que nadie pudiera usar como ventaja para volverle a su causa. No tenía familia viva, y venía de una rama menor de los Chevins. Incluso si la familia Chevin le importaba, Etienne Chevin era uno de los más cercanos aliados de Celene.

No, era otra cosa, y Ser Michel o estaba en problemas o, como sólo un lord menor, ya estaba muerto. Cuando las sumas en el Juego estaban lo suficientemente altas, cualquiera que estuviera cerca de los nobles sin suficiente rango como para protegerse a sí mismo estaba en peligro. Briala había aprendido esa lección bien.

—Silencio, Bria, —dijo Celene suavemente desde el otro lado de la cortina—. Puedo oírte respirar, y es absolutamente vital que estés en silencio ahora mismo.

Briala apartó la cortina de terciopelo rojo. Sus manos temblaban mientras lo hacía.

Había un charco rojo en el suelo de la sala de lectura, manchando la rica alfombra Nevarrana. Se había extendido casi hasta la cortina.

Al otro extremo del charco estaban los padres de Briala.

Entonces Celene caminó para bloquear la visión de Briala. Sus manos eran cálidas en los brazos de Briala.

—Asesinos. Ellos mataron a todos los sirvientes, y volverán pronto.

—¿Pero por qué? —preguntó Briala. Trató de mirar pasando el hombro de Celene, pero Celene bloqueó su visión de nuevo—. ¿Por qué harían esto? Ibas a reunirte con Lady Mantillon. ¡Se suponía que ella te iba a ayudar!

—Es como lo que le ocurrió a Madre y a Padre. —Los ojos de Celene se llenaron de lágrimas. Ella se limpió los ojos, un anillo brillando en su dedo—. Lady Mantillon ha accedido a apoyarme, pero… el Emperador Florian no lo aprueba, creo. Deben haber estado tratando de encontrarme.

—Pero sabían que estabas fuera por la noche. —Era difícil pensar para Briala—. Los escuché hablar mientras me escondía. Dijeron que tenían prisa. Que volverías pronto. Si sabían, ellos… —Briala estaba tartamudeando—. Te reuniste con Lady Mantillon en secreto. Nadie sabía que estabas yendo, excepto la propia Lady Mantillon. —Ella encontró la mirada de Celene—. Ella los mandó.

—Bria…

La sala de lectura era demasiado cálida, el aire pegajoso con el olor del cobre.

—Gaspard no tiene ni idea de que tú estás aún en el Juego. Cree que el trono es suyo. No había tenido ningún motivo para mandar asesinos tras de ti ahora. Y si venían de él, habrían sabido que estabas visitando a Lady Mantillon, pero no habrían sabido cuándo volverías a casa. Sólo podrían saberlo si ella los había mandado. Para… para mantener su reunión contigo en secreto.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Celene.

—Si ella hizo esto… por el Hacedor, Bria, lo siento tanto. Nunca pensé… Necesitas irte. —Ella se frotó los ojos de nuevo y giró el anillo en su dedo agitada—. Te matarán si te encuentran, Bria. Necesitas darte prisa.

—¿Adónde? —Briala retrocedió con miedo. Su pie se resbaló. El rastro de rojo la había alcanzado. Se aferró a la cortina para evitar caerse—. He vivido toda mi vida aquí, señora. ¿Dónde se supone que voy a ir?

—Ve con los Dalishanos. —La voz de Celene llevaba la brusca seguridad de la orden. La parte de la mente de Briala que aún funcionaba notó que estaba personificando la voz de su madre—. Tienes una mente brillante, y conoces la corte de Orlais mejor que ningún elfo vivo. Serían idiotas de no cogerte y… usar lo que has aprendido.

—¿Quiere que trate de encontrar a los Dalishanos? Señora, ni siquiera puedo…

—Puedes. Y lo harás. Por mí, Bria. Vivirás por mí, ¿me entiendes? —Celene se lanzó hacia delante. Briala flaqueó, y luego los labios de Celene se cerraron sobre los suyos.

Por sólo un momento, todo lo demás se desvaneció, y todo el mundo era el calor del cuerpo de Celene contra el suyo, el olor de la pintura de su cara, el sabor de sus labios.

Celene la agarró firmemente, los brazos envueltos alrededor de su cintura… y luego la apartó de un empujón.

—Llévate mi capa y la máscara vieja que llevé el último otoño. La capa ocultará tus orejas, y puedes coger una diligencia. Actúa como yo, y llega tan lejos como puedas.

Después de eso… —Celene jugó son su pelo, luego enfadada tiró de algo—. Después de eso, vende esto y cómprate un pasaje a los Valles.

Celene empujó la pinza del pelo con joyas de Lady Mantillon en la mano de Briala con tanta fuerza que le cortó la palma.

Era tarde por la tarde cuando el contacto de Briala llegó a la cafetería donde ella esperaba. Ella se reunía con él cada mes, y habitualmente sólo intercambiaban información, pero hoy, sin pistas acerca de Ser Michel, estaba preparada para rogar por un favor.

Finalmente, un hombre encapuchado caminó hacia la cafetería, su cara oculta bajo la capucha y sus movimientos fluidos y compactos, como un cazador moviéndose a través de los bosques. Él caminó hacia el asiento de Briala en silencio, deslizándose por la habitación e ignorando las miradas curiosas de los clientes de la cafetería.

Él se sentó en la mesa de Briala. A la suave luz de la tarde, Briala sólo podía entrever los tatuajes que marcaban su cara. Entre los Dalishanos, eran conocidos como *vallaslin*, «escritura de sangre».

—Felassan, —dijo ella con alivio.

—*Aneth ara, da'len*, —dijo él en un perfecto élfico, y entonces sonrió—. ¿Qué, en nombre de la dulce Sylaise, te pasa?

* * *

Briala siguió a Felassan fuera. Ningún elfo habló. Ella había aprendido a confiar en sus silencios. Que la serenidad y la paciencia eran parte de ser Dalishano, vivir fuera del mundo de los *shemlen*, como los elfos Dalishanos llamaban a los humanos. O al menos lo era de acuerdo a Felassan.

Briala había llegado tan lejos como hasta Halamshiral con su disfraz y el dinero que había recibido por la pinza del pelo. La ciudad era el antiguo hogar de los elfos, y los Valles más allá de la ciudad daban a los Dalishanos su nombre.

Si no hubiera sido por Felassan, habría caído ante los bandidos humanos que la habían encontrado sola en la carretera. Habían muerto ante un hombre, asesinados por el primer elfo que Briala había visto nunca golpear a un humano.

Ella había visto en ese momento un mundo donde no necesitaba inclinar su cabeza y tratar de sonreír cuando el conductor de la diligencia la agarraba mientras caminaba. Había visto una vida sin tener que recordarse a sí misma que «conejo» era mejor que «orejas de punta». Había visto un mundo en el que los nobles no mandaban asesinos para matar a sus padres.

Y luego, sobre una cena de venado y pan marrón, Felassan había escuchado su historia y le había dicho que si quería ese mundo, necesitaba volver con Celene.

Ella nunca había logrado llegar al campamento Dalishano.

Felassan se detuvo en un parque en el centro del distrito de mercaderes. Ignoró el banco, caminó hacia el césped, y se inclinó contra un árbol.

—Domado, —dijo él—, pero mejor que ese retorcido edificio. ¿Cómo puedes estar encerrada todo el día?

—Práctica. No se supone que puedas estar en la hierba, —dijo Briala, mirando alrededor incómodamente—. Si alguien te ve…

—Qué escandaloso. —Él sonrió, los tatuajes en su cara doblándose alrededor de sus ojos violeta mientras lo hacía—. ¿Cómo va el juego entre tu emperatriz y su… primo? ¿Hermano?

—Primo. Bueno, cerca de un primo, aunque…

—Detalles, *da'len*. —Felassan hizo un gesto ausentemente—. Sabes cómo me siento acerca de los detalles.

—Lo sé. —Briala cogió aire. La actitud de Felassan parecía más cercana a la de un petimetre de la corte que la de la antigua figura de sabiduría que había esperado… pero le había enseñado tanto como Celene, en los años que lo había conocido—. He hecho que Celene ayude a los mercaderes elfos, y ella los ha metido en las universidades también. Pero también está intentando que la Capilla trate con las tensiones entre los templarios y los magos, lo cual la ha dejado vulnerable.

—Bastante estúpido de su parte. —Felassan cogió la corteza del árbol—. ¿Por qué le daría poder a la gente religiosa? Incluso los *shemlen* tienen que saber que esa es una terrible idea.

—Espera mantenerlo en silencio como un asunto interno, —dijo Briala—. El Círculo de Magos y los templarios también están controlados por la Capilla.

—También es una terrible idea. —Felassan arrancó un trozo de corteza, lo metió en su boca, y lo masticó.

—¿Qué estás haciendo?

—Los Dalishanos conocen muchos remedios medicinales que los humanos han olvidado, —dijo Felassan, masticando—. Ciertos tipos de corteza pueden masticarse para aliviar dolores de cabeza. —Se detuvo—. No este tipo, aún así. Tristemente, esto es sólo corteza.

Briala sacudió la cabeza. No tenía sentido enfrentarse a él cuando estaba en uno de esos humores.

—¿Cómo resolverías tú el problema entre los magos y los templarios?

—Esperaría a que se cansen de matarse los unos a los otros. —Felassan sacó la corteza masticada de su boca, encogió los ojos, y la volvió a poner en el árbol.

—Eso podría llevar mucho tiempo, reverenciado maestro.

—Ocurrirá finalmente, *da'len*. —Felassan abrió sus ojos—. Mi nombre, entre nuestra gente, significa «flecha lenta». Viene de una historia en la que una aldea le pidió al dios Fen'Harel que matara a una gran bestia. Él llegó a la bestia al amanecer, y vio su fuerza, y sabía que le mataría si luchaba contra ella. Así que en su lugar, disparó una flecha al cielo. Los aldeanos le preguntaron a Fen'Harel cómo les salvaría, y él les dijo, «¿Cuándo dije que os salvaría?». Y él se marchó, y la gran bestia llegó a la aldea aquella noche y mató a los guerreros, y las mujeres, y los ancianos. Llegó a los niños y abrió sus grandes

fauces, pero entonces la flecha que Fen'Harel había lanzado cayó del cielo en la boca de la gran bestia, y la mató. Los niños de la aldea lloraron por sus padres y ancianos, pero aún así hicieron una ofrenda de gratitud a Fen'Harel, porque había hecho lo que los aldeanos le habían pedido. Había matado a la bestia, con su astucia, y una flecha lenta de la que la bestia nunca se percató.

Briala pensó en la historia un momento. Su maestro desaprobaría que saltara a las conclusiones.

—Fen'Harel el tramposo, nunca auténticamente del lado de nadie.

—Fen'Harel era un bastardo escurridizo de tal forma, de acuerdo a las antiguas historias, —dijo Felassan.

—¿Y tú eres la flecha lenta?

Felassan sonrió.

—Eso espero. —Él se encogió de hombros—. Puede ser que tu emperatriz no pueda detener esta guerra. Quizás los magos y los templarios se destruirán los unos a los otros, y cuando esa estúpida e inevitable guerra llegue, los *shemlen* serán lo suficientemente débiles como para que los elfos recuperen los Valles. Lo averiguaremos algún día. Hoy, estás ayudando a los elfos que viven bajo el dominio de este imperio. Que eso sea suficiente.

—Estoy preocupada por el campeón de Celene. —Briala se levantó—. Ha desaparecido, y no puedo encontrarle. —Briala miró alrededor y bajó la voz—. ¿Puedes ayudarme?

—Conozco un par de trucos, sí. —Felassan se rió—. ¿Tienes algo suyo? ¿Algo que tuviera o llevara?

Sonriendo, Briala sacó una larga pluma amarilla.

4

Michel se despertó con los ojos ardiéndole de dolor. Parpadeando para librarse de las lágrimas, tosió, trató de incorporarse, y gruñó mientras su cráneo protestaba.

Cerró los ojos y se centró en su respiración. Había sido una de las primeras lecciones que los gentileshombres le habían enseñado. Para dominar el mundo exterior, tenía que dominarse a sí mismo. Sintió el aire entrar en sus pulmones, sintió su corazón bombear sangre a músculos que le dolían pero aún estaban preparados para obedecer sus órdenes.

Sus brazos y piernas estaban atados. Cuerdas, no esposas. El corte en su lateral —se negaba a dignificar algo tan pequeño con la palabra *herida*— ardía de dolor, pero era lo suficientemente superficial como para no ser nada más que una molestia. Flexionó sus músculos, probando las ataduras y restaurando la circulación. Dos respiraciones más, aclarando los restos del polvo asfixiante que la bardo de Gaspard lanzó a su cara.

Cuando Michel se dominó, abrió los ojos.

Estaba en un almacén, atado a un poste y rodeado de cajas que eficientemente formaban una habitación. La luz reptaba hacia la habitación a través de ventanas pequeñas con barras y flotaba suspendida en brillantes motas de polvo. El suelo era tierra simple, y las cajas apestaban a fruta podrida y ropa vieja. Fuera, escuchó el claqueteo de ruedas de carreta y gritos distantes que le decían que aún estaba en Val Royeaux. Pero nadie en el distrito de mercaderes habría dejado su almacén en tan mal estado.

Estaba en los suburbios, entonces.

La bardo le había quitado la espada y dagas y le había quitado la chaqueta, dejándole con una simple camiseta interior de lino con una mancha roja por los pulmones. Michel no tenía armas ocultas… los gentileshombres entrenaban guerreros, no asesinos.

Ante el sonido de pasos, Michel se tensó. El código de los gentileshombres permitía el uso de la sorpresa y emboscadas tácticas, contrario a la forma en la que los estúpidos gentileshombres actuaban en representaciones para los campesinos. Si hubiera tenido alguna forma de liberarse, podría haber fingido estar dormido y luego atacar sin vergüenza. Pero sin tal opción, se negaba a mostrar debilidad ante un enemigo.

Melcendre llegó por la esquina y entró a la pequeña cueva de cajas.

—¿Ya estás despierto? —Ella cayó sobre una rodilla, con seguridad fuera del alcance en caso de que él tratara de patearla—. Impresionante. Los hombres de antes en la taberna aún están inconscientes. Aquellos que no están muertos, por supuesto.

—¿Qué quieres? —la garganta de Michel aún ardía por lo que fuera que hubiera habido en el saco, pero evitó que se le quebrara la voz.

—Quizás sólo deseo llegar a conocerte. —Melcendre sonrió dulcemente y lanzó sus rizos oscuros sobre su hombro—. No tuvimos tiempo para una presentación apropiada en el banquete de Celene, y hoy estabas ocupado en otras cosas en la taberna. —Ella se levantó y presionó una mano de dedos finos contra una de las cajas, luego la retiró y se frotó los dedos—. Me disculpo por las acomodaciones. Estamos en el distrito élfico, cerca del gran árbol de la plaza del mercado. Incluso sin tu máscara, eres un poco

demasiado bien conocido como para quedarte donde alguien pudiera verte. —Luego ella bajó la mirada hacia él y sonrió—. Pero *realmente* no eres tan conocido, ¿no?

—¿Qué quieres? —preguntó de nuevo Michel.

Melcendre suspiró.

—¿No hay hueco en tu corazón de gentilhombre para la simple cortesía? Pero pensándolo mejor, no creo que vengas de una familia en la que se enseñara cortesía. —Ante su silencio ella sonrió de nuevo—. ¿Sabías que tu patrón, el Conde Brevin de Chalns, donó su biblioteca a la Universidad de Orlais tras su muerte?

—El Conde Brevin era un ávido erudito, —dijo Michel, y Melcendre sonrió, evidentemente complacida por que estuvieran teniendo una conversación.

—Lo era. Ahora, lo peliagudo es que los sirvientes a veces pueden ser bastante torpes con los libros. Es tan fácil colocar una lista de transacciones financieras dentro con un estudio de los Qunari o las propiedades curativas de los cuernos de draco de tierra. —Melcendre juguetona puso un dedo en su mejilla y le dirigió una mirada pensativa—. En cuanto a tu entrenamiento, Ser Michel, se gastó una gran cantidad.

—Mi familia murió cuando era joven, —dijo Michel, manteniendo su voz tranquila—, y el Conde Brevin me aceptó. También pagó mi presentación a la Academie des Chevaliers.

Melcendre sacudió la cabeza.

—Hay un hombre en Monfort al que llaman *le Mage du Sang*. —Ante la mirada perdida de Michel, ella inclinó su cabeza, pensando—. Así que nunca te lo dijeron. Tu patrón, el Conde Brevin, pagó al hombre una gran suma en tu nombre.

La mandíbula de Michel se tensó.

—¿Un mago de sangre? Eso es una mentira, bardo, el Conde Brevin era un buen hombre. —Lo suficientemente bueno como para ver a un chico de diez años luchando contra tres chicos más grandes en un callejón y ordenar que su caravana se detuviera y ayudara. Lo suficientemente bueno como para aceptar al chico y ofrecerle una comida caliente y una oportunidad, como el viejo noble había dicho, poner esa fuerza en un mejor uso que en luchar por las migajas—. Él nunca trataría con magos de sangre.

—Ah, pero esto sólo era un nombre, —dijo Melcendre, dándole una sonrisa coqueta de nuevo—. Verás, le Mage du Sang es en realidad un escriba y un experto en heráldica y documentos legales. Obtuvo su nombre por la habilidad de conjurar sangre noble de la nada.

Michel había estado viviendo durante tres años en la casa del Conde Brevin cuando fue despertado por su lord, que había venido a su habitación silenciosamente con un trozo de papel que lo cambió todo. Brevin había dicho que la habilidad de Michel con una espada sería desperdiciada en una posición como guardia o mercenario. Había dicho que Michel tenía un raro don, y los dones debían ser aprovechados, por el bien del imperio. Y finalmente, había dicho que si la Academie des Chevaliers sólo aceptaba a aquellos de sangre noble, bien, había nobles yaciendo muertos que no tenían más uso para sus

nombres, y sus espíritus desvanecidos estarían honrados de ceder sus títulos a una causa tan digna.

Melcendre casi parecía triste, mirándole, y Michel se dio cuenta de que él había revelado algo en su silencio.

—Él registró un pago… un pago bastante grande, de hecho. Debía haber creído en ti bastante. —Ella suspiró—. Y tenía razón. Te has convertido en el campeón de Celene.

—Sí. Soy el campeón de la emperatriz, —dijo Michel—, y tú sirves a Gaspard. ¿Así que por qué aún respiro?

—Porque muerto, serías un mártir asesinado por el gran duque como un acto de vil traición, —dijo Melcendre, arrodillándose junto a él—. Pero vivo, y con tu falsa reclamación de nobleza expuesta a la luz, desgraciarías a tu emperatriz. Imagina el juicio, la ejecución pública, el *escándalo*, Michel. Eso es por lo que aún estás vivo.

Aún en su victoria, no parecía feliz. Había una debilidad en su sonrisa, mientras sus ojos rehuían de los de él.

—Moriría antes, —le dijo él.

—Lo sé. —Ella asintió y dejó salir lentamente el aire—. Y parece un desperdicio, en cualquier caso. He visto mi parte de torneos, y puedo decir no con poca seguridad que eras un hombre nacido para empuñar una espada. ¿A quién le importa si realmente eres un noble? —Ella sacudió la cabeza amargamente—. Juego al Juego mejor que los más astutos cortesanos, y naci como la hija bastarda de una lechera y un soldado a la fuga. Es una mentira que nos dicen para mantenernos en nuestro lugar.

—Quizás. —Michel se encogió de hombros, tratando de parecer despreocupado—. Pero aún así aquí nos encontramos.

Melcendre le dio la sonrisa triste de nuevo.

—Al menos tú sirves a una señora a la que le importan aquellos que no son de sangre noble. Tú tienes eso. He oído que forzó a la universidad para que dejara entrar no sólo a un plebeyo, sino a un elfo… ah, *ahí* está.

Entonces su tristeza se fue, y su sonrisa complacida, alegre volvió, y Michel se maldijo por ser un estúpido por hablar con una bardo orlesiana y pensar que podía jugar con su simpatía. El sentimiento frío, tenso de terror le bañó, pero mantuvo su cara impasible.

—¿*Qué* está ahí?

—Te dije que crecí en una granja. —Melcendre se sentó junto a él ahora con una fácil familiaridad—. Terriblemente vacía, lo cual es por lo que huí tan pronto como pude, y encontré una nueva vida y un nuevo nombre. Estoy segura de que puedes simpatizar. —Ella le dio un codazo juguetona—. Pero recuerdo un par de cosas. Cuando emparejas a una vaca blanca con un toro negro, tienes terneros con manchas blancas y negras. Cuando emparejas a una yegua gris con un semental negro, tienes un potro negro. Es como si un poco de negro permaneciera en la sangre. Así es como funciona con el ganado, y los caballos, y… bueno, con todo, en realidad.

Ella lo sabía.

—Pero cuando un humano, —dijo Melcendre como si discutiera acerca del tiempo—, se empareja con una *elfa*, la descendencia siempre es humana. Nada de orejas de elfo, nada de hermosos ojos grandes, sólo un humano. No hay forma de distinguirle de un hombre real. —Ella miró por encima y añadió—. A no ser que él mismo lo delate.

Michel tragó saliva.

—Gaspard quería eliminarte, y pidió que recogiera información que pudiera usar en tu contra, pero me pidió que no te matara a no ser que fuera absolutamente necesario. Es tan caballeroso. —Ella sonrió—. Habría estado desmedidamente complacido cuando le dije que eras un plebeyo ocultándote tras un falso título. Cuando le diga que eres el hijo de alguna puta orejas de punta, ¿puedes *imaginar* lo que hará a la pequeña corte de Celene?

Ella lo dijo juguetona, con una sonrisa que decía que había encontrado un sucio pequeño secreto. Estaba contenta consigo misma, dispuesta a dejar que Michel rogara piedad o le ofreciera un mejor trato. O quizás estaba jugando con él otra vez, buscando obtener incluso más información como la espía entrenada y manipuladora que era.

Ser Michel aplastó su frente contra su cara. Mientras ella caía de lado, él rodó sobre su espalda y empujó hacia abajo sus brazos, ancló sus manos bajo sus pies curvados, y luego las levantó, aún atadas, sobre la cabeza de Melcendre. Saltó, se retorció, y tiró tensando la cuerda, y sus gritos de dolor se ahogaron en frenéticos gorgoteos.

—Soy Ser Michel de Chevin, —dijo mientras tiraba de la cuerda alrededor de su garganta.

Con sus últimas fuerzas, Melcendre deslizó una daga de una funda en su cadera. Antes de que pudiera llevarla, Michel levantó sus manos, luego las golpeó hacia abajo, aplastando la cabeza de Melcendre contra el suelo. Ella se quedó muerta, y él lo hizo otra vez. Y otra.

—Soy Ser Michel de Chevin. —Él agarró la caga de su mano que no oponía resistencia y cortó las cuerdas que le ataban. En momentos, estaba libre, de pie sobre ella.

Su pecho aún se movía con la respiración.

—Soy Ser Michel de Chevin, —dijo de nuevo mientras se arrodillaba junto a ella y terminaba con un corte limpio.

Cuando volvió a ponerse en pie, los hombres de Gaspard estaban allí.

* * *

Briala había crecido creyendo en el Hacedor y viviendo de acuerdo al Cantar de la Luz. Gran parte de esa creencia se había derramado en el suelo de la sala de lectura con la sangre de sus padres, y aunque Felassan había sido reluctante a enseñarle demasiado de los caminos de los dioses élficos, ella silenciosamente había ido a mirar a Andruil, Diosa de la Caza, con reverencia.

Pero pese a todo lo que pensaba de sí misma por haber desechado su educación de la Capilla, al ver a Felassan practicar magia aún le erizaba los pelos de la nuca.

El mentor de Briala sostuvo la pluma en su frente, cerró los ojos, y pasó su mano sobre ella. La pluma brilló una vez, como si el sol de la tarde brillara con más fuerza sobre ella, y Felassan asintió.

—¿Vamos? —Sin más comentarios, él comenzó a caminar.

—¿Cómo es? —preguntó Briala, caminando junto a él. Se estaban dirigiendo hacia los suburbios, un lugar improbable para el campeón de Celene. Ella asintió a un mercader elfo que había ayudado el último año y consiguió una sonrisa clandestina en respuesta.

Felassan pareció considerar la pregunta cuidadosamente. Finalmente, miró sobre ella y dijo.

—Pica.

—¿Pica? —Briala miró—. Esa no es… una respuesta muy útil.

—Considera hacer mejores preguntas, *da'len*. —Felassan sonrió—. Preguntar a un mago que describa la magia es como pedirte que le describas una puesta de sol a un enano ciego.

Si no tuviera su capa y los tatuajes de su cara fueran revelados, cada elfo en el mercado o se lanzaría a sus pies o desenvainaría espadas para luchar contra esta criatura legendaria. Y pese a todo eso, no le importaba ponerse botas, y llevaba ropas que encajarían mejor con un carpintero que con un mito viviente. Contaba chistes malos y se negaba a tomarse nada del mundo de los hombres en serio. Ella se preguntaba si era el por qué se movía a través del mundo intacto.

—¿Cómo son los Dalishanos? —preguntó ella—. No has hablado de tu gente.

Bajo su capa, su cara se iluminó con entusiasmo.

—¡Tienen un *maravilloso* y nuevo plan! Termina con los *shemlen* matándose los unos a los otros, dejando los Valles libres para que los gobiernen los elfos.

Briala alzó una ceja.

—¿Cómo empieza?

—Cabalgando por ahí en carretas tiradas por renos. Aún están trabajando en medio.

—Qué afortunados son de tenerte, —dijo Briala, y Felassan se rió entre dientes y sacudió la cabeza.

—¿Alguna vez te cansas, Briala? —Preguntó entonces—. ¿De caminar entre los estúpidos, doblegándolos a tu voluntad con una palabra aquí y un gesto allá?

Briala comenzó a responder, luego se detuvo ante la mirada de Felassan. Era intensa, casi enfadada, sus ojos brillando dentro de las sombras de su capa.

Ella pensó en la hacendada, el capitán de la guardia de palacio. Ella pensó en los innumerables nobles que la ignoraban o la llamaban «conejo».

Ella pensó en los dedos suaves de Celene bajando por su brazo desnudo.

—Creo que estoy haciendo un buen trabajo, —dijo ella finalmente.

Felassan asintió y apartó la mirada.

—Sí, eso perdura un tiempo.

Ellos entraron en los suburbios. Había más elfos que hombres ahora, y las miradas que lanzaban a Briala y a Felassan eran de ojos encogidos y enfadadas. Felassan

fácilmente podía ser uno de ellos, con sus túnicas simples y su cara oculta. Briala, por otra parte, llevaba un vestido limpio que nunca había sido parcheado y botas finas de cuero que aún tenían suficiente suela como para sonar contra las piedras a cada paso. Incluso sin máscara, cada elfo que ponía sus ojos sobre ella podía ver que servía a los nobles.

Le había dado la espalda a su gente.

Por un momento, como siempre hacía, quería tratar de explicarse. Podría decirles la verdad, que habían tenido una aliada en el palacio imperial. Escucharían sobre los elfos siendo aceptados en los mercados superiores y en la universidad, y…

Y entonces, como siempre lo hacía, suspiraba para sí misma y seguía caminando, ignorando las miradas enfadadas.

—Es difícil impresionar a alguien con la ausencia de una negativa, —dijo Felassan sin mirar hacia ella—. Mira, dime, ¿te has dado cuenta de cómo nadie vino a tu casa y te golpeó hasta la muerte por no inclinarte lo suficientemente rápido ayer? ¡Eres bienvenida!

—Está mejorando.

—Por supuesto que sí. *Yo* estoy aquí. —Mientras Briala reía entre dientes, Felassan añadió—: Y estás haciendo un buen trabajo. Y el día en que puedas aceptar que nunca lo entenderán realmente, o lo apreciarán, o sabrán cuánto hiciste…

—¿Qué? —Preguntó Briala—. ¿Ese es el día en que se vuelve más fácil?

—¡Por el seno de Mythal, no! —Felassan se rió entre dientes—. Honestamente, hace que se alce tu corazón y muera dentro de ti. Aléjate tanto como puedas. Oh, tu campeón estuvo aquí no hace mucho. Se ha ido ahora, aún así.

Se había detenido fuera de una fea choza de una taberna, cuyas paredes de madera tambaleantes estaban cubiertas de crudos dibujos y de calumnias mal escritas con tiza.

Briala asintió y entró. Estaba vacía, salvo por un elfo tras la barra que le miró mientras entraba.

—Está cerrado, —soltó él—. Estamos limpiando desde la pelea de la última noche.

Ella asintió ausentemente y miró. Los nudillos del camarero estaban blancos sobre el vaso que estaba agarrando demasiado firmemente. O había sido pagado o amenazado por guardar silencio. Las astillas oscuras del mobiliario recientemente roto estaban mezcladas con el serrín, y gran parte del serrín en el suelo era reciente, lanzado no hacía mucho sin tiempo como para empaparlo de cerveza y mugre. En una mesa cercana había un rastro rojo.

—Parece más que fuera hace una hora.

—¡Fue la última noche! —dijo el elfo de la barra. Bajó su vaso y puso su mano bajo el mostrador.

—¿Te has preguntado alguna vez cuán calientes tienen que estar las uñas de alguien antes de que se fundan a sus dedos? —preguntó Felassan mientras se inclinaba contra la barra, tirando de su capucha hacia atrás ligeramente—. Porque es algo en lo que he estado pensando *un montón* últimamente.

El camarero miró la cara tatuada de Felassan y se volvió pálido. Alzó su mano del mostrador muy lentamente.

—Gracias. —Briala se movió hacia la mesa y cogió un rastro de aroma agrio, acre. Ocasionalmente usaba venenos en su trabajo, y reconoció el rastro del champiñón de las profundidades que sugería polvo de asfixia.

Ella miró al camarero, luego a Felassan.

—Vamos.

Él asintió y la llevó fuera.

—¿Trampa?

—Eso parece. Fue atacado por un grupo y luego fue abatido con veneno.

—Venenos. Encanto. —Felassan puso una mueca.

—Sí, son mucho menos dignos que fundir las uñas de alguien a sus dedos.

—Oh, no seas tonta, —dijo Felassan, apartando sus palabras—. La uña sólo se vuelve negra y se cae, y normalmente el dedo se hincha y arde de antemano.

—Lo tendré en mente, *hahren*. ¿Puedes percibir adónde fue llevado Ser Michel?

—Por supuesto.

—Bien. Sólo necesito hacer una parada, entonces.

Ella llevó a su mentor por un laberinto de callejones, ignorando las miradas de las figuras sombrías que jugaban con dados y dagas y confiando en la confianza de su caminar para mantenerla a salvo, al menos durante las horas del día. Ella se agachó en un edificio de piedra derrumbado, su puerta sin marcar. Dentro, no parecía diferente del refugio de cualquier otro, aunque estaba vacío a estas horas del día.

Encontró la piedra correcta en la pared, la presionó suavemente, y sintió el agarre soltándose. Otra piedra en la pared, idéntica a una inspección casual, se abrió, revelando un estuche dentro.

El arco que Briala sacó era de cedro rojo, lo suficientemente bueno como para que mereciera la pena usarlo, no tan bueno como para llamar la atención. Las dagas eran de platerita, más destacadas, pero sólo si se desenvainaban. Las flechas estaban bañadas con toxinas de raíz mortal, sus puntas selladas para mantener el veneno fresco hasta que lo necesitara.

Felassan sonrió.

—¿Tienes un alijo en cada sección de la ciudad?

—Me enseñaste bien. —Briala cerró el estuche, recolocó la piedra, y se marchó del edificio—. Vamos.

Felassan lideró el camino, y pronto estaban en uno de los vecindarios más antiguos de la ciudad. Sucia y abarrotada, era la primera sección de la ciudad en ser hogar de los elfos, lo más cercano a una elfería Fereldeña. Ya no pasaban humanos por las calles estrechas y serpenteantes, y los elfos que vivían aquí probablemente nunca verían el mercado superior.

Felassan se detuvo mientras llegaron a un gran árbol en la plaza del mercado. El *vhenadahl* estaba decorado con lazos, y el suelo a su alrededor estaba marcado con palos metidos en la tierra y decorados con trozos de tela brillante que colgaban como ofrendas.

—El árbol de la Gente, —dijo Briala.

—Tu gente.

—Y la tuya. —Felassan apartó la mirada—. Aunque no lo creas.

—Es un bonito árbol. —Dijo Felassan—. Deja que sea un bonito árbol.

Briala estaba a punto de contestar cuando el sonido de pies embotados y armadura tintineando llegó desde detrás de la esquina, y sin una palabra, ambos se deslizaron en las sombras.

Los soldados no llevaban capa de armas, pero iban con una cota de malla de acero rojo y espadas largas.

—Demasiado caro para unos matones plebeyos, —murmuró Felassan mientras los hombres entraban en fila a un almacén al borde de la plaza—. Y no son de tu emperatriz.

—No. Ella habría mandado a sus hombres con armadura completa, o asesinos con ropas normales. Son los hombres de Gaspard.

Felassan asintió.

—Bien, estas son buenas noticias.

Briala miró hacia él.

—No estoy del todo segura de si estás hablando en serio.

Felassan puso sus ojos en blanco.

—No mandas a tantos mercenarios para llevar a un cuerpo muerto, *da'len*.

—Anotado. —Briala se levantó. El vestido simple de sirvienta le dejaba moverse, aunque no había planeado luchar con él—. La próxima vez tendré que dejar armadura en los refugios también.

—¿En cada refugio? ¿Y si engordas? ¿Puedes imaginar reemplazar tantas piezas de armadura?

Briala dejó salir un largo suspiro.

—¿Cazamos?

—Vayamos. —Sin romper el paso, Felassan sacó un palo de los pliegues de su capa, y se retorció y creció como una cosa viva, hasta que un momento después era un bastón de mago cuya cabeza se arremolinaba con luz esmeralda. Juntos, entraron en el edificio corriendo.

El almacén era andrajoso incluso para los suburbios. Pilas de cajas viejas se podrían en un suelo de tierra, aún apiladas lo suficientemente altas como para convertir el almacén en un laberinto, aunque lo que fuera que hubieran contenido se había pasado hace tiempo y había sido olvidado. Las manchas en el suelo y las marcas de armas en la madera le decían a Briala que el edificio se había convertido en un punto de reunión para contrabandistas y en un vertedero para asesinos, y el aire frío llevaba el olor estancado de cuerpos sucios y drogas baratas.

En alguna parte del almacén, el metal chocaba contra el metal y los hombres gruñían con dolor. Briala miró al laberinto de cajas, luego trepó por una pared improvisada. La madera mohosa cedía bajo sus dedos, y toda la pila de cajas se balanceaba peligrosamente, pero momentos después había subido lo suficiente como para mirar abajo al resto del almacén.

—Sé que quieres abrazar tu herencia, —gritó Felassan mientras corría al laberinto—, pero no todos nosotros trepamos árboles. Nos has vuelto a confundir con ardillas.

—Idiota. —Bajando la mirada, Briala vio que Ser Michel de Chevin estaba sin armadura, sobre el cuerpo de la bardo Melcendre con una daga en una mano y una espada larga robada en la otra. Uno de los soldados enemigos había caído, pero Michel no había sido capaz de aguantar la entrada del callejón en el que le habían atrapado, y estaba flanqueado. Había al menos media docena de hombres aún en pie, y Michel tenía una herida en un costado—. ¡Izquierda, luego derecha!

Felassan se abrió paso a través del laberinto hacia Michel, siguiendo sus direcciones, y Briala alzó su arco, miró, apuntó, liberó el aliento, y soltó su primera flecha.

Siempre se sentía bien. No estaba segura de si era el arrebato de violencia, real o imaginaria, o simplemente la emoción de ser dotada naturalmente en algo que incluso Celene había encontrado difícil.

Por un momento, casi podía seguir la flecha mientras se deslizaba a través del aire líquido y se hundía en la garganta del hombre a la izquierda de Michel.

Estaba cargando de nuevo mientras el primer hombre caía y la cara de Michel se volvía blanca del shock. Sorprendido como estuviera ante la ayuda inesperada, aún así, era uno de los mejores gentileshombres vivos. Sin vacilar, se deslizó al espacio donde el hombre moribundo había estado, poniendo el muro de cajas a su espalda.

Mientras Michel bloqueaba un par de golpes altos, Briala escaneó a los otros hombres. Uno de ellos se había vuelto para buscarla. Ella disparó, y la flecha le golpeó limpiamente a través de su cota de malla y encontró su pulmón.

Los otros se volvieron y la vieron entonces, y ella le dio al más grande una sonrisa mientras alzaba su arco para otro disparo. Él se tambaleó hacia atrás, buscando cobertura, y Michel apuñaló al soldado en la rodilla, luego hundió su daga en la garganta del hombre.

—¿Le dais la espalda a un gentilhombre orlesiano, perros? —Gritó Michel, pateando al hombre muerto en el suelo mientras los otros se tambaleaban hacia atrás—. ¡Enfrentadme en combate y morid con más honor del que merecéis!

—O no, —dijo Felassan mientras volvía la esquina. Alzó su bastón, y un zarcillo enroscado de luz azul serpenteó sobre los hombres restantes.

El aire siseó y luego se partió con una explosión de escarcha, y los soldados se quedaron congelados en su sitio, una capa de hielo brillando a su alrededor. Uno de ellos había sido atrapado en mitad de un grito.

Felassan apuntó su bastón hacia la pared de cajas, y un chorro de fuego verde destrozó la madera cayéndose. Toda la pila se estremeció, se balanceó, y luego cayó

sobre los soldados congelados con un sonido como si alguien diera con un martillo contra un estante lleno de porcelana.

—Podría simplemente haberles disparado, —dijo Briala. Trozos de rojo congelado patinaron y rebotaron alrededor de la gran pila de escombros.

—Oh, probablemente, —dijo Felassan, girando su bastón.

Jadeando, Michel alzó la mirada hacia Briala confundido.

—Parece que estoy en deuda con ustedes dos.

—Podemos discutirlo una vez que esté a salvo de vuelta en palacio, —dijo Briala, trepando cuidadosamente bajo las cajas. Ella se había desgarrado la falda, pero no había podido evitarlo.

Ante su voz, Michel parpadeó.

—¿Miss Bria? ¿La doncella de Su Majestad?

—¿Qué? No. Eso sería una locura. —Felassan hizo un gesto, y su bastón tembló y se encogió hasta que fue un simple palo de nuevo.

—Tenemos que sacarle de aquí, Ser Michel. —Briala miró a su costado herido—. ¿Puede caminar?

—Por supuesto. —Se volvió hacia uno de los hombres muertos en el suelo y soltó una pequeña daga del ojo del hombre, luego se volvió hacia el cuerpo de la bardo Melcendre. Comprobó sus bolsillos con una rápida eficiencia, luego se levantó.

—Vayámonos.

Los tres abandonaron el almacén. Felassan y Michel se miraron el uno al otro especulativos, el gentilhombre y el mago Dalishano. Briala estaba mirando a otra parte.

—¿Por qué le cogieron? —preguntó ella mientras salían a la calle. Si alguien se había percatado del sonido de la lucha dentro, estaban guardándoselo para sí mismos. Los elfos en la plaza hacían sus negocios alrededor del *vhenadahl* y no le dedicaron a Briala y a sus compañeros ni una sola mirada.

—Melcendre dijo que Gaspard le había pedido que me llevara lejos del lado de la emperatriz hoy, y… —Michel miró atrás al almacén—. Lamento decir que tuvo éxito.

—¿Cómo? —Briala caminó hasta que Michel retrocedió—. ¿Cómo le atrajeron aquí?

—Es una cuestión de honor…

—Cállese, Michel. —Mientras él parpadeaba, Briala le miró con dureza—. Fue drogado en la taberna, no en el palacio. Usted no ignoraría su deber por algo trivial, así que o le amenazó o le atrajo con algo. No encontró nada en el cuerpo, así que no es algo que le robara. ¿Una falsa nota de un amigo, un miembro de su familia? —Él flaqueó, aunque él mismo ni se habría percatado del diminuto movimiento en el rabillo del ojo—. Pero dudo que a ningún amigo del campeón de la emperatriz se le encontrara en una taberna en los suburbios… y no tiene familia viva. —El flaqueo de nuevo. *Familia* era la clave.

—No respondo ante ti, orejas de punta, —dijo Michel, su daga robada agarrada firmemente en una mano, sin alzarla aún—. Si nuestra señora tiene preguntas, no debería haber mandado a una doncella para preguntarlas.

—No, idiota. Ha mandado a su espía. —Briala se volvió hacia Felassan—. Orejas de punta.

Felassan soltó un bostezo.

—Yo me he ofendido. ¿Tú te has ofendido?

—No. Porque él nunca me ha llamado eso antes, no cuando da órdenes a los sirvientes, ni siquiera cuando tiene prisa. —Briala sonrió—. Lo cual significa que está cubriéndose, tratando de distraerme. ¿Qué es, Michel? Un escándalo en la historia de tu familia. No. Noticias urgentes no te harían irte… Ah. —Su cara empalideció mientras ella asentía con satisfacción—. Un título de familia falsificado. El Conde Brevin debió haber visto algo extraordinario en ti.

—No su habilidad para ocultar expresiones faciales, obviamente, —dijo Felassan.

—Cuando te acostumbras a llevar una máscara, te olvidas a ocultar las pequeñas pistas.

—¿Y supongo que sólo los nobles pueden unirse a los gentileshombres? —preguntó Felassan.

—Asumes bien. Y lo que es más, falsificar un título es castigable con la muerte. —Briala bajó la mirada a las manos de Michel—. ¿Plebeyo? No, no sólo eso. Se inclinó un poco demasiado en lo de *orejas de punta*. ¿Madre elfa?

—Cállate, —dijo Michel, su voz apenas más que un susurro. La daga se movió hacia un agarre de pelea que Briala reconoció de años de entrenamiento con cuchillos.

—Suelta el agarre de la daga, Ser Michel. Dudo que pudieras matarnos a ambos a plena luz del día sin que nadie se diera cuenta, y déjame asegurarte… —Ella le dio una sonrisa dura—. Celene se *percataría* de mi ausencia, y sería *muy* concienzuda en su investigación.

Michel bajó la daga, su mano temblando.

—Eres peor que la bardo.

—La bardo habría visto que fueras desgraciado y te ejecutaran si no la hubieras matado. ¿De verdad esperas que ayude a completar su plan? —Ella le señaló—. Gaspard amenaza a nuestra emperatriz. No la dejaré sin su campeón en tal tiempo de crisis. ¿Melcendre informó a Gaspard de tu pasado?

Ante sus palabras, Michel se movió y sacudió la cabeza.

—No. Quería confirmarlo conmigo primero.

—Bien. Entonces con su muerte, estamos a salvo. Y si Gaspard intenta algo similar de nuevo, contactarás conmigo inmediatamente.

Michel la miró incrédulo, y luego a Felassan.

—Yo lo consideraría, —dijo Felassan—. No te las apañas particularmente bien por tu cuenta.

—¿Y mantendréis este secreto? —preguntó Michel, su voz tensa y formal. Sonaba como un hombre al que habían ordenado su muerte—. ¿Incluso de Celene?

—Con una condición. —Briala alzó un único dedo—. Un día, te pediré algo. Y lo harás por mí, sea lo que sea, si deseas que tu secreto sobreviva.

—Un favor. —Michel escupió—. ¿Esperas que me crea eso?

—Un favor, sí. —Briala mantuvo su voz fría. No podía utilizar su pasión contra la de él. Un hombre desesperado que veía su honor y su vida en peligro necesitaba un razonamiento frío ante todo—. Algo más que eso, y podrías decidir que simplemente merecería la pena matarme. Vi a Melcendre antes dentro. Estaba muerta antes de que esos soldados siquiera llegaran. —Michel sonrió, y Briala bajó la voz—. Tienes mi palabra, como *orejas de punta*, de que cuando completes tu favor, tu secreto estará a salvo por siempre. Nunca será escrito, nunca será susurrado a un confidente. Ni siquiera a Celene. Un favor, pese a lo difícil que pueda ser, pero no más que eso.

Michel vaciló, y Briala vio las ideas corriendo por su cara desenmascarada. Primero el orgullo insultado, y luego las preguntas. ¿Podía confiar en ella? ¿Podía matarla ahora y asegurar el secreto de su pasado? ¿Podía aceptar y matarla más tarde?

Y finalmente, se dio la vuelta, una sonrisa amarga.

—Si Gaspard manda otro bardo, —dijo él—, puede que necesite tu ayuda. Tenemos un acuerdo.

—Bien. —Briala podría haberle dicho que podía confiar en ella, que no se arrepentiría de la decisión. Pero pese a su sangre plebeya, había llevado la máscara noble demasiado tiempo como para creer en aquellas palabras. En su lugar se volvió hacia Felassan—. Sería más seguro si pudiéramos estar seguros de que no se encuentra ninguna evidencia en el almacén.

Felassan asintió.

—*Da'len*, creo que puedo garantizar que ninguna evidencia será nunca encontrada acerca del almacén. Siempre es un placer, estas pequeñas visitas. —Él caminó de vuelta hacia el almacén, silbando alegremente.

Tras un extraño momento, Michel hizo un gesto hacia Briala.

—¿Vamos?

Mientras abandonaban los suburbios elfos, el almacén empezó a arder tras ellos.

* * *

—Tengo que ser honesto contigo, Remache, —dijo el Gran Duque Gaspard mientras la diligencia se detenía ante el almacén aún ardiendo—. La caza de hoy resultó ser un día singularmente decepcionante. Nunca pensé que buscaría un viaje a los suburbios para ayudar a mejorarlo.

El edificio era escombros, como todo aquí en los suburbios elfos. El humo negro oleoso había sido visible por la mayor parte de la ciudad, y ahora que la noche había caído, las ascuas restantes brillaban más que las antorchas baratas colocadas alrededor de la plaza.

Gaspard salió de su diligencia, ajustándose la capa con su brazo bueno y encogiendo los ojos pensativo ante el gran árbol en el centro de la plaza.

Tras él, Remache, Duque de Lydes, salió también.

—¿Y estamos aquí por qué, precisamente, Gran Duque?

—Estoy aquí porque hice que al campeón de Celene lo ataran en ese almacén, con Melcendre mandándole misteriosas notas de adulación. —Gaspard empezó a señalar, luego se dobló del dolor y cambió al brazo que no había sido quemado esa tarde—. Y ahora él está de vuelta en palacio, y quisiera saber por qué. —Él se rió entre dientes—. Y tú estás aquí porque soy viudo, y tú crees que tu hija sería una encantadora emperatriz.

Remache sonrió, luego miró cautelosamente por la plaza, que parecía desierta.

—Sé que no temes ensuciarte las manos, Gran Duque, pero yo no habría esperado verte escarbar en los escombros.

—No, tengo gente para eso. —Gaspard silbó, y de las sombras vinieron hombres que llevaban las máscaras y uniformes de los sirvientes de Gaspard.

—¿Sin armadura? —preguntó Remache mientras se aproximaban. Tras ellos viajaba un elfo vestido con una versión sucia y parcheada de los cueros de un comerciante.

—Por el Hacedor, no, la armadura asustaría a los pobres orejas de punta para que volvieran a las sombras. Necesito que hablen esta noche. —Gaspard sonrió mientras sus hombres y el elfo llegaban al claro de luz junto a su diligencia—. Buenas noches. ¿Cuál es tu nombre, conejo?

—Sielig, mi lord, —dijo el elfo a los pies de Gaspard.

—Buen hombre, Sielig. —Gaspard señaló con la cabeza hacia el almacén ardiendo—. Ahora, mis hombres dijeron que pagarían con mucho dinero a cualquier elfo que me contara lo que había ocurrido ahí.

—Sí, mi lord, —dijo el elfo, y tragó saliva—. Ese era mi almacén. Alquilaba el espacio a mercaderes que no podían permitirse el distrito del mercado. Una mujer… una humana, una cantante… vino y dijo que necesitaba usarlo. Dijo que estaba trabajando para usted, y…

—No, no lo hizo, —dijo Gaspard, su sonrisa nunca flaqueando—. Ella no dijo ni una palabra de eso.

El elfo palideció.

—Debo haber escuchado mal.

—Tú ni siquiera sabes quién soy yo.

—No, mi lord. —Él tragó saliva—. En cualquier caso, vi dos elfos venir al almacén después de sus… después de algunos soldados que estaban trabajando con la dama. Escuché pelea, y luego un hombre sin armadura salió con los elfos. Hablaron en la plaza, los tres. El hombre estaba enfadado con la mujer elfa. Ella dijo algo que a él no le gustó. El hombre elfo simplemente miraba, y luego caminó de vuelta hacia mi almacén, y todo se prendió fuego, de una vez. —El elfo sacudió la cabeza—. El elfo tenía marcas en su cara, como las viejas historias acerca de los Dalishanos.

—¿Dalishanos? —preguntó Gaspard, riéndose—. ¿No me estarás contando un cuento, verdad, Sielig?

—¡No, mi lord! Y la mujer… sus ropas eran demasiado buenas. Ella y el hombre que había sido retenido… los seguí fuera de los suburbios. ¡Tuve que pasar por el distrito de

los mercaderes! —Sus ojos se movieron hacia arriba para mirar a Gaspard a los ojos, brillando a la luz del almacén, y terminaron en sus bolsillos. Gaspard le hizo un gesto de que continuara—. Lo atravesaron. La elfa se libró de su arco. Cedro rojo, digno de un real de oro o más, y ella lo tiró. Luego fueron hacia el palacio, y la mujer se puso una máscara.

—¿La mujer elfa? —Gaspard inclinó la cabeza y dejó salir el aliento—. De verdad. No ves muchas de esas. Un conejo con máscara. Escúchame, Sielig. Lo has hecho bien esta noche. Ahora, no voy a darte oro, porque darte oro es justo clavarte un puñal en la espalda. Tú lo sabes, y yo lo sé. Pero aquellos hombres de allí tienen algo de plata, y será más que suficiente como para construirte otro almacén.

—Gracias, mi lord. —El elfo se inclinó profundamente, y los hombres de Gaspard se lo llevaron.

—¿Vas a pagarle de verdad? —preguntó el Duque Remache junto a la diligencia.

—Lo voy a hacer. —Gaspard se volvió hacia su futuro gran duque y sonrió—. Un puñal en la espalda sería más seguro, pero tienes que saber que tenemos una docena de esos ojos grandes, brillantes sobre nosotros ahora mismo, y ellos lo sabrían. Ahora mismo, prefiero que vean al hombre que ayudó a reconstruir el almacén que la gente de la emperatriz prendió fuego. Podría necesitarlos más tarde.

Remache asintió, impasible tras su máscara de oro y plata.

—¿Vas a usar a los elfos?

—No puedo usar lo que fuera que Melcendre tuviera para mí. Fuera lo que fuera, probablemente no haya que escarbar en eso. —Gaspar alzó un pulgar en dirección a los restos ardiendo del almacén—. ¿Pero un espía Dalishano y una asesina elfa trabajando para Celene? —Preguntó Gaspard mientras volvía a subir a su diligencia—. Por el aliento del Hacedor, si no puedo encontrar una forma de usar *eso*, no *merezco* el trono.

5

En los suburbios de Halamshiral, los susurros soplaban las ascuas de la rebelión.

La crueldad de los nobles no era nada nuevo. Cada elfo en la ciudad sabía agachar la mirada cuando andaba un humano cerca. Las mujeres elfas aprendían pronto cuán peligroso sería viajar sola, o parecer demasiado hermosa. Los mercaderes elfos conocían la fina danza de protestar lo suficiente como para que los nobles pagaran algo de lo que debían, pero sin protestar tanto que sus casas fueran pasadas por las llamas.

No era amado, pero era conocido, y tolerado, y aceptado como la forma en que era el mundo.

La muerte de Lemet era inaceptable.

Lemet había sido un buen hombre, susurraban su amigo Thren y los otros comerciantes. Había hecho un trabajo honesto, mantenido su casa limpia, e incluso se metió en los negocios de los conductores de diligencias de nobles debido a los bajos precios y a los modales amables y respetuosos de Lemet. Tenía un temperamento lento y una risa fácil, y compraba bebidas a sus amigos más a menudo de lo que no lo hacía. Lemet no era un traidor, susurraban, pero los hombres de Lord Mainserai le apuñalaron, luego lo despiezaron y colgaron las partes de su cuerpo por toda la ciudad como el peor tipo de criminal. Si podían hacer esto a un *buen* elfo como Lemet, que nunca causaba problemas, ¿qué podrían hacerles a todos los demás?

Lemet había muerto protegiendo a un traficante, susurraban los ladrones. Lo que fuera que hiciera para ganar dinero, era un auténtico elfo de corazón, y los *shems* que lo habían troceado como a un perro habían estado tratando de decirle a cada elfo de los suburbios que esas calles les pertenecían. Era un tiempo pasado en el que los humanos aprendieron que siempre había más rocas que lanzar.

Lemet había llegado de una noche en la taberna hablando sobre los viejos días, susurraban Jinette y los otros auténticos creyentes. Lo que fuera que hubiera dicho aquella noche en la taberna, había oído de la época en la que Halamshiral era el hogar de los elfos, antes de que los humanos perturbaran la paz e invadieran. Había escuchado, y cuando el noble cuyos ancestros habían quemado el hogar de los elfos hasta los cimientos trató de matar a un niño inocente, Lemet se levantó bien alto en su contra. ¿Podría cualquier elfo hacer menos?

El Conde Pierre de Halamshiral, que había permitido las actividades de Lord Mainserai mientras no hubiera humanos heridos, ordenó que aumentaran las patrullas a través de los suburbios de la ciudad. Un grupo de elfos volviendo a casa del trabajo tarde por la noche fueron acosados y golpeados por los guardias. A la mañana siguiente, los guardias fueron encontrados muertos en la plaza del mercado, sus orejas cortadas del modo acostumbrado con los bandidos elfos.

El Conde Pierre mandó a sus gentileshombres a los suburbios para hacer ejemplo. Mataron a diez elfos que no habían tenido el sentido común de quedarse en casa y se

despertaron al día siguiente para encontrar que alguien había matado a sus cuadrilleros y había cortado las gargantas de sus caballos.

Lady Elspeth informó a Lord Mainserai de que sus visitas ya no eran más bienvenidas a la finca de su familia, debido a que su comportamiento grosero había avivado a los plebeyos tanto que los sirvientes de Lady Elspeth habían sido incapaces de procurarle bayas frescas para hacer sus tartas favoritas. Mientras cabalgaba de vuelta a su propiedad, echando humo, una roca lanzada navegó por la ventana abierta de su caravana y le reventó la nariz.

Los nobles más sabios se tomaban unas vacaciones en otoño en sus propiedades de campo. Los nobles estúpidos aumentaban su guardia.

Y silenciosamente, lentamente, la palabra empezó a extenderse desde Halamshiral por todo Orlais.

* * *

En cuanto a Celene, las semanas después de los ardides fallidos de Gaspard fueron dulces y tranquilas. Ella aprobaba documentos diplomáticos, leía informes, mantenía audiencias para inventores y artistas que deseaban patrocinio, y ponía en movimiento planes para un baile llevado a cabo en honor a la Divina, donde ella pudiera hablar con los nobles y hacer alguna incidencia en la tensión entre los templarios y los magos.

No había habido palabras de la representante pelirroja de la Divina, aún así. Ninguna negación, pero ninguna confirmación, tampoco, y el silencio retorcía nudos en el estómago de Celene. Ella yacía despierta de nuevo. Briala acurrucada junto a ella al lado de la cama, observando el amanecer.

Lo que Orlais necesitaba, pensó ella, era otra Ruina. No es que seriamente fuera a ayudar, y nunca desearía tal destrucción sobre su imperio. Pero las Ruinas eran, si no fáciles, al menos simples. Reúne a cualquiera que pueda luchar, lánzalos a los engendros tenebrosos, y espera que los Guardas Grises puedan destruir al Archidemonio. La política se hacía a un lado, finalmente si no inmediatamente… las historias rodeando a la estúpida traición de Loghain Mac Tir a los Guardas Grises y el intento de tomar el poder durante la última Ruina habían sido confusas como mucho, pero incluso los salvajes nobles Fereldeños finalmente se habían desbandado.

Si los engendros tenebrosos se desbordaban desde la Marca Abisal y comenzaba otra Ruina, ¿el Gran Duque Gaspard iría a filas y traería su considerable poder militar contra un enemigo que lo mereciera? ¿Los templarios y los magos volverían su furia contra los engendros tenebrosos?

Celene suspiró. Tan simple como sonaba, sabía que otra Ruina desgarraría a Orlais mucho más brutalmente que cualquier medida de pelea interna o lucha civil. Lo que era más, cada Ruina veía culturas destrozadas y conocimiento perdido. Nadie construía bibliotecas en tiempos de guerra. Su universidad, su clase de nobles aprendiendo a pensar críticamente en lugar de ciegamente seguir los pasos de sus padres, los plebeyos e incluso

los elfos lentamente abriéndose paso hacia las salas del aprendizaje… todo eso sería dejado a un lado en la lucha por la simple supervivencia.

—Necesitas dormir, —murmuró Briala junto a ella.

—Siento haberte despertado.

—No lo sientas. —Briala se estiró, un brazo recorriendo el lateral de Celene mientras lo hacía—. Podrías haberme despertado antes.

—Cargas de la emperatriz, —dijo Celene, y sonrió. La piel de su amante era oscura contra el satín blanco crema de su camisón.

Briala rodó sobre su estómago y alzó su cara, encontrando la mirada de Celene.

—Déjame compartirlas.

—No quiero que las compartas, Bria. —Celene dejó que su brazo envolviera el cuerpo de Briala para suavizar las palabras—. Tú ya eres mis ojos y mis oídos. Quiero esto… —Ella tiró de Briala más cerca—. Quiero esto para mí sola. Por nosotras.

Suavemente, Briala se apartó del agarre de Celene y se sentó, aún mirándola.

—Su Majestad, sabe que eso no es posible. —Ella cogió la mano de Celene, sus dedos cálidos y fuertes—. ¿Has respondido a Remache?

Los ojos de Briala eran tan grandes y oscuros en la mañana. Era como mirar a un pozo sin fondo, calmante y profundo.

—Sabes que ahora respalda a Gaspard, —dijo Celene con un suspiro. Ambas habían maldecido mucho y bien fuerte la noche después de que Gaspard hiciera su proposición en el viaje de caza y Briala salvara a Michel de la trampa de la bardo. Gaspard había fracasado en ambos frentes, pero saber que Remache había sido perdido le daba a la victoria un regusto amargo.

Briala apretó su mano.

—¿Pero no puede ser vuelto de nuevo? Si le respondieras sin hacer referencia a su cambio de alianzas, podría encontrar el gobernar junto a ti más tentador que servir a Gaspard. El miedo a cabrear retirando formalmente su traje en sí mismo podría impulsarle a…

—Te perdería a ti, —dijo Celene, y las palabras se le atraparon en la garganta mientras las decía—. Bria, tú eres todo lo que tengo. Todo lo que realmente soy yo. —Ella tiró de Briala cerca, sintiendo sus cálidos brazos rodearla. El satín del camisón de Briala se deslizó contra la piel de Celene como un gato arqueando su espalda para ser acariciado—. Hacedor, a veces te envidio.

Ella supo inmediatamente que había dicho algo malo. Sintió a Briala tensarse, aunque sus brazos no se movieron, y la voz de Briala era ligera mientras decía:

—¿La emperatriz de Orlais envidia a una doncella elfa?

—Ya sabes lo que quiero decir, Bria. —Aún sosteniéndola, Celene le dio unos golpecitos en la espalda a Briala—. Tú podrías marcharte de aquí, convertirte en otra persona.

—Siempre que esa otra persona sea una elfa, —dijo Briala con una sonrisa llena de hoyuelos, pero Celene sabía que aún se sentía herida.

—Sí, lo sé. Pero yo… yo nací para sentarme en ese trono. No puedo hacer otra cosa. Desde que mis padres y Lady Mantillon… —Ella perdió la voz.

Esta vez, Briala se alejó.

—Serías una erudita maravillosa, —dijo mientras se levantaba y se ponía su túnica—, al menos hasta que el Emperador Gaspard tomara una decisión que encontraras objetable. Entonces, creo que el problema persistiría. —Ella sonrió por encima de su hombro.

—Probablemente tienes razón, amor mío. —Celene se levantó también y se puso su propia túnica, como si no hubiera pasado nada—. Y… consideraré lo de Remache.

Briala asintió y se colocó la máscara en su sitio, luego se fue por el pasadizo tras el espejo, y Celene suspiró y agarró su tetera mágica.

Ella haría su propio té esta mañana, al parecer.

* * *

Briala estaba en el mercado poniéndose al día con sus contactos cuando Felassan vino de nuevo.

—No esperaba verte en meses, —dijo ella mientras se abría paso pasando a un grupo de mercaderes que discutían acerca de una carreta llena de bienes y captaron su mirada—. Esta es una sorpresa encantadora.

Aunque la capa de su mentor estaba tan limpia como siempre, intacta por la mugre que su constante vagar debería atraer, la cara de Felassan parecía marchita y cansada bajo las sombras de su capa.

—Tanto como echo de menos la vista de tu encantadora cara enmascarada, *da'len*, he vuelto por razones más prácticas. ¿Qué has oído acerca de Halamshiral?

Briala le siguió al parque donde habían hablado hacía sólo un par de días.

—Nada, —dijo ella. Una manada de hijos de mercaderes ricos estaba cerca, riéndose y lanzándose un pellejo de vino hacia atrás y hacia delante mientras pisoteaban la hierba. Lanzaron miradas maliciosas hacia ella, y ella los ignoró y mantuvo su voz baja—. Mis pájaros van con retraso. A menudo vienen tarde en el otoño. No he oído nada de los barcos que llegan del otro lado del Mar del Despertar.

Él sonrió cansado.

—Bueno, entonces, no cansé mis viejos huesos por nada. Algún estúpido lord *shemlen* mató y brutalizó a un comerciante elfo sin motivo. Las voces enfadadas en la elfería están llamando a *mien'harel*.

El shock fue tan grande que Briala se rió sin querer.

—¿Por un comerciante? ¿Cuánta de nuestra gente es masacrada cada día?

—Nunca sabremos dónde golpeará el rayo en el bosque seco, —dijo Felassan mientras se sentaba en la hierba—, pero puedo oler el humo. —Le dio los detalles, el nombre del lord y el elfo muerto, por poco que importara.

—¿Así que los elfos se rebelarán? Serán aplastados. Esto es… —Ella se movió y empezó a caminar enfadada—. ¿Creen que esto *ayudará* a la emperatriz? ¡Esto es lo último que necesita!

—A los amigos del mercader masacrado se les romperá el corazón, —dijo Felassan—. Imagino que constantemente estarán considerando las necesidades de Celene.

—¡Más les valdría! —Briala se giró hacia él—. Ella está doblegando a la Divina a su causa, está tratando con Gaspard… si esto la hiere, ¿crees que Gaspard será *mejor* para los elfos?

—Si hay algo que he aprendido, —dijo Felassan—, es que los mayores cambios políticos casi nunca se basan en lo que yo crea. —Hizo un gesto vago—. Lo que *tú* crees, por otra parte, podría cambiar cómo la Emperatriz de Orlais reacciona a estas noticias. Puedo prometerte que nadie en Val Royeaux ha oído estas noticias antes que tú.

Uno de los hijos del mercader lanzó el pellejo de vino, y navegó sobre la cabeza de su amigo. Sin perder un solo segundo, Felassan dio dos pasos, lo atrapó, lo giró, y lo volvió a lanzar sin derramar una gota. Los jóvenes claramente parecían ofendidos porque un elfo se hubiera unido a su juego, pero había sido una buena atrapada, y habían tenido la buena gracia de reír y asentir.

—Tienes razón, *hahren*. —Con un esfuerzo, Briala se calmó—. Gracias.

Felassan sonrió gentilmente.

—Ve.

Ella se abrió paso de vuelta al palacio, tirando de su máscara para colocarla de nuevo en su lugar y moviéndose con una prisa poco aparente a través del distrito rico. De nuevo dentro, se abrió paso a través de los pasillos. La hacendada la vio y la llamó, pero Briala la ignoró. Lo que fuera que pagar más tarde merecería la pena.

Encontró a Celene en una conferencia con un administrador de la universidad y, robando una bandeja de té de una sirvienta, entró con una reverencia. Sirvió el té con la gracia de los años de entrenamiento, sin interrumpir nunca las peticiones encantadoras del administrador de más fondos y una mejor clarificación de cuántos plebeyos necesitarían ser admitidos en la universidad para complacer a la emperatriz. Celene le lanzó a Briala una única mirada mientras cogía su té, endulzado con miel justo como a Celene le había gustado desde la infancia.

De nuevo fuera en el pasillo momentos más tarde, Briala empujó la bandeja de té a la sirvienta sin mirar y caminó por los pasillos, pensando.

Tiene que manejarse perfectamente. Algunos morirían en cualquier circunstancia… Briala había aprendido esa lección el día que Lady Mantillon asesinó a sus padres y a todos los otros sirvientes para asegurar el ascenso seguro de Celene al poder. Pero las palabras correctas podían salvar cientos de vidas.

Briala no podía permitirse derramar lágrimas por muertes inevitables. Respecto a eso, suponía que era más como los nobles a los que servía que como los elfos de la plaza del mercado. El pensamiento a veces la enfermaba, pero de nuevo, no tanto como el pensamiento de las muertes que podría haber evitado.

Celene convocó a Briala a la Sala de Piedra un par de minutos más tarde y echó a los otros sirvientes. Estaba junto a una ventana abierta, mirando sobre los jardines. La habitación había recibido su nombre de una pared, que estaba cubierta de suelo a techo de piezas de ámbar diferentemente coloreadas. Formaban un mosaico de los Guardas Grises cabalgando sus legendarios grifos contra una horda de engendros tenebrosos. Los Guardas y sus grifos estaban hechos del oro más brillante, el cielo era pálido, y los engendros tenebrosos, liderados por el gran Archidemonio, eran de un rojo grisáceo.

El resto de la sala contenía trofeos y otras obras de arte de la orden legendaria, aunque ninguna era tan detallada. Un gran mapa enmarcado databa de la Segunda Ruina y mostraba lo lejos que se habían extendido los engendros tenebrosos a la altura de su poder, y en una esquina un traje de armadura vacío resguardado a salvo tras cristal que se decía que databa de la Era Divina, cuando el Emperador Drakon mandó los ejércitos orlesianos contra los engendros tenebrosos para salvar a los Guardas Grises asediados en Weisshaupt.

Celene hizo un gesto hacia una silla cuyas patas estaban talladas en forma de garras de grifo.

—Lo que fuera que averiguaras en el mercado normalmente puede esperar hasta la noche.

Briala se sentó.

—Esto no, Su Majestad. Los elfos de Halamshiral están enfadados. Lord Mainserai mató a un comerciante sin justificación, y los elfos están llamando a *mien'harel*. —Ante el silencio de Celene, Briala añadió—: Es una palabra elfa. Cuando los humanos llegan demasiado lejos, los elfos les recuerdan que incluso una espada corta debe ser respetada. Ellos…

—Ellos se rebelarán, —dijo Celene, las palabras cortando a través del frío aire de otoño—. Contra mí. Ahora.

—No es una rebelión, Su Majestad. —Briala inclinó la cabeza y cogió aliento temblorosa, agarrándose al brazo con forma de cabeza de grifo de su silla. Esto era exactamente lo que había temido—. Los elfos de Halamshiral nunca la han visto. Su dolor no es ni con usted ni con Orlais. Sólo desean justicia por un hombre de su imperio que murió sin motivo.

—Lo que ellos desean es irrelevante. —Celene se volvió y se alejó de la ventana—. Ya estoy luchando una guerra con dos frentes. No puedo ser vista luchando una guerra a tres.

—Entonces no lo haga. —Briala se alzó, colocándose en el camino de Celene—. Deles justicia.

—¿Un *lord* por la muerte de un *elfo*? Yo… maldito sea esto. —Con una rápida sacudida, Celene se desgarró la máscara de su cara. Su cara estaba roja debajo, sus ojos rojos por otra noche de poco sueño—. ¿Debo declarar a los elfos ciudadanos iguales ante el Hacedor y el trono también, mientras estoy en él?

—¿Por qué no? —Briala se quitó su propia máscara, robando un rápido momento para calmarse—. A no ser que no creas en ello, y yo sólo sea una creída zorra de las cocinas de la que aún no te has cansado.

Celene se apartó, tirando su máscara a un diván excesivamente acolchado y caminando hacia la gran pared de ámbar.

—Sabes que no puedo hacer eso, Bria. Bien podría grabar las iniciales de Gaspard en el trono.

Contra la pared de oro y rojo, la emperatriz y amante de Briala parecía pálida y marchita. Celene siempre había visto el sueño como un enemigo, o como mucho un mal necesario, por lo que Briala podía decir, y desde los eventos en Kirkwall el estrés de las tensiones alzándose la tenían despierta antes del amanecer casi cada mañana. Si era l suficientemente temprano, Briala podía a veces coaccionarla para hacer el amor, y el calor y la bendición somnolienta de después dejaría que Celene robara un par de horas más de descanso. Últimamente, incluso eso no había sido suficiente.

Briala suspiró.

—No lo sé. —En lugar de ir a Celene, fue a la pequeña mesa donde se asentaba la tetera de Celene, por siempre negada a hervir. Llenó la taza de té de Celene, se la llevó, y suavemente tocó el hombro de Celene. No fue una disculpa muy buena.

Celene se volvió, vio el té, y suspiró.

—Hago lo que puedo, Bria. He presionado a los nobles para que ayuden a los elfos. —Ella cogió el platillo, alzó la copa hasta sus labios, e inhaló lentamente. Briala vio la postura de sus hombros relajarse ligeramente.

—Lo sé. Has hecho más de lo que ha hecho cualquiera desde que la propia Andraste nos cedió Halamshiral.

—Tristemente, no creo que esté en mi poder ceder Halamshiral a los elfos de momento, —dijo Celene con una diminuta sonrisa.

Briala respondió con otra sonrisa, y cogió la mano de Celene.

—Yo haré esa sugerencia, entonces. —Suavemente, respetuosamente, llevó a Celene al diván excesivamente acolchado y tiró a la emperatriz bajo ella—. El trono no puede llevar a este Lord Mainserai ante la justicia, y los elfos sólo te ocasionarán problemas por ello. Así que déjame ayudar. —Ella cogió aliento—. Mándame a Halamshiral.

Celene se quedó en silencio un momento. Su mano se quedó quieta sobre el agarre de Briala.

—¿Matarás a Mainserai?

Briala asintió, confiada y seria.

—Tengo los contactos para liderar a los elfos. Puedo darles la sangre que necesitan, luego calmarlos antes de que piensen en volverse hacia otro objetivo. Será un crimen sin explicar para la guardia de la ciudad, no una rebelión, y si alguien pide tu opinión, puedes sugerir que un lord que fue tan mezquino como para matar a una criatura indefensa debería aprender a vigilar su propia defensa.

Celene extendió el brazo, suavemente, y puso una mano en la mejilla de Briala. Ella se inclinó hacia delante, y cuando se besaron, los brazos de Celene fueron alrededor de Briala, ferozmente estrechos.

Luego se levantó, cogiendo su máscara y volviéndosela a colocar en su sitio mientras lo hacía, y caminó lentamente hacia la ventana, silenciosa todo el tiempo.

—Limpio y rápido, Bria, —dijo ella.

—Su Resplandor. —Briala se inclinó y se fue a empaquetar sus cosas.

* * *

La Emperatriz Celene durmió sola esa noche.

No era que Briala la visitara cada noche, por supuesto. Algunas noches, el deber de Briala la mantenía despierta hasta tarde trabajando, y cuando Celene visitaba la propiedad de otro lord, la discreción las mantenía en camas separadas.

Pero había pasado algún tiempo desde que Briala había estado lejos.

Ella se despertaba antes del amanecer cada mañana, fría y sola, observando la oscuridad fuera de la ventana como si si mirara con suficiente fuerza, pudiera verlos a todos. Los magos, los templarios, los elfos, incluso Gaspard y Remache y quien fuera más que Gaspard hubiera convertido. Todos acechaban fuera del palacio, acercándose más cada noche mientras dormía, esperando que cometiera el error que les permitiera atacar.

Cada mañana, ella hacía su té, bebía hasta que los dolores de cabeza se desvanecían hasta un zumbido distante en la parte trasera de su cabeza, y se sumergía en libros antiguos que no interesaban a nadie salvo a los eruditos.

Pasó los siguientes días tranquila, escuchando charlas y aceptando regales. Las noticias del levantamiento elfo en Halamshiral alcanzaron los oídos de Val Royeaux, y los nobles reunidos y cortesanos sacudían sus cabezas y gruñían acerca de los elfos espoleados de Halamshiral sin saber qué bien lo tenían comparado con Ferelden y el resto de Orlais, donde vivían en elferías. El Conde Pierre mandó disculpas por el vergonzoso comportamiento de su ciudad y dejó claro que tendría el asunto bajo control en breve, lo cual no dejó a nadie satisfecho. Los nobles de Val Royeaux preguntaron qué haría Celene, y Celene dio respuestas vacías educadas y silenciosamente deseó a Briala un buen viaje.

Ella asistió a una actuación en el Teatro Grande Royeaux tres días después de la partida de Briala, y ahí fue cuando descubrió lo lejos que habían ido las cosas.

El Grande Royeaux había sido establecido hacia casi doscientos años. Tenía una reputación como el teatro más grande del imperio, con los artistas más famosos, las actuaciones más distinguidas, y los efectos y escenarios más extravagantes… incluyendo, en algunas actuaciones, humo y llamas conjurados no a través del polvo de un alquimista sino por un mago que había obtenido el permiso del Círculo y había entregado su experiencia. Como resultado de tener constantemente que superar a sus competidores, sin

embargo, el Grande Royeaux también había llegado a la atención tanto de la Capilla como del trono por actuaciones que rozaban lo escandaloso. El Emperador Loco Remille había restringido el teatro a pantomimas sin palabras por miedo a que las representaciones de algún modo fomentaran la rebelión contra su gobierno, y el tío de Celene, el Emperador Florian, casi había cerrado el Grande Royeaux de una tras una representación insípida basada en la ocupación orlesiana de Ferelden.

Celene había ganado puntos al apoyar el teatro, financiera y políticamente. Había empujado las quejas de la Capilla, y ocasionalmente cuando una representación hacía referencia a ella, literal o metafóricamente, siempre se la veía riendo o aplaudiendo apropiadamente, una emperatriz culta sin preocupaciones por lo que se diría de ella en el escenario. A cambio, las actuaciones de Orlais siempre habían sido amables.

Su diligencia se detuvo ante la entrada principal, junto a la vistosa alfombra desenrollada para significar que uno de los grandes nobles se había dignado a asistir a la actuación. Fuera la multitud estaba a una distancia respetuosa.

—¿Órdenes, Majestad? —preguntó Michel. Había estado en silencio pero vigilante desde que Briala le hubiera ayudado a escapar de la trampa de Gaspard, ansioso por redimirse por su fracaso aparente. Había tratado insistentemente de disculparse en cierto punto, como Briala había sugerido que hiciera, y Celene rápidamente había silenciado la conversación, dejando claro que Ser Michel no tenía culpa en el asunto.

Ahora no era el momento de tener a un campeón que no creía en sí mismo.

—Observe, como siempre.

Ser Michel asintió y salió de la caravana, luego se volvió y extendió una mano para ayudarla. Fuera, los sirvientes que habían montado en la caravana rápidamente barrieron el polvo de la lujosa alfombra y empujaron atrás a los plebeyos y a los nobles inferiores mientras Celene bajaba.

Algo pasaba en la multitud. Lo sintió al instante. Se inclinaron, por supuesto, pero el tenor en sus murmullos estaba mal. Mientras Ser Michel la escoltaba dentro, con sus sirvientes llevando la larga cola de su vestido y esparcían agua de rosas en el aire ante ella de forma que el olor de la multitud no le ofreciera ninguna ofensa, observó desde la esquina de su media máscara y escuchó lo mejor que pudo.

—… no la veo…

—Ella no estaría aquí…

Dentro, Celene aceptó una reverencia de la actual dueña del Teatro Grande Royeaux, una mujer rechoncha que había puesto el dinero de su familia de mercaderes en buen uso. Esta noche, la mujer llevaba un tocado simple pero a la moda coronado con una máscara riendo en un lado y una máscara llorando al otro, y un denso maquillaje de comerciante justo lo suficientemente cerca del de Celene para honrar a la emperatriz sin intentar imitarla. Bajo el maquillaje, sin embargo, las líneas de su cara delataban preocupación.

Celene habría dado cualquier cosa por tener a Briala allí. Su doncella y amante era incluso mejor que Celene en reunir hechos de las observaciones más pequeñas, y ella podía ir a lugares a los que Celene no podía, invisible con su máscara de sirvienta. Tal y

como estaba, sonrió educadamente mientras la dueña del teatro llevaba a Celene al palco real, un palco ricamente decorado que ofrecía a Celene y a sus invitados una hermosa vista del escenario, mientras que ofrecía a la multitud una hermosa vista de su emperatriz.

Una de las sirvientas de Celene le llenó el té, mientras que otra colocó un cojín morado de terciopelo en el asiento de Celene… no importaba lo bien decorado que estuviera el palco real, no era propio de una emperatriz sentarse en lo que aún no dejaba de ser un banco de madera. Una tercera sirvienta esparció agua de rosas en el aire hasta que los olores de sudor, comida salada, y humo del teatro se desvanecieron para su satisfacción.

—Creo que tomaré vino esta noche, —dijo a la sirvienta con la tetera.

—Sí, Su Resplandor.

—Mientras lo traes, por favor, manda mis cumplidos a Madeimoselle Archet por la encantadora cortina nueva. También… —Celene encogió los ojos pensativa hacia la lámpara en la pared—. Llévate a otra chica contigo y busca velas nuevas. Creo que esas están goteando.

—Sí, Su Resplandor, —dijo la sirvienta, y se fue con otra.

Las velas no estaban haciendo tal cosa, y Celene rara vez tomaba vino en las actuaciones, y sus sirvientas sabían ambas cosas. También sabían que Celene querría que escucharan a la multitud, hicieran preguntas educadas, y averiguaran qué estaba ocurriendo. Ninguna de ellas tenía las habilidades de Briala, por supuesto, pero uno no servía personalmente a la emperatriz de Orlais sin saber cómo jugar al Juego.

La actuación, la cual se había anunciado como una adaptación romántica de la historia de Andraste, empezó poco después. Andraste estaba representada por una adorable joven de pelo rubio. Empezó su rebelión contra Tevinter entusiásticamente, aunque Celene encontró su actuación más excitada que inteligente. Celene había estudiado los textos históricos, incluso los prohibidos, y sospechaba que Andraste había sido más política que la creencia idealista presentada por la Capilla. Las guerras no se ganaban de otro modo.

Un silencioso golpe en su puerta la hizo volverse. Michel se alzó y abrió la puerta, luego se giró hacia Celene.

—El Duque Remache de Lydes, Majestad.

—Que entre, Michel.

El Duque Remache entró y se inclinó.

—Su Majestad Imperial. Vi que estaba en la recepción, y si no es muy presuntuoso, esperaba que mi propia indigna compañía fuera bienvenida.

Ella le invitó a sentarse con un grácil movimiento de muñeca.

—Si no es en detrimento de sus propios compañeros, estaría encantada.

Él asintió y se sentó en la silla junto a la suya. Michel silenciosamente se quedó en la parte trasera del palco privado.

—*Porque aunque los magos de Tevinter gobiernen, vemos, ¡esta mejor magia sirve arrodillada!* —proclamaba Andraste en el escenario.

—Una extraña actuación, —murmuró Celene—. Esperaba un romance o una tragedia, ¿pero esto?

Remache la miró.

—¿Y qué piensa que es, Su Majestad?

—Sospecharía que una comedia, pero incluso el Grande Royeaux no haría eso a la vida de Andraste. —Celene sonrió—. Aunque podría ser la primera Marcha Exaltada registrada en un teatro.

Remache rió silenciosamente.

Abajo en el escenario, Andraste estaba convenciendo a los rebeldes de que se aliaran con los elfos.

—Contra tal magia, ¿cómo puede la libertad reinar? ¡Nuestras fuerzas pues organizadas no bastarán! Pero con la dulce justicia como nuestro refrán, los elfos una o dos veces… ¡nos vendrán a ayudar!

La multitud rió nerviosa, y Celene vio la oscuridad abajo iluminarse mientras cientos de caras se volvían a mirarla.

Shartan, el herético guerrero elfo cuya historia de unirse a la lucha de Andraste contra el antiguo Tevinter había sido sacada del Cantar de la Luz, había caminado al escenario.

Había sido representado por una mujer, y *ella* estaba llevando un vestido, sus caderas balanceándose con una exageración cómica y sus orejas falsas de madera enormes, de forma que aquellos en la parte trasera de la habitación pudieran saber que era un elfo.

Ella besó la mano de Andraste, y la multitud silbó.

Celene sintió el mundo pararse a su alrededor. Su nuca se tensó, y se quedó inmóvil.

Tras un momento, ella dijo:

—Había pensado sacar un asunto que me propuso antes, Duque Remache.

—No estoy seguro de recordar ningún asunto que requiera mayor discusión, Su Resplandor. —Él no apartó sus ojos del escenario mientras lo decía, y estaba sonriendo mientras observaba.

—Ya veo. Odiaría arruinar su disfrute de la actuación, —dijo Celene—. Dígame, ¿ve muchas?

—Sólo aquellas que he pagado yo.

—Parecería que Gaspard pagó esta, —dijo Celene, evitando que su cara traicionara ninguna emoción que la multitud pudiera ver desde abajo—. Con una pluma.

—Oh, no soy ningún gentilhombre para preocuparme por ataviarme con plumas, —dijo Remache, aún sin mirar hacia ella—, pero Gaspard se preocupa mucho por cazar en los Lydes, mientras que para usted, meramente parece una obligación.

Abajo en el escenario, Maferath movía sus brazos ultrajado, la única fuerza de razón mientras que Andraste y Shartan flirteaban y se provocaban e ignoraban la guerra con Tevinter.

—Cuando los gobernantes de su corazón se vuelven esclavos, ignorando el deber para yacer con elfos, ¿hay algún corazón tan noble y tan valiente como para no ver la necesidad de tomar la lucha por sí mismos?

—¿Tengo que entender, —dijo Celene sin mirar hacia él—, que Maferath será el *héroe* que hará el sacrificio necesario traicionando a Andraste?

—Bueno, en esta versión de la representación, Andraste parece haber tomado a una amante elfa y haberse olvidado de su deber, Su Majestad. —Remache se detuvo—. Aún así, yo no querría destripar el final.

—Conozco *un* final. El guionista será ejecutado, —dijo Celene—. Posiblemente la dueña del teatro también.

—Pasa ser justos, —dijo el Duque Remache—, este cambio de última hora en el guión fue una sorpresa para la dueña del teatro, así como la desaparición de su hijo… aunque asumo que el chaval será encontrado más tarde esta noche a salvo.

—¿Y qué evidencia encontraré que lleve a usted, Remache?

—Ninguna, Su Resplandor, aunque haré generosas donaciones a la Capilla en disculpa por una representación que yo patrociné estando enfermo de cierta enfermedad herética.

Celene se levantó.

—Dígale al Gran Duque *Maferath* que parezco haber perdido una apuesta en si estaba siendo literal.

Ser Michel abrió la puerta, lanzando dagas con la mirada a Remache, y Celene se fue, ignorando los murmullos de la multitud debajo.

Ella se mantuvo tranquila hasta que Michel cerró la puerta tras ella. Luego, cuando estaba sola salvo por Michel y sus sirvientes en el pasillo oscurecido, bajó la cabeza y cogió aliento profundamente.

Lo sabían. Malditos sean todos, lo sabían.

Era aún posible que meramente tuviera la intención de una metáfora, de atacar a Celene por dejar entrar a los elfos en los mercados y en la universidad. Pero no lo creía. El Duque Remache había dicho «una amante elfa» muy específicamente, y tal cosa, incluso a través de la metáfora de la representación, no se decía en el Juego a no ser que uno estuviera seguro.

Briala, la única parte de su vida que había guardado para sí misma aquellos muchos años, estaba siendo utilizada para atacarla. Gaspard y sus matones se llevarían ese consuelo, la mujer que amaba, de forma que pudiera tener la condenada guerra que quería.

—Ha usado su trono para defender las artes y las ciencias escolares durante tanto tiempo, —una voz suave llegó desde las sombras—. Parece muy cruel por parte de Gaspard usarlas contra usted ahora.

Celene miró hacia la representante pelirroja de la Divina, conspicua con sus rasgos Fereldeños y su cara desenmascarada.

—Los teatros siempre han sido volubles, Leliana. Y no creo que la universidad se haya vuelto. —Ella miró a Michel—. Recoge a las otras sirvientas y averigua qué han oído. Nos vamos.

—Majestad. —Michel asintió y se fue caminando con el resto de sus sirvientes siguiéndole, y Celene fue a las sombras donde estaba Leliana.

Ella alzó un pergamino firmemente atado.

—A varios de los catedráticos se le ha pedido escribir artículos sobre los elfos. Uno dirá que sus largas orejas les marca como similares a los conejos, lo cual significa que son simples presas animales, confiando en el instinto básico de supervivencia y que no son dignos de confianza. Otro clamará que cualquiera que fornica con un elfo está insultando al Hacedor, como cualquiera que fornica con animales.

Veinte años de lucha para llevar a un imperio de salvajes la gracia y la cultura que necesitaba para seguir siendo el mayor país del mundo, y ahora la misma gente que había buscado ayudar se burlaba de ella, la amenazaba de muerte, y la hacía pelear con Gaspard por el entretenimiento de los plebeyos. Veinte años de relativa paz, iluminación, y seguridad para Orlais serían dejados a un lado porque los guionistas y eruditos podían sarcásticamente reducirlo a estupideces de una niña enamorada yaciendo con una elfa.

Celene cerró los ojos.

—¿Y qué piensa la Divina de esto?

Leliana sonrió.

—La Divina nunca ha tenido una muy elevada opinión acerca del teatro, Su Resplandor. —Ante el silencio de Celene, la representante de la Divina suspiró—. Los elfos son los hijos del Hacedor, al igual que nosotros, e igual de merecedores de Su gracia.

—Pero la Divina no dirá eso, —supuso Celene.

Leliana apartó la mirada. Había sido entrenada como una bardo, así que cada movimiento que hacía probablemente era deliberado, pero Celene pensaba que su inconformidad era genuina.

—Yo he sido… camarada de armas con elfos. No vería que les hirieran. Pero no pidió su apoyo en ese asunto. —Ella volvió a mirar a Celene—. Pidió su apoyo en calmar a los templarios y los magos.

—Ciertamente. —Celene asintió—. ¿Y ella dará ese apoyo?

Leliana dejó salir un suspiro.

—Lo hará, —dijo ella, asintiendo lentamente—, pero a cambio, necesita saber que este asunto con los elfos está bajo control.

Celene sintió que su corazón se rompía dentro de ella, pese a que había sabido en momentos acerca de cómo iría la conversación. Ella respiró con un diminuto suspiro, y luego dijo:

—Por supuesto. Difícilmente podría pedirle a la Divina que mantuviera sus asuntos en orden mientras no esté dispuesta a hacer yo lo mismo. Espero que disfrute el próximo baile en honor a Justinia. Me temo que no seré capaz de asistir en persona.

—La Divina lo entiende, —dijo Leliana, y con una voz suave, triste, añadió—: Vaya con la bendición del Hacedor.

—¡Majestad!

Celene alzó la mirada abruptamente y cogió aliento calmada mientras se erguía. Era Ser Michel, con la comitiva de Celene cerca tras él. Las dos sirvientas que había mandado a investigar antes parecían desaliñadas. Una de ellas tenía el maquillaje esparcido por la mandíbula y boca, como si hubiera sido abofeteada. La otra tenía surcos justo bajo su media máscara, como si hubiera estado llorando.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó, mirando a las sombras. Leliana había desaparecido.

—Como vio en esa representación, —dijo él, poniendo una mueca—, la multitud está diciendo que es… demasiado transigente con los elfos. —Celene hizo un gesto irritada, y él continuó—. Claman que les cobra menos impuestos, que desea que sean libres de nuestras leyes. Dicen que siente lástima por ellos, y algunos de ellos estaban especulando que podría tener tratos secretos con los Dalishanos para despojar a los nobles de sus tierras y devolver los Valles a los elfos. Incluso se habla acerca de su Briala. —Michel miró a la pared—. Dicen que ella es, eh, que ustedes dos son…

—La palabra es *amantes*, Michel.

—Sí, Majestad. Eso es lo que están diciendo. —Los puños de Michel estaban apretados a su lado—. Si quiere, estaría contento de volver al vestíbulo y dejar claro que tal habladuría es inaceptable.

Celene sonrió y se irguió. Las sirvientas necesitaban ver su fuerza ahora.

—No. Eso sería silenciar una voz y dar pie a que se alcen cientos de susurros en su lugar. Si la gente teme que soy blanda con los elfos, tomaré acción para que no se abuse de esa noción.

Había innumerables opciones, pero ella las había descartado casi todas inmediatamente. Nuevas restricciones de comercio, o revocar su petición a la universidad para que aceptaran eruditos elfos… aquellas acciones convencerían a unos pocos, pero no barrerían por el imperio, sin dejar dudas acerca de la fuerza de Celene.

Para eso, sólo una cosa sería suficiente. Lo había sabido mientras hablaba con Leliana, y en su mente, rogaba perdón por el dolor que sabía que Briala sentiría. Pero no había otra forma.

—Reúna nuestras fuerzas. Marcharemos sobre Halamshiral.

—¿Emperatriz?

—Tengo una rebelión que aplastar.

6

Thren había aprendido un montón de los ladrones en las semanas desde que el bastardo *shemlen* había matado a su amigo Lemet.

Primero, había aprendido que la mayoría de las leyes que temía tanto podían evadirse con una facilidad risible. A los elfos en Halamshiral se les prohibía llevar ninguna espada más larga que la palma de su mano, pero la mitad de los elfos en el gremio de ladrones llevaban espadas en sus caderas para que todos las vieran, una provocación a cualquier guardia con el coraje de iniciar una pelea.

Segundo, había aprendido que su trabajo en la tenería le colocaba en una alta posición, con las tiras de cuero que robaba, podía hacer hondas para los que no tenían nada. Las flechas y los arcos podían ser difíciles de conseguir, le dijeron los ladrones a Thren, pero incluso los condenados *shems* no podrían evitar que los elfos pusieran sus manos sobre las piedras. Lo que era más, cuando los rebeldes vinieron a Thren con pellejos de cuero, le enseñaron cómo hervirlos y darles forma en glebas y placas de armadura. No eran bonitas, pero harían volverse a una espada o frenarían una flecha.

Tercero, había aprendido, muy para su sorpresa, que *realmente* le gustaba matar humanos.

La carreta había alcanzado la plaza de los comerciantes justo pasando el anochecer. Era un mercado utilizado principalmente por artesanos y mercaderes que llevaban comida, no tan vistoso como el de la parte superior protegida de Halamshiral, pero varios pasos más limpio y bonito que el de los suburbios donde vivían los elfos. Simples láminas de lona colgaban para crear puestos alrededor de la propia plaza, pintados brillantemente con dragones y gentileshombres, y en medio de la plaza una plataforma elevada les daba a los bardos o a otros artistas un buen lugar para ganarse un par de monedas.

Los guardias humanos habían buscado en la carreta, gruñendo, luego habían advertido al conductor que fuera rápido en descargar sus bienes. Los sucios elfos habían estado robando más últimamente, dijeron, e incluso las partes buenas de la ciudad no eran seguras.

Thren observó y escuchó desde un tejado la plaza, luego pasó una señal al traficante por el que Lemet había muerto protegiéndolo. El niño lanzó una sonrisa a Thren, luego salió corriendo.

Thren contó hasta cien, luego se levantó. Colocó una piedra en la honda, giró la tira de cuero hasta la muñeca, y la dejó volar. La piedra voló por la plaza, perdiéndose de vista. Thren vio al guardia tambalearse hacia atrás, agarrándose el hombro de su cota de malla mientras el clanc de la piedra contra el metal sonaba de vuelta hacia los oídos de Thren.

Más piedras le siguieron, de toda la plaza. Los mercaderes corrían gritando mientras las piedras caían como granizo, sonando y chocando contra el empedrado y la armadura y la carne, y los guardias giraron, alzaron las ballestas y encogieron los ojos en el

crepúsculo en busca de objetivos. Los caballos relinchaban y chillaban, y su conductor luchó por evitar que salieran corriendo. Thren giró su honda y soltó otra piedra, luego maldijo. Sólo había estado practicando hacía ya un par de semanas, pero podía decir tan pronto como abandonó su mano que pasaría de largo.

Un zumbido agudo pasó junto al oído de Thren, y sintió el viento mientras un virote siseó pasando su cara, agrietando la pared del edificio tras él. Hacía un par de semanas, eso habría hecho que Thren se acobardara en el suelo aterrorizado. Esta noche, mostró sus dientes con una sonrisa feroz. Un momento más tarde, el guardia que le había disparado cayó de rodillas, sangrando por la cara.

La plaza estaba casi vacía. Los guardias estaban en el suelo, mareados si no muertos, y serían un par de preciosos minutos antes de que llegaran los refuerzos. Uno de los ladrones gritó una orden, y Thren se balanceó sobre el lateral del tejado, luego cayó al suelo. Aterrizó de manera extraña, su rodilla rodando bajo él mientras aterrizaba. Maldiciendo, volvió a ponerse en pie y siguió moviéndose con el resto.

Metió su honda de nuevo en su cinturón y liberó su cuchillo mientras él y otros ladrones caminaban valientemente hacia la plaza.

—¡Por favor! ¡Por favor, tengo familia! —Un mercader había caído de rodillas, su cabeza sangrando, y reptando fuera del camino mientras Thren se aproximaba. Thren le golpeó en la cabeza, sonrió a uno de los otros elfos, y siguió caminando.

El guardia que le había disparado estaba aún de rodillas, sacudiendo la cabeza. Thren caminó tras el hombre, le agarró de los hombros, y deslizó su daga bajo la mandíbula y junto a la garganta del hombre. El guardia cayó, ahogándose y agarrándose la garganta.

Él había vacilado, la primera vez que había matado a un guardia así. El guardia había sacado su propio cuchillo, y uno de los ladrones más experimentados había salvado la vida de Thren, luego se había burlado de él el resto de la noche. La segunda vez, Thren se había lanzado con la energía alocada extraña de un joven en la cama de una mujer por primera vez, y había terminado apuñalando al guardia bajo la oreja. Le había llevado al pobre bastardo minutos morir, y Thren había estado demasiado nervioso como para recuperar su daga hasta que el hombre dejó de moverse.

La tercera vez, sin embargo, Thren lo había hecho bien, y en las semanas siguientes, muchos más le habían seguido. Un movimiento suave, no tembloroso, no demasiado rápido, fue todo lo que requirió hacer que el guardia humano que se mofaba de los elfos durante tanto tiempo fuera un cadáver en el suelo.

Los elfos ya estaban golpeando al conductor de la carreta, que estaba acurrucado en el suelo. Thren los ignoró y se unió a los que estaban inspeccionando la carreta.

—Comida y cacharros de cocina, en su mayoría, —dijo uno de ellos mientras Thren se aproximaba—. Algunas lámparas de aceite.

Thren asintió. Las lámparas de aceite arderían, y los cacharros de cocina podrían servir de armas.

—¿Qué cogemos? —preguntó otro—. No hay tiempo para llevárnoslo todo.

Thren miró a los caballos, que estaban gimiendo alarmados tirando de sus arneses.

—Nos lo llevamos todo. ¿Quién puede conducir una carreta? —Ante el silencio, Thren frunció el ceño, luego se volvió hacia los elfos que estaban pegando al conductor—. ¡Que se ponga en pie!

Ellos se quejaron pero hicieron lo que Thren ordenó, tirando del conductor de la carreta hacia arriba. Tenía la nariz reventada y estaba agachado, arrebolado sobre sí mismo adolorido, pero nada parecía roto.

—¿Quieres vivir, *shem*? —Preguntó él, manteniendo su voz dura'—. Conduce la carreta hacia donde te digamos y saldrás con vida.

El hombre cogió aliento y tosió.

—¿Qué hay de los caballos? —preguntó él.

Thren se rió. Salió más fuerte de lo que había pretendido. El calor de la batalla aún estaba en él.

—No estás realmente en una buena posición como para regatear, humano.

El conductor cogió aliento de nuevo, doblándose del dolor.

—No, lo sé. ¿Pero no vas a matar a los caballos, verdad? ¿Los tratarás bien?

Thren miró a los otros elfos, que se encogieron de hombros.

—No teníamos planeado herirles.

—Está bien, —dijo el conductor, y cojeó hacia la carreta. Thren hizo un gesto al resto de ladrones, y ellos agarraron lo que pudieron y corrieron. Thren y un par de los otros se unieron al conductor de la carreta y le llevaron de vuelta a los suburbios. La plaza tras ellos estaba en silencio salvo por los gemidos de los mercaderes que habían dejado con vida.

Ante las órdenes de Thren, el conductor presionó a los caballos. Alcanzaron la barricada que los elfos habían colocado tras su pequeño rincón de Halamshiral, y con un gran grito, los elfos apartaron las mesas y tablones de madera junto a una pared para que la carreta pudiera pasar.

Los caballos relincharon alarmados ante las abruptas tablas que sobresalían del lateral de la barricada, trozos de basura convertidos en un muro improvisado contra los humanos, y el conductor les ladró y tiró de las riendas, luego lanzó a Thren una mirada arrepentida. Thren le ignoró.

Los suburbios elfos habían cambiado en las últimas semanas. Cada bloque tenía un edificio o dos que estaba ennegrecido de una punitiva visita de los guardias. Los mercados habían entablado sus puertas, y en lugar de caballos y comida, los suburbios ahora olían a humo.

Pero pese a todo, Thren veía felicidad, también. Una chica elfa corrió junto a la carreta un momento, y uno de los ladrones le arrojó una manzana robada. Cuando los humanos habían decidido cuándo y cómo comían los elfos, esa chica se había quedado hambrienta. Ahora, cuando los humanos cortaban los suministros como una medida punitiva, los elfos luchaban por cada poco… y comían mejor.

Los cuarteles generales de la rebelión elfa estaban en la taberna donde Thren y Lemet habían ido a beber en aquella desdichada noche. Ahora, la mayoría de las mesas habían

sido retiradas y cortadas para hacer escudos de madera, y el serrín en el suelo estaba manchado de sangre por los elfos heridos que yacían en palés junto a la antigua barra. En una pared, los elfos habían dibujado un mapa de la ciudad con tiza, anotando posibles objetivos, rutas de escape y lugares donde esconderse. Thren saltó de la carreta, doblándose del dolor por el tobillo que se había torcido en la pelea, y dejó que los otros la descargaran. Jinette, aún llevando sus vestimentas de sirvienta, le saludó, sus labios apretados con una tensión nerviosa.

—Ten cuidado, —dijo Jinette, limpiando sus manos nerviosamente con su mandil de sirvienta mientras Thren entraba—. Son peligrosos.

Thren no necesitaba que se lo dijeran. La mujer elfa sentada en la barra ante él llevaba la mejor armadura que jamás hubiera visto. Era de cuero, pero azul como el Mar del Despertar y con hebras de plata, y ella se movía como si no pesara más que el lino. El arco sobre su hombro estaba hecho de una madera que no reconocía, con un patrón finamente grabado por la curvatura que a Thren le recordaba a las hojas, y las dagas en su cintura brillaban con el brillo azul blanquecino de la platerita. Había más dinero en esa elfa del que Thren había logrado en toda su vida.

Pero el hombre elfo sentado junto a ella era incluso más aterrador. Su capa era simple, como lo eran sus calzones y su túnica, y sus pies estaban desnudos. Podría haber sido un mendigo, salvo por el bastón brillante que llevaba, y el patrón intricado de tatuajes que marcaban su cara. El bastón lo marcaba como un mago, no encerrado a salvo en la torre del Círculo sino justo ahí en el almacén sin templarios para evitar que hiciera lo que quisiera. Los tatuajes le marcaban como una leyenda.

—*Hahren*, —dijo Thren deteniéndose, recordando las antiguas palabras—, honorable anciano. ¿Ha venido a ayudarnos a luchar por la libertad?

—Hemos venido, —dijo la mujer elfa—, para evitar que hagáis que os maten.

* * *

Las fuerzas de la Emperatriz Celene se movían hacia Halamshiral a un paso lento. Habían cruzado el Mar del Despertar en barco, luego habían atravesado Lydes. Significaba que los sirvientes del Duque Remache tendrían una vista completa de la cual informar a su amo, y a través de él, a Gaspard, pero no había forma de evitarlo.

Y a decir verdad, no *quería* evitarlo. Gaspard la había llevado a esto, creyéndose más listo al forzar a la Emperatriz de Orlais a aplastar una rebelión y demostrar que no se podía jugar con ella. Que los nobles vieran que podía lanzarse a la acción, y que nunca volvieran a confundir la reluctancia por la guerra con la incapacidad de salvaguardar el imperio.

Mientras sus fuerzas —un par de cientos de caballos, el doble de hombres a pie, y dos marcas de gentileshombres— cabalgaban o marchaban, Celene estaba sentada en la diligencia real, leyendo informes de inteligencia y deseando estar cabalgando. Llevaba un

tocado para el viaje, y su máscara yacía en el asiento junto a ella, para llevarla si abandonaba la diligencia.

Cabalgar sería obviamente mucho más incómodo. Aunque Celene pasaba tiempo a caballo regularmente, un suave paseo en el parque o un par de horas de caza no eran nada comparado a pasar todo el día en la silla de montar, y ella lo sabía.

Pero en la silla, simplemente estaría cabalgando. No se pasaría todo el día leyendo informes. ¿Cuántos bloques de los suburbios habían tomado los elfos? ¿Cuántos guardias habían muerto? ¿Cuántos nobles habían cambiado sus planes debido a esta amenaza a la ciudad?

En la diligencia, no tenía otra cosa que hacer salvo leer, dar órdenes, y esperar.

Ser Michel estaba dentro con ella, impasible mientras ella miraba las páginas.

—¿Noticias, su Majestad? —preguntó mientras ella arrugaba una nota en una bola de papel.

—Nada nuevo, Michel. —Los elfos habían tomado un par de bloques más. Ahora traspasaban las calles donde vivían los humanos más pobres, y habían sacado a aquellos pobres campesinos con lo que fuera que pudieran llevar. Había informes de que los elfos en Lydes estaban huyendo de su ciudad para alcanzar la *libertad* de Halamshiral, y los rebeldes de Halamshiral habían dejado notas exigiendo que Lord Mainserai les fuera entregado por justicia. Las fuerzas de la guardia de Halamshiral, a menudo dejados indefensos para tratar con las áreas más problemáticas, solicitaban ayuda—. ¿Cuánto queda?

Michel miró por la ventana, encogiendo los ojos.

—Si mantenemos este paso, con un descanso mínimo menos de un día. Aunque eso nos haría llegar a Halamshiral cansados.

—Son elfos, Michel. Su armadura está hecha de los desechos de tiras de metal y cuero, y están lanzando rocas a los guardias. Esta será una batalla lo suficientemente fácil, siempre que lleguemos pronto.

Él asintió sin hablar, y Celene le vio fruncir el ceño. Parecía más desconcertado que preocupado, lo cual era un alivio. Confiaba en el juicio de Michel en todos los asuntos de guerra, y si estuviera preocupado, ella lo estaría también.

—¿No está de acuerdo, Michel?

—No. Perdone, Majestad. —Él sacudió la cabeza—. Me pregunto acerca de su estupidez. Escabullirse tras el toque de queda es una cosa. Matar guardias y alzar barricadas… ¿en qué podrían estar pensando?

—Tenían hambre y miedo. —Celene se encogió de hombros—. Algunos nobles son crueles con las pobres criaturas sin necesidad. Incluso un perro aprenderá a morder si se le patea lo suficiente.

Michel alzó una ceja.

—Casi parece sentirlo por ellos.

Ella sonrió tristemente.

—Había esperado resolver esto de una forma diferente, Michel. Los elfos pertenecen a este imperio. Tienen su lugar en él, tan cierto como usted o yo, y es mi deber ante el Hacedor proveerles guía, seguridad, y confort. Lo que hago ahora, lo hago con pesar en mi corazón. —Ella le miró con curiosidad—. ¿Y usted?

Su expresión no cambió.

—Han amenazado su gobierno. Antes haría caer a un par de cientos de orejas de punta que dejar que Gaspard pusiera en peligro las vidas de los hombres.

—Nunca le he visto tanta rabia antes, Michel. —Algo en su peso se retorció, la lealtad a Briala, pese a que sabía que a su amante se le rompería el corazón ante lo que Celene haría en Halamshiral. Pensó en su última conversación antes de que Briala se marchara, en la pasión en la voz de su amante—. Y es poco propio de usted, creo. Los elfos son campesinos. No podemos apreciar más las alegrías y las durezas de sus vidas que de las nuestras. En sus mentes, pasamos todo el día comiendo raras delicadeces, y toda la noche en grandes bailes.

Michel se rió entre dientes ante eso.

—Eso es probablemente cierto, Majestad.

—No le han insultado a usted con esta rebelión. No necesita guardarles ninguna rabia.

—Lo sé, Majestad. Pero como dije… se rebelaron en su contra. Quebrantar una ley, puedo entenderlo, incluso aunque toda ley es definitivamente su ley. Pero moverse directamente en su contra… —Él se encogió de hombros—. No puedo entender a un campesino, elfo o humano, dispuesto a hacer eso. Y *debo* reaccionar. Si no puedo hacer eso, ¿entonces cómo puedo clamar ser su campeón?

Celene sacudió la cabeza.

—Tendrá su oportunidad, Michel. Ruego por que tengamos éxito.

Se sentaron en silencio, y Celene pensó que esta noche, de nuevo, dormiría sola. Pero Gaspard dormiría con el miedo como compañero. Por rebeldes que fueran, los elfos eran orlesianos, y sus muertes exigían recompensa.

Gaspard pagaría.

* * *

El hogar de Mainserai en la ciudad era casi un palacio, una gran propiedad colocada tras muros de piedra y puertas de hierro con púas.

Mientras la media luna se alzaba, Briala observó la propiedad desde las sombras de los árboles en un parque cercano. Las ventanas estaban oscuras, y las puertas habían sido cerradas desde hacía ya más de una hora, cualquier visitante ya habiéndose marchado hacía tiempo. El humo que llegaba desde las muchas chimeneas ya se había esfumado, excepto por un extremo de la casa que Briala había escogido como probablemente las cocinas.

Un par de sirvientes podrían estar despiertos y alrededor, aún así, trabajando en las cocinas o tendiendo linos para mañana, pero la mayoría de la casa se había ido a la cama.

Felassan se inclinó contra un árbol junto a ella, calmado como siempre. El aparente líder de la rebelión, Thren, caminaba nervioso tras ellos.

—¿Estás segura de que esta es la forma? —preguntó él por tercera vez.

—Es la *única* forma, —dijo Briala, tratando de mantener su voz calmada—. ¿Creías que podías quemar edificios y matar guardias con impunidad?

—No, pero…

—La emperatriz mandará los gentileshombres a los suburbios y lo quemará todo dentro de vuestras barricadas hasta los cimientos, —dijo Felassan, aún inclinándose contra el árbol—. Eso es, generalmente hablando, lo que *hacen* las emperatrices cuando alguien levanta una barricada y anuncia que se están rebelando.

—Así que si quieres justicia, —continuó Briala—, si quieres a Mainserai muerto, entonces necesita ocurrir *ahora*, mientras los rebeldes crean una distracción por la ciudad. Y una vez esté muerto, necesitáis *quedaros quietos*. Los guardias necesitan ver que los elfos se comportan perfectamente mañana por la mañana. No más saqueos, no más arrojar piedras, nada salvo una sonrisa educada y agachar la mirada. ¿Lo entiendes?

—Pero… —En la oscuridad, Thren era sólo un borrón gris de movimiento, pero podía oler su sudor—. ¿Crees que simplemente encontrarán su cuerpo y luego se encogerán de hombros? ¿Y si cabalgan hacia los suburbios y exigen respuestas?

—Casi seguro que lo harán, —dijo Felassan.

—Y nadie habrá visto nada, —añadió Briala.

Thren dejó de caminar y se volvió hacia ellos.

—¿Y si matan elfos en retribución?

—Casi seguro que lo harán, —dijo de nuevo Felassan.

—Y vosotros mantendréis la mirada baja y las bocas cerradas, —dijo Briala.

—¡Pero… pero… tú eres Dalishano! —Thren se volvió hacia Felassan desesperadamente—. ¡Tu gente podría reclamar Halamshiral por los elfos!

—Sí. Algún día. —Felassan se alejó del árbol de un empujón—. Pero no hoy. Hoy, matas a un noble y luego esperas que todos los otros nobles crean que era un gilipollas demasiado grande como para merecer venganza.

—¡No lo entendéis! —La voz de Thren se alzó con rabia—. ¡La gente se unió a esta causa porque les hablé de Lemet! ¡Por mí! ¿Ahora estáis diciendo que lo mejor que podemos esperar es tener un par de casas quemadas, un par de elfos asesinados?

—Sé que no es lo que querías oír, —dijo Briala, y Thren se volvió hacia ella.

—¡Cállate! ¡No camines con tu vistosa armadura y tu piel aromatizada por el baño y actúes como si supieras por lo que hemos estado pasando! —Él cogió aliento irregularmente y se fue caminando.

Briala le dejó irse. Cuando se fue, ella dejó salir el aliento lentamente y se quitó la tensión de los hombros.

—Bueno, creo que eso fue bien. ¿Qué tal tú, *da'len*? —preguntó Felassan tras ella.

—Él tiene razón. —Briala se encogió de hombros, observando la luna salir de los tejados—. Yo crecí sirviendo a Celene. Fuera como fuera tratada, fue más gentil que si

hubiera estado en la elfería. Por el aliento del Hacedor, vivo en el palacio de Val Royeaux.

—Y han sido unas vacaciones gigantes para ti, ¿no es cierto? —La mano de Felassan fue a descansar sobre su hombro—. Ah, espera, no, pasaste todo el tiempo espiando para la emperatriz y urgiéndola a ayudar a esos elfos en cientos de formas que ellos nunca verán.

Briala asintió sin responder. Las palabras eran ciertas, pero no alivió los nudos de su estómago.

—O… ah. —Felassan se rió entre dientes. La mano en su hombro se apretó, dándole la vuelta. A la luz de la luna, sus ojos eran profundos puntos negros—. No estás segura de cuál es, ¿verdad? ¿Realmente estás haciendo esto para salvar las vidas de los elfos, o estás haciéndolo para proteger a tu emperatriz?

—Los dos son inseparables, —dijo Briala sin vacilar—. Sé que Gaspard no será gentil con los elfos, y no puedo poner palabras en su oído. —Ella sacó su arco y salió de los árboles, Felassan junto a ella—. Esta es la única forma.

Felassan sonrió.

—Bien, bueno. Dejemos de ponernos melancólicos y matemos a un noble, entonces.

Delante de ellos, al borde del césped, Thren esperaba. Briala le miró, el cruzado elfo luchando por su amigo muerto, y preguntó:

—¿Podrían los Dalishanos ayudar a esta gente?

Felassan estuvo en silencio un largo momento.

—Dudo que lo sepamos nunca, —dijo finalmente.

—¿Por qué no?

—Porque, —dijo Felassan—, los Dalishanos nunca le encontrarán sentido.

—¿Estáis preparados? —gritó Thren, acabando con cualquier otra pregunta que Briala podría haber preguntado.

—Si tú lo estás. —Briala sacó una flecha de su carcaj—. Ganemos justicia para tu gente.

Felassan cruzó el camino, sus pasos regulares y sin prisa, y llegó a la pared de piedra de la propiedad de Lord Mainserai. Era de doce pies de alto, con púas de hierro de un pie de largo sobresaliendo y bajando para frenar a los posibles ladrones, junto con trozos de cristal roto colocados sobre la pared.

Felassan colocó una mano sobre la pared de piedra, cerró los ojos, y dejó salir un largo suspiro.

Un temblor comenzó en la barriga de Briala y se abrió paso hasta sus oídos, y sonaron mientras las piedras de la pared de Lord Mainserai se movían. Las púas de metal chirriaron, y las piedras sueltas se dispararon de la pedrería con grietas profundas. La pared alrededor de Felassan se movió, como si fuera un fuerte de nieve derritiéndose al sol de la primavera, y su mano brilló con una pálida luz verde.

Briala se dobló mientras una de las púas, envuelta por el torcer de la pared de roca bajo ella, caía y sonaba contra el suelo.

—Pensé que esto sería más silencioso.

—¿Pensaste que destrozar el metal y la piedra sería *más silencioso*? ¿En serio? —Felassan apartó su mano. Mientras los perros empezaban a ladrar por todo el vecindario, añadió—. ¿Partimos?

Donde había lanzado su hechizo, la pared se había hundido, hasta que formó un cañón de sólo un par de pies de alto. A su alrededor la piedra estaba estirada, las púas de hierro sobresaliendo en ángulos irregulares como los dientes de algún gran monstruo. Briala caminó ágilmente sobre el hueco, su arco alzado.

Dentro, el césped estaba limpiamente cortado, y los setos habían sido esculpidos en forma de dragones y grifos y otras bestias. Pasando el césped, la propia mansión era elaborada y trabajada en exceso, sus limpias columnas blancas iluminadas mágicamente para mostrar esculturas de bronce del Emperador Drakon luchando contra engendros tenebrosos. Con Thren y Felassan tras ella, Briala reptó hacia la sombra de un majestuoso wyvern, y luego salió corriendo por el césped para refugiarse bajo las alas extendidas de un grifo.

—¿Quién anda ahí? —llegó un grito de cerca de la casa. Briala encontró al guardia mientras salía, mirando a la pared con confusión—. ¿Qué en nombre del Hacedor?

Su flecha le dio en la garganta, y murió sin gritar. Luego un segundo guardia salió de detrás de una columna, vio a su camarada caer, y dejó salir un grito a toda potencia.

Felassan extendió una mano, y un peñasco del tamaño de la rueda de una carreta se despegó de la piedra y fue lanzado hacia el guardia, aplastándole contra la columna de piedra. Aterrizó con su cuello torcido de una forma antinatural y no se movió.

—Maldición. —Briala salió del seto—. Estarán sobre nosotros en un minuto.

—Bueno, no *me* culpes. Yo tengo lo mío.

—¡Tenemos que irnos, ahora! —Ella despegó hacia la casa esprintando.

Corrió por el césped, pasando una hermosa fuente de mármol donde las ninfas de bronce retozaban, y subió las escaleras donde yacían los dos guardias muertos. Mientras alcanzaba la parte superior de las escaleras, cuatro guardias corrieron por la esquina con las espadas y escudos preparados.

—¡Por los elfos! —llegó el grito de Thren desde detrás de Briala, y un momento más tarde una piedra pasó junto a ella y le dio al guardia en su placa pectoral, tirándolo de espaldas.

Estaban armados y con armadura, y superaban en número al grupo de Briala cuatro a tres. Además de eso, Briala sabía que cuanto más tiempo lucharan, más atención atraerían.

Tendría que ser rápido.

Ella corrió hacia delante, disparando mientras corría. Sus flechas, una tras otra, partieron el aire y rebotaron en las placas pectorales de hierro. Disparando mientras corría, carecían del poder penetrante necesario para atravesar la armadura, pero los guardias se tambaleaban y se encogían, y la *auténtica* flecha de Briala ya estaba

retirándose mientras los guardias toqueteaban sus escudos. Le dio al guardia principal en la pierna, perforando la armadura, y él gritó y cayó sobre una rodilla.

El siguiente guardia vio a una arquera sin flecha en su arco y se lanzó hacia una presa fácil. Ella dio un paso hacia un lado y deslizó una daga de su funda y la clavó en su cara en un movimiento lento. Él colapsó, aullando, pero Briala ya estaba en movimiento.

—Oh, pobres estúpidos, —dijo Felassan desde detrás de ella, y Briala se dobló mientras el relámpago recorría el cuerpo del guardia que venía hacia Briala desde el otro lado. Gritó y se estremeció, paralizado en los remolinos de magia, luego cayó, su placa pectoral humeando—. Siempre vais tras el que está más cerca de vosotros y os olvidáis del que está atrás y puede dispararos fuego.

Briala soltó su arco, desenvainó una segunda daga, y se volvió hacia el guardia al que había disparado primero. Él le puso una mueca y balanceó su espada hacia ella, y ella retrocedió, luego se lanzó y acabó con él rápidamente, sus dagas de platerita cortándole la garganta. Ella se volvió hacia el último guardia, sólo para ver que ya habían tratado con él. Thren estaba cortando la garganta del hombre con lo que parecía el cuchillo de un carnicero oxidado, haciéndole un pequeño corte en su lateral. Él vio su mirada y asintió una vez, con la cara seria.

Felassan subió las escaleras, su bastón chispeando con remolinos de energía verde.

—Ve, —dijo él—. Mientras tu gente lleva a los guardias de la ciudad a otra parte, yo atraeré a los hombres de Mainserai fuera de aquí. —Sin detenerse, apuntó su bastón hacia el guardia al que Briala había cegado y acabó con él con una lanza de luz esmeralda.

Briala recuperó su arco y lo puso sobre su hombro. Dudaba que hubiera mucho tiempo para disparar en los confines cerrados de la mansión. Ella asintió a Felassan, luego silenciosamente abrió la gran puerta de bronce y entró con sus espadas alzadas.

Las lámparas habían sido atenuadas por la noche, y Briala encogió los ojos en las sombras. Su armadura, de piel de draco suave encajaba especialmente en su constitución delgada, la dejaba moverse tan suavemente como si hubiera estado llevando una túnica, y Thren se movía con la silenciosa precaución adquirida en los suburbios.

Había estado en las suficientes casas nobles como para conocer el plano general, y se movió confiadamente hacia las escaleras. Thren iba tras ella. Sobre las escaleras, los pasillos ensombrecidos brillaban mientras el arte de las paredes captaba la luz de la luna.

Delante de Briala, una puerta se abrió con un diminuto rechinar de metal viejo, y una sirvienta con túnica salió al pasillo. Ella se volvió y los vio, y su boca hizo un diminuto y sordo:

—Oh.

Por un largo momento, nadie se movió. Briala miró a la mujer… una elfa, al menos de sesenta años, con una túnica maltrecha que haría que pasara demasiado frío en el invierno. Los nudillos de sus dedos estaban hinchados en nudos, y su pelo gris se había soltado del moño en el que lo había metido, colgando alrededor de la piel fina de su cara.

Sin palabras, la mujer señaló a una habitación un par de puertas abajo. Luego le dio a Briala un diminuto asentimiento y retrocedió a la habitación de la que había salido. La puerta se cerró suavemente, y Briala escuchó una llave echarse en su sitio.

—Y ella le sirve, —susurró Thren, y sacudió la cabeza. Briala se movió hacia la puerta, las suaves suelas de cuero de sus botas sin hacer ningún ruido en el suelo alfombrado.

Silenciosamente, Thren tiró abriendo la puerta.

La habitación dentro debió haberle parecido impresionante a Thren, supuso Briala, por su mirada aturdida. Para Briala, hablaba de alguien con el suficiente dinero como para permitirse lujos, pero sin gusto en cómo gastarlo. Pieles Fereldeñas colgaban junto a estatuas de Tevinter y esculturas de los Anderfels. Una daga enjoyada estaba a medio envainar descuidadamente en una mesita de noche, y una pintura que parecía a la tenue luz de la luna un original Caliastri colgaba sobre una pared que vería sus colores blanqueados por la luz del sol en un par de años.

Lord Mainserai yacía solo en una cama voluminosa con dosel, roncando suavemente. El Lord evidentemente prefería dormir desnudo.

Thren miró al hombre que había matado a su amigo.

—Por tus crímenes contra Lemet y los elfos, —comenzó, y luego se paró mientras Briala, que nunca había dejado de caminar en primer lugar, se inclinaba y cortaba la garganta de Mainserai—. Qué has… ¡Quería que lo supiera!

Briala limpió la hoja en las sábanas y miró al cuerpo.

—Creo que simplemente lo averiguó. Vamos.

Thren la miró.

—Esta no era tu lucha.

—Eso es por lo que me necesitabais aquí, —dijo Briala, y suspiró ante su mirada confundida—. Sé lo que estás sintiendo. Maté a la noble que asesinó a mis padres.

Eso captó la atención de Thren.

—Pensé que sólo eras la espía de algún noble.

—No. —Briala miró fuera de la habitación, comprobando los pasillos. No escuchó ninguna señal de guardias dentro, pero era mejor estar seguros—. Soy la espía de la *emperatriz*. —Y dado que no era una mentira, y dado que Thren necesitaba escucharlo, añadió—. La Emperatriz Celene no podía arrestar a Lord Mainserai sin incurrir al enfado de otros nobles, pero deseaba ver que se hiciera justicia.

Ella salió hacia el pasillo, Thren tras ella. Ambos aún tenían sus dagas fuera.

—¿Así que te manda a ti para matar a aquellos que la enfadan? —preguntó Thren. Tuvo el buen sentido de mantener su voz baja ahora que estaban fuera del dormitorio.

—Sí. —Briala pasaba más tiempo observando y escuchando de lo que lo hacía matando, pero en los veinte años que Celene había gobernado Orlais, Briala se había manchado las manos de sangre lo suficientemente a menudo.

—¿Cómo la noble que mató a tus padres?

—No. —Se detuvo ante un golpe desde detrás de una esquina, luego se relajó cuando vio que sólo era un gato haciendo su ronda nocturna—. Eso fue por mí. Y eso es por lo que me necesitáis aquí. Cuando fui tras la noble, mi necesidad de venganza por poco hace que me maten.

Se movieron silenciosamente bajando las escaleras hacia el recibidor delantero.

—Luego supongo que me alegro de que estuvieras aquí, —dijo Thren tras ella.

—Al igual que yo. —Briala sonrió.

Lo había hecho.

Briala no se había permitido pensarlo antes, cuando había cabalgado hacia la ciudad con Felassan y había visto a los pobres elfos que se hacían llamar a sí mismos rebeldes. Habían construido una barricada que cualquier gentilhombre derribaría y llevaban una armadura de cuero curada de tan mala forma que un hacha o alabarda cortaría a través de ella como si fuera satén. En su inocencia, habían estado hablando de que Halamshiral perteneciera a los elfos de nuevo. Era descorazonador verles tan orgullosos de tan poco, inconscientes de cuántos problemas habían causado, o lo cerca que habían estado todos de morir a manos del ejército imperial.

Ese ejército les habría aplastado en horas.

Si Celene les hubiera visto en ese momento, habría retirado su permiso en un instante, y Briala se habría visto presionada a discutir.

Briala se preguntaba qué estaba tratando de hacer Gaspard con la situación de los elfos. Era demasiado oportunista como para dejarla pasar, y demasiado burdo como para salir con algo auténticamente inteligente. Con suerte, estaría hablando de ello como una situación terrible que necesitaba una mano firme, de modo que cuando la situación se desvaneciera inexplicablemente, parecería incluso más idiota.

A través de las puertas de bronce aún abiertas por delante, el patio estaba en silencio. Briala se preguntaba si Felassan había tratado con todos los guardias de Mainserai, pero parecía brillar fuera. ¿Quizás había prendido fuego a algo?

Briala salió, y parpadeando pasando el brillo de las antorchas, vio una docena de hombres con armadura a caballo rodeándola.

—En nombre de la Emperatriz Celene, —sonó la voz de Ser Michel—, están bajo arresto por el asesinato de Lord Mainserai.

Por un momento, pensó que había oído mal, pero cuando sus ojos se ajustaron al brillo, vio los tabardos de los hombres a su alrededor, el león dorado en un campo morado.

Vio la cara de Ser Michel, seria y resuelta, y ante su mirada, él sólo asintió.

Había fracasado, después de todo.

Felassan no estaba en ninguna parte a la vista, aunque grandes trozos de piedra habían sido desgarrados del césped anteriormente prístino, y algunas de las columnas de mármol estaban calcinadas, cerca de cuerpos aplastados que marcaban más guardias de Mainserai.

—Me rindo. —Tragando la bilis que se alzó en su garganta, Briala soltó las dagas y alzó sus manos, mostrando sus palmas vacías. Las hojas de platerita golpearon el suelo con un sonido como el del cristal rompiéndose, aunque por supuesto las propias hojas estaban bien. Varios de los gentileshombres bajaron la mirada ante el sonido, sorprendidos de que una elfa tuviera tal finas armas. Por supuesto reconocerían el sonido distintivo, ya que todos ellos eran nobles. Bueno, excepto Michel, señaló alguna parte oscura y riente de su mente.

Celene se las había dado la noche que había vuelto con ella en Val Royeaux. Había sido la primera noche que habían hecho el amor.

—¡Traidora! —gritó Thren, y ella no pudo negar el insulto.

Él alzó su cuchillo con un grito sin palabras, y una docena de virotes de ballesta le perforaron. Estaba muerto antes de golpear el suelo.

Ser Michel desmontó y fue hacia delante con esposas preparadas.

—Ser Michel, —dijo ella—. Seguimos encontrándonos en extraños lugares.

Él no dijo nada. Su cara era seria y determinada, y tras un momento, ella se dio cuenta de lo que temía.

—No, —dijo ella silenciosamente—. No lo malgastaría tan infructuosamente. —Incluso aunque tuviera su espada, los dos contra once gentileshombres sería una corta batalla unilateral.

Él aún no dijo nada, pero asintió una vez, y los músculos de su cuelo se relajaron ligeramente. Le sorprendió. Era improbable que cualquiera de sus compañeros gentileshombres creyera lo que clamara enfrente del hogar donde ella acababa de asesinar a un noble, así que si estaba preocupado, era porque realmente se había aferrado a su promesa. Era un noble más honorable que la mayoría de los nobles *reales*.

Michel le dio la vuelta, firmemente pero no bruscamente, y esposó sus brazos tras ella. Ella le dejó escoltarla a través del patio de Lord Mainserai. Los otros gentileshombres formaron alrededor de ella, sin palabras. Briala no estaba segura de si les habían dado órdenes de tratarla gentilmente o si la obviamente fina armadura les decía que estaba trabajando para un noble y no debería ser golpeada como si nada. Dudaba mucho que el código de honor acerca del trato de prisioneros se aplicara a los asesinos elfos.

Su mente daba vueltas con nuevas cosas con cada paso. Habían venido aquí y exigido rendición. Esto no había sido acerca de detener a los elfos, entonces… si lo fuera, los gentileshombres simplemente les habrían matado. Era acerca de Briala. Eso explicaba el tratamiento suave.

¿Podrían estar con Gaspard, contraatacando el plan de Celene? Improbable. Ser Michel nunca se habría convertido en un traidor, y mientras que Melcendre le había sacado con chantajes una vez, aún estaba demasiado avergonzado como para permitir que tal artimaña funcionara dos veces. Habían venido de parte de Celene. ¿Gaspard había hecho algo para forzar la mano de la emperatriz? ¿La Divina había hecho una nueva exigencia? ¿Qué había hecho a Celene cambiar de opinión?

Luego, mientras pasaba las antorchas, Briala vio el cielo nocturno, brillando de un rojo cenizo.

Olfateó el humo de los suburbios de Halamshiral ardiendo.

Después de eso, Briala dejó de pensar.

* * *

Para cuando llegó la mañana, la mayoría del trabajo estaba hecho.

La Emperatriz Celene cabalgaba con sus fuerzas en su yegua blanca brillante, resplandeciente en la placa real que brillaban incluso en la débil luz humeante del amanecer. Debía estar cansada, lo sabía. Pero incluso aunque se levantó tarde ese día en lugar de temprano, el amanecer hizo su magia en su mente, manteniéndola en movimiento.

Los elfos habían escuchado el choque de armadura mientras el ejército se aproximaba y habían tratado de formar un muro de lanzas, usando palos con cuchillos y escudos de madera hechos de mesas de taberna. El ejército orlesiano, marchando de a cuatro en las estrechas y retorcidas calles de los suburbios de Halamshiral, los habían cortado sin detenerse. Cuando llegaron a una plaza abierta, los caballeros se habían desplegado y rodeado en limpias oleadas flanqueantes, masacrando a los elfos mientras intentaban huir y aterrorizando a cualquier que pensara reunirse para un contraataque.

Tras eso, la preocupación más grande de Celene era que las tropas perdieran la disciplina y convirtieran una noche de trabajo en una celebración. Los elfos vivían en esos suburbios, Celene lo sabía, y sin ningún sitio al que volverse, serían violentos si se les diera la oportunidad. Ella cabalgó, protegida pero presente, y lanzó órdenes a los hombres cuando parecían inclinados a correr a un edificio para un saqueo fácil.

Marcharon a través de los suburbios elfos con precisión militar, y cuando cabalgaron de nuevo fuera, la sección clamada por los rebeldes estaba ardiendo tras ellos.

Los lords y ladies de Halamshiral estaban reunidos en la plaza del mercado superior fuera de las puertas que separaban a los nobles de los campesinos, esperando en silencio mientras Celene y sus hombres volvían. Los nobles estaban al frente, con sus guardaespaldas. Los mercaderes y comerciantes y sirvientes estaban a un lado, esperando. Era una sabia precaución. El calor tras Celene era una cortina ardiente que trataba de robar el aire de sus pulmones, y chipas y ascuas caían libres sobre los muros de piedra que mantenían a los nobles a salvo.

Aquellos muros, pensó Celene, probablemente databan de cuando los elfos construyeron por primera vez Halamshiral. Se preguntaban si alguna vez imaginaron que un día, aquellos muros protegerían la nobleza humana de los elfos que ardían al otro lado.

Ser Michel estaba allí con los nobles reunidos. Aunque no había luchado esta noche, parecía cansado, y miró a través de ella a los suburbios en llamas, su cara reveló parte de la pena que había tratado de negar con tantas fuerzas en la caravana.

Celene cabalgó al frente de sus fuerzas y se quitó el casco. Estaba con la cara al descubierto bajo él —una concesión necesaria dada la armadura— y su pálida cara se enfrentó a la multitud sin flaquear.

—¡Larga vida a la Emperatriz Celene! —gritó Ser Michel en la plaza en silencio.

A la gris luz del amanecer, mil voces gritaron su nombre, y mil personas cayeron de rodillas.

Ella se sentó y lo permitió. Este era el otro motivo por el que había cabalgado con las fuerzas, llevando una armadura que nunca había necesitado. La llamarían cruel, seguro. Preguntarían si había perdido el juicio. Pero tenía miles de testigos vivos que sabían con innegable seguridad cómo trató la Emperatriz Celene con la rebelión.

El momento requería una charla, pero las palabras que había preparado no encajaban, ahora que el hedor del humo de los hogares ardiendo estaba en su pelo. Se volvió hacia el Conde Pierre de Halamshiral, gobernador de la ciudad, a quien había permitido dirigir las fuerzas que destrozaron su hogar.

—Conde Pierre, —dijo ella en una voz que llegaba hasta el alcance más alejado de la plaza—, mis soldados han viajado mucho sin descanso, y mientras que este acto de orden era necesario, no hubo deleite en destruir incluso una parte tan humilde de esta hermosa ciudad.

Sólo podía haber una respuesta aceptable, y Pierre lo sabía.

—Le damos gracias, Su Majestad, por hacer nuestro hogar seguro de nuevo, y debemos de nuevo expresar nuestra pena porque tal vil base haya crecido en el orgullo de Halamshiral.

—Habrá trabajo hoy, —dijo Celene—, y los soldados no harán que vaya más rápido. Nos marcharemos y nos retiraremos a mi Palacio de Invierno, fuera de su hermosa ciudad.

Era una marcha corta hasta el palacio al que su familia se había retirado tradicionalmente durante los fríos meses de invierno, e incluso tras una larga noche, merecería la pena. Sus hombres recibirían mejor tratamiento del que Halamshiral pudiera ofrecer… y Halamshiral podría empezar a enterrar a sus muertos.

Pierre se inclinó desde la silla de montar.

—Sus hombres son todos héroes, Su Majestad, y debemos ver que cenen como tal. Con su permiso, debo ir ahora a ver que esas provisiones sean mandadas a su palacio.

Celene asintió, y el Conde Pierre cabalgó lentamente alejándose, la multitud separándose ante él. Ser Michel montó y tiró de su caballo junto a ella, y juntos, comenzaron a cabalgar fuera de la ciudad.

—¿Sus deberes, Ser Michel? —preguntó ella, sin mirar hacia él.

—Éxito, Emperatriz. Un plebeyo que estaba con ella se resistió y fue asesinado. Ella fue llevada sin resistencia, como solicitó.

—Gracias. —El cielo se había clareado. Los estandartes de la ciudad estaban cambiando lentamente de gris a rojo—. ¿Cómo está la prisionera?

—Ella… no reaccionó bien al fuego, Emperatriz.

—Ya veo. —Celene asintió, sin mostrar nada siquiera sin su media máscara y maquillaje. Habría gente observando desde la ventana, esperando una señal de debilidad.

El sol se había alzado para cuando las fuerzas de Celene pasaron a través de las puertas de la ciudad. Enormes y gruesas, las puertas estaban acopladas sobre piedra antigua que se decía que procedía de cuando los elfos habían gobernado esta ciudad. Los muros de la ciudad eran tan fuertes, de acuerdo a la historia, que después de que las puertas hubieran sido abiertas en el último gran empujón de la Marcha Exaltada, los conquistadores habían dejado las fortificaciones intactas. Le daba a la ciudad un aire exótico inesperado, las torres de la guardia alzándose con una gracia antigua que no era del todo natural.

—Y está hecho, —dijo Celene mientras el sonido de los cascos de su yegua cambiaba del clop-clop del empedrado al golpe seco del camino de tierra—. La maldita estratagema de Gaspard fracasa. —Y todo lo que le había costado fueron un par de miles de vidas de elfos, y Briala.

Delante de ellos, las primeras caravanas de mercaderes del día ya se aproximaban a la ciudad.

—No tiene mucho sentido, —dijo Ser Michel junto a ella—. Había estado tan concentrado en encontrar a Briala que había pensado poco en Gaspard… pero tenía que saber lo fácilmente que usted podría contrarrestar sus falsos rumores acerca de su simpatía por los orejas de punta.

—¿Lo sabía? —Celene se encogió de hombros, su fina armadura chirriando ligeramente mientras lo hacía—. Él ve que nunca he llevado un ejército a la batalla y cree que carezco del acero para hacer lo que debe hacerse. —O tenía más susurros e insinuaciones esperándole en Val Royeaux, y ella tendría que cruzar espadas de nuevo con él para silenciar cualquier pequeño escándalo que hubiera preparado esta vez.

—No… —Michel frunció el ceño—. Con el debido respeto, Emperatriz, pese a toda su bufonería, el Gran Duque Gaspard es un gentilhombre. Ha entrenado en estrategia militar. *Debería* haber esperado esto.

—Tienes razón. —Celene tiró de las riendas, deteniendo su caballo—. Lo esperaba.

En la caravana de mercaderes de delante, los guardias de la caravana se quitaron sus capas marrones para revelar la brillante armadura de los gentileshombres. En la hierba, cientos de arqueros se alzaron de donde habían estado tumbados.

Mientras Celene se giraba para gritar una advertencia a sus fuerzas, el cielo gris del amanecer se llenó de flechas negras.

7

De vuelta en los árboles, bien fuera de la vista, Gaspard sonreía mientras sus arqueros abrían fuego.

Junto a él, el Duque Remache estaba calmado junto a su caballo, resplandeciente con su armadura de placas completa de brillante platerita que había sido esmaltada con los colores de su casa.

—Estoy sorprendido de que el código de los gentileshombres le permita usar tales tácticas.

—Hemos entrenado para luchar con honor, Remache, no con idiotez. —La lluvia de flechas debilitó la desastrosa fila de Celene. Los soldados exhaustos por una larga marcha y una horrenda masacre alzaron sus escudos un par de segundos demasiado tarde, y momentos después, los gritos de los moribundos sonaron por el campo—. El código está hecho para guiarnos a un camino de gloria, no para restringir nuestras tácticas. ¿Entiende la diferencia?

—No del todo, Gran Duque. —Remache se colocó en la silla de montar, ignorando a un sirviente con su taburete—. Pero pensándolo bien, yo no entrené con los gentileshombres.

Gaspard montó también. Su armadura brillaba como la de Remache, pero su esmalte había sido arrancado, y la platerita brillaba pura.

—No asesinaré a Celene, —dijo él, acomodándose en la silla de montar—. No la envenenaré o haré que cualquier campesino con una ballesta le dispare de lejos.

—Pero montará una rebelión armada en su contra.

La segunda oleada de flechas nubló el cielo. Los pobres soldados de Celene aún estaban tratando de colocarse en una formación defensiva.

Gaspard se detuvo y miró hacia allí.

—Eso es ponerle un poco la puntilla, considerando que está a mi lado, Remache.

—De nuevo, Gran Duque, —dijo Remache—. Meramente tengo curiosidad acerca del código.

—No le gustan mucho los gentileshombres, ¿verdad? —preguntó Gaspard. Cuando Remache no respondió, Gaspard suspiró—. Cuando se le da un desafío directo a un gentilhombre, responderá sin vacilación. No me retiraré sin la orden de mi oficial al mando, y no mataré a un lord o lady fuera del calor de la batalla a no ser que sea una ejecución legal en nombre del imperio. Y no llevaré el escudo de mi familia mientras luche contra Celene.

—Me lo había preguntado. —Remache hizo un gesto a la armadura descubierta de Gaspard.

—Alzarse contra la emperatriz mientras llevo los colores de mi familia avergonzaría a la Casa Chalons, —dijo Gaspard—. Si fracaso aquí, no dejaré que el imperio crea que mi casa es responsable de mis acciones. Sólo como Gran Duque, un miembro de la sangre

imperial, tengo el derecho a desafiar. Sin importar qué otro título lleve, ganaré en el campo este día.

—Si fracasa aquí, dudo que Celene tome el estado de su armadura en cuenta cuando decida qué hacer con su familia, —dijo Remache con una sonrisa.

Gaspard se rió entre dientes.

—Cierto. Afortunadamente, no había planeado fracasar.

Él miró a través de los árboles, donde el resto de sus fuerzas montadas estaban esperando… algunos gentiles hombres, algunos meramente nobles como Remache, y algunos hombres armados con armadura ligera, no propiamente nobles.

—Hablando de ello… ¿están avanzando?

—¡Sí, mi lord! —llegó un grito de un explorador arriba de los árboles.

—Excelente. Saliendo para proteger a su emperatriz. —Remache sacudió la cabeza y bajó su visor.

—Celene estaba cabalgando cerca del frente. —Gaspard sonrió—. Ningún gentilhombre dejaría caer a su emperatriz mientras se retira a salvo. Lo cual los deja ahí fuera para acabar con ellos. —Él se quedó en los estribos—. ¡Que suene la carga!

La llamada atravesó la línea. Gaspard bajó su visor, se sentó en la silla de montar, y espoleó a su caballo.

Era el ruido lo que siempre le sorprendía. Su concentración, la entereza del mundo, se hundía en las filas enemigas por delante y el campo de hierba entre ellos, con sólo la alerta más tenue de cientos de sus hombres espoleando sus monturas junto a él. Pero el ruido, los cascos golpeando y la armadura claqueteando, retumbaba por el suelo y subía por sus huesos, incluso mientras su propia respiración jadeante hacía eco dentro de su casco. Escuchó ese choque de la batalla mientras se acomodaba al ritmo de su caballo, sentía el paso, veía la distancia hasta las filas enemigas, evaluaba el tiempo, y luego se lanzaba perfectamente al momento del impacto.

El choque del golpe estalló pasando la torpeza del torpemente colocado escudo de su enemigo y presionó a través de su placa pectoral. Un golpe mortal, notó Gaspard con satisfacción. Si el hombre no era aplastado en la presión de la batalla, languidecería en una tienda hasta que la sangre manara de sus labios y un buen cirujano acabara con él.

El pensamiento fue en un segundo, y luego Gaspard estaba aplastando a través de las filas enemigas, sin su lanza y con su espada fuera, cortando con golpes duros, cortos, que hacían la mayor parte la velocidad de su montura y minimizaban el riesgo de que su espada cayera de su mano. Recibió un golpe en el escudo y cabalgó pasándolo, captó otro golpe brillante en la hombrera, y luego atravesó.

Tiró hacia arriba de su montura en corto y forzó a la bestia a girarse una vez estaba despejado. Las fuerzas de Celene no habían estado seguras de si retirarse por completo o tratar de hacer un muro de lanzas, y como resultado, harían un débil esfuerzo en ambos. Los hombres más cerca de Gaspard habían empujado a través de las filas de Celene, y los hombres a los lados se habían detenido en corto en lugar de atravesar, por orden suya.

El centro era un desastre, y la emperatriz estaba flanqueada a ambos lados.

Gaspard miró por encima para ver a Remache cortar a un hombre a pie con gran eficiencia. El hombre estaba en buena forma. Podría haber sido un gentilhombre, si no fuera por su romántico mal entendimiento de las tácticas.

Riéndose en voz alta, Gaspard espoleó su montura y cabalgó hacia el centro de la matanza.

* * *

El enorme guerrero balanceó su enorme mazo, y el golpe aplastó las desesperadas defensas de Celene y golpeó su armadura con una fuerza aplastante.

Celene vio el mundo girar mientras caía de su caballo, y luego un segundo impacto terrible se llevó el poco aliento que le quedaba en los pulmones. El mundo era todo colores agudos, doloroso y brillante mientras los hombres a su alrededor luchaban y morían. El cielo de la mañana era enfermizo con el humo.

Ser Michel había sido separado de ella, y sobre el ruido de la batalla le había hecho un gesto para que se retirara a los árboles. Ella casi lo había logrado, un par de sus hombres a su alrededor mientras la fuerza principal trataba desesperadamente de recuperarse, cuando los guerreros de Gaspard los habían encontrado.

Después de eso, todo fue un borrón caótico de metal chocando y aullidos de dolor.

El guerrero de Gaspard estaba sobre ella, un enorme hombre en una enorme armadura. Si hablaba, era perdido bajo el rugir de la batalla. No saludó con el gran mazo, no extendió una mano en la tradición aceptada de exigir su rendición. Se volvió y aplastó el cráneo de uno de sus hombres —el único que aún quedaba en pie— y luego se volvió hacia ella, empuñando el mazo sin vacilar.

Fue en ese momento que Celene se dio cuenta de que podría morir realmente.

Trató de reptar lejos del guerrero, pero su aliento no le llegaba y su lateral era un amasijo de presión aplastante. No tenía ni idea de dónde había caído su espada ceremonial. Se agarró a ciegas al suelo mientras el hombre de Gaspard alzaba su arma para un golpe final.

Luego, desde el rugido claqueteante de la batalla, Ser Michel cabalgó a la vista. Su carga aplastó al hombre de Gaspard, y el enorme guerrero cayó contra el césped. Michel estaba en el suelo un momento después, su prístina espada larga de platerita desenvainada y su escudo alzado y preparado.

El hombre de Gaspard rodó a sus pies, grácil como un bailarín incluso con su enorme armadura, e incluso mientras se levantaba, su mazo estaba balanceándose hacia Michel, pero Michel se acercó, parando la cabeza del mazo con su escudo, e hizo tambalearse al hombre de Gaspard con un golpe de casco a la cara.

Celene rodó sobre su estómago con un esfuerzo. La presión en su pecho hacía de cada respiración superficial una batalla, y mientras bajaba la mirada, parpadeando en la oscuridad desde el límite de su visión, vio por qué. Tan fuerte como era su armadura, el

gran mazo había perforado la placa pectoral, doblándola y deformándola y apretándole como si fuera un corsé de hierro.

Mientras Michel luchaba por su vida, Celene tanteaba en busca de la daga metida en un canal oculto en la base de su guantelete. Logró soltarla, jadeando, y cortó las hebillas que mantenían su placa pectoral en su sitio.

Escuchó el chirrido del metal desgarrándose y el clanc de un mazo golpeando, pero se forzó a no volverse y mirar mientras seguía cortando. Tanto si Ser Michel ya se había encargado del villano o estaba desangrándose en el suelo, la armadura aún necesitaba salir, y por lo tanto se centró desesperadamente en la tarea entre manos, serrando el cuero de draco. Su respiración se volvió más tensa, su cabeza palpitaba, y volutas de luz bailaban ante sus ojos, y luego la hebilla se partió y la placa pectoral cayó abierta en un ángulo antinatural. Ella cogió un aire irregular y dulce y se puso a trabajar frenéticamente en las otras hebillas. En un momento, la gran masa de metal ahora inútil cayó al césped junto a ella.

Celene habría dado los Valles por un minuto para sentarse y recuperar el aliento.

Pero era la Emperatriz de Orlais, de momento, en cualquier caso. El título no había prevenido que Gaspard atacara. No había retenido al guerrero de perforar su armadura con su gran mazo. Pero sirvió lo suficientemente bien como para hacerla ponerse en pie. Mientras se alzaba, el anillo en su mano derecha hizo su magia, y la daga ardió con lenguas de fuego.

Michel y el hombre de Gaspard habían llegado a un punto muerto, el escudo de Michel enfrentado al martillo del guerrero, cada hombre meciéndose y moviéndose con pasos tan rápidos y llenos de propósito como los del otro. El hombre más bajo, Michel, tenía mejor equilibrio, pero el gran guerrero de Gaspard era simplemente tan enorme que Michel estaba perdiendo terreno de todos modos.

Ella caminó tan ligeramente como podía en sus pesadas glebas hacia donde estaban, y sin pausa deslizó su daga llameante bajo la axila del guerrero desde detrás.

El hombre de Gaspard aulló y tiró hacia atrás. Era toda la apertura que Michel necesitaba. Con un empujón burdo, dirigió hacia atrás al guerrero, y Celene se hundió fuera del camino, la daga alzada para ayudarla de nuevo si era necesaria.

Michel siguió con un golpe de revés que el guerrero débilmente bloqueó, luego enfrentó el mazo a su escudo y golpeó hacia abajo, cortando profundamente la pierna del guerrero. El guerrero cayó sobre una rodilla, el mazo cayendo al césped herboso, y con un golpe final, Michel desgarró el gorjal de armadura del hombre y aplastó su garganta.

—Majestad, —jadeó Michel mientras el hombre de Gaspard colapsaba, aún retorciéndose—. No está segura aquí.

—Gracias, mi campeón. —Celene tosió, aún tratando de recuperar el aliento—. Me lo había imaginado. —Ella miró al gran guerrero, que se retorció una última vez y luego se quedó quieto.

Celene había matado antes. Cualquier mujer entrenada por Lady Mantillon en las artes bárdicas no podía sólo cortar la garganta de un posible asesino en el dormitorio,

podía volver luego a la fiesta y tener una conversación trivial con un maquillaje perfecto y las manos limpias dos minutos más tarde. Incluso durante aquellas pruebas, Lady Mantillon la había alabado por sus nervios fríos.

Aún así, había pasado algún tiempo.

—Mis disculpas, —dijo Michel—. Le he fallado.

—Silencio, Michel. Mientras aún tenga aliento, no me habrás fallado. —Celene miró hacia el resto del campo de batalla. Sus hombres estaban siendo masacrados, y ya no había ninguna fila, sólo grupos de sus tropas alrededor de los hombres de Gaspard, que estaban rítmicamente masacrándolos. Los caballos sin jinete corrían gritando por el campo, y las flechas aún llovían sobre las restantes fuerzas de Celene. Los hombres llevando el tabardo imperial corrían hacia el bosque, sus escudos tras ellos.

Ella había marchado a un paso ligero y les había prometido una matanza horrenda pero fácil, y luego una semana de descanso en su Palacio de Invierno.

—La ciudad, ¿no lo crees? —preguntó ella.

Michel asintió.

—Veo poca alternativa. —Él silbó para que viniera su caballo, montó grácilmente, y la puso en la silla junto a él.

Ella abrió la boca para insistir en que aún podía cabalgar, y luego vio a su yegua blanca como la nieve yaciendo inmóvil a un par de yardas de distancia. Su cuello estaba torcido, y había flechas hundidas en su flanco, y por un momento, todo lo que Celene podía recordar era la última vez que había ido a montar. En la caza en los bosques, montando a su yegua, con Gaspard diciéndole que pasara lo que pasara él estaba por delante.

Si lo hubiera sabido, le hubiera apuñalado entonces y habría acabado con ello.

Cabalgaron difícilmente. Michel balanceó su espada larga en un arco firme, cortando a través de los soldados a pie y haciendo retroceder a los enemigos montados. Por un momento, pareció que estaban perdidos en el caos de la batalla, sin diferenciarse de cualquier otro jinete, pero entonces, sobre el golpear de los cascos, ella escuchó los gritos de reconocimiento, y más flechas llovieron a su alrededor. Una atravesó sus glebas, y Celene sintió el sudor gotear por su espalda ahora sin armadura. Un momento más tarde, Michel alzó su escudo, y una flecha se destrozó contra él a un palmo de la cara de Celene.

—Gracias, mi campeón. —Las palabras salieron entrecortadas mientras rebotaba en el lomo del caballo tras él.

—Soy un estúpido, Majestad. Debería haberla hecho cabalgar al frente. —Él cortó una lanza así como al soldado que la sostenía.

Luego estaban fuera de la presión de la batalla, cabalgando con fuerza junto a los muros de la ciudad a salvo por delante. Tras ellos, ella escuchó el golpe del metal, y una mirada rápida le mostró a un grupo de caballeros de Gaspard dándoles caza.

Mirando hacia delante por encima del hombro de Michel, Celene vio las puertas aún abiertas. Los soldados estaban saliendo, los hombres del Conde Pierre de Halamshiral. Su

corazón se hundió, y miró a sus propias fuerzas. Con sus números, quizás aún podía enfrentarse a Gaspard.

Incluso mientras miraba los restos ensangrentados de sus propias fuerzas, aún así, le llamaba la atención que había quemado un cuarto de la ciudad d Pierre para aplacar una rebelión que él no había sido capaz de remediar, la rebelión que la había traído a la trampa de Gaspard.

—¿Están con nosotros? —gritó ella en el oído de Michel.

—Debemos saberlo en un momento, Majestad, —dijo sin volverse.

Delante de los guardias de la ciudad, el Conde Pierre y sus gentileshombres caminaron hacia ellos. La armadura de Pierre estaba manchada de hollín de las cenizas que se habían esparcido por la ciudad, y su cara estaba marcada con la fatiga y brillante de sudor. No había tenido tiempo de volverse a poner el casco tras la actuación de la mañana.

—Su Resplandor, —gritó mientras se aproximaban.

La batalla no había sido propiamente cerca de Halamshiral, y Pierre y sus hombres aún no se habían unido a ningún bando. Aquí es donde la trampa saltaría, si era parte de ella. Su arma estaba desenvainada, y eso era correcto. Estaba cabalgando directamente hacia ellos. Ella sintió a Michel tensarse enfrente de ella, preparado para golpear.

—¡Póngase a salvo! —gritó Pierre, y cabalgó pasándoles—. ¡A la ciudad, o huya al este hasta Jader si debe hacerlo! ¡Les retendremos tanto como podamos!

Celene se volvió y vio las fuerzas de Gaspard irrumpiendo hacia ellos desde atrás, y desde la derecha también. Vio menos de una marca de sus propios soldados aún vivos, y ninguna resistencia para evitar que los hombres de Gaspard la flanquearan y acabaran con ella.

El Conde Pierre de Halamshiral y su marca de gentileshombres cargaron pasándolos en la línea enemiga acercándose tras ellos.

Ella vio la lluvia de flechas caer sobre los hombres de Pierre. Estaban bastante lejos de los arqueros de Gaspard como para disparar sin miedo de golpear a las tropas amigas. Pierre recibió una flecha en el hombro pero siguió cabalgando, poniéndose a sí mismo y a sus hombres entre ella y Gaspard.

Y aún así, no había suficientes de ellos como para enfrentarse a toda la línea.

Como si escuchara sus pensamientos, Michel gritó:

—¡Algunos de los hombres de Gaspard se acercarán! —Ella no se había percatado de él mirando atrás, y se preguntaba si no podía saberlo sólo por el sonido de los cascos.

—¿Puede lograr llegar a la ciudad?

—Quizás. —Había una pregunta al final de la frase, palabras que no estaba dispuesto a decir incluso mientras sacaba a su emperatriz de la batalla.

—Michel, ¿si alcanzamos Halamshiral, podemos resistir?

—Los guardias de la ciudad estaban ya bien dispersos por la rebelión, y diría que Pierre cabalgó con la mayoría de sus gentileshombres, —dijo Michel. Una flecha rebotó en su hombro con armadura. Delante de ellos, los soldados de a pie de Pierre morían bajo

una marchitante lluvia negra—. La mayoría de ellos morirán, así como nuestros propios soldados. Con sólo las tropas comunes de la ciudad… puede darle una oportunidad de negociar una rendición, pero no salvará el trono.

Celene tragó saliva. Pierre y sus hombres no morirían por nada. *Sus* hombres no morirían por nada.

—¿El Palacio de Invierno?

—No ha sido construido para la defensa, Majestad.

Se había temido eso, pero había querido escucharlo de su campeón para estar segura. Tendría que ser Jader, entonces, a varios días de viaje hacia el este, donde Lady Seryl, una aliada de hacía tiempo de absoluta lealtad, les daría refugio.

—Llévenos a los árboles, Michel, —dijo ella—. Nos retiraremos a Jader, contacte con Val Royeaux y vuelva para aplastar a Gaspard con toda la fuerza del imperio.

—Como ordene, Majestad, —dijo él, y su montura tiró hacia la izquierda, lejos de las puertas de la ciudad y los hombres acercándose de Gaspard.

Cabalgaron, y tras ellos, los soldados de Orlais morían para que Celene pudiera escapar.

* * *

Briala volvió en sí en la dudosa comodidad de una diligencia prisión, su cabeza palpitando.

Era mucho una prisión mucho más gentil que una corriente carreta con barrotes, donde habría cabalgado sobre madera desnuda, expuesta a los elementos y a las rocas lanzadas de los campesinos humanos. La diligencia tenía un asiento, y estaba incluso tapizado, aunque finamente. Las ventanas laterales con barrotes tenían cortinas, aunque la luz de la mañana brillaba a través de la fina tela roja. Aunque la puerta careciera de una manilla, un pequeño orinal descansaba sobre un contenedor junto a la pared. Si no fuera por las esposas, Briala casi podría haber pretendido estar aún viajando a Halamshiral, la sirvienta favorita de Celene, secretamente previniendo una gran e innecesaria tragedia.

Cuando el hedor de los edificios en llamas la alcanzó. El humo se aferró a su garganta, desgarrada de lo que había gritado la noche antes. Su armadura estaba raspada donde había caído de rodillas, luchando por librarse del agarre de los gentileshombres. Michel la había golpeado, lo recordaba tenuemente. No había sido punitivo. Podía ver la preocupación cansada en sus rasgos, iluminados por el fuego. Los otros gentileshombres podrían haberla hecho dejar de aullar, enfrentándola, como resistencia, y habrían hecho lo que cualquier gentilhombre le haría a una orejas de punta que no conocía su lugar. El golpe gentil de Michel había sido un acto de piedad.

Ella trató de recordar si su expresión había revelado algún sentimiento mayor acerca del fuego, luego abandonó cuando sentarse recta hizo que su cabeza palpitara de dolor.

La diligencia se estaba moviendo, viajando por el camino principal fuera de Halamshiral si los suaves golpes y sacudidas eran algún indicativo. O la estratagema de

Gaspard había ocurrido tan ágil y suavemente que ya había acabado, o no había empezado aún.

De que Gaspard *tenía* un plan, no le cabía duda. Celene había salido de Val Royeaux por sí misma, pensándose más lista al sortear a su primo. Nunca le sorprendería que aquí en Halamshiral, con sólo suficientes soldados como para aplastar a algunos rebeldes elfos, fuera vulnerable. Briala se lo habría advertido.

Suponía que aún podía.

Sus brazos habían sido esposados tras ella, y ya le dolían por la posición incómoda. Estar inconsciente en su armadura no había ayudado, tampoco. Se tumbó en el asiento, alzó sus piernas, y pateó al panel deslizante que le separaba del conductor.

Tras un momento, el panel se deslizó hacia atrás, y un hombre de barba gris llevando el casco de un soldado y una cota de malla encogió los ojos hacia ella.

—¿Qué quieres, conejo?

Briala tragó saliva.

—Agua, por favor.

Él frunció el ceño, evidentemente pensándose esta extraña petición.

—Normalmente no le daría nada de agua a un prisionero hasta medio día.

Ella le miró sin decir nada y tras un momento, él gruñó y alzó un pellejo de agua hasta el panel. Con sus brazos esposados tras ella, no podía cogerlo. En su lugar, alzó la cara tan cerca del panel como pudo y abrió la boca.

El hombre destapó el pellejo y la dejó beber hasta que se retiró. No hizo ningún comentario obsceno, y ella no vio siquiera una sonrisa.

—Gracias, —dijo ella cuando hubo acabado.

—Las órdenes son de tratarla gentilmente. Tan sólo no causes ningún problema, —dijo, no maleducadamente—, y tendremos un buen viaje tranquilo de vuelta a Val Royeaux. —Él deslizó el panel cerrándolo.

Ella miró al panel de madera mientras el agua tibia goteaba de su barbilla.

Podría equivocarse. Gaspard podría estar legítimamente tan sorprendido de la marcha de Celene sobre Halamshiral que no tuviera ninguna emboscada preparada. Aún podría querer ganar el día a través de la diplomacia y la política, limitando la sangre derramada a los elfos de Halamshiral. Podría carecer del nervio como para cometer traición al atacar a Celene directamente.

Pero Briala sabía bastante acerca de Gaspard, y nunca le describiría como alguien que careciera de nervio.

La amenaza era real. La cuestión era si alzar la alarma o no.

Demostraría su lealtad, incluso ante lo que había ocurrido aquí… ¿pero qué bien hacía eso, precisamente? Su lealtad nunca había estado en duda antes, y todo lo que le había conseguido era una orden de no maltratar a la prisionera en el camino de vuelta a Val Royeaux.

Había amado a Celene. *Amaba* a Celene. Y sabía sin ninguna duda que los elfos de Orlais estaban mucho mejor bajo su gobierno de lo que lo estarían bajo el de Gaspard.

Pero aún podía oler el humo de los suburbios ardiendo.

Aún estaba sentada en silencio, preparada para golpear el panel de madera pero sin moverse aún, cuando el grito de alarma se alzó a su alrededor un tiempo después.

Momentos después llegó el viento zumbante de cientos de flechas seguido de los alaridos de hombres y caballos muriendo. Las llamadas para proteger a la emperatriz fueron ahogadas por los cascos estruendosos, y luego el choque del metal sacudió la diligencia.

El ruido fue diáfano, una cacofonía de claqueteo y crujidos marcada por gruñidos y gritos mientras los hombres morían fuera a su alrededor. Briala cerró los ojos, aunque hacía poco para ayudar. Escuchó las flechas golpear la madera de su prisión, y luego un agudo crujido directamente enfrente de ella.

Abrió los ojos y vio que una flecha había desgarrado la cortina y se había hundido un dedo de profundidad en el asiento a un par de centímetros de su pierna.

Briala mantuvo sus ojos abiertos tras eso.

Una sacudida aguda sacudió la diligencia, y un caballo gritó por el impacto. Briala escuchó a su guardia gritar, y la diligencia se lanzó en movimiento. Briala yacía de espaldas en el asiento, colocando sus hombros y piernas contra las paredes opuestas de la diligencia, y aguantó mientras las sacudidas y saltos la agitaban como una piedra en una taza.

Luego llegó el golpear de los cascos justo junto a la diligencia, y un grito desde el asiento del conductor que se cortó mientras el metal chocaba contra el metal. Un momento después, la diligencia se estremeció hasta detenerse con una inmediatez que hizo que Briala se cayera del asiento.

Yacía en el suelo, la cabeza aún palpitándole, mientras los sonidos de la batalla continuaban a su alrededor. Los hombres chillaban y gritaban y morían, y los caballos pasaban como un estruendo, y la diligencia de Briala se sacudía con el ruido.

Briala no tenía ni idea de cuánto había durado. Era imposible pensar con la diligencia sacudiéndose a su alrededor, las flechas chocando contra las paredes y los hombres gritando por la piedad del Hacedor fuera. Ella se agachó todo lo que pudo, los dientes chocando, hasta que finalmente, cierto tiempo desconocido después, se dio cuenta de que el rugir de la batalla había empezado a silenciarse. Cuando la diligencia dejó de sacudirse, se forzó a ponerse de rodillas de nuevo.

No hubo un final formal, pero cuando escuchó el sonido de los hombres dando órdenes acercarse más que los gritos de batalla, se volvió a mover hacia su asiento.

Los gritos a su alrededor habían tenido la misma constancia agotadora de la de la hacendada preparando un baile menor de vuelta en Val Royeaux. Traed a nuestros heridos aquí. No perdáis tiempo en las hebillas, cortadle la maldita cosa antes de que muera desangrado. Mandar hombres con cuerdas para coger a los caballos sueltos. Uno de los lords necesita un cirujano para su pierna. No mates al pobre bastardo, podría ser uno de los nuestros bajo todo ese estropicio.

—¿En la carreta? La elfa de Celene, mi lord.

Briala abrió los ojos.

El Gran Duque Gaspard abrió la puerta de su carreta un momento más tarde. Estaba desenmascarado, y se había quitado el casco, pero conocía su cara de encuentros privados hacía años, antes cuando él y Celene se habían llevado mejor. Su pelo estaba relamido por el sudor y su cara enrojecida por la pelea de la mañana, y su armadura tenía abolladuras y salientes que demostraban que no se había quedado atrás para dejar que los otros lucharan la batalla por él.

—Se ha quitado el emblema de Chalons, —dijo ella, señalando con la cabeza a su armadura desnuda—. Sabía que tendría un modo de justificarlo en el código de los gentileshombres.

—Me acuerdo de ti, —dijo él, encogiendo los ojos pensativo en la oscuridad de la diligencia—. Su doncella. Estaba seguro de que te había visto desenmascarada. Sin armadura entonces, por supuesto.

—Por supuesto. —Briala inclinó la cabeza educadamente.

Gaspard sonrió.

—Y siempre hay una forma de justificarlo, —dijo él—. En defensa del honor, o en protección contra la corrupción. —Él se inclinó sobre la diligencia, una mano con guantelete agarrando el marco de la puerta. La otra le señaló. La platerita brillaba azul en la pálida luz de la mañana—. Contra una emperatriz loca aliada con los elfos.

—Así que mintió a sus compañeros nobles…

—¿Mentir? —Gaspard la cortó y sacudió la cabeza, aún sonriendo—. Había más que suficiente verdad en lo que dije. No seas modesta, chica. Los hijos e hijas de los nobles orlesianos volvieron de la universidad de Celene hablando de mejorar las elferías, y los profesores escribieron diciendo que se les había pedido enseñar a los elfos ahora también. Los impuestos siempre parecían deslizarse alrededor de los mercaderes más pobres. Por el aliento del Hacedor, ¿cuántas veces pedí marchar para montar en una expedición para expulsar a los Dalishanos sólo para ser mandado a cazar engendros tenebrosos en su lugar?

—Tres. —Briala sonrió finamente.

—Estoy impresionado, —dijo Gaspard, con otra sacudida de cabeza—. Una pequeña elfa, y has tenido al Imperio Orlesiano bailando a tu son. Así que, no, diría que la única mentira que dije fue cuando sugería que gobernabas a nuestra emperatriz con artes practicadas en sus aposentos.

Briala contuvo el aliento. Fue sólo un momento, y trató de cubrirlo con una mueca de disgusto, pero Gaspard, fueran cuales fueran sus faltas, era un hombre observador.

—Oh, por el Hacedor, ¿es *cierto*? —Él se tambaleó hacia atrás como si hubiera sido disparando, rugiendo de risa—. ¡No me *extraña* que se negara a casarse conmigo! —Él realmente golpeó el lateral de la diligencia. Briala sintió que se ruborizaba y tensó sus hombros lo mejor que pudo con sus brazos aún esposados tras ella mientras Gaspard volvía a mirar dentro, limpiándose los ojos—. Pensé que era demasiado orgullosa, demasiado idealista, pero supongo que mi hombría era simplemente la herramienta

equivocada para hacer el trabajo. Bien podría haber estado cazando engendros tenebrosos con hierro frío. —Él le sonrió—. Cuando debería haber estado llevando platerita.

—¿Está diciendo que yo soy platerita? —preguntó Briala, alzando una ceja.

—Eres más agradable a la vista que yo, conejo.

—Así que extiende los rumores, que la forzaron a aplastar la rebelión en lugar de dejarla apagarse y morir pacíficamente… y porque sabía que ella vendría aquí fuera para hacer una muestra personal de fuerza, lo usó como una trampa.

La sonrisa fácil de Gaspard se desvaneció.

—No suena como que acabes de descubrirlo todo. —Ante su silencio, él asintió—. ¿Por qué no les advertiste?

Briala parpadeó y miró al panel de madera a través del cual le había hablado al conductor de la carreta.

—No lo averigüé hasta que fue demasiado tarde.

—¿De verdad? —Preguntó Gaspard, frunciendo el ceño—. Eso es vergonzoso. Una pequeña advertencia podría haber salvado las vidas de un montón de gentileshombres.

—Hice lo que pude por salvar vidas. —Briala señaló con una sacudida de su barbilla a Halamshiral—. Parece que fracasé.

—Lo interesante, —dijo Gaspard, mirándola pensativo—, es que acabas de decirme que sabías que había montado esto, así que Celene tendría que venir y aplastar a aquellos rebeldes. Pero en lugar de culparme a mí por poner la trampa, la culpas a ella por caer en ella.

—Nunca había esperado algo mejor de usted, mi lord.

—Pero lo esperabas de ella. —Gaspard sacudió la cabeza—. Todos esos años, suavemente presionándola en nombre de tu gente, y has empezado a olvidar cuánto era ella y cuánto eras tú. Nunca pensaste que haría algo como esto. Pero ella es la Emperatriz de Orlais. No le importan los elfos. Matará a cada elfo del imperio si tiene que hacerlo.

Briala le miró.

—Está mintiendo, —dijo ella, y su voz flaqueó.

—Aparentemente, miento incluso menos de lo que creo, —dijo Gaspard con una sonrisa que mostraba sus dientes. Él retrocedió y cerró la puerta, luego se inclinó hacia dentro y habló a través de la ventana con barrotes—. Ahora, siéntate bien. Estarás de vuelta en Val Royeaux, y si cuentas las historias correctas, estarás cómoda y sin recibir daños. Si me ayudas con cualquier información que aplaste las últimas posibles resistencias con las que Celene o sus aliados puedan salir…

—Y eso es por lo que está usted aquí, —dijo Briala, y sintió una satisfacción momentánea al ver al gran noble detenerse. Era la fractura en su voz lo que lo había hecho, el poco de debilidad afectada que permitió que se le escapaba—. Me preguntaba por qué había venido a ver a una sirvienta orejas de punta tan pronto tras su gran victoria.

Gaspard se rió entre dientes.

—Pensé que vería a la *sirvienta orejas de punta* que era tan importante para Celene…

—A quién aún no tiene, —terminó Briala—. Celene o sus aliados, dijo. Quería saber si había hablado conmigo. Si sabía dónde estaba ahora. Porque pese a su emboscada, no la ha capturado. Su ágil golpe seguro para tomar el imperio no funciona sin una rendición o un cuerpo… y no tiene ninguno.

Quedó entre ellos.

—Eres peligrosa, —dijo Gaspard, los labios apretados pensativo. Él retrocedió de la ventana, y sus siguientes palabras fueron a sus hombres cerca—. Mantened a un guardia en la diligencia. Que nadie hable con la prisionera.

Briala escuchó el claqueteo y el rasgar de armadura mientras él se alejaba, y luego, momentos más tarde, los soldados volvieron al trabajo levantando el campamento y tendiendo a los heridos.

No habían logrado capturar a Felassan, por lo que sabía. Celene era libre. Tenía opciones.

Las opciones prácticamente la paralizaban, de hecho. Celene en combate, posiblemente muerta, era una idea, una serie de acciones que cerraba ciertas avenidas y abría otras. Celene libre, aún al mando del imperio… era la mujer que había quemado a los rebeldes elfos. La mujer a la que Briala había fallado en advertir.

Habría sido mucho más fácil si Celene hubiera muerto en ese campo. Briala habría llorado, y se habría sentido culpable por llorar a la mujer que había matado a tantos de la gente de Briala, pero pasara lo que pasara después, habría sido simple.

Pero lo simple podía esperar. Con suerte, Felassan haría lo mismo, donde fuera que estuviera.

Cerrando sus ojos, Briala tiró de la flecha —fuera de la vista de Gaspard cuando ella se había incorporado— liberándola del asiento tras ella, y empezó a trabajar con las esposas.

* * *

Gaspard había ordenado que se levantaran sus tiendas a la vista de los muros de Halamshiral.

Él estaba en pie, incómodo en su armadura, mientras un sirviente limpiaba cuidadosamente las señales de la batalla de su placa pectoral, puliendo los arañazos y esparciendo sobre las abolladuras un poco de pasta que podía ser pintada para ir a juego con el blanco azulado brillante del metal.

Era un trabajo vacio, que se hacía mejor cuando Gaspard no estaba llevando la armadura, pero Gaspard sospechaba que aún podría necesitarla, y para lo que estaba por llegar, necesitaba parecer noble, no dañado por la batalla. Así que por ahora, se comprometió y estuvo quieto en su tienda mientras el meticuloso sirviente hacía que la placa pectoral que había salvado la vida de Gaspard pareciera hermosa de nuevo.

Cuando hubo acabado finalmente, se despidió del hombre y caminó hacia la tienda prisión, su armadura brillando a la luz del medio día. Para entonces, el humo de los

suburbios de Halamshiral era una neblina vacía en el cielo, y docenas de nubes aceitosas más pequeñas se alzaban de donde las piras funerarias marcaban la escena de la batalla de la mañana. Los prisioneros comunes estaban todos juntos bajo una fuerte vigilancia, sin su armadura ni armas, y los sanadores del campamento estaban haciendo lo que podían por salvar a tantos de los hombres de Gaspard como pudieran.

—La Batalla de Halamshiral, —dijo Gaspard mientras alzaba la tela y entraba a la tienda prisión—. ¿Qué piensan ustedes, mis lords?

—Debo admitir, —graznó el Conde Pierre de Halamshiral desde donde yacía en un colchón, un cirujano arrodillado junto a él—, que podría desear un nombre diferente. —Al hombre le habían quitado su armadura, y su hombro y tripas estaban cubiertos de vendas empapadas en sangre. El hombro sanaría. Las tripas no.

Sentado en una mesa, sorbiendo una taza de vino aguado, el Duque Remache sonrió.

—Completamente entendible, Pierre. Difícilmente desearía que fuera de Lydes, ni el gran duque disfrutara de una batalla en Verchiel. —Al contrario que Gaspard, Remache se había quitado la armadura. Gaspard suponía que debía dar gracias de que el hombre al menos se hubiera puesto sus cueros de montar en lugar de las sedas de la corte.

Gaspard hizo un gesto, y el cirujano se inclinó y se fue sin decir ni una palabra. Cuando estuvieron solos, Gaspard suspiró.

—Debería estar orgulloso, Pierre. Superado en número, forzado a luchar, y aún así lo puso más difícil de lo que esperaba.

—Ella escapó. —Pierre cogió aliento lenta e irregularmente y tosió, encogiéndose del dolor mientras lo hacía.

—Eso hizo, —dijo Gaspard, y se arrodilló junto al hombre herido—. Su elfa, ¿la que mató a Mainserai? Ella no tiene ni idea de dónde podría estar Celene.

—Mainserai. —La cara pálida de Pierre se retorció—. Maldito hombre. Él trajo esto a mi ciudad. La rebelión, el derramamiento de sangre… el fuego. —Él sonrió amargamente—. Debería darle las gracias a la elfa por hacer caer a ese bastardo.

Gaspard sacudió la cabeza.

—No, amigo mío. Me temo que no tiene que culpar a nadie salvo a sí mismo.

Los ojos de Pierre se abrieron como platos, y luchó para sentarse.

—Me insulta, —dijo él, jadeando las palabras a través del dolor—. Tendré una satisfacción.

Gaspard agachó la cabeza.

—Mis disculpas, Pierre. No pretendía ofenderle, y mis palabras fueron mal elegidas. —Con un esfuerzo, Pierre volvió a tumbarse—. Pero los elfos se rebelaron porque usted no los aplastó. Sentía lástima de ellos, ¿no?

—Mainserai se lo merecía, —dijo Pierre de nuevo.

Gaspard suspiró.

—Pensaba que tenían razón por estar enfadados con Mainserai, así que en lugar de alzar un ejército y acabar con los rebeldes, se cruzó de brazos y mandó un par de patrullas extra y esperó que todo se silenciara finalmente. Enseñó a los elfos a luchar, justo como

un mal caballero enseña a su montura a encabritarse y morder. —Él sacudió la cabeza—. Les enseñó a atacar a los guardias, cuando permitió que sucediera sin castigo. Les enseñó a vivir una vida fuera de los suburbios a los que pertenecían. Y si Celene no hubiera esposado a su amante y quemado esos suburbios, habría enseñado a cada maldito orejas de punta de Orlais a alzarse en nuestra contra.

—¿Sabe cuánto daño se le hizo a mi ciudad? —Preguntó Pierre, su voz dura—. ¿Cuánto dinero perderé? ¿Cuántas familias haré que pasen hambre porque Celene no dejó que la rabia de los elfos corriera su curso?

Gaspard sonrió.

—Incluso así. Ahora, mi lord… ¿sabe adónde habría podido huir Celene?

Pierre apretó la mandíbula.

—No, Gaspard. No lo sé. Y sabe que no se lo diría si lo supiera.

Tras ellos, Remache se alzó en pie.

—Conozco un par de hombres que soltarían su lengua.

Gaspard se quedó helado, luego lentamente miró hacia atrás por encima del hombro.

—El Conde Pierre de Halamshiral es un lord de Orlais, Remache. Más que eso, es mi prisionero. Mi código prohíbe la tortura.

Remache asintió.

—Sí, por supuesto. ¿Quizás podría desear examinar las defensas, mi lord? Si se toma un par de horas para asegurarse de que las preparaciones son de su gusto, podría tener más noticias…

—Remache. Basta. —Gaspard se levantó y se volvió para enfrentar al lord, su armadura claqueteando con los movimientos—. Entiendo que no piense mucho en el código de los gentileshombres, pero no violaré su espíritu para obedecerlo al pie de la letra. No le torturaré. No me marcharé para que usted lo haga. Si pone una mano encima a mi prisionero, le defenderé con mi vida. O, más probablemente, con la suya.

Remache tragó saliva.

—Por supuesto, mi lord. Mis disculpas.

—Aceptadas. Ahora, reúna a los hombres en la tienda de mando. Quiero planes para la forma más rápida y segura que quemar Halamshiral hasta los cimientos.

—Yo… sí, mi lord. —Remache se inclinó y se fue sin decir otra palabra.

—Gaspard, —dijo Pierre desde detrás de él.

—Celene podría estar dentro, Pierre. —Gaspard no se dio la vuelta—. Mis hombres dicen que cabalgó hacia los bosques, pero podrían haberse equivocado. O usted podría haberle indicado una entrada oculta. El Hacedor sabe que Val Royeaux está lleno de túneles ocultos. ¿Por qué iba Halamshiral a ser diferente?

—No está dentro, Gaspard.

—No tengo ningún otro sitio en el que buscar, amigo mío. —Gaspard miró atrás al hombre en la colchoneta. El color de Pierre se había vuelto ceroso y gris—. Descanse ahora. Mandaré que venga el cirujano.

—Se lo ruego, —dijo Pierre suavemente—. No queme mi ciudad.

—Ya dejó que Celene quemara parte de ella, —dijo Gaspard—. ¿Por qué no debería acabar lo que ella empezó?

Pierre cerró sus ojos y cayó de espaldas, la angustia retorciendo sus rasgos. Finalmente, dijo:

—Jader.

—¿Está seguro de la lealtad de Lady Seryl a Celene? —preguntó Gaspard.

—Absolutamente. Lo hemos discutido largo y tendido. —Pierre no abrió los ojos—. Le dije a Celene que fuera a Jader si Halamshiral caía. Si no alcanzaba la ciudad, cabalgaría al este hacia Jader. Los mensajeros deberían haber sido mandados allí tan pronto como empezara su ataque.

Gaspard asintió pensativo. No había estado seguro acerca de Lady Seryl —la mujer jugaba al Juego lo suficientemente bien como para mantenerle a la sospecha— pero la angustia de Pierre hablaba de una auténtica confesión.

Dio un silbido agudo. Un momento más tarde, una joven mujer entró a la tienda. Llevaba una fina túnica de satén gris y un anillo en cada dedo. En su espalda había un bastón delgado.

—Sánalo, —dijo Gaspard—. La herida de las tripas primero.

—*Obviamente*, mi lord, —dijo la mujer con una sonrisa pequeña, y Gaspard sonrió sin ganas.

Ella se arrodilló junto a Pierre, y el lord abrió los ojos confundido mientras ella le tocaba. Una luz blanca fría brillaba de sus manos, extendiéndose suavemente hacia la herida de Lord Pierre.

—¿El Círculo le respalda? —preguntó Pierre.

—El Círculo aún no ha dado voz a una opinión todavía realmente, —dijo Gaspard con una sonrisa—. Esta es la hija de Montsimmard.

—Lienne de Montsimmard, mi lord, —dijo ella con una pequeña reverencia, sin alzar sus manos de la herida.

—Montsimmard vio venir la guerra entre los templarios y los magos hace años, —dijo Gaspard. Observó la magia sanadora con cierto interés—. Y cuando su pequeña niña empezó a maldecir a los sirvientes y a curar la herida mala de su caballo, él decidió que no la quería en medio.

—Una apóstata. —Pierre bajó la mirada a las manos en su torso como si estuvieran envenenadas. Luego volvió a mirar a Gaspard, con los ojos encogidos—. ¿Así que entonces voy a ser asesinado después de todo? No puede dejarme con vida después de que haya visto algo que pueda hacer que los templarios le ejecuten.

—Pierre, amigo mío, le he permitido conocer a la querida Lienne por el mismo motivo por el que le he sanado. —Moviéndose cuidadosamente alrededor de Lienne, Gaspard se arrodilló—. Ahora es *mío*.

Pierre apretó la mandíbula.

—Le he dado Jader para salvar mi ciudad, Gaspard.

—Sí, lo hizo. Y justo como cuando dejó que esos elfos fueran tras sus guardias, me enseñó algo en ese momento. —Gaspard mostró sus dientes—. Me enseñó dónde golpearle para que se encoja. Ahora, si hubiera llamado al cirujano en lugar de a esta encantadora joven, habría estado muerto en unos tres días… ¿y quién tomaría el mando de Halamshiral tras usted? Si le amenazo a *él* con la muerte de su ciudad, podría mofarse y decirme que quemara vivos a los sucios campesinos. —Mientras Pierre palidecía, Gaspard se inclinó hacia él—. Pero usted ama su ciudad. Haría cualquier cosa por mantenerla a salvo. Y sabe que yo sé eso sobre usted. —Luego se sentó de nuevo y dio unos golpecitos a Pierre en la pierna con una ligera risa—. Así que creo que es mejor para usted, y para mí, e incluso para aquellos sucios campesinos, que Lienne se encargue de usted.

—Mi lord, —dijo Pierre tristemente, y cerró los ojos y asintió.

—Sí, eso soy, —dijo Gaspard, y se levantó.

Abandonó la tienda prisión y caminó hacia el gran pabellón donde sus hombres estaban hablando con Remache.

—Jader, —dijo él mientras entraba.

Remache le lanzó una mirada sorprendida.

—¿Pierre entregó la posición de Celene?

—Todo está en cómo se pide. Remache. —Gaspard asintió a sus hombres, que ya estaban marcando puntos en el camino a Jader—. Seryl es de Celene. Asumiendo que no cogiéramos cada maldito pájaro que se marchó de la ciudad…

—No lo hicimos, mi lord, —dijo Ser Beaulieu.

Gaspard sonrió.

—Ah, bien. Uno siempre puede tener esperanzas. Seryl estará preparada, y dado que su ciudad ha sido construida para resistir a la mitad de los amos de los perros de Ferelden si fuera necesario, esa va a ser una fea batalla.

—¿Bloqueo, mi lord? —preguntó Ser Laguerre.

Gaspard asintió.

—Por el Camino Imperial y a través de los árboles… aquí. —Señaló a un posible punto de estrangulamiento—. Quiero ser capaz de caminar desde el Mar del Despertar hasta la Espalda Helada sobre sus hombros.

Ser Beaulieu sonrió.

—Podría ser difícil atrapar a la emperatriz con usted en nuestros hombros, mi lord.

—Quizás Remache, entonces, —dijo Gaspard, haciendo un gesto al lord—. Él pesa menos. Lo mismo vale para el oeste, también. Si ella fue lo suficientemente lista como para mentir a nuestro hombre Pierre, *podría* estar ya corriendo hacia Val Royeaux.

Remache sonrió finamente.

—Bloqueamos a Celene de Lady Seryl al este, y retenemos Halamshiral, así como Lydes. Está atrapada.

Gaspard puso una mueca.

—Ella no ha gobernado este imperio durante veinte años simplemente con bailes y banquetes, —dijo él, recordando lo que su prima había dicho en esa cacería un par de semanas antes—. Estará atrapada una vez esté encadenada ante mí.

8

Briala pateó el panel que separaba su compartimento del asiento delantero de la diligencia prisión.

Le llevó un rato, pero finalmente el guardia deslizó hacia atrás el panel.

—¿Qué demonios…? ¡Por el aliento del Hacedor!

La flecha estaba metida en la armadura de Briala.

—Vino a través de los barrotes… al final de la batalla. Dile a Gaspard que hablaré. Sólo necesito… agua… —dijo ella, tosiendo a través de las palabras. Mientras el guardia abría la boca, ella tosió de nuevo y cayó de espaldas.

No había tenido nada que usar como sangre, pero su armadura oscura habría hecho difícil verla de todos modos, y estaba esperando que el guardia estuviera demasiado cansado tras la batalla del día como para darse cuenta.

Momentos más tarde, escuchó el ruido de llaves en la puerta de la diligencia prisión, y el guardia corrió dentro.

Ella alzó la mirada, meció las esposas, y le dio en la cara. Mientras se tambaleaba de espaldas, ella se incorporó y dirigió la flecha bajo su barbilla hasta su garganta.

Dejó de temblar un momento después, y Briala salió.

Los caballos no estaban, y había matado al único guardia. La carreta estaba dentro del perímetro de las fuerzas de Gaspard, y su pabellón de mando estaba a la izquierda. El camino más rápido fuera del ejército de Gaspard era hacia la derecha. Se dio la vuelta y trepó hasta el asiento del conductor, y se sintió aliviada de encontrar su daga, su arco, y flechas en un armario de almacenamiento.

Nadie la estaba buscando aún.

Lo importante sobre crecer siendo elfo era aprender cómo no atraer la atención. Había importado menos en la casa de Celene que en las elferías, pero su madre aún se había asegurado de que Briala sólo fuera visible cuando quería serlo.

Los humanos eran cazadores, pero también eran granjeros. Cuando los ciervos corrían, los humanos tenían que darles caza. Cuando asustaban a un conejo, los humanos tenían que soltar una flecha. Esos eran sus modos… demostrar su maestría, su habilidad.

Pero pocos humanos rastreaban los movimientos de su ganado. Las ovejas ociosas, complacientes, caminando de un mechón de hierba al siguiente no eran un objetivo que los humanos sintieran que se comparara a su maestría.

Era hora de que Briala fuera una buena oveja perezosa y caminara fuera del ejército de Gaspard a plena luz del día.

La capa fina de lana del guardia muerto yacía en el asiento donde se la había quitado una vez que el calor del día y su cota de malla le habían dejado sudando. Ella se la colocó alrededor, ocultando la fina armadura de cuero de draco, y se levantó la capucha para ocultar sus orejas.

Metió su arco bajo su brazo y miró alrededor de la diligencia hasta que vio un cubo. Era viejo y estaba manchado, probablemente usado para algo en lo que no quería pensar, pero de momento, valía más para ella que el oro.

Una elfa con fina armadura con un arco de jabí sería vista en momentos.

Pero mientras llevaba el cubo, agachada en la diligencia, y se dirigía hacia el perímetro a un paso lento, perezoso, era sólo otra sirvienta tardando demasiado en darle agua a su amo, su fina capa levantada para calentarla por el frío del otoño.

Pasó una fila de tiendas donde la mayoría de los soldados de Gaspard estaban descansando, calentando comida en hogueras. Se habían quitado la armadura, y sus camisetas interiores estaban manchadas de óxido y a veces sangre. Otros sirvientes corrían de un lado a otro, con vendas y comida y todo lo demás que un ejército necesitara para permanecer con vida y en movimiento. Un par eran elfos, y le lanzaron miradas sorprendidas, pero ninguno de ellos la detuvo.

Estuvo tentada por la fila de caballos, con sólo un guardia simbólico y un par de sirvientes y cuadreros para pasar, pero ella siguió caminando. Los sirvientes con cubos no montaban caballos.

Aún no sonó ninguna alarma, y Briala caminó, lentamente, como si nada, deteniéndose para alzar el cubo con su otra mano cuando los guardias de perímetro de delante se encontraron con un explorador. Trató de ignorar el hilo de sudor que le bajaba por el cuello.

El explorador dejó de hablar al guardia del perímetro y se dirigió a la tienda de mando. Briala empezó a moverse de nuevo.

Se movió un poco demasiado pronto.

El guardia no se percató, buscando amenazas en la otra dirección, pero el explorador, entrenado para verlo todo, miró hacia ella. Sólo una mirada, pero fue el final de su caminar con el cubo.

Los guardias llevaban cota de malla y tenían ambos una ballesta y una espada corta para trabajos a corta distancia. Briala vio un pellejo de agua en su cinturón, lo suficientemente nuevo como para ser brillante, y también vio que su espada estaba amarrada demasiado alta como para desenvainarla fácilmente. Un novato, entonces.

El explorador era más peligroso. Llevaba un arco largo, lo cual significaba que estaba entrenado, y un par de hachas de leñador. Por su postura de piernas en arco, estaba cansado de montar toda la mañana, pero aún estaba lo suficientemente alerta como para percatarse de algo de ella. Podría haber sido una sombra de su armadura, o la forma de su arco bajo la capa, o incluso justo algo en su caminar lo que captó su atención.

Briala siguió caminando. Lo mismo hizo el explorador, dirigiéndose hacia la tienda de mando a la derecha de Briala y tras ella.

Tan pronto estuvo fuera de su línea de visión, escuchó su paso cambiar. Era lo suficientemente bueno como para que no fuera obvio, pero la fatiga hacía que los instintos de un explorador entraran en juego, y sus pasos de repente se silenciaron. Estaba rodeándola, volviendo hacia ella.

Sin alzar la cabeza, Briala se dirigió ligeramente hacia la derecha. No era lo suficiente como para que le viera, pero incluso mientras empezaba a acercarse, se puso limpiamente entre él y el guardia del perímetro.

Necesitaba cinco pasos.

—Ey, tú, chica, —llegó la voz tras ella. Casual, como si estuviera a punto de pedirle un sorbo de agua.

Cuatro. Tres. Ella reafirmó su agarre sobre el cubo.

—¡Ey! —ladró el explorador, y ahora no había forma de ocultarlo. Cualquier sirvienta se habría detenido y se habría dado la vuelta. El guardia del perímetro se movió.

Dos. Uno.

—¡Guardias! —gritó el explorador, y ella escuchó el crujir del cuero y madera mientras alzaba su arco largo.

El guardia del perímetro se volvió y la vio justo a un par de pies de distancia. Sus ojos se abrieron como platos mientras veía la armadura, y él alzó la ballesta.

Briala le lanzó el cubo y rodó mientras él disparaba.

El virote se dividió a través de la madera barata, mandando astillas volando a la cara del guardia, y lo escuchó sisear pasando su oído, lo suficientemente cerca como para desgarrar la capucha de la capa.

El explorador había estado tras ella. Había tenido el suficiente entrenamiento como para ver la ballesta alzarse, y Briala le había oído tirarse al suelo mientras lo hacía. El virote no golpeó nada salvo el cubo.

Pero el explorador estaba también cansado de cabalgar, y le llevó un momento crítico a sus piernas cansadas recogerse bajo él y volver a ponerse en pie.

Para entonces, Briala ya estaba de vuelta en pie, su arco en mano y apuntando, y para cuando la vio, su flecha estaba en su corazón.

Se volvió para ver al guardia del perímetro tanteando en busca de su espada. Ella se acercó, desenfundó su daga, y la pasó por su garganta antes de que su espada saliera de su vaina.

Briala empezó a caminar de nuevo. Tenía cinco pasos antes de que los gritos sonaran tras ella, y luego rompió a correr.

Fueron cincuenta yardas hacia los árboles. Con el corazón palpitando, Briala corrió sin mirar atrás. Un virote golpeó la hierba enfrente de ella. Otro le dio en la espalda, un disparo rechazado, reflejado por su cuero de draco, pero aún así lo suficiente como para hacerla tambalearse. Tendría un moratón mañana.

Ella alcanzó los árboles y siguió corriendo. Las ramas bajas, feroces con el rojo y el dorado del otoño, le golpeaban la cara y le desgarraban la capa. Un dolor aplastante le arrebató el aliento de sus pulmones mientras otro virote le daba en el hombro, y ella se tambaleó, tropezó con una raíz aracniforme, y cayó al suelo con un impacto que esparció las hojas marrones.

Briala escuchó golpes de cascos.

Había confiado en que los árboles la mantendrían a salvo, que los guardias no vendrían al bosque tras una única elfa corriendo. A juzgar por los gritos, se había equivocado.

Luchó por ponerse en pie, mirando atrás a través de las ramas, para ver al menos a una marca de hombres cargando hacia ella, además de varios más a caballo. Los caballos no les ayudarían mucho en los árboles, al menos si se mantenía en las partes más densas del bosque, pero tratar de perder a tantos…

Alzó su arco. No había forma en que pudiera superarlos, y si la lucha iba a llegar, era mejor que viniera en sus propios términos.

Mientras retraía su arco, el suelo bajo ella se levantó.

Por un momento pensó que había sido disparada de nuevo, y que había caído de rodillas mientras todo el mundo a su alrededor se sacudía, el suelo hundiéndose y levantándose como agua en un bebedero de pájaros tras lanzarle una roca.

Los árboles se mecían y danzaban, y las hojas siseaban y sonaban mientras se soltaban. El disturbio de rojo y oro llenó el aire ante Briala, y no podía ver nada de los hombres en campo abierto. Podía escuchar los gritos y chillidos de los caballos y hombres, aún así. Ella se quedó quieta y dejó que el suelo se torciera y agitara bajo ella, apretando los dientes para evitar que le temblaran.

Cuando las hojas se despejaron, Briala vio el campo de nuevo. La mayoría de los hombres estaban de rodillas. Algunos de los caballos iban sin jinete, y uno había caído y no se movía. Los hombres tenían sus espadas desenvainadas y se volvían salvajemente de lado a lado, buscando a un enemigo al que enfrentarse mientras la propia tierra se volvía en su contra.

—*Aneth ara, da'len*, —dijo Felassan, y Briala saltó en pie. Habría jurado que había estado sola, pero ahora su mentor estaba a su lado, su capa limpia como siempre, su bastón alzado hacia los hombres en el campo—. Me alegro de que pudieras lograrlo.

—¿Estabas esperando? —preguntó Briala, y su mentor sonrió.

—No iba a *entrar* ahí, —dijo él, estremeciéndose—. ¡Es un ejército! Pero sospechaba que tenías el asunto bien controlado entre manos… o posiblemente en un cubo.

Su bastón brilló de un verde brillante, y por encima de sus cabezas, el cielo de la tarde neblinoso cayó en la oscuridad. Un relámpago partió el aire, un rayo azul-blanquecino que cegó a Briala incluso mientras el estruendo hacía que le temblaran las tripas. Los caballos gritaban mientras otro rayo caía sobre el campo, y luego más, hasta que Briala perdió la cuenta.

—Está bien, estoy preparado para irnos cuando tú lo estés, —dijo Felassan con una sonrisa cansada. Encogiendo los ojos a través de la oscuridad iluminada por los rayos, Briala vio marcas de calcinamiento en el campo y cuerpos quemados, inmóviles.

—Eso creo, sí, —dijo Briala, y siguió a su mentor más profundamente en los bosques.

* * *

Celene y Ser Michel encontraron al primer grupo sólo un par de horas tras escapar de la emboscada de Gaspard.

Habían cabalgado al norte de la batalla hacia los bosques que estaban lo suficientemente despejados como para poder aún cabalgar pero lo suficientemente densos como para ocultarlos de la vista a distancia. Michel había presionado a su semental un par de minutos, luego lo frenó a un trote, y finalmente a caminar.

—Lo siento, Majestad, —dijo antes de que ella pudiera preguntar—. Cabalgando dos, llevaríamos a Cheritenne a la muerte a ese paso, y le necesitaremos para que nos lleve por un tiempo aún. —Él le dio unos golpecitos al lateral de su caballo, y el caballo relinchó de acuerdo.

—Confío en su experiencia, Ser Michel, —había dicho ella—. Haga lo que deba para sacarnos de aquí con vida.

Y así habían caminado por un viejo camino de cazadores un par de horas, Ser Michel encogiendo la mirada ante el sol neblinoso y manteniéndoles en movimiento hacia el noreste esperando rodear la propia Halamshiral y volver al Camino Imperial al otro lado. Celene había estado en silencio, ignorando las abolladuras de su armadura ceremonial que aún llevaba… una armadura que nunca había sido para un uso real, pese a toda la filigrana hermosa que perfilaba la placa pectoral que estaba ahora aplastada y olvidada tras ellos.

Entonces, todo el bosque se despertó.

Ser Michel se tensó. Fue toda la advertencia que Celene tuvo antes de que un virote de ballesta siseara pasándoles. Michel se inclinó hacia delante, y ella pensó por un momento que había sido golpeado. Luego, casi cayéndose de la silla de montar, se lanzó con su espada, y escuchó un *twang* seco y vio la cuerda que había sido extendida por el camino sostenida a cada lado.

Si Michel hubiera entrado en pánico y hubiera espoleado a Cheritenne para que galopara, habrían golpeado la cuerda y probablemente se habrían roto todos el cuello. En su lugar, mientras los hombres en armadura saltaban fuera de los árboles, tenían una oportunidad de luchar.

Los atacantes estaban todos a su alrededor. Celene vio cotas de malla y armas simples, pero eran al menos media docena de hombre, mas un par más atrás con ballestas. Esas probabilidades serían difíciles incluso para un caballero del valor de Michel. Con ella ralentizándole, las probabilidades eran aún peores.

—¿Podemos huir? —gritó ella mientras Michel espoleaba su semental y brutalmente cabalgaba sobre el hombre más cercano.

—¡No!

—¡Entonces mátelos! —Celene se agachó y se deslizó al suelo.

Escuchó a su campeón maldecir, y luego un par de los hombres de Gaspard estaban sobre ella.

Se mofaron, sosteniendo sus espadas flojamente y bajando sus escudos. Debían haber estado buscándola durante horas, y tenían que estar tan cansados como ella.

—Ríndase ahora, Emperatriz, —dijo uno de ellos mientras el otro la rodeaba—. Está sin armadura, y no es una guerrera. Quizás Gaspard muestre algo de piedad.

Ella bajó sus brazos, sus hombros agachados en derrota, y el de detrás de ella alzó su espada. Probablemente pensaba que lo estaba haciendo silenciosamente.

Ella dio un paso, desvió el golpe con un brazal que, aunque ornamental, aún estaba hecho de platerita, y atravesó con su daga el ojo de su atacante. La magia de su anillo de rubí mandó fuego bañando la hoja, y el humo salió de la boca del hombre muerto mientras caía, con la boca abierta en un horror en blanco.

Celene se dio la vuelta para ver al hombre que le había hablado alzando su escudo. El anillo en su otra mano zumbó con magia, y vio cada uno de sus movimientos con la claridad de un pintor maestro. Podía percibir los diminutos movimientos que estaba ocultando, su intención de moverse al alcance para atacar por sorpresa, y percibió los movimientos que desviarían su golpe. El anillo era antiguo, un regalo de Lady Mantillon, que clamaba que había sido llevado por un noble ladrón legendario llamado el Zorro Negro.

—Tienes razón, —dijo ella, y sacó una segunda daga—. No soy una guerrera. Soy tu emperatriz, y por alzar una espada contra mí, tu vida ha acabado, así como las vidas de todos en tu familia. Ahora dime, ¿qué hedionda bestia de carga engendró a alguien capaz de tal traición?

Él vaciló. Lo cual, por supuesto, había sido todo lo que ella quería. Cada hombre, a no ser que estuviera entrenado, se detendría cuando se le preguntara algo en ese tono. Incluso si no respondía, vacilaría.

Ella se movió, el anillo guiándola en el recuerdo de años de entrenamiento ante la insistencia de Lady Mantillon. Ella esquivó rodeando su escudo y el exterior de su brazo atacante, le dio un corte al brazo, y apuñaló a su garganta hacia arriba con un rápido golpe uno-dos.

Él flaqueó, y su escudo se alzó.

Era todo lo que Celene necesitaba. Ella cayó sobre una rodilla tras él, invirtió su agarre, y apuñaló profundamente la parte trasera de su pierna sin armadura. Mientras gritaba, la otra daga llegó a su entrepierna.

Ambas aún estaban en llamas, por supuesto, y recibió una pequeña satisfacción insignificante en aquello.

Mientras el hombre caía de rodillas, aullando y arqueándose, Celene se alzó a una postura defensiva, luego se giró y viró por instinto mientras un virote pasaba junto a ella. Cargó hacia el tirador mientras luchaba por cargar su arma, y finalmente la cargó justo mientras sus dagas presionaban a través de su armadura de cuero y le anclaban a un árbol.

Celene liberó sus hojas y se volvió ante el sonido del metal chocando. El último de los hombres de Gaspard balanceaba un hacha de mango largo, tratando de tirar a Michel de la silla de montar. Su campeón giró el golpe, y Cheritenne retrocedió y mandó al hombre de Gaspard tambaleándose hacia atrás con golpes de sus pezuñas. Un momento

más tarde, la hoja de Michel desgarró la armadura y el hueso, y el hombre cayó gritando, aferrándose al muñón sangriento de su codo.

—Se arriesga, Majestad. —Michel se inclinó en la silla de montar y acabó con el hombre con un limpio golpe en la cabeza.

—Difícilmente podría sentarme tras usted y proveer de nada más que de otro objetivo, Michel.

Él gruñó, bajó de la silla de montar, y rápidamente comprobó el flanco de Cheritenne en busca de cortes mientras el caballo resoplaba.

—Mi deber es protegerla.

—Y el mío es gobernar Orlais, —dijo ella—, pero ambos podríamos necesitar atender nuestros deberes con cierta flexibilidad de un tiempo a esta parte.

—Cierto. —Él se rió entre dientes y miró a los hombres que ella había matado—. Y bien hecho.

Celene miró la carnicería.

—Esta probablemente no sea nuestra última pelea. Creo que lo haría mejor sin una armadura tan pesada.

—Muchos de esos hombres llevan cota de malla. —Michel encogió los ojos ante las dagas—. ¿Aunque sospecho que preferiría cuero o piel?

—Algo en lo que pueda moverme, Michel.

Él señaló a uno de los hombres que sostenían la cuerda. Estaba llevando cuero de cazador, y lo que quedaba de él parecía limpio y bien cuidado.

—Esto servirá. Dañé la armadura en su brazo y pierna, aún así, y… creo que el casco es inservible.

Ella lo miró de cerca, y luego rápidamente apartó la mirada.

—Sí, creo que tiene razón. Quíteselo.

Celene se volvió al hombre que había apuñalado a muerte, el de la ballesta. Sus ojos ciegos estaban abiertos. Los cerró ausentemente mientras examinaba su armadura.

—Esta está sin dañar excepto la pieza del pecho, —gritó ella.

—Excelente. Debería tomarme un momento. Y… —Se detuvo, y Celene miró hacia él, luego alzó una ceja mientras sacaba a un capado marrón patilargo de los árboles—. Creo que ya no necesitaremos montar juntos.

Le llevó un par de minutos a Ser Michel quitar la armadura y ajustar las tiras a la constitución delgada de Celene. Trabajó con una brusca eficiencia mientras Celene se quitaba los restos de su armadura pesada ceremonial y se hacía con el caballo robado. Era delgado y asustadizo, pero se movía bien, y para cuando Michel estaba preparado para ayudar a Celene a ponerse la armadura, ella ya tenía el caballo firmemente bajo control.

Se encontraron con el segundo grupo un par de horas más tarde, mientras Ser Michel llevaba a Celene al sur hacia el Camino Imperial.

Los bosques eran más densos al norte de Halamshiral, y Celene tenía que confiar en las indicaciones de Michel mientras se abrían paso por el camino de animales. Con dos caballos en lugar de uno, Michel les había vuelto a poner a trote, y Celene ya sentía el

dolor en sus piernas y en la base de su espalda por la poca costumbre al ejercicio. La armadura de cuero le iba lo suficientemente bien como para protegerla en combate, pero no había sido hecha para ella, y ya podía sentir dónde tendría ampollas más tarde.

Y luego, sin advertencia, cuatro hombres en armadura salieron al camino con las espadas alzadas.

—Tendremos los caballos, —gritó el que estaba delante.

Celene sacó una daga, manteniendo una mano firmemente en su caballo, que no estaba entrenado para cabalgar en una batalla como la montura de Ser Michel. Los cuatro hombres llevaban cota de malla bajo unos tabardos sucios, y sus espadas eran las espadas cortas que los lanceros usaban cuando se unían a la batalla cuerpo a cuerpo.

Luego, bajo la tierra y la sangre en sus tabardos, vio el león dorado en un campo morado.

—Vosotros sois *mis* soldados, —dijo ella, e inmediatamente se sintió como una estúpida.

Ellos encogieron los ojos, y el de atrás, un viejo veterano con un grueso mostacho, se puso pálido y retrocedió.

—¡Emperatriz Celene!

El líder era más joven y estaba más enfadado, y más sangre manchaba su armadura. Él resopló.

—No mi emperatriz.

Ser Michel desenvainó su espada larga.

—Si la sangre orlesiana aún fluye por tus venas…

—Ya no lleva su fina armadura, ¿no? —dijo el líder de los hombres de Celene a sus compañeros, hablando como si Michel no estuviera allí—. Y no veo a cientos de brillantes gentileshombres preparados para hacer su voluntad. Eso podría ser porque la mayoría de ellos están muertos en Halamshiral… mientras tú huías.

La espada de Ser Michel resplandeció una vez.

—Si la sangre orlesiana aún fluye por tus venas, —repitió mientras el otro hombre golpeaba el suelo—, y deseas que *siga* ahí, mostrarás respeto a tu emperatriz.

Los tres hombres miraron a Michel, y luego a Celene. Luego, vacilantes, se inclinaron.

—Huimos una vez nuestro comandante señaló la retirada, Su Majestad Imperial, —dijo el viejo soldado—. Lo juro por el Hacedor, luchamos con honor hasta entonces.

Ella asintió.

—Mi campeón me está llevando a Jader, donde reuniremos nuestras fuerzas.

Ella empezó a ordenarles que fueran con ella —para reconstruir el ejército que molería a ese bastardo de Gaspard en tierra— pero vio la cara del viejo soldado tensarse, y se detuvo en su lugar.

—Su Resplandor, —dijo vacilante—, íbamos de camino a Jader, pero los hombres de Gaspard han bloqueado el camino.

—Gaspard debió haber sospechado que usted trataría de llegar allí, —dijo otro soldado—. Tienen arqueros y caballeros. Apenas logramos volver a los bosques.

—Entonces… —Celene se detuvo, captando una diminuta sacudida de cabeza de Ser Michel—. …Encontraremos otro camino.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó el tercer hombre, apenas un hombre. No había hablado hasta ahora, y su voz renqueaba con miedo—. Nos llevarán a Halamshiral después… —Él dejó de hablar.

—Debemos tratar de volver a Val Royeaux, —dijo el viejo soldado, luego miró a Celene y apresuradamente dijo—, a no ser que la emperatriz desee que hagamos otra cosa.

—¿Qué? —El joven soldado estaba a punto de llorar—. ¡No podemos pasar a través de los hombres de Gaspard! ¡Apenas escapamos antes! ¡No somos exploradores!

Michel miró a Celene, una pregunta diminuta sin palabras en su mirada. Podría haberlo ignorado, podría haberle hecho encargarse de ello y clamar tener la conciencia limpia… pero eso llevaría a problemas.

Y además, estaba por debajo del honor de la emperatriz.

—¿Entonces qué haréis? —Preguntó ella, y el acero en su voz silenció a los hombres—. Cuando los hombres de Gaspard os encuentren, ¿qué haréis? Cuando os pregunten adónde va la emperatriz, cuando os pregunten lo que sabéis, o dónde la visteis, ¿qué les diréis para salvar vuestra vida?

El hombre más joven le lanzó una mirada desesperanzada.

—Yo… yo…

Celene sonrió. Conocía la respuesta tan bien como el joven. Lo hizo más fácil, aunque no menos sombrío.

—Hágalo, —le dijo a Michel.

El viejo soldado cerró los ojos mientras la espada de Michel cortaba al joven. El otro soldado alzó su propia espada, y Michel la apartó de un golpe, luego le cortó también. Fue sorprendentemente rápido, la velocidad con la cual el silencio se volvió estruendo y gritos.

El viejo soldado no se había movido. Abrió los ojos para ver la espada a un pelo de distancia de su garganta.

—No soy ningún explorador, —dijo él, mirando a Celene—, pero soy un soldado, y no he conocido otra emperatriz salvo usted. Iré donde usted ordene. Lucharé contra los hombres de Gaspard a muerte. Y si me cogen con vida, no les diré nada.

—¿Incluso después de que mi campeón matara a tus amigos? —preguntó Celene, y bajó la mirada a los tres cuerpos yaciendo inmóviles en el camino.

—Eran buenos camaradas. —La voz del viejo soldado tembló, pero su mirada estaba firme en Celene—. Pero mi voto es hacia usted, Su Resplandor, no hacia ellos. Muero por usted, no por ellos. Y si necesita saber que ningún hombre sepa qué camino ha tomado, moriré por usted ahora.

Celene miró a Michel, cuyos ojos estaban sobre el viejo soldado y cuya espada brillaba plateada en la neblinosa luz de la tarde.

—Ve, —dijo ella—, y si encuentras el camino hacia Val Royeaux, dile a tu comandante que te fuiste como alabardero y volviste como explorador personal de la emperatriz.

La espada de Michel volvió a su funda. No miró a Celene mientras el viejo soldado se inclinaba, y tragaba saliva, y se apresuraba hacia los bosques.

—Lo sé, —dijo ella cuando el viejo soldado se hubo ido. Podía percibir la silenciosa objeción de Michel desde yardas de distancia.

Él sacudió la cabeza.

—Difícilmente es mi lugar, Majestad. —Un hombre diferente podría haber valorado su deber sobre su lealtad y cortar al hombre antes de que Celene pudiera objetar, manteniéndola a salvo en contra de sus deseos.

En ese momento, valoraba a Ser Michel más que nunca.

—Es su lugar absolutamente hasta que yo lo ordene de otro modo. —Celene enfundó su daga. No se había dado cuenta de que aún la tenía—. Sí. Habría sido más seguro no dejar a ninguno de ellos con vida como para hablar de nuestro paradero.

—Pero le era leal a usted, —dijo Michel—, al contrario que esos cobardes. Y mientras que siempre urgiré por su seguridad, entiendo el valor de un único hombre leal ahora mismo.

Las piernas de Celene le ardían de cabalgar, y su espalda también le dolía. Se deslizó de su caballo y se estiró, poniendo una mueca. Este punto con sus tres hombres muertos era tan bueno como cualquier otro para un corto descanso.

No era como si tres soldados muertos más cambiaran en gran medida el equilibrio de las cosas.

—¿Cuántos murieron por mí esta mañana, Michel? ¿En ese campo? —preguntó ella. Terminó sus estiramientos, luego maldijo, lanzó su daga, y la hundió dos dedos de profundidad en un árbol con una puñalada enfadada—. ¿O en los suburbios elfos, mientras buscaba silenciar rumores con sangre?

—Majestad, sabe que los elfos no murieron por usted. —Michel desmontó y empezó a arrastrar los cuerpos fuera del camino—. Murieron por su propio egoísmo ciego. Fueran cuales fueran sus motivos, se rebelaron, y sus acciones fueron completamente justificadas. Y sus soldados murieron por usted con honor, asesinados por un traidor que morirá por sus crímenes.

—Pero aún así estarán muertos, Michel. —Celene tiró de su daga y la limpió con su manga. Sus ojos le ardían, pero no se avergonzaría a sí misma sollozando. Su cabeza le palpitaba, como siempre hasta que tomaba su té de la tarde—. No por honor y gloria, no por defender Orlais de los engendros tenebrosos o invasores extranjeros, sino como parte del Juego. Murieron porque Gaspard me venció.

Michel no alzó la mirada de su trabajo.

—Luchó en desventaja, Majestad.

—Michel, yo gobierno el imperio.

—Sí. —Él alzó la mirada por un momento y sonrió—. Y sabe lo que eso significa. Debe gobernar realmente, mientras que Gaspard meramente observa desde la multitud como alguien de la corte sin sangre observando un torneo, diciéndole al mundo que podría haberlo hecho mejor si estuviera en esa silla de montar. Y además… —Volvió a arrastrar los cuerpos—. No la ha derrotado hasta que no sea coronado.

—No. Él me derrotó. —Aquí en el bosque, podía admitir eso. Y eso podría haber sido la parte que la hirió más que nada. Nunca sería rival para Gaspard en un duelo, probablemente nunca le superaría. Mientras que ella había engatusado y encantado, Gaspard podía liderar con el ejemplo, inspirando a aquellos que le seguían. El ingenio de Celene, su mente, su habilidad en el Juego: esas habían sido las armas que había llevado, confiando en que en una lucha en aquellos términos, ella siempre prevalecería.

Hasta hoy.

—Quizás debería ocupar el maldito trono y ver qué gozo le da. —Su voz no era más que un susurro.

El último cuerpo sonó mientras Michel lo empujaba bajo un arbusto, y miró hacia ella.

—Lo siento, Majestad. Me temo que sus palabras se perdieron con el ruido. Con Jader bloqueado, recomiendo que encontremos algún camino de vuelta a Val Royeaux.

Sí, pese a cualquier desacuerdo que pudiera haber con él en asuntos de política, Celene no podría haber pedido a un hombre mejor que su campeón.

Ella se aclaró la garganta.

—Lydes es leal a Remache. No podemos arriesgarnos a atravesar la ciudad.

—¿Verchiel? —preguntó Michel.

—También arriesgado, pero no podemos rodear todo el Mar del Despertar. —Celene frunció el ceño—. Si tardamos demasiado, Gaspard se apoderará de Val Royeaux en mi ausencia. Tiene suficientes nobles leales como para hacerlo.

—Estoy de acuerdo, —dijo Michel—. Y si yo fuera Gaspard, esperaría que se dirigiera al norte hacia el Mar del Despertar. Mis hombres la estarían buscando allí.

—¿Sudoeste? —preguntó Celene. Habría dado la mitad de las Tierras del Centro por un mapa justo entonces. En esta parte de los Valles, las llanuras de hierba estaban punteadas con pequeños parches de bosque, donde los elfos Dalishanos se ocultaban como bandidos. Había innumerables pequeñas aldeas y una gran cantidad de granjas, ninguna de las cuales le ayudaría ahora mismo—. ¿Pasando Lydes, y luego al norte hasta Verchiel?

—Excelente, Majestad. —Michel se levantó hasta la silla de montar—. Si está preparada.

Cruzaron el Camino Imperial, cabalgando rápidamente de vuelta a los bosques después de que Michel le informara de que la gran extensión del antiguo camión estaba despejado por millas en ambas direcciones. Las Montañas de la Espalda Helada eran un

diminuto montículo al este, y el humo aún se alzaba del propio Halamshiral delante de ellos al oeste.

Con su rumbo ahora fijo, Celene casi podía disfrutar de la belleza del Orlais del sur. En lugar de rebotar en una diligencia, captando vistazos del camino a través de la ventana, podía ver los vastos bosques y oler las hojas que se volvían doradas y crujientes por el otoño. Con una diminuta sonrisa para sí misma, recordó que había deseado estar cabalgando a caballo, no hacía tanto. Sería más específica en el futuro.

De cuando en cuando, Michel alzaba una mano, y luego él y Celene desmontaban, sosteniendo a los caballos y quedándose en silencio mientras los hombres de Gaspard cabalgaban. Pese a todo el entrenamiento de Celene, los sentidos de Michel eran más agudos que los de ella aquí. Ella podría ser capaz de decir si una lira estaba incluso ligeramente desafinada, pero Michel captaba los ruidos de cascos mucho antes que ella.

A veces, seguían un pequeño camino de animales, pero cuando un grupo de los hombres de Gaspard venía hacia ellos por ahí, desaparecían fuera incluso de ese camino, las espadas desenvainadas mientras los jinetes pasaban los suficientemente cera como para que Celene se percatara de los emblemas familiares en sus tabardos. Hombres de Remache, reforzando a Gaspard desde Lydes.

Entonces llegaron al límite del bosque, y Michel maldijo silenciosamente. Viniendo tras él, Celene vio rápidamente por qué. Una ligera colina por delante se hinchaba hasta una cúspide enorme cubierta de hierba. En la cima, una tropa de los hombres de Gaspard bajaba la mirada con una maravillosa vista del área que les rodeaba.

—¿Volvemos? —preguntó Celene, manteniendo la voz baja.

Michel sacudió la cabeza.

—¿Adónde? Sabemos que están buscándonos. Sugiero ir directos al sur. —Señaló a un lecho de río seco junto al límite del bosque—. Si permanecemos abajo, y nos movemos rápidamente, puede que pasemos sin ser vistos.

Celene asintió.

—Cuando esté preparado, entonces, mi campeón.

Él dejó salir una risa entre dientes.

—Me temo que si esperamos a que esté listo, seremos atrapados por las primeras nieves de invierno. Sugeriría esperar hasta el anochecer, pero no quiero arriesgar a los caballos en la oscuridad.

—Vayamos, entonces.

Caminaron junto a los caballos ahora, con lo que parecía un cuidado exagerado, aunque Celene sabía de observar a Michel lo bien que los sonidos podían llegar a aquellos entrenados para escuchar. Los jinetes barrían a su alrededor, más cerca ahora. No escuchó gritos, ninguna señal de que los jinetes tuvieran alguna idea de dónde estaba, pero su corazón palpitaba igualmente. Una cosa era saber cuántos hombres tenía Gaspard bajo su mando. Otra era tener que escabullirse entre ellos.

Luego llegaron al límite del bosque. Michel tomó las riendas y, con una gracia sorprendente en un hombre con una armadura tan pesada, lideró a ambos caballos por el

lecho del río seco. Celene le siguió, moviéndose agachada a través de la alta hierba. Su caballo robado danzaba nervioso hasta que Cheritenne resopló y le hizo seguir. Ella sentía el picor de los ojos sobre ella, y pensó que lo sabía nada más que por el miedo de su cuerpo, no se atrevía a mirar atrás hacia la colina.

Finalmente, se unió a Michel, que ya estaba en la silla de montar. Ella montó, miró atrás para asegurarse de que tenían la vista bloqueada y luego empezaron a cabalgar.

Y pese a todo eso, cabalgaron menos de un minuto antes de su tercer encuentro.

Rodearon un giro, moviendo los caballos a trote, y se encontraron cara a cara con un par de elfos que sin duda se habían encontrado escabulléndose por el lecho del río por el mismo motivo que Celene y Michel.

Los elfos estaban agachados tras un tronco de árbol caído que ofrecía una cobertura parcial. Uno de ellos era un mago Dalishano, a juzgar por los tatuajes que marcaban su cara y el bastón verde brillante que sostenía preparado.

La otra era Briala.

La cara de Briala estaba manchada de sudor y polvo, y su frente estaba marcada de arañados que probablemente venían de correr a través del denso follaje. Llevaba la armadura de piel de draco que Celene le había dado, con una capa marrón barata sobre ella.

Su adorable arco estaba alzado, una flecha colocada y lista para disparar al corazón de Celene.

Por un momento, nadie se movió.

Celene pensó en cien cosas que decir. Pensó en las dagas metidas en fundas en sus antebrazos, en el veneno que casi con seguridad adornaba la punta de la flecha. Pensó en los barrotes de la diligencia prisión, el dolor en sus piernas de cabalgar. Su cuello le picaba, y casi se rió de la urgencia de rascárselo.

Luego Briala bajó el arco.

—Celene.

Celene dejó salir un suspiro largo.

—¿Qué estáis haciendo viniendo por aquí?

—Buscando a un clan donde podamos perdernos, —dijo el elfo Dalishano—. ¿Qué estás haciendo tú viniendo por aquí?

—Gaspard ha bloqueado Jader, —dijo Celene sin vacilar—, y ya que controla Lydes también, habíamos esperado rodearlo.

Briala asintió, viéndole sentido.

—Entonces te deseamos buena suerte en tu viaje. —Su compañero Dalishano alzó una ceja.

—¿No vais a uniros a nosotros? —preguntó Ser Michel, una sonrisa incrédula en su cara.

Briala le miró directamente.

—Anoche, Celene me arrestó, como creo que sabes. Fue justo antes de que quemara Halamshiral.

—Justo antes de que pusiera fin a la *rebelión*, sí. —Celene tensó sus hombros en la silla de montar—. Como fui forzada a hacer una vez que Gaspard empezó a esparcir rumores acerca de mi suave trato con los elfos.

—¿Y lanzarme a prisión? —preguntó Briala. Su voz era calmada, pero sus grandes ojos oscuros brillaban con rabia y dolor.

Celene resopló.

—Si hubieras estado allí, habrías sugerido la opción tú misma como una forma de proteger mi reputación de Gaspard y a ti de sus seguidores que pudieran verte como un inconveniente a ser silenciado.

Briala no dijo nada, pero el elfo Dalishano inclinó su cabeza, curioso.

—Nunca lograréis llegar a Val Royeaux por vuestra cuenta, —dijo él—. Este tipo Gaspard *realmente* desea encontrarte.

—Imagino que sí. —Celene sonrió—. Pero incluso si no lo hace, volverá a Val Royeaux y lo reclamará en mi ausencia, en cuyo punto perderás cualquier oportunidad que tengas de ganarte mi favor.

El elfo Dalishano sonrió.

—Llevas una armadura robada y montas un caballo robado, *shemlen*. No tienes imperio de momento, ¿y tu mejor oferta es tu *favor*? —Él se volvió hacia Briala—. Me cae bien.

—La armadura y el caballo pertenecían a un soldado orlesiano, y como tal, en verdad siempre fueron míos. En cuanto a mi poder… —Ella sonrió finamente—. Si los Dalishanos me apoyan… acosan a los hombres de Gaspard, los atraen a luchar aquí, y luego me llevan a Val Royeaux antes de que pueda reclamar el trono… veréis lo que mi generosidad puede traer.

—Eso es horrorosamente vago, —dijo el elfo—. La última vez que los elfos hicieron un trato como este, obtuvieron los Valles. Bueno, al menos hasta que vuestra gente decidió declarar una Marcha Exaltada y recuperarlos.

—Gaspard ahogará los Valles con sangre para librarse de vosotros para siempre. —Celene miró al cielo al oeste, donde Halamshiral aún humeaba—. Y si no lo hace, tendréis suerte de sobrevivir a la locura con la que los templarios y los magos salgan sin una mano firme para mantenerlos a raya.

—¿Qué estás preparada a ofrecer? —preguntó el elfo.

—Una oportunidad para que tu líder me convenza de que los Dalishanos merecen los problemas que provocarán entre mis nobles si permito ayudar a los elfos, —dijo Celene tranquilamente—. Cualquier otra cosa es para los oídos de tu Guardián.

El elfo Dalishano estuvo en silencio, mirándola como si la sopesara.

Finalmente, Briala asintió.

—Necesitamos movernos. Gaspard tiene exploradores, e incluso un enano ciego podría seguir el rastro que estáis dejando. Necesitaremos evitar las aldeas y las granjas más grandes también… podría tener hombres en cualquier parte. ¿Felassan, pueden mantener los caballos?

—Si están poco acostumbrados a andar, los necesitarán. —El elfo Dalishano miró a Ser Michel—. Es un placer verte de nuevo, Michel. —Él y Briala abandonaron el claro, dirigiéndose hacia el sur, y Michel y Celene les siguieron, sus caballos crujiendo a través de las hojas muertas con cada paso.

—Esperaba que se marchara, —dijo Michel silenciosamente.

—Y aún así su espada permaneció en su vaina esta vez.

Michel sonrió.

—Me ha sorprendido antes, Majestad. Y estoy complacido de haberme equivocado.

—Al igual que yo, —dijo Celene, mirando a su amante por delante del camino—. Al igual que yo.

9

Briala caminaba al sur hacia el clan Dalishano de Felassan.

Había soñado con ellos de niña… los míticos elfos que vivían solos sin humanos que les gobernaran. Había sido tan fantástico e imposible como las historias del Velo. En los días en los que Celene había sido cruel, imaginaba vivir entre ellos como una princesa, forzando a Celene a limpiar sus ropas. En los días en que Celene había sido amable, las imaginaba a ambas jugando en unas tierras en las que los espíritus limpiaban, y nadie era sirviente.

Conforme Briala se hizo mayor, había, como la mayoría de los elfos, jugado con el pensamiento ocasional de salir corriendo para encontrar a los Dalishanos. Todo el mundo clamaba tener un amigo que tenía un primo que había abandonado la elfería o la casa del lord y había encontrado las leyendas de los Valles, sólo volviendo brevemente con finas ropas y místicos tatuajes faciales. Pero como una sirviente en la casa de la familia de Celene, Briala había tenido que escuchar las historias acerca de los saqueos, las rutas de comercio ocultas, los bandidos, y los planes para borrar a los elfos renegados que vivían en los bosques al sur. Se había dado cuenta de que sólo eran otro grupo. No había ningún reino espiritual mágico. No había princesas.

Entonces llegó el día en la sala de lectura, y su huida a los Valles. Y Felassan.

Ella miró hacia él. Habían estado caminando durante más de una semana ahora, añadiendo a la comida en la mochila de Ser Michel lo que ella y Felassan pudieran traer del bosque, y su mentor no mostraba ninguna señal de fatiga. Tras ellos, la cara de Celene estaba perfilada con dolor tras largos días en la silla de montar, e incluso Ser Michel mostraba cierta incomodidad, aunque la ocultaba tras su estoicismo de gentilhombre.

—¿Qué pensarán de nosotros? —Preguntó a Felassan, y miró hacia él, una ceja alzada—. ¿Tu gente?

—Los Dalishanos. —Felassan dejó salir un suspiro lento, pensando la pregunta—. Tendremos que ganarnos su lealtad clan por clan. No tienen mucho contacto los unos con los otros. No quieren arriesgar un ataque de los *shemlen* que comprometa la seguridad de más de un clan. Por supuesto, estar deliberadamente separados ha llevado a los clanes a volverse más y más diferentes, perdiendo sus puntos en común. Imagino que es una metáfora para… algo. —Felassan sonrió—. Será interesante verlo.

—Interesante. —Briala miró atrás hacia Celene y Michel, que estaban justo fuera del alcance del oído, si Briala mantenía su voz baja—. Esa es una forma tajante de decirlo.

—Precisa, aún así. —Felassan sonrió mientras una hoja que caía rodaba junto a su cara—. Una tormenta es interesante. Un incendio es interesante. He estado en medio de ambos y he visto las cosas cambiar.

—¿No crees que tu gente vaya a ayudar a Celene?

—¿Por qué en el mundo los Dalishanos ayudarían a una *shemlen*?

—Porque ella les ha ayudado. —Briala sintió sus manos apretarse en puños y los relajó con un esfuerzo—. ¿Cuánto mejor están los elfos de Orlais debido a su gobierno?

Felassan suspiró.

—Cometes dos errores, *da'len*.

—Perdona, *hahren*. ¿Cuáles son mis errores?

—Dices que ella ha ayudado a los elfos de Orlais, —dijo Felassan—. Eso no es cierto. Las ganancias que tuvieran son debidas a tu trabajo, no al de ella.

—Con respe…

—Oh, para. —Su voz era paciente pero firme, y no miró hacia ella—. Sin ti, tu emperatriz no habría sido amiga de los elfos. Incluso su rival Gaspard podría ver eso.

Briala agachó la cabeza.

—Pero si sus vidas son mejores, ¿importa el motivo?

—Había un joven noble en la bella Arlathan, —dijo Felassan—, y sucedió que el rey elfo perdió a una de sus dos hijas a causa de la mordedura de una serpiente. Ante la ceremonia para conmemorar su vida, el joven noble vio a una dama elfa tan bella y perfecta que le rompió el corazón… pero por las leyes de la antigua Arlathan, tenía prohibido hablar con ella durante la ceremonia, y no supo quién era, así que no podía preguntarle a su familia para cortejarla. El joven noble rogó a los dioses que se encontrara con la dama elfa de nuevo. Rogó a Mythal por amor, a Dirthamen por el secreto del nombre de la dama elfa y a Andruil por suerte en la caza de esta mujer. Y finalmente hizo una ofrenda a Fen'Harel… y el Lobo Terrible fue el único que respondió. En un sueño esa noche, le dijo al noble lo que necesitaba hacer para ver el amor de su corazón de nuevo. ¿Sabes lo que dijo?

Tras un momento de pensarlo, Briala suspiró.

—Mata a la otra hija del rey.

Felassan se rió entre dientes.

—Empiezas a pensar como Fen'Harel.

—Simplemente era lógico, —dijo Briala—. Habría otra ceremonia, y…

—Era un cumplido, *da'len*. —Felassan sacudió la cabeza—. Volviendo a lo importante. Para entender la verdad de los eventos, debes entender también por qué así como qué ha ocurrido. Los elfos de Orlais están mejor, pero la causa eres tú, no ella.

—Pero *están* mejor. —Briala suspiró y caminó sobre una raíz retorcida—. Dijiste que había cometido dos errores. ¿Cuál fue el segundo?

Felassan miró hacia ella, y tras las líneas del *vallaslin*, la expresión de su cara era una de una tristeza muy antigua.

—Piensas en los elfos como lo hacen los *shemlen*. Con o sin sangre. Orejas de punta u orejas planas. Dices que *ellos* están mejor bajo el gobierno de Celene. ¿Quiénes son ellos? ¿Los elfos de las elferías? ¿Los Dalishanos? —Él sonrió—. ¿Y por qué deben los Dalishanos preocuparse por el destino de los elfos que viven en las ciudades?

Después de eso, caminaron por un tiempo en silencio.

* * *

Celene resistió el viaje con una resolución sombría.

Aún llevaba sus propias botas y ropa interior, que habían sido personalizadas para encajar perfectamente. Su armadura robada le molestaba, pero tras la primera noche, acolchó las secciones que no encajaban con la habilidad aprendida de la reparación de vestidos de emergencia en los bailes de su juventud.

No había nada que hacer para los músculos irritados, sin embargo, y así soportaba los dolores en sus piernas, músculos y espalda. Y cuando habría pedido que pararan y descansaran, en su lugar pensó en Gaspard y corrió a través de los dos puntos de ejercicios musculares que Lady Mantillon le había enseñado a Celene para permitir que una joven lady aguantara la pose y la belleza estando a plena vista de una multitud llena de rivales que se aferrarían a cada movimiento extraño como señal de debilidad.

Por la noche, cuando Michel y el elfo Dalishano de Briala les permitían pararse, Celene se estiraba y luego pasaba a los entrenamientos con sus dagas. Llevaba más magia en sus muñecas y garganta y dedos que la mayoría de los de fuera del Círculo verían en toda una vida, incluyendo tanto el anillo que Lady Mantillon le había dado y el anillo que mandaba llamas lamiendo cualquier arma que llevara. Esa magia le había dado suficiente fuerza y habilidad como para matar a un par de soldados desprevenidos.

Contra Gaspard y sus gentileshombres, sin embargo, Celene necesitaría ser mejor. Y por todo lo que sabía, bien podría estar enfrentándose al propio Gaspard antes de que esto terminara.

Estaba al borde del claro en la hoguera una quincena más tarde, haciendo una serie de entrenamientos que Lady Mantillon había llamado *la Mariposa* mientras Felassan y Michel planeaban el camino de mañana, cuando Briala dijo tras ella:

—Estás descompensada en el segundo golpe.

Celene se detuvo y miró por encima de su hombro, ocultando con una sonrisa con la boca cerrada lo tristemente sin aliento que le habían dejado los ejercicios. Briala se había quitado su armadura y parecía cansada, sucia… y aún así adorable sin embargo, incluso un poco más que una sombra besada con la luz dorada del fuego del campamento.

Fue la primera vez que Briala le había hablado a Celene más allá de la simple logística de qué camino seguir o cuándo sacar el conejo del fuego. Celene le había dado espacio a su amante, esperando una señal.

—No lo creo, —dijo Celene, manteniendo su voz calmada y sin discusión—. La mano líder bloquea el golpe que viene, y la mano trasera corta el brazo superior para prevenir un contraataque antes de que te muevas para controlar la garganta con ambas espadas.

Ella lo demostró en el aire, sus dagas captando la luz del fuego mientras las deslizaba a través del aire contra un oponente imaginario. No había ningún fuego real en las hojas… se había quitado todos sus objetos mágicos para tener una mejor sensación de la poca práctica que tenía.

—No. —Briala deslizó fuera sus propias dagas con una gracia inconsciente, luego cortó el aire—. La primera no es sólo un bloqueo. Es un corte a la muñeca del enemigo.

El segundo golpe no es hacia su brazo atacante. Es a la garganta. —Su golpe era más alto que el de Celene, un rápido movimiento de la muñeca cuya gracia y belleza engañosa le daba a *la Mariposa* su nombre—. Eso asegura que estés lo suficientemente en control de la garganta con tu siguiente movimiento.

—¿Estás segura? Siempre preferiste las lecciones de arquería de Lady Mantillon a las del trabajo con cuchillos.

—Pero he usado ambas, —dijo Briala—. Y es la garganta.

Celene sonrió.

—Si ya le has cortado la garganta, *controlarla* difícilmente parece necesario.

—¿Armadura? —Preguntó Briala—. ¿O protección mágica? ¿O si estás enfrentándote a un engendro tenebroso con una piel más dura, o alguna criatura del Velo? ¿O si estás usando un cuchillo de plebeyo en lugar de una hoja brillante de platerita porque has perdido tu trono? —Ella caminó más cerca, y la rabia tocó su cara, dibujando líneas en su hermosa piel—. Las cosas del mundo real a menudo no son tan perfectas como lo son en el palacio en Val Royeaux.

Celene suspiró.

—Bria…

—*Maldita* seas, Celene. —Los grandes ojos hermosos de Briala se llenaron de lágrimas. Captaban la luz del fuego, brillando en la oscuridad como los de un gato mientras Briala se acercaba. El pulso en su cuello era rápido, aunque se movía tan grácilmente como siempre—. No lo expliques. Sé por qué. Sólo deseaba que te hubieras preocupado más.

—¡Habría sido una suite cerrada en palacio un par de años, nada más! —Celene mantuvo su voz baja, al tanto de que Michel y Felassan habían dejado de planear y estaban mirando hacia ellas—. No habría cambiado *nada* para nosotras.

—Tu pelo aún apesta al humo de la gente que quemaste, —dijo Briala—. Eso es un cambio.

Las hojas muertas crujieron bajo los pies de Celene mientras daba un paso hacia delante.

—¿Cuántas guerras puede sobrevivir nuestro imperio en tal corto tiempo? Quería que mi legado fuera la universidad, la belleza y la cultura que nos convierten en la envidia del mundo. En su lugar, puedo ser conocida como la emperatriz bajo la cual Orlais cayó. Tú tienes el *lujo* de llorar a los elfos de Halamshiral y tener mi corazón de rehén. Sentada en mi trono, veo cada ciudad del imperio. Si debo quemar una para salvar el resto, lloraré, ¡pero encenderé la antorcha!

Briala tragó saliva.

—No estás sollozando, hasta lo que puedo ver. No estás sentada en tu trono. —Ella se alejó, sus movimientos rápidos y bruscos—. Con su permiso, *Su Resplandor*, debo ir a disfrutar de mi lujo.

Celene observó a su amante caminar de vuelta hacia la hoguera del campamento.

Luego, porque Briala había tenido razón, Celene volvió a practicar, y apuntó su segundo golpe más alto.

La siguiente mañana, abandonaron el dorado y rojo de los bosques y rodearon los bordes de las granjas ya vacías en anticipación del frío del otoño. Tras unos días en los bosques, corriendo de un área abierta a la siguiente con un ojo preparado para los hombres de Gaspard le dio un descanso a Celene.

Celene miró al cielo, que mostraba altas nubes y la promesa de un día frío.

—¿Es seguro estar en campo abierto? —preguntó a Michel.

—Me temo que tenemos poca opción, Majestad. —Michel miró a las llanuras, los ojos escaneando el horizonte distante—. Quedándonos en la seguridad del bosque, tendríamos que rodear más lejos hacia el este. Eso le da a Gaspard demasiado tiempo para encontrarnos. Las granjas y llanuras deberían ser lo suficientemente seguras tan lejos de donde Gaspard esperaría encontrarnos. Hay una pequeña aldea junto a un lago delante que está bastante apartada de los caminos principales. Debería ser seguro conseguir suministros e información, de acuerdo con el orejas de punta de Briala. —Él puso una mueca ante la mención de Felassan, lanzando una mirada a los elfos de delante.

—¿No confía en él?

Michel frunció el ceño.

—Aún no ha dicho nada para que desconfíe… pero es Dalishano. Es tan enemigo para usted como para Gaspard y sus hombres. —Él se rió entre dientes—. Aunque al menos él tiene la cortesía de dejárnoslo saber con esos ridículos tatuajes.

Celene había leído más de un tratado acerca de los Dalishanos. La universidad no creía a los Dalishanos dignos de una clase propia, pero eran estudiados en cursos de historia que cubrían todo Thedas. Pensaba que recordaba que los tatuajes de los que se burlaba Michel eran símbolos para honrarse los unos a los otros ante sus dioses antiguos. Siempre había encontrado su cultura interesante, exótica, e infinitamente triste. ¿Cuánta sabiduría se había perdido ante los eruditos del mundo debido a que los Dalishanos se habían negado a admitir que su imperio había caído? ¿Cuánto tiempo se ocultarían en la espesura antes de aceptar que el mundo había cambiado?

—¿Estamos a salvo, aún así, bajo tu propio juicio?

—Sí. —Michel estaba tranquilamente escaneando el horizonte distante—. Felassan dijo que si los soldados de Gaspard estuvieran patrullando el área habrían mandado a los pájaros volando hacia el cielo.

—Qué elfo de su parte. —Celene sonrió—. Entonces si estamos libres, usemos nuestras monturas. Podemos esperar a Briala y a Felassan en la aldea.

Ella pateó los flancos de su montura sin esperar una respuesta, y el capado, tras un momento de confusión, rompió al galope. Irrumpieron pasando a los elfos, Briala lanzándole a Celene una mirada aturdida, y luego Celene estaba sola en las llanuras.

El capado había sido asustadizo y dispuesto a salir corriendo para empezar. Una vez se volvió claro que no era una situación de pánico, de batalla, sino simplemente una oportunidad para correr, abrazó el camino. Celene sintió su paso suave, el golpeteo y

fluido de los músculos líquidos deslizándose suavemente mientras la hierba golpeaba sus piernas. Se aferró a las riendas, agachada hacia delante con el olor del viento frío y el caballo mojado en su nariz, libre de momento de todo salvo del viaje.

Tras un momento, cuando sintió el cansancio del capado, le dejó frenar hasta el trote rápido que podría probablemente mantener durante horas, aunque las piernas de Celene se arrepentirían más tarde. Delante en la distancia, vio el brillo plateado del pequeño lago y los edificios achaparrados a su alrededor. Un corte de tierra en la hierba desde el noroeste marcaba el pequeño camino desde Halamshiral.

Escuchó el golpe de cascos tras ella, y un momento más tarde, Michel puso su montura a trote también, pateando a Cheritenne en el flanco. Medio había esperado alguna palabra de censura de su campeón por salir galopando sin advertencia, pero simplemente le dio una diminuta sonrisa y sacudió la cabeza. Se encontró sintiéndose casi decepcionada. Debatir el derecho de una emperatriz a tomar un viaje frívolo habría sido una encantadora forma de pasar el rato.

Un momento más tarde, Michel miró hacia la aldea en la distancia, frunciendo el ceño.

—Algo va mal, —dijo él finalmente.

—¿Qué es?

Él encogió los ojos.

—Hay campos al oeste y al norte, pero no han sido cosechados. Las cosechas se perderán si no se sacan del suelo pronto. Y si el lago tiene peces, debería haber barcos en el agua a esta hora.

—Por qué, Ser Michel, qué rústico de su parte darse cuenta de tales cosas. —Celene se rió entre dientes—. Una pensaría que creció en una aldea.

Michel se ruborizó.

—Es mi deber darme cuenta, Majestad. Podría equivocarme.

—Lo dudo, mi campeón. ¿Debemos esperar a Briala y Felassan?

Ante su sugerencia, Michel puso una mueca.

—Elfos en una aldea como esta… podrían hacer más daño que bien. Quizás la aldea tenga tratos con los Dalishanos, pero quizás ataquen a los elfos nada más verlos como exploradores Dalishanos.

Celene asintió y miró atrás hacia donde Briala y Felassan eran motas en la distancia.

—Entonces continuemos por nuestra cuenta, con cuidado.

Cabalgaron a un trote fácil, uniéndose al camino y llegando a la aldea desde el noroeste. Tan pronto pasaron las bajas vallas que pasaban por defensas de la aldea, Celene pudo ver lo que iba mal.

La aldea estaba en silencio, y olía a cenizas. Los edificios de madera, simples pero burdos, con empajado fresco en preparación para el invierno, estaban enteros e intactos, pero mientras cabalgaban hacia el claro abierto de tierra que marcaba la plaza de la aldea, Celene no vio ni un alma.

—Piras. —Michel señaló, y Celene vio postes de madera negra chamuscada en el centro de la plaza. Había demasiadas como para contarlas, algunas lo suficientemente grandes como para un grupo, y algunas pequeñas y rodeadas de piedras para marcar la cremación de la Capilla de un campesino.

—Sus seres queridos en los fuegos de la Capilla, y los atacantes quemados en grupo. —Michel asintió, luego alzó la voz y gritó:

—¡Hola a la aldea! ¿Hay alguien aquí?

Hubo un largo momento de silencio, roto sólo por las contraventanas moviéndose en el viento.

Celene sacudió la cabeza.

—Alguien debe haber quemado los cuerpos.

Ella vio la lanza desde el rabillo del ojo y se volvió, pero navegó ampliamente, fallándoles a ella y a Michel por yardas. Había venido de una de las tiendas tras ellos, pero no podía estar segura de cuál.

—No tengo ningún problema con ustedes, —gritó Michel—, pero he jurado proteger a esta lady. Amenazadla, y como gentilhombre, juro que quemaré vuestra aldea hasta los cimientos. —Él desenvainó su espada y cabalgó lentamente hacia los edificios—. Salgan y juro no hacerles daño.

Ellos salieron.

Plebeyos. Campesinos. Un anciano con los cueros de un carnicero. Una madre con un brazo vendado torpemente. Niños mirando desde detrás de las puertas y ventanas. Celene los asimiló a todos con su mirada, grabándolos en su memoria. Sus ropas estaban sucias. Sus ojos ocultados con la fatiga y el miedo.

Vería a Gaspard morir por esto.

—Volvieron antes de la cosecha, —dijo el carnicero—. Cabalgaron aquí y se llevaron lo que quisieron. No les dimos ningún problema, mi lord.

—¿Dijeron por qué? —preguntó Michel. Había envainado su espada.

—Al principio no, —dijo la madre. Por la harina de sus ropas, Celene supuso que era una panadera—. Pero cuando estaban bien bebidos, dijeron que estaban para vigilar Jader en busca de problemas.

—Jader. —El carnicero escupió—. Hace dos días, los hombres de Lady Seryl cabalgaron y cortaron a cada hombre y mujer que trabajaba en los campos. Mataron a nuestros guardias, mataron a todos en la plaza de la aldea. Cuando hubieron acabado de matar a los otros soldados, dispararon flechas al agua, mataron a la mayoría de nuestros chicos en los barcos. Cogieron toda la comida que pudieron encontrar. *Pasaron la noche*. —Un escalofrío colectivo recorrió a la multitud—. Dijeron que habíamos estado asistiendo a los enemigos del trono, que esta era una lección para cualquiera que ayudara a los hombres de Gaspard. —Al final, su voz se rompió—. Mi lord, ni siquiera sé quién es Gaspard.

Celene miró alrededor de la plaza de la aldea. Vio las diminutas marcas de calcinamiento, los puntos donde la sangre no había empapado del todo la tierra. Los hombres de Jader. Leales a ella, luchando por su trono. Ella tragó saliva.

—Necesitáis recoger la cosecha, —dijo ella.

Michel se volvió hacia ella, una ceja alzada ligeramente.

—Entiendo que tengáis miedo. Hay nobles luchando batallas que ya os han herido. —Ella miró a las piras en el parque—. Pero debéis recoger la cosecha. Debéis volver a salir al lago y recoger el pescado. De otro modo, no sobreviviréis al invierno.

—La mitad de nuestra aldea está muerta, mi lady, —dijo el carnicero, sus puños apretados y su cara roja, aunque mantenía sus ojos hacia el suelo.

—Entonces menos comida necesitaréis, —dijo ella—. Pero necesitáis volver al trabajo, aún así. A no ser que deseéis perder *toda* vuestra aldea.

—¿Y si vuelven? —preguntó la panadera, rascándose el brazo vendado.

—Recibidlos con los brazos abiertos, —dijo Celene sin vacilar—. Inclinaos ante ellos, sirvan al noble que sirvan. Dadles la comida que os pidan, y ocultad lo suficiente como para que sobreviváis incluso si se llevan una gran parte. —Ella miró a la panadera—. Y si *pasan la noche*, lanzadles un festín, fortificad el vino, y cortadles las gargantas mientras duermen.

La panadera alzó la mirada, sorprendida, y luego asintió.

—¿Y qué hay de ustedes, mi lord y lady? —preguntó el carnicero. Estaba sudando, aunque el aire de la mañana era frío—. ¿Qué tendrán de nosotros?

Celene encontró su mirada nerviosa con una mirada firme.

—Sólo de lo que podáis prescindir.

Cabalgaron de vuelta fuera de la aldea poco tiempo después y encontraron a Briala y Felassan junto al camino.

—¿Estás bien? —preguntó Briala a Celene, y Celene se encogió. Claramente se había acostumbrado demasiado a ocultarse tras las máscaras, si su cara la delataba con tanta facilidad.

—Estamos bien, —dijo Michel bruscamente—. La aldea es un desperdicio. Vamos. Necesitamos seguir en movimiento.

Celene asintió y le siguió mientras rodeaban bien alrededor de la aldea y se dirigían al sur. Ella observó mientras cabalgaban, mirando atrás cada pocos momentos hasta que fue una mota en la distancia, con un diminuto brillo del lago junto a ella.

Cuando se hubo ido, finalmente, se volvió y dejó escapar un suspiro.

—Habló bien, Majestad, —dijo Michel sin mirar hacia ella.

—Ni siquiera sabía el nombre de la aldea.

—No importa. —Él sonrió—. Su historia es una de docenas. Cada soldado que ha servido en combate lo ha visto, en un momento u otro.

—Y Gaspard lo sabía. —Celene sintió su mandíbula apretarse y liberó la tensión. En la corte la habrían tildado de falta de control. Pero pensándolo bien, estaban bastante lejos de la corte hoy—. Tanto desea el trono que haría pasar a innumerables vidas por eso.

—No sé si siquiera se le ha ocurrido, Majestad.

—Acabaremos con esto. —Celene agarró las riendas hasta que le dolieron los dedos—. Mi gente merece algo mejor.

Michel no dijo nada, pero asintió solemnemente, y por un momento, eso fue suficiente.

* * *

En su campamento al sudeste de Halamshiral, Gaspard estaba sentado en una silla plegable burda junto a uno de los fuegos chisporroteantes y bebía vino especiado caliente mientras recibía informes de sus exploradores.

—¿Quién iba a decir que Lady Seryl tenía lo que hacía falta? —Preguntó a Remache—. Destruir sus propias aldeas sólo para sacarnos de ellas. Una mujer impresionante.

—Ciertamente. —Remache frunció el ceño—. Y el informe de esa pequeña aldea… ¿Cómo era? ¿Dice que los exploradores vieron huellas de cascos?

El explorador asintió respetuosamente.

—*Lac d'Argent*, mi lord. Los aldeanos insistieron en que no habían visto a nadie, pero mis hombres vieron huellas de cascos que juraron que venían de un caballo de guerra bien calzado y no de la vieja yegua de algún granjero.

—Bien, —dijo Gaspard, asintiendo—, es algo. La primera maldita pista que hemos tenido de ella en alguna aldea o ciudad. —Necesitaban *algo* con lo que continuar, y no sería la sirvienta elfa de Celene, que le había hecho ganar a varios guardias unos latigazos con su atrevida escapada.

Remache resopló y se tiró incómodo el cuello de sus cueros de montar.

—Puede dirigir esta guerra desde Val Royeaux, mi lord. ¿Está seguro de que está bien visto que cace a Celene usted mismo?

Habían estado cabalgando ligeramente, comprobando las localizaciones más probables en las que Celene podría tratar de esconderse. Era difícilmente una marcha forzada. Y aún así, Remache actuaba como si Gaspard le estuviera arrastrando a los Caminos de las Profundidades.

Gaspard asintió hacia el comandante explorador, que se inclinó y se retiró lejos del alcance del oído.

—Sentado en Val Royeaux, estaría rodeado de los nobles de Celene tratando de luchar conmigo, argumentando que Celene aún podría ser encontrada, y que no tengo derecho. Mientras tanto, mis nobles estarían exigiendo saber qué hay para ellos, —dijo él, sorbiendo su vino—, y me amenazarían con vagos gestos de mano si no hacía las cosas como ellos quieren. Podemos permitirnos un par de días para buscar. Si vuelvo con Celene muerta, ningún hombre en este imperio se meterá en mi camino.

—Pero por ahora, —señaló Remache—: Lady Seryl está en su camino. Tomó Halamshiral por sorpresa, pero no tiene todas sus fuerzas. Dudo que pueda tomar Jader si

Lady Seryl está preparada para usted, y nos hemos topado con más de sus exploradores cada día.

—¿Tiene alguna sugerencia, Remache? —Preguntó Gaspard—. ¿O sólo se está meando en mi vino?

Remache cerró los labios.

—Que corra la voz de que Celene está muerta. Vuelva a Halamshiral, reúna sus fuerzas, y marche a Val Royeaux con su armadura brillando. Si ella se presenta a luchar contra su reclamación, mátela. Si no… —Él hizo un gesto despreocupado—. Una vez se siente en el trono, puede quejarse desde el exilio como un perro ladrando, para lo que le va a servir.

Gaspard gruñó.

—No diré que está muerta, no cuando no lo sé.

—Dijo que estaba durmiendo con su sirvienta elfa, —dijo Remache, alzando una ceja.

—*Sugerí* que era posible. Y en cualquier caso, eso era el Juego, —dijo Gaspard, rechazándolo con un gesto ausente—. Esto es un combate honorable. Hay una línea que ningún gentilhombre debe cruzar.

—Gaspard. —Dijo Remache tajantemente, y Gaspard miró hacia él, sorprendido de que Remache tuviera lo que hacía falta—. Los nobles aliados a su causa vinieron a ayudarle a tomar el trono, no a matar a la emperatriz. ¿Desea justificar su reclamación del trono? Ábrase paso hacia Val Royeaux y demuéstreles que puede gobernar.

Una llamada llegó antes de que Gaspard pudiera responder, y se incorporó mientras uno de sus exploradores llegaba hacia la hoguera.

—¡Mi lord! Hemos encontrado un soldado enemigo en los bosques y lo hemos cogido con vida. Por sus colores, pertenecía a la emperatriz, no a Jader.

—Buen hombre. Tráelo aquí. —El explorador se inclinó y se fue corriendo, y Gaspard le lanzó a Remache una sonrisa—. O quizás nuestra suerte está cambiando.

Remache alzó una ceja.

—Es más probablemente un simple desertor que uno de sus escoltas, Gaspard.

—Es por eso por lo que le interrogamos.

Gaspard escuchó el claqueteo de armadura mientras el prisionero ella llevado a la hoguera, uno de sus hombres a cada brazo. El soldado era un viejo veterano de pelo gris, y su túnica parcheada estaba marcada de sangre vieja y nueva, demostrando que no había sido tomado sin una pelea.

—Acercadlo más. A la luz. —Sus hombres hicieron lo que él ordenó. Gaspard bajó su copa junto al fuego, se levantó, y encogió los ojos ante el hombre pensativo. Finalmente, dijo:

—¿Cómo te encontraron?

El soldado agachó la cabeza.

—Tenía hambre. Atrapé un pez en el arroyo. No quería comérmelo crudo, mi lord, así que me arriesgue a hacer una hoguera. Así es como me encontraron sus hombres.

—Puedes entrenar durante años, luchar con honor en campañas, y aún así no aprender nunca a hacer una hoguera que no sea vista desde una milla de distancia. —Gaspard sonrió—. Entonces. ¿Cómo acabaste aquí arriba, a una semana de viaje de Halamshiral?

El soldado mantuvo su cabeza gacha, pero Gaspard vio la pequeña mueca en su mandíbula.

—Huí tras la batalla. Pensé que lograría llegar a Jader.

Remache hizo un diminuto gesto, y Gaspard asintió.

—No lo creo. Hombres, ¿dónde lo encontrasteis?

—Junto a un pequeño río hacia el norte.

—Buscando un bote, diría yo. —Gaspard se acercó más—. Y un único hombre, incluso a pie, se habría acercado más a Jader que esto. A no ser que te toparas con los hombres que teníamos bloqueando los caminos.

—Sí. —El soldado asintió bruscamente—. Me topé con su bloqueo, mi lord. Me di la vuelta, pero luego vi sus fuerzas venir, y pensé que encontraría una aldea con un bote y escaparía al Mar del Despertar. —No podía encontrar la mirada de Gaspard, y las palabras se murmuraron rápidamente, claramente memorizadas antes como su historia si era atrapado.

Remache tosió, y Gaspard miró irritado.

—Sí, soy consciente de que está mintiendo. —Se volvió de nuevo hacia el soldado—. No es una mala historia, soldado, pero eres terrible contándola. Y un hombre en tu posición… tendría que preguntarme por qué te molestas en mentir. —Él se acercó más aún, hasta que el soldado tuvo que alzar la mirada hacia él, sus ojos ojerosos con la fatiga y moviéndose con miedo—. Habría esperado que vinieras rindiéndote y pidiendo cambiar de bando. Después de todo, eres un veterano, un superviviente. Sabes cuándo una batalla está perdida. Sabes respaldar al lord adecuado.

Él flaqueó ante eso, y Gaspard lo supo.

—Pero no lo harás, ¿no? Porque la has visto, —él jadeó—. En esos bosques. La has visto. Sabes que aún está viva, y sabes adónde va.

—¡No lo sé! —soltó el soldado, y eso era cierto, y desesperado.

—Pero podrías decirme lo que sabes, —dijo Gaspard—, y ver si tu útil información me lleva a perdonarte la vida.

—Podría, mi lord. —Ahora había acabado con las mentiras, y el soldado se tensó y encontró la mirada de Gaspard—. Pero aunque no soy ningún lord o gentilhombre, aún tengo mi honor. —Él tensó sus hombros—. Soy el explorador personal de la Emperatriz Celene, por su decreto, y moriré como tal.

Gaspard encontró su mirada, luego asintió lentamente y miró fuera hacia donde estaban sus hombres esperando. Miró atrás al soldado.

—Puedo respetar eso. ¿Rápido e indoloro, o en combate?

El soldado dejó salir un suspiro largo y tembloroso, luego tensó sus hombros.

—En combate, mi lord.

—Buen hombre. —Gaspard hizo un gesto a los hombres, y ellos se alejaron. Gaspard llevaba sólo sus cueros de montar, así que no necesitaba preocuparse sobre darle al soldado de Celene armadura para asegurarse de que se enfrentaban en términos iguales—. ¡Espadas!

—Debe estar de broma, —soltó Remache, y Gaspard se volvió hacia él.

—Es usted un maldito lord fino cuando se trata del Juego, Remache, y voy a necesitar su ayuda para mantener mi trono. Pero nunca entenderá a los hombres que viven y mueren por sus espadas. —Él extendió una mano sin mirar y cogió la espada que le pasaron. Luego gritó—: Por mi honor de gentilhombre, si el explorador personal de Celene me derrota en combate singular, se irá libre con su armadura, sus armas, y tres días de comida.

Sus hombres gritaron su aprobación con un rugido, golpeando las espadas contra los escudos. El hombre de Celene cogió su espada y le ofreció un saludo decente. Gaspard se lo devolvió, de soldado a soldado.

Luego se movieron.

El hombre de Celene se movía bien y tenía un buen ojo para la distancia, notó Gaspard mientras ambos daban un par de pasos cautelosos. Pero su agarre relajado estaba mal en la espada. Era un agarre fino sobre un arma que necesitaba ser sostenida firmemente y con fuerza. Y su guardia defensiva sugería un entrenamiento con un arma más corta. Gaspard suponía que había sido un lancero, con una hoja corta para el combate cuerpo a cuerpo.

Gaspard lo hizo rápido.

Una finta que el soldado trató de bloquear desde demasiado lejos, años de entrenamiento con picas trabajando en su contra, seguido de un lanzamiento que dio al hombre en el bíceps, un corte hacia abajo en la pierna, y, sin vacilación, un golpe a través de las costillas.

—Buen hombre, —dijo de nuevo, sosteniendo al hombre mientras la vida se le escapaba de los ojos.

Remache no se había levantado de su punto junto a la hoguera. Sonrió maliciosamente mientras Gaspard se acercaba, dejando a los sirvientes que limpiaran las espadas y dispusieran del cuerpo del hombre.

—Me complace ver que sobrevivió a tan innecesario duelo, mi lord.

—Eso no fue un duelo. —Gaspard se sentó—. Fue una ejecución. Pero murió orgulloso, luchando contra el hombre que atacó a su emperatriz en combate singular.

—Sí, parece en éxtasis, —dijo Remache, mirando al cuerpo—. Podríamos haber obtenido más información de él con la tortura. —Ante la mirada de Gaspard, Remache suspiró—. No era un noble, Gaspard. Su código no se habría aplicado.

—No sabía nada que mereciera la pena. —Gaspard hizo un gesto a los exploradores, luego dijo silenciosamente—: Piénselo, Remache. Si supiera adónde iba Celene, o estaría con ella porque Celene confiaba en él, o muerto porque Celene no confiaba en él.

Remache frunció el ceño, luego asintió lentamente.

—Así que todo lo que sabemos con seguridad es que definitivamente se encontró con ella. Su miedo culpable a revelar accidentalmente algo dejó eso claro.

—Exactamente.

Los exploradores llegaron a la hoguera, inclinándose.

—¿Mi lord?

—Volved adonde lo encontrasteis, —ordenó Gaspard—. Encontrad su rastro, y seguidlo. En alguna parte, ese hombre se topó con Celene.

—Entendido, mi lord. —Los exploradores se inclinaron y se fueron trotando.

—¿De verdad pueden hacer eso? —Preguntó Remache—. ¿Seguir hacia atrás un rastro durante días y encontrar dónde se cruza con el de Celene?

—Maldición si lo sé, Remache. —Gaspard volvió a alzar su copa, encogió los ojos mirándola, y sacó una mosca—. Pero creo que es mejor que tratar de tomar Jader.

10

Ser Michel había crecido en los suburbios de Montfort, y luego en una finca noble. Los años de entrenamiento con los gentileshombres le habían enseñado cómo mantenerse a sí mismo y a su caballo a salvo en los bosques, pero nunca habían llegado a gustarles.

Los detestaba, de hecho. Y ahora, mientras la Emperatriz Celene seguía a Briala y a Felassan hacia los Dalishanos, estaban abandonando las llanuras y volviendo al bosque para lo que prometía ser un viaje incómodo.

Sabía que eran vulnerables en las llanuras abiertas, visibles desde millas en cada dirección. Entendía que los malditos Dalishanos hicieran sus hogares en las tierras salvajes como los bosques y colinas. Nada de eso cambiaba el enfermizo baño de temor que le atravesaba cuando abandonaba el aire abierto y cabalgaba hacia las ramas retorcidas y hojas muertas.

Felassan dijo que se estaban acercando, y Michel, aunque no era un gran rastreador, pudo ver las señales. Los caminos por los que cabalgaban eran demasiado amplios como para ser simples caminos de animales, y los claros donde se detenían para descansar ocultaban las cenizas de hogueras recientes bajo una alfombra de hojas muertas. El bosque a su alrededor se retorcía y crujía y parecía observar.

Se detuvieron en uno de los claros esa noche. Briala había cazado a un ciervo, y Felassan lo despellejó con una rápida eficiencia. Celene, para sorpresa de Michel, hizo el fuego y reunió las hierbas de cerca para aderezar el venado. Él habría hecho una gran apuesta contra ver jamás a la Emperatriz de Orlais hacer un fuego, pero ella parecía saber lo que estaba haciendo.

El propio Michel atendió a los caballos. Su propio semental, Cheritenne, estaba bien, aunque había perdido algo de peso. El capado de Celene estaba aún asustadizo, y su capa no estaba en buenas condiciones. Michel le frotó lo mejor que pudo con el equipo limitado que tenía a mano. No había tenido que cuidar de su propio caballo desde sus días de entrenamiento, y sus sirvientes habían llevado los cepillos y picos para atender a los caballos cada noche.

—Lo siento, —dijo él, usando una tira de cuero de repuesto para limpiar el sudor de los flancos de Cheritenne—. Es lo mejor que tenemos a mano.

Cheritenne gruñó, luego dejó salir un resoplido y alzó una pata para que Michel atendiera su casco.

Michel se rió entre dientes.

—Veré lo que puedo hacer. —Él miró en la pequeña bolsa que contenía las herramientas que usaba para mantener su armadura. Una barra de hierro pequeña podría funcionar lo suficientemente bien como pico…

—Mantén a los caballos atados firmemente esta noche.

Michel parpadeó y miró para ver a Felassan mirándole, iluminado por el dorado parpadeante de la hoguera. El elfo llevaba una vergueta larga con espinas entre sus finos dedos, mirándola con intensidad. A la luz del fuego, los tatuajes de su cara parecían

retorcerse y moverse con voluntad propia. Briala y Celene no estaban a la vista. Probablemente se habían ido a la oscuridad a practicar con sus dagas.

—Sé cómo cuidar de los caballos. —Michel se dio la vuelta—. Vosotros los orejas de punta ni siquiera montáis.

—Ni tampoco los campesinos, gentilhombre. —Tras él, Felassan se rió entre dientes.

Michel se dio la vuelta, sabiendo que el elfo estaba riéndose de él, pero la oleada de temor frío que se aferraba a su cuello y palpitaba en su sien no podía negarse.

—Cuida tu lengua.

—¿Por qué? *Yo* no prometí no contárselo a nadie. —Felassan le sonrió.

Con un esfuerzo, Michel aflojó sus puños. Los caballos estaban relinchando nerviosos.

—¿Qué quieres de mí?

—Una respuesta, para empezar. ¿Por qué te has quedado con ella? —Preguntó Felassan—. La causa de tu emperatriz es desesperada. Reconstruiste tu vida una vez. Podrías hacerlo de nuevo, vender tu considerable habilidad con la espada en alguna ciudad donde nadie sabría nunca que fuiste el campeón de Celene.

—Hice un juramento. —Michel suspiró—. No espero que tú lo entiendas.

—¿Honor y deber? Por supuesto que no. Soy un elfo, y el honor y el deber son conceptos exclusivos para los caballeros humanos con armaduras pesadas.

Michel sintió sus mejillas ruborizarse.

—No sabes nada de los suburbios. Mi vida allí… La Academie me dio mi honor, y la paz de saber que mientras sea fiel a él, moriré con un corazón feliz.

—A no ser que tu secreto sea revelado. Qué terrible debe ser pasar tu vida como algo que no crees que eres. —La voz de Felassan no tenía burla ahora. Hablaba con una tristeza silenciosa más apta para un viejo veterano—. Todas las batallas heroicas, las chicas sirvientas siguiéndote a la cama, y nunca lo disfrutarás de verdad.

Michel comprobó las ataduras de los caballos, luego se acercó y se sentó con fuerza junto al fuego.

—He disfrutado mi parte.

—¿Lo has hecho? ¿O alguna parte de ti te retenía? —Preguntó Felassan, retorciendo la vergueta espinosa a través de sus dedos—. ¿Vigilar cada palabra susurrada a la luz de las velas para asegurarse de que a ningún plebeyo se le escape? ¿Lanzar improperios como «orejas de punta» un poco demasiado a menudo para que nadie te acuse de tener algo en común con los elfos?

—Qué fácil debe ser para ti, —respondió Michel—, caminando con tu tatuaje de por vida en tu cara.

Felassan se inclinó hacia atrás y alzó la mirada. A través de las nubes, una media luna brillaba tenuemente.

—Una vez, mi gente caminó por estas tierras como dioses. Hacíamos magia que te cegaría con su belleza. Ahora, acechamos en los bosques profundos y nos preparamos

para la próxima vez que vosotros, los *shemlen*, hagáis algo que perturbe el equilibrio de este mundo. ¿Sabes lo que yo fui en mis tiempos, chico?

—¿Un joven elfo Dalishano que recorría el bosque escuchando historias? —Michel le lanzó a Felassan una mirada.

Felassan se sorprendió, luego se rió involuntariamente.

—Bien dicho, gentilhombre. —Tras un momento, miró al fuego y dejó salir un suspiro suave—. Nosotros montamos a las halla. Ellas saltan con tal gracia y belleza que hacen que vuestros caballos parezcan perros Fereldeños en comparación. Son más listas, también. —Él se rió entre dientes—. Lo que a menudo las hace predispuestas.

La madre elfa de Michel le había contado historias sobre los grandes ciervos blancos que los elfos usaban para cabalgar. Había sido joven, cinco o seis años, y recordaba estar asustado. Las únicas veces que había visto a gente montar era cuando los gentileshombres venían a los suburbios a matar gente.

Michel miró a Cheritenne. Había pasado mucho tiempo desde que había pensado en esa charla con su madre. No lo había echado de menos.

—No escucho a Celene o a Briala, —dijo él, para cambiar de tema.

—Deben estar practicando algo diferente, —dijo Felassan, y alzó sus cejas.

Michel le miró.

—Eso es ofensivo.

—El amor no es ofensivo. Raro, condenado, o inoportuno, quizás, pero no ofensivo.

—Si crees que tu guardia puede atraer a la emperatriz…

—¿Con sus estratagemas élficas? Gentilhombre, —dijo Felassan sin acalorarse—, ¿crees que Celene podría ser *atraída* a algo que no desea?

Michel miró a la oscuridad.

—¿Cómo puede desear eso?

—No podría decirlo, —admitió Felassan—. Pensar que pueda siquiera sentirse tentada, después de que tu emperatriz quemara los suburbios en Halamshiral…

—¡Quiero decir *Celene*, la Emperatriz de Orlais, durmiendo con una elfa!

—No *quieres decir* otra cosa que gritar «orejas de punta» para que todo el mundo sepa qué cara escoges llevar, —soltó Felassan—. Y tienes la suficiente sangre en tus manos como para ser un hombre. Actúa como tal.

—No entiendes nada de Orlais. —Michel hizo un gesto hacia la madera nudosa de los árboles a su alrededor—. Quizás ahí fuera, yaces con quien quiera que quieras, cuando quieras. En la corte… sería una cosa tener un único jugueteo, una diversión pasajera con alguien que te entra por el ojo. Pero tomar a una sirvienta como amante a largo plazo… Las amantes de un emperador o emperatriz son políticamente poderosas por derecho. Briala tiene el oído de la emperatriz.

—Con suerte más que sólo el oído. —Felassan sonrió.

Era demasiado como para soportarlo, el elfo bromeando acerca de Celene como si fuera alguna furcia de taberna. Michel se alzó en pie. Estaba sin armadura, pero su mano fue a su espada.

—Me insultas a mí y a mi emperatriz.

—Todo lo contrario. —Felassan se alzó en un movimiento fluido, y su bastón brilló verde mientras lo sostenía con una mano. La otra aún agarraba la vergueta, la cual Michel habría jurado que estaba retorcida y maltrecha en el agarre de Felassan—. Te *necesito*. Al igual que tu emperatriz. Ella va a enfrentarse a un gran peligro, y necesita un campeón que sepa quién es. —Él se acercó—. Los Dalishanos verán al más grande de los guerreros *shemlen*, y sus estúpidos jóvenes querrán una oportunidad de probar su habilidad contigo. Necesitas calmar tu temperamento y negarles esa opción.

—Haré lo que yo… —Michel se calló mientras algo en los bosques crujía y se aplastaba. Un momento más tarde un rugido bajo, retumbante, sacudió las hojas en el claro, y el viento corrió pasando a Michel llevando el hedor del aire muerto tosiendo hasta formar una grieta en el suelo.

—¿Qué fue eso? —preguntó él, volviéndose hacia donde él pensaba que había venido. Otro gran golpe sonó desde detrás de él, junto con un ruido como de desgarrar tela, y Michel miró frenéticamente a los árboles en busca de alguna señal, algún parpadeo de movimiento en el borde de la hoguera, pero sólo estaba el ruido antinatural repulsivo.

—El motivo por el que te sugería que ataras firmemente a los caballos, —respondió Felassan, y alzó la vergueta espinosa con sus dedos—. Esto es Felandaris. Un potente veneno, aunque sólo crece donde el Velo es fino.

—¿Lo cual significa?

—Lo cual significa que hay una pequeña probabilidad de que algo lo *atraviese*. —Felassan arrojó la vergueta al fuego. Siseó y se partió, luego se agrietó en cenizas con una voluta de humo verde.

—¿Y escogiste no contarme esto?

—No quería que te preocuparas. Era muy improbable que algo *viniera* realmente a través. —Desde la oscuridad más allá del claro llegó el ruido de desgarrar tela de nuevo, y otro rugido, y Felassan se dobló del dolor—. Aunque claramente es más probable ahora.

Michel desenvainó su espada.

—Necesitamos llegar a las otras.

* * *

Celene fintó, cortó alto, y rodó a un lado mientras Briala llegaba con un arrebato de golpes rápidos. Su hoja derecha cortó y trazó una diminuta línea en la armadura de Briala, justo sobre la cadera.

—Recuerdas cómo moverte, —dijo Briala, jadeando.

Danzaron hacia atrás y hacia delante, las espadas resplandeciendo. La media luna brillaba con apenas la luz suficiente atravesando los árboles como para que Celene viera. Briala era una silueta, una negrura constantemente moviéndose suavemente contra el gris morado oscuro del bosque más allá. Cuando cambiaron de posición para que Briala

mirara la hoguera distante, Celene captó brillos de la cálida luz en la armadura y espadas de Briala.

Celene se movió de nuevo, las dagas rodando. Briala se lanzó, y Celene atrapó y giró el golpe, luego entró. Su espada alta llegó a descansar contra la garganta de Briala y su espada baja rodeó la espalda de Briala, previniendo cualquier escape.

Briala dejó salir un suspiro largo.

—Bien, —dijo planamente—. Creo que te has recuperado de cualquier habilidad que hubieras perdido.

Celene retrocedió y enfundó sus dagas.

—Solía gustarte cuando te retenía.

—No a punta de daga. —Las dagas de Briala resplandecieron a la luz de la luna, luego desaparecieron en sus fundas. Se volvió para irse.

—Bria, por favor.

Ella se detuvo, entonces. Una silueta, con el fuego perfilando su pelo despeinado, sus largas y finas orejas.

—¿Qué quieres que diga? —preguntó Celene, dando un paso hacia ella—. ¿Qué lo siento? Sabes lo que soy, y ambas sabemos que no cambia nada.

—Podría ayudar escuchar que te importa aunque sea un poco.

—Tú escuchaste las lecciones de Lady Mantillon tan bien como yo, —contraatacó Celene—. Si admito arrepentirme, golpearías mi debilidad para recordarme que mi arrepentimiento hace poco bien a los cuerpos. Yo preguntaría que qué puede hacer algún bien, y tú me dirías que nada lo haría. ¡No me retorceré en agonía por tu diversión porque me culpes por sus muertes!

—¿Culparte? Tú los mataste, Celene.

—Lo hice. —Celene mantuvo su voz calmada, aunque el temblor en ella le sorprendió—. Cuando Gaspard esparció el rumor, tenía o que acabar con la rebelión o ejecutarte para desaprobarle a él y mantener el trono.

Ante eso, Briala se giró.

—¿Y me escogiste a mí? ¿Eso debería hacerme sentir mejor? ¿Mataste a cientos de elfos campesinos para salvar mi vida?

—Maté a cientos de elfos campesinos porque se rebelaron contra mi gobierno y pusieron en peligro al imperio, —dijo Celene, la voz baja y suplicante—. Dime qué otra cosa debería haber hecho. Pretende que es una casa noble o un gremio de mercaderes el que está matando guardias y colocando barreras en las calles, y *dime qué debería haber hecho*.

—¡Podrías haber encontrado otra forma!

—¿Estás realmente enfadada conmigo, Bria, o estás enfadada contigo misma por saber en lo profundo de tu mente que hice lo que tenía que hacer? —Celene dio otro paso hacia delante. Estaba lo suficientemente cerca como para tocar a Briala ahora—. Te lo juro, si hubiera habido una forma que dejara intactos a aquellos elfos, la habría tomado. —Ella extendió el brazo lentamente, cuidadosamente, y puso una mano en el hombro de

Briala—. ¿Cuánto tiempo hemos estado juntas, Bria? ¿Crees que nunca me percaté de ti urgiéndome a la simpatía por los elfos? Sé lo importantes que son para ti… y estoy de acuerdo contigo. Por el Hacedor, he visto lo inteligentes que sois. ¿Cuántos elfos son desperdiciados en aquellas elferías cuando podrían estar haciendo algo más? ¿Cuántas grandes mentes y sirvientes leales quemé en esos suburbios porque no pude *ver otra forma*? —Su voz se quedó atrapada.

En la oscuridad, la cara de Briala aún era sólo una silueta.

—Eso no es por lo que me quedé contigo, Celene.

Celene forzó una sonrisa y sacudió la cabeza.

—Lo sé. Pero si has acabado conmigo, tienes que saber que los elfos no sufrirán por ello.

Su mano aún estaba sobre el hombro de Briala. Briala cogió aliento, y tras una pausa de un momento, su mano se alzó para cubrir la de Celene. Ella se inclinó lo suficientemente cerca como para que Celene sintiera el aliento en su piel mientras decía.

—No he…

Con un rugido estruendoso de madera crujiendo, el árbol junto a Celene y Briala cayó.

Celene se hundió fuera del camino, Briala junto a ella, y escuchó más que ver el impacto mientras una rama chocaba donde habían estado. Ella parpadeó, forzando sus ojos para entrever las formas en la oscuridad, y escuchó un terrible ruido de desgarro viniendo del suelo ante ella.

Briala sacó sus dagas.

—¡Por el Hacedor, el árbol!

Entonces, sin advertencia, Briala se lanzó hacia Celene, tirándola al suelo.

Celene luchó por ponerse en pie mientras más ramas chocaban a su alrededor. Parpadeando para librarse del brillo del fuego, asimiló la escena que puso su corazón a palpitar.

Los árboles habían cobrado vida.

Todo a su alrededor, ramas enormes de hojas doradas se retorcían en brazos espinosos, y los troncos de los árboles se separaban con terribles grietas para convertirse en piernas angulares. Contra una corona de ramas superiores había protuberancias enfermizas, nudos enredados de madera que formaban una grotesca parodia de cara. Los cuerpos de las grandes bestias chirriaban y crujían, llenando el aire con el olor a madera recién cortada. Cada movimiento empañaba los ojos de Celene, su mente tratando de encontrarle un sentido a algo que debería ser imposible.

Celene podía ver tres de las enormes cosas, aunque el ruido a su alrededor sugería que había más cerca.

Uno de los grandes monstruos árbol sostenía a Briala por la garganta.

Celene se quedó helada, sintió el frío bañar su cuerpo. Pero los años de entrenamiento mantuvieron su mente despejada, y sus dedos hábilmente abrieron los sacos y se pusieron

sus anillos, apretando el encanto sobre su garganta, incluso mientras tenía la boca bien abierta con horror.

El que sostenía a Briala caminó hacia delante. Su pierna elevada, las raíces destrozaron el suelo con un sonido como el de una moqueta siendo desgarrada. Alzó su brazo vacío hacia Celene.

—Que el Hacedor se te lleve, espíritu, —siseó Celene, y sacó sus dagas—. Ella es *mía*.

Mientras el monstruo árbol hacía caer su brazo, ella se hizo a un lado, y luego saltó ágilmente hacia la rama que chocó contra el suelo. Ella dio dos pasos, corriendo por la longitud densa y retorcida, y saltó. Ambas dagas se hundieron en la rama que sostenía a Briala, y el fuego danzó por su longitud.

El monstruo árbol rugió, aunque no tenía boca para hacerlo. El gran ruido retumbó en la madera de su piel y sacudió el estómago de Celene. Flaqueó, las llamas moviéndose en el aire desde la rama que Celene había apuñalado, y Briala se liberó. Mientras otra rama se balanceaba hacia Celene, ella pateó el tronco del monstruo y saltó al suelo.

—¿Bria? ¡Bria, levanta! —Celene llevaba sus dagas. El monstruo árbol ante ella rugió de nuevo, el aullido estruendoso haciendo rechinar sus dientes mientras diminutas lenguas de llamas abrasaban su brazo, y los otros dos renqueaban hacia delante, cada paso desgarrando raíces del suelo.

—Estoy despierta. —Briala se forzó a ponerse en pie, aunque respiraba forzosamente.

—Bien. —Celene se agachó—. No te perderé de nuevo.

Los tres árboles rugían ahora mientras se acercaban a Celene y a Briala. Celene esquivó una rama que iba a aplastarla y dejó un corte ardiente a su paso, luego corrió rápidamente entre dos de las criaturas. Eran lentas, pero con su fuerza, un único golpe sería suficiente.

—¿Alguna suerte? —Gritó Briala. Celene se arriesgó a mirar y vio que Briala se había lanzado, dejando una docena de cortes rápidos en el tronco del que la atacaba. Ellos sangraban una savia enfermizamente negra, pero la criatura parecía intacta mientras alzaba sus ramas para golpear de nuevo.

—Bueno, son *árboles*, así que… ¿fuego? —llegó una voz desde detrás de ellas, y luego una marca de fuego siseó por encima de sus cabezas, encendió la corona de hojas de una de las criaturas, y explotó con un estallido de llamas. La criatura rugió de dolor, sus ramas chisporroteando y crujiendo mientras el fuego se extendía.

El bastón de Felassan brilló verde a su alrededor mientras caminaba hacia Briala.

—Aparte de eso, puede que os hubierais quedado sin suerte. Los sylvanos temen poco aparte del fuego y la magia.

—Su error. —Ser Michel llegó al lado de Celene, cortando a través de un brazo alzado con su espada.

La criatura —sylvano, la había llamado Felassan— rugió de dolor y barrió hacia Michel con su otro brazo. Michel bateó el golpe con su espada, su platerita cortando a

través de la madera, y Celene corrió, cortando una y otra vez al tronco del sylvano con sus dagas ardientes.

Tras ella, otra bola de fuego mandó a un sylvano rugiendo hacia atrás, bateando hacia sí mismo mientras sus hojas se reducían a cenizas. Celene vio otro sylvano golpear con un brazo a Felassan, pero la propia tierra se alzó entre ellos y se formó en un muro que apartó el golpe. Briala había caído hacia atrás y había sacado su arco. Soltó flechas que partieron la madera y se hundieron profundamente en los troncos, pero las criaturas apenas parecían darse cuenta.

—¡Hay más en camino! —Dijo Felassan—. Así que cuando el resto de vosotros queráis marcharos… —Él alzó su bastón y lanzó otra bola de fuego a un sylvano que estaba ya ardiendo. Rugió, se tambaleó, y finalmente colapsó, las llamas comiéndoselo de dentro a fuera. A la luz del fuego, Felassan estaba sudando y respirando con dificultad.

Michel tropezó con una raíz, luego bloqueó un brazo enorme como una porra con su escudo, tambaleándose hacia atrás.

—¿Majestad?

—¡Vamos! —Celene se lanzó, cortó al sylvano que atacaba a Michel, y luego corrió pasando otro gran brazo y retrocedió—. ¡Al campamento!

Los otros estaban tras ella. Ella escuchó sus pasos y respiración, rápidos como los suyos, bajo el enfermizo ruido de desgarro de las criaturas persiguiéndoles.

—¿Felassan, cuánto tiempo nos perseguirán?

—Son espíritus de la ira y la rabia, —jadeó Felassan, cerca tras ella—. ¿Cuánto tiempo puedes guardar resentimiento?

Celene llegó al campamento. Los sylvanos estaban tras ellos, pero eran lentos.

—Briala, agarra lo que puedas. Michel, ve a por los caballos. Felassan, prepara más fuego si…

Luego, *delante* de ella, un relincho aullante estrangulado la hizo saltar. Del otro lado del campamento, donde los caballos habían estado atados, llegó el sonido de la madera crujiendo y las ramas retorciéndose.

Un momento más tarde, Cheritenne, el hermoso caballo de guerra de Ser Michel, cayó al claro, sus flancos ensangrentados, sus patas rotas y retorcidas como briznas rotas, con sólo piel sosteniéndolas juntas. Estaba gritando.

El grito de Michel fue sin palabras y sangriento. Voló por el campamento, su espada larga sostenida en la mano de su escudo, y agarró un leño ardiente del fuego mientras pasaba por él. Sin detenerse, lo lanzó al sylvano al borde del claro.

Mientras rugía de dolor, apartando el leño ardiente, Michel lo perforó con grandes golpes que esparcieron madera y savia por el aire. Una y otra vez golpeó, aún gritando sin palabras, hasta que una bola de fuego encendió al sylvano con una explosión que mandó a Michel tambaleándose hacia atrás.

Se volvió, la cara ruborizada, y volvió a mirarlos con ira mientras el sylvano caía.

—Sí, sí, el honor exigía que le derrotaras en combate singular. Mis disculpas. —Felassan estaba inclinando su bastón ahora, respirando forzosamente—. Dale a tu corcel la piedad que merece, gentilhombre, y entonces podremos huir.

Celene vio que su propio caballo, el capado patilargo, había caído y no se movía, su cuello retorcido en un ángulo antinatural. Briala rápidamente agarró su mochila, y Felassan se irguió, su bastón alzado, y observó la oscuridad al borde de la hoguera.

Ser Michel caminó hacia su caballo. Aún estaba gritando, pero cuando vio a Michel, su grito se suavizó a un gemido.

Michel abrió su boca, como si su montura hubiera hecho una pregunta que quisiera responder, y luego tragó saliva. Luego se arrodilló, su daga fuera.

—Lo siento, —dijo, y acabó con él con un corte limpio, rápido.

Él se levantó y se volvió hacia Celene.

—Cogeré mi armadura.

Ella asintió.

El chocar y desgarrar de los sylvanos venía de todo su alrededor ahora, y Felassan se movía en un círculo lento, asimilándolo todo.

—¿Cuántas más de esas bolas de fuego puedes lanzar antes de que te agotes? —le preguntó Celene.

El elfo sonrió cansado.

—Me encantaría que eso quedara como una pregunta hipotética. Gentilhombre, ¿estás preparado?

Michel balanceó su gran bolsa de lona sobre su hombro, gruñendo ante el peso.

—Lo suficientemente preparado.

Celene escuchó la madera aplastando a su alrededor. Se estaba acercando, y las ramas se retorcían en el borde del claro.

—¿Por dónde está el sur? —preguntó ella.

Felassan señaló.

—Entonces ilumínanos un camino, —ordenó Celene, y mostró sus dagas.

* * *

Briala había perdido el rastro de cuánto tiempo habían estado corriendo.

El denso bosque ocultaba la luz de la luna, y sólo tenían el bastón de Felassan para iluminar su camino. El brillo verde lo retorcía todo a su alrededor, haciendo que incluso los árboles inofensivos parecieron extender sus extremidades mientras corrían.

Las raíces ocultas bajo una alfombra de hojas muertas atrapaban los tobillos de Briala, y las ramas expuestas le arañaban la cara. Su armadura le rozaba en carne viva en los hombros y rodillas donde el sudor había empapado su ropa interior.

Junto a ella, la cara tatuada de Felassan era una máscara de cansancio y dolor, y usaba su bastón para afirmar su camino irregular. Celene estaba ruborizada, aunque mantenía cualquier incomodidad oculta tras una mirada determinada. Sólo Ser Michel parecía no

estar afectado, su respiración regular y fácil incluso mientras su armadura sonaba en la bolsa de lona colgada sobre su hombro, aunque su cara estaba manchada y roja de las lágrimas. El gentilhombre que mataba a campesinos sin vacilar derramaba lágrimas por su caballo.

Tras ellos, la madera crujía y las raíces se desgarraban mientras el bosque cobraba vida y les daba caza. Briala no estaba segura de si los sylvanos estaban invocando más aliados, o si todo el bosque había estado lleno de ellos para empezar, y estaban despertándose ahora que sus compañeros habían alzado la alarma. Ella no desperdició el aliento en preguntarle a Felassan.

—¿Cuánto queda? —jadeó Briala, casi chocándose contra un árbol y apartándose de él en su lugar.

—No hay forma de saberlo, —dijo Felassan, casi tropezando con una raíz que atrapó su bastón—. Cuando pierdan el interés. Están… —Se detuvo para coger aliento, luego gruñó mientras caminaba sobre un arbusto bajo—. …cabreados por la emoción. Celosos de ella.

Emoción. Ella y Celene habían discutido. Y luego Celene la había retenido.

—Somos más rápidos que ellos, —dijo Michel, apartando ramas y sosteniéndolas para Celene—. Si seguimos en marcha, tendrán que abandonar finalmente.

Briala captó la mirada de Celene. La emperatriz aún resplandecía, pero en la pálida luz verde, su cara parecía enfermiza y pálida.

—No sé cuánto más podremos seguir.

—No. —Tartamudeó Celene—. No he llegado tan lejos… —Ella se irguió y les alcanzó—. …para ser asesinada por un *árbol*.

—Un adorable sentimiento. Delante. —Felassan hizo un gesto con su mano libre—. Agua. Los frenará.

Briala forzó sus piernas temblorosas a trotar. Alzó su cabeza, succionó aire en sus pulmones que le dolían por la respiración, y pasó por alto una roca oculta bajo las hojas muertas. Se deslizó bajo ella, y chocó con fuerza contra el suelo.

Unas manos cálidas le atraparon el brazo. Briala tosió, las hojas a sus pies se movían con diminutos puntos de luz, y permitió que la levantaran.

—¿Puedes lograrlo? —preguntó Ser Michel, el propio modelo de un gentilhombre de la corte. Tras él, pálida, sus manos en las rodillas, Celene respiraba con fuerza y miró a Briala con preocupación.

Briala se enorgullecía de estar en una excelente forma. Mientras que Celene entretenía a los artistas, Briala había practicado su trabajo con las dagas en un antiguo almacén hasta que el sudor caía hacia la alfombra Fereldeña comida por las polillas del suelo. Había sonreído ante su emperatriz, cansada por todo un día de cabalgar.

Ahora, para su vergüenza, Briala no podía gastar el aliento para hablar. Asintió rápidamente, y se tambaleó tras Felassan, con Michel y Celene tras ella. Tras ellos, los árboles chocaban y retumbaban su ira.

El agua que Felassan había viso —o percibido con su magia, o simplemente lo sabía porque vivía aquí, Briala no estaba segura— era un arroyo. En la primavera, habría estado lleno y bullente con agua blanca corriendo. Ahora, al final de un largo verano, con el otoño aún seco, estaba por debajo de su caudal. Felassan saltó la inclinación sin vacilar, aferrándose a su bastón por equilibrio, luego chapoteó a través del agua a la altura de las rodillas.

Briala le siguió. La tierra seca cedía y se deslizaba bajo sus pies, y ella medio se resbaló los últimos pies, casi cayendo al agua. Siguió en movimiento, deslizándose en rocas y barro, y estaba casi al otro lado cuando algo le hizo detenerse y darse la vuelta.

No fue un sonido, sino la ausencia de sonido. Tras Briala, Celene y Michel no estaban a la vista en las sombras.

—¡Felassan! —La garganta de Briala estaba seca, y salió agrietada e irregular.

Él estaba sobre el otro lecho, de rodillas y aferrándose a su bastón con ambas manos. Bajó la mirada a Briala, respirando con fuerza.

—¡Deprisa!

—¿Dónde están? —Briala miró en vano a las sombras sobre el lecho por el que se acababa de deslizar. No había sonido de armadura claqueteando, sólo el desgarro y el rugido del bosque enfadado. En la oscuridad, creía que podía ver a los árboles meciéndose.

—¡Vamos, *da'len*! —Gritó Felassan—. ¡Los sylvanos casi están aquí!

Se veían atraídos por la emoción, había dicho.

Aún estaba enfadada, aún estaba herida, aún le dolía la traición, incluso pese a la verdad en lo que Celene había dicho, el dolor en la cara de Celene desenmascarada en la oscuridad, contraatacaba.

Pero bajo eso, aún así, había un pozo oscuro, vacío en su estómago al pensar en no volver a ver a Celene nunca.

Briala tragó saliva y cogió aliento. Luego se tambaleó de vuelta por el arroyo, hundiendo unos dedos temblorosos en la tierra suelta, y tiró de sí misma hacia el lecho.

Estaba casi ciega en este lado. La luz del bastón de Felassan sólo hacía las sombras más agudas. Delante de ella, mientras se aferraba al borde del lecho, vio los árboles chocar y caer mientras un enorme sylvano aparecía a la vista, las hojas esparciéndose con cada movimiento salvaje. Azotó a algo junto a él.

Era Ser Michel. El gentilhombre todavía llevaba su armadura en la bolsa de lona, y ahora llevaba a su emperatriz en ambos brazos. Incluso en la oscuridad, Briala podía ver la cara pálida de Celene, y la sangre saliendo de su cráneo.

El golpe del sylvano aplastó la bolsa de la armadura sobre el hombro de Michel y lo lanzó tambaleándose fuera de los árboles. Acurrucó a Celene mientras aterrizaba, luego volvió a ponerse en pie, deslizando su espada larga y preparando su escudo ahora que tenía las manos libres.

Miró confundido mientras Briala reptaba hacia ellos.

—No saliste corriendo.

—Aparentemente no. —Briala alcanzó a Celene, comprobó el pulso en su garganta. Estaba viva y respirando—. ¿Podemos retirarnos?

Michel balanceó su espada larga en un poderoso arco, desgarrando las ramas sueltas del brazo del sylvano.

—Nos aplastarían antes de alcanzar el arroyo. —Él apartó un golpe con un gruñido—. ¿Puedes llevártela a salvo?

—No lo creo. —Uno de los anillos de Celene invocaba llamas mágicas alrededor de cualquier arma que llevara. Briala toqueteó las manos de Celene, temblando por el cansancio y el rugido estruendoso antinatural.

—¡Majestad! —Gritó Michel, saltando lejos de otro golpe aplastante y cortando grandes trozos del tronco del sylvano—. ¡Majestad, debe despertarse!

En la oscuridad, Briala no podía distinguir los anillos. Liberó ambos, luego los puso en sus propios dedos.

Se levantó, alzó su arco, sacó una flecha y la ancló. Casi gritó cuando el anillo de rubís en su dedo ardió, y las llamas encendieron la flecha.

—¿Puedes *tú* llevártela a salvo? —gritó ella, y mandó una flecha en llamas al tronco del sylvano. Retrocedió de las llamas, rugiendo de dolor.

Michel se volvió, mirando con una confusión estúpida, y Briala ancló otra flecha y disparó, y luego otra vez, lanzando llamas a las hojas y ramas de la bestia ante ella.

—Yo… Sí, puedo.

Los árboles enfrente de ellos se separaron, y otro sylvano chocó para unirse a su compañero ardiendo.

Briala puso una flecha ardiendo en el sylvano y se permitió un momento más para bajar la mirada a la adorable cara pálida de Celene.

—Entonces ve, —dijo ella—. Yo…

Fue cortada mientras dos veintenas de flechas, ardiendo brillantemente con llamas escarlata, iluminaron el cielo nocturno y llovieron fuego sobre los sylvanos.

Briala se volvió aturdida y vio una fila de llamas al otro lado del arroyo. Danzaron por un momento e iluminaron el cielo de nuevo mientras las flechas resplandecían sobre sus cabezas y luego caían sobre los sylvanos.

Ardiendo y retumbando en su dolor, los sylvanos desgarraron sus raíces de la tierra y chocaron de vuelta al bosque, aplastando árboles a su camino mientras huían. Briala los escuchó irse, sin ser consciente hasta que sintió el frío en sus piernas de que había caído de rodillas.

Michel estaba junto a ella y Celene.

—Eso fue afortunado, —dijo él, aunque sonaba más como una pregunta que una afirmación.

Briala miró atrás a los arqueros al otro lado del arroyo. No podía entrever nada, salvo que una de las llamas escarlata ardía más que el resto. Estaba cerca de la llama verde que sabía que era Felassan.

Entonces varios de ellos treparon grácilmente por el lecho del arroyo, con armadura simple pero hermosa de cuero elástico, con fuego escarlata parpadeando por la longitud de sus hojas de corteza de hierro que hacía que los tatuajes en su cara bailaran.

Briala miró a los primeros elfos Dalishanos que había visto nunca aparte de Felassan.

—*Ma serannas*, —dijo entrecortada—. Les debo mi vida, y…

—¡Es como él dice! —Gritó uno de los Dalishanos al otro lado del arroyo—. Una orejas planas y dos *shemlen*.

—¡Atadlos! —llegó la voz de un hombre mayor, y el elfo ante ella asintió—. Matadlos si se resisten.

Junto a ella, Michel miró a Celene, luego a los elfos. Luego, con una suave risa, soltó su espada.

—Al final, Briala, has encontrado a tu gente.

11

—¿Por qué por el Lobo Terrible los habéis traído aquí?

Thelhen, el Guardián Dalishano, era un hombre elfo de mediana edad. A su espalda estaba atado el bastón rojo brillante que había encendido las flechas de su gente la última noche. Bajo sus tatuajes, su cara estaba marcada y pálida de la fatiga, y su pelo se había vuelto plateado. Briala podría haber llamado a la cara amable, si no hubiera estado roja por la ira esa mañana mientras gritaba a Felassan en mitad del campamento Dalishano mientras ella estaba sentada, las manos atadas tras ella, junto a una de sus grandes carretas.

Felassan sonrió.

—Necesitabais conocer gente nueva.

El Guardián Dalishano hizo un gesto enfadado.

—He pasado años encontrando la localización correcta y preparando mis hechizos. Me he arriesgado a contactar con los *shemlen* para conseguir lo que necesitaba.

—¡Bueno, entonces, si ya has contactado con los humanos, esto no debería ser nada!

—Ahora, —dijo Thelhen como si Felassan no hubiera hablado—, cuando estoy *tan* cerca de obtener lo que necesitamos, ¿me traes a una humana noble y a su campeón? —Thelhen puso una mueca con disgusto—. ¡El Clan Vimehn ya se ha mancillado lo suficiente sin tus estúpidas ideas! ¡Y ella! —Él rodó hacia Briala.

Ella mantuvo su espalda firme y sus ojos sobre él mientras él la miraba.

—*Abelas, hahren*. No pretendía ser irrespetuosa.

—Para, hija. —Sus palabras parecieron librarle de parte de la rabia, y él suspiró, luego se volvió hacia Felassan—. ¿Esperas que adopte a descarriados? ¿Por qué no la mandas a tu propio clan, si es tan valiosa? ¿Es al menos una maga?

Ante eso, la expresión de Felassan se volvió pálida.

—Recibiste toda la información que te he dado durante años, Thelhen. Esa información venía de ella, un regalo a la gente que ella pensaba que era su gente.

—Un sentimiento encantador. —Thelhen se limpió la cara cansado—. ¿Pero por qué está aquí?

Briala se levantó más firme.

—Los elfos de Orlais han sufrido, Guardián. Si el Gran Duque Gaspard llega al poder, sufrirán incluso más. Si ayuda a reponer a la Emperatriz Celene, salvará a mucha de su gente en las elferías de Orlais.

Thelhen cerró los ojos y apartó la mirada de ella.

—*Abelas, da'len*, —dijo silenciosamente—, pero yo no *tengo* gente en las elferías de Orlais.

Briala se sentó en silencio entonces, y escuchó la discusión mientras miraba alrededor al campamento. Las grandes carretas, los araveles, estaban formando un círculo como los edificios de una pequeña ciudad. Podía captar el propósito de alguna de ellas. Una tenía arcos y herramientas de flechas; no lejos de ella, los niños Dalishanos practicaban

disparando flechas a tocones pintados como hombres. Cerca de otro aravel, las cajas estaban llenas de vegetales, mientras que la carne ahumada colgaba cerca, y tras una tercera carreta, los guerreros Dalishanos balanceaban espadas de madera a muñecos de trapo. Briala rastreó sus movimientos y vio que las prácticas eran las mismas que había visto cientos de veces en la propiedad de la familia de Celene o en Val Royeaux.

No eran su gente.

Las palabras deberían haberla herido, pero Briala se sintió vacía en su lugar. Miró a los niños elfos riendo y jugando, cazadores elfos bromeando acerca de su habilidad, cocineros elfos cantando viejas canciones mientras sus aprendices limpiaban los platos del desayuno. A través de la puerta abierta de una de las carretas, podía ver a una vieja pareja durmiendo, roncando suavemente. No había princesas, ningún espíritu del Velo recorriendo los araveles para hacer la colada, pero era aún más de lo que podría haber soñado. Ninguno de ellos agachaba sus cabezas o parecía preocupado por los humanos. Ninguno de ellos temía que un humano caminara a su campamento a causar problemas.

Y dejaban las elferías arder, porque los elfos de las elferías no eran su gente.

Ella volvió a la discusión entre Felassan y Thelhen. El Guardián Dalishano había terminado de gritar. Parecía cansado. Felassan estaba calmado, como siempre, y sonriendo levemente.

—Está bien, —dijo Thelhen finalmente—. Tu… aprendiz… puede caminar por el campamento, aunque tú responderás de su comportamiento. Y su vida está perdida si se acerca al *elgar'arla*. El guerrero *shemlen* permanece atado, y la noble tendrá una guardia hasta que se despierte. Hablaré con los ancianos del clan y veré si escucharán lo que esta noble tenga que decir.

Él hizo un gesto irritado, y una joven mujer con un fino bastón se acercó y desató las ataduras de Briala. No tenía aún veinte años, y los tatuajes en su cara eran recientes y afilados, de un año como mucho. Sus dedos eran hábiles, pero con callos del trabajo. El lino de su túnica claramente había venido del comercio con humanos, aunque había sido cosido en un patrón elegante que Briala no reconocía y adornado con pieles y cristales envueltos en cable.

Briala trató de leer la mirada que la joven le dio. No era desagrado, pero no era de bienvenida.

Thelhen y la joven se marcharon, y Felassan ayudó a Briala a ponerse en pie.

—Nunca me lo dijiste, —dijo ella.

—Oh, Briala, por cierto, la gente que has idolatrado la mayor parte de tu vida son en realidad unos idiotas pomposos. —Felassan sacudió la cabeza—. ¿Habrías oído?

—Sí.

—¿Habrías escuchado? —su expresión no cambió, y empezó a alejarse caminando a través de los araveles. Briala le siguió.

—No les importa.

—No. Bueno, eso es injusto. Les importa el pasado. —Felassan señaló a una de las cocineras que cantaba en una lengua elfa. Estaba mezclando una masa en un bol de

hojalata barato que había sido pintado con iconos de Sylaise el Guardián del Corazón—. Tienen un gran cuidado de él, de hecho. Pasan sus vidas buscando trocitos pequeños que preservar y pasar. La lengua antigua, el imperio antiguo, los secretos antiguos. ¿Pero el presente? —Él se encogió de hombros—. El presente aparentemente es mucho menos excitante.

—¿Así que mientras nosotros luchamos y resistimos y ardemos, ellos excavan en viejas ruinas para aprender la palabra antigua para «diamante»? —Briala mantuvo su voz baja mientras miraba alrededor del campamento.

—*Mi'durgen*.

—Yo les ayudé. —Esta vez su voz se rompió un poco—. No sólo a los elfos de las elferías que *no son su gente*. Los ayudé a *ellos*, con lo que te di con los años.

—Lo sé, *da'len*. Al igual que lo sabe Thelhen, por mucho que odie admitirlo. —Felassan miró a un lado, y Briala notó que los cazadores elfos estaban mirándolos mientras abandonaban el campamento y caminaban hacia el bosque—. Eso es por lo que tú y tus amigos estáis aún vivos.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella, mirando a los árboles alerta. A la luz de la mañana, eran sólo árboles, las pocas hojas que aún colgaban de las ramas marrones y muertas. Ninguno parecía preparado para cobrar vida y aplastarlos—. ¿Podemos probar con otro clan? ¿Tu clan quizás?

—Ah, no. Mi clan no está nada cerca de aquí. —Felassan se dobló—. Pese al nombre, la mayoría de los clanes Dalishanos han huido de los Valles. Dispersos para hacer más difícil que alguien ataque a todo el mundo a la vez. Si tu emperatriz quiere ayuda para volver a Val Royeaux antes que Gaspard… —Él se encogió de hombros—. Esperaremos a que los sanadores la despierten. Dices que es muy persuasiva. La última noche, hizo moverse los árboles. —Él sonrió ausente—. Quizás hoy, mueva montañas.

* * *

—*Shemlen*. —El líder de guerra elfo sobre Michel lo dijo con una mueca, luego sonrió a sus hombres.

Michel estaba atado, cerca de una de las carretas. Celene yacía cerca en un colchón, con una chica elfa —una aprendiz de maga, a juzgar por su bastón— atendiéndola. Su color era mejor del que había sido la última noche, o el poco que había visto la última noche. Habían cosido la herida de cuando se había caído y se había golpeado la cabeza, y la chica elfa estaba usando magia de sanación para reducir la inflamación. No le había dicho ni una palabra a él, sólo se había inclinado sobre Celene, su mano extendida y brillando con una luz blanca fría que hizo que a Michel se le erizara la piel.

Los guerreros elfos le habían hablado a Michel, por supuesto, pero su vocabulario era limitado.

—*Shemlen*, —dijo de nuevo su líder. Era un hombre grande, de hombros anchos, con músculos en sus brazos que hablaban de toda una vida sosteniendo una espada, y él era el

mayor de los guerreros que estaban sobre Michel—. ¿Sabes lo que le hacemos a los de tu tipo aquí? Bueno… —Él pretendió pensárselo—. A decir verdad, depende de cuánto tiempo tengamos. Si tenemos prisa, simplemente te dispararemos, como a un lobo con la enfermedad del agua. Pero si tenemos un par de días, hay un juego llamado Los Dientes de Fen'Harel.

Algunos de sus guerreros rieron con él. Al final uno de ellos, aún así, el más joven, se detuvo y miró extrañamente hacia los árboles.

—Os quitamos la ropa y os atamos las manos juntas, —dijo el líder de guerra elfo—, y os damos unos pantalones de cuero duro, con pequeños clavos a través, para que cada paso que deis los haga hundirse más. Os damos una ventaja de una cuenta atrás desde cien, y vemos cuánto podéis eludirnos cuando cada paso que dais es…

—Absolutamente debe reconcomerte que no puedas tocarme, —dijo Michel, sin cambiar su expresión.

El líder de guerra parpadeó, luego se recuperó.

—Una vez que el Guardián Thelhen tenga lo que necesita, haremos más que tocarte, *shemlen*.

Cada vez que decía la palabra «*shemlen,*» había una ligera pausa, donde miraba a Michel para ver si había hecho daño. Michel sospechaba que el elfo haría lo mismo tras golpear con una espada, y lo anotó en caso de que fuera relevante más tarde.

En cualquier caso, el líder de guerra sólo podía decepcionarse. Cada vez que lanzaba ese insulto a Michel, sólo le hacía sonreír más.

—¿Y hasta que tu líder tenga lo que quiere, posarás algo más ante un cautivo atado? —Preguntó Michel—. A no ser que me vuelva demasiado amenazador, en cuyo caso deberías ir a asustar a los niños o gritarle a los árboles.

El líder de guerra lo miró.

—Felassan te llamó un gentilhombre. Dijo que son los mayores guerreros *shemlen*. Quizás os demuestre lo que un auténtico maestro de la espada puede hacer.

—¿Como esos niños que juegan con palos junto a vuestra carreta? —Michel hizo un gesto con el mentón hacia donde los guerreros estaban entrenando—. El hombre que tienes entrenándolo arrastra sus pies cuando da un paso a un lado. En una auténtica pelea, le haría tropezar en tres segundos. —El líder de guerra miró involuntariamente, así como sus guerreros—. Deberías pasar más tiempo entrenando a vuestra gente… ¿O no te habías dado cuenta tú mismo del problema?

—Insultas a mi clan. —El líder de guerra alzó su mano.

Michel resopló.

—Tú insultas a tu propio clan, si no puedes controlar tu temperamento para obedecer las órdenes de tu amo. No he insultado ni a vuestra sangre, ni a vuestra historia, ni a vuestros modos de vida. Sólo al honor personal de un mestizo que carece de modales.

—Aún así. —La mano del líder de guerra chocó con fuerza contra la cara de Michel, y cuando la visión de Michel se despejó, el elfo estaba sonriendo de nuevo—. Conoce tu

lugar, *shemlen*. —Él se volvió hacia sus guerreros—. Vigiladle. Si hace algo sospechoso, matadle.

El líder de guerra salió de su carreta, dejando a los otros montando guardia.

Michel se sentó cómodamente a esperar. Tras un tiempo, hizo ejercicios musculares en silencio para evitar que se le adormecieran las extremidades. Uno de los guerreros se dio cuenta —el más joven, el que había parecido incómodo antes— pero no dijo nada.

Era relajante, casi como la meditación en la Capilla, no tener deberes ni responsabilidades. Dejó que su consciencia vagara, asimilando los movimientos del campamento. Los cocineros preparaban la comida del medio día, un estofado de conejo salvaje mezclado con verduras y especias, servido junto con lo que Michel reconoció a treinta yardas de distancia como pan de granjero. Era casi partes iguales de trigo, sal y grasa, y en los inviernos escasos, era a veces la única cosa que podía poner carne en los huesos de un granjero.

Habían pasado años desde que Michel lo había comido. Observando a una anciana elfa esparcir miel sobre un trozo ahora, recordó a su madre poniendo un poco de azúcar en el suyo, azúcar que había robado de la taberna donde trabajaba. Su boca se hacía agua, y él apartó la mirada.

Los jóvenes guerreros dejaron de entrenar con espadas y cogieron arcos. Los cazadores volvieron al campamento con conejos o ciervos. Mientras pasaban las horas, Michel se vio forzado a admitir que el campamento iba bien, más como un campamento militar que la cueva llena de bandidos orejas de punta que había esperado. Cada elfo estaba ocupado, moviéndose con propósito en sus obligaciones, y al contrario que un campamento militar, la gente que pensaba que eran sirvientes no eran tratados peor que los cazadores o los guardias. Se llamaban felizmente los unos a los otros entre rangos, intercambiando saludos o burlas como una familia.

Michel no estaba seguro de cuándo la música empezó a moverle, pero la relajación lenta le llevó a un ritmo calmante mientras se sentaba y observaba el campamento. La música no tenía ninguna fuente, ninguna melodía. No era siquiera un sonido, exactamente. Era simplemente un sentimiento placentero e hipnotizador, como ser mecido para dormir con una nana. Incluso mientras parte de su mente estaba confundida, notando que el resto del campamento estaba caminando y moviéndose al mismo ritmo invisible, el resto de él estaba calmado y contento.

Pareció perfectamente natural cuando uno de los guerreros se inclinó y cortó las ataduras de Michel. Los ojos del guerrero eran ausentes, mirando pacíficamente a algo que sólo él podía ver. El otro guerrero estaba sonriendo a la nada, moviéndose ociosamente de lado a lado a un ritmo lento.

Michel se levantó, sin miedo o preparación. La sanadora seguía atendiendo a Celene, preparando más hierbas con un mortero, murmurando suavemente para sí misma. Los guerreros golpeaban sus manos contra sus piernas al ritmo de la melodía. Nadie parecía preocupado porque el guerrero que habían estado vigilando se levantara, y el propio Michel no estaba preocupado tampoco. Una voz en la parte posterior de su mente estaba

gritando alarmada, urgiéndole a agarrar un arma, pero ignoró esa parte de su mente y caminó calmadamente pasando la carreta donde había sido retenido.

Mientras caminaba, volviéndole la espalda a los guardias sin miedo, su paso estaba sincronizado con la melodía que la sanadora había estado murmurando. Los exploradores elfos al borde del campamento no le prestaron atención. Una de ellos estaba silbando la misma melodía para sí misma.

Un camino llevaba desde el campamento al bosque. Michel caminó a un paso ligero, permitiendo que la melodía le guiara por el camino serpenteante que llevaba bajando una suave cuesta, hasta que los árboles terminaron en un pequeño claro.

Era como si el Hacedor hubiera sacado un puñado de tierra para hacer el claro, dejando una mella en forma de bol de quizás cien yardas. En el centro del bol había un círculo de piedras, grabados con runas que brillaban levemente a la luz de la tarde. En el centro del círculo de piedras había un humano con una capa oscura. Era bajo y calvo, con una barba fina negra y unos ojos vidriosos brillantes.

Estaba silbando la melodía, chasqueando los dedos y dando golpecitos con sus pies al ritmo.

Michel casi estaba en el círculo de piedras cuando las runas de la piedra más cercana resplandecieron.

La música se alejó, desgarrada como telarañas, y Michel se estremeció y cayó de rodillas. Era como despertarse de un sueño profundo para encontrarse a mitad de conversación. Todo parecía agudo y brillante. La hierba bajo las manos de Michel era fría y húmeda, y se sentía como si el suelo estuviera retorciéndose.

—¿Quieres oír un chiste? —preguntó el hombre en el círculo. Por su ligero acento, podía haber sido un noble menor de la corte de Celene.

Todo el cuerpo de Michel estaba temblando, y sus dientes estaban castañeando alocadamente. Tensó sus músculos, forzando su cuerpo a través de los ejercicios de concentración que un gentilhombre usaba para luchar contra las drogas o la magia.

—Qué… qué…

—Ser Michel de Chevin camina hacia una taberna, —dijo el hombre del círculo—. El camarero le mira y dice, «no servimos a elfos aquí». Ser Michel dice, «Me parece bien. No tienen buena carne, de todas formas». —Él se rió largamente y con fuerza.

—¿Qué me has hecho? —Michel se levantó con un esfuerzo, moviéndose hacia una posición de pelea más que arriesgarse a ponerse derecho. El suelo aún se inclinaba bajo sus pies, pero los ejercicios de concentración estaban ayudando. Mantuvo su respiración constante y lenta, ignorando la punzada de sudor frío que había roto por todo su cuerpo.

—Distraje a los guardias y te liberé de tus ataduras de aquellos malditos orejas de punta, —dijo el hombre del círculo con gusto—, todo como un acto de caridad. —Él inclinó la cabeza—. Oh, ¿específicamente? Un pequeño truco del Velo, alienta a la gente a que no se percate de ti. Útil para salir de situaciones problemáticas o para ver a las damas desvestirse. No, —añadió él—, es que lo haya hecho. Porque eso estaría mal.

Michel miró al hombre, y al círculo de piedras.

—Eres un demonio.

—Espíritu, —dijo el hombre, sonriendo ampliamente—. Por favor, llámame Imshael.

—¿Por qué?

Imshael, si ese era su nombre, sonrió.

—Bueno, tienes que llamarme de *alguna* forma.

Michel le miró.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Te traje aquí porque tú y yo tenemos un problema similar. —Imshael caminó hacia delante hasta que se acercó al borde del círculo de piedras y sonrió finamente—. A ambos nos gustaría estar en alguna parte donde no estamos, y ser *alguien* que no somos.

El demonio no dejaba huellas en la hierba mientras caminaba. Su capa negra estaba finamente tallada, y las hebillas de sus botas brillaban.

—He oído de cosas como tú, —dijo Michel, tratando de recordar las viejas historias—. Eres un demonio del deseo.

—*Elección. Espíritu*. —La sonrisa de Imshael nunca flaqueaba—. ¿Parezco un demonio del deseo? ¿Quieres que me desnude y me ponga algo fino y transparente? —Ante la mirada de Michel, el demonio suspiró—. Hay todo tipo de espíritus, chico. Espíritus del amor, y honor, y valor, y justicia… —Él movió una mano ausentemente, volviéndose para caminar junto al borde del círculo—. Y sí, también ira, hambre y orgullo. Todos tenemos cierta conexión con este mundo para traernos a través del Velo.

Michel empezó a caminar alrededor del círculo exterior, manteniendo el paso con el demonio. Su cuerpo se había recuperado bastante de lo que fuera que el demonio hubiera hecho, salvo por un pequeño temblor que le dejaba las extremidades sueltas, como si Michel acabara de terminar un buen entrenamiento. La hierba amarilla del otoño se aplastaba bajo sus pasos mientras caminaba.

—¿Y qué te ha traído a ti?

—Nada, esta vez. Esos malditos elfos me llamaron aquí a este círculo. —Imshael golpeó con un nudillo contra una de las piedras mientras pasaba por ella, luego se dobló del dolor mientras una chispa de energía chisporroteante golpeaba su mano—. Me atraparon aquí dentro. No puedo marcharme, y no puedo volver al Velo. No puedo ni siquiera usar mi poder.

Michel recordaba la canción que había tocado las mentes de todos cerca de él.

—Usaste tu poder sobre todo el campamento.

—¿Qué, ese truco? —Imshael sonrió—. No. Mi *poder* es un poco más… consecuencial.

Michel estuvo en silencio por un momento, luego cedió y le hizo la pregunta.

—¿Por qué te han traído aquí?

—Quieren que les ayude a recuperar un poco de su historia. ¿Sabes de historia, Ser Michel?

—No especialmente, demonio. —Michel siguió caminando.

—Mira, tú piensas en Halamshiral como la antigua capital elfa, pero antes de eso, antes de que los chicos en Tevinter se divirtieran, los elfos tenían un lugar mucho más grande al que llamar hogar.

—Arlathan.

Imshael sonrió.

—Ah, ¡entonces *sí* escuchaste las lecciones en los suburbios de tu querida y anciana madre elfa! —Ante la mirada de Michel, él alzó sus manos en disculpa—. Lo siento, lo siento. Vosotros los mortales siempre sois sensibles acerca de aquellos pensamientos que se escapan de vuestras cabezas. Sí, Arlathan. Pero esa era sólo la capital del antiguo imperio. Todo esto… Orlais, Ferelden, aquellos trozos sobre el oeste… todo ello era parte de Elvhenan. Ahora, si profundizas lo suficiente bajo la mayoría de Orlais, te encontrarás las viejas tumbas donde los elfos nobles muertos eran enterrados. —Los ojos de Imshael se encogieron—. Y como resulta, la mayoría de aquellas tumbas están conectadas por los eluvians.

Michel se detuvo y se volvió para mirar al demonio.

—¿Hay pasadizos secretos bajo Orlais?

Imshael resopló.

—¿Pasadizos secretos? No, chico, estás pensando en los enanos. Los elfos no eran muy de andar. Los eluvians eran espejos mágicos. Caminas hacia uno de ellos, viajas a través de un tipo de lugar intermedio por un tiempo, y sales al otro lado a varios días de camino en otra parte. —El demonio tocó una de las piedras del círculo de nuevo, poniendo una mueca ante la chispa de energía que golpeó sus dedos—. Antigua magia élfica. Siempre tienes que respetar la antigua magia élfica.

—Y tú usas esos para viajar. —Michel miró de cerca al demonio. Había una trampa. Siempre había una trampa. Cada historia que tenía al joven tratando con el demonio siempre hacía que el demonio hiciera saltar una trampa.

La clave era que en algunas historias, el joven hombre podía retorcer esa trampa de vuelta al demonio y ganar el día.

—Sí, las usas para viajar. Qué bien que estés escuchando. Podrías llegar de Jader a Val Royeaux sin ver la luz del día si quisieras. —Imshael se detuvo y lanzó a Michel una mirada—. No te hagas ninguna idea, gentilhombre. Es un montón de magia antigua, peligrosa y algunos textos que probablemente quemarías. No imagino que haya ninguna espada mágica que encontrar ahí abajo. —Él empezó a caminar de nuevo, aún sin dejar huelas—. Sin embargo, los eluvians han estado durmiendo desde que tus chavales tomaron Halamshiral. Nuestro amigo el Guardián está tratando de hacer que yo los despierte.

Michel se apresuró en alcanzarle.

—¿Entonces por qué no haces lo que pide?

—Estás profundamente preocupado por mi bienestar, ¿verdad? Estoy conmovido. —Imshael sonrió, pero se retorció en una mueca tras un momento—. Él no puede darme lo que necesito. Un demonio de la ira se alimenta de rabia. Un demonio del orgullo vive de

los delirios que los hombres usan cuando se miran al espejo cada mañana. Y yo necesito una elección. Thelhen quiere que los eluvians se despierten, pero no hay nada más en ello. No se someterá a la consecuencia de sus acciones. ¿Lo entiendes?

—No.

Imshael se rió entre dientes.

—Un hombre honesto. Bueno, en su mayor parte. ¿Y si te dijera que si me encuentras a un mortal y le haces poner su palma ensangrentada en una de estas malditas piedras, haría realidad la historia de Ser Michel de Chevin?

Michel parpadeó.

—¿Cómo?

—Más eficientemente que tu patrón, el Conde Brevin, sobornando a un forjador. —Imshael sonrió, y sus ojos vidriosos brillaron sobre un campo de arrugas de reírse—. Un par de espíritus susurrando en un par de sueños. Un par de documentos falsificados por hombres que nunca recordarán haberlo hecho. La siguiente vez que una de los bardos de Gaspard indague, encontrará que Michel de Chevin es exactamente quien dice que es, y los hombres vivos jurarán por el tristemente ausente Hacedor que recuerdan crecer contigo, el noble y honesto y completamente humano Ser Michel.

—¿Y a cambio?

—Yo logro abandonar este maldito círculo y vivir dentro del hombre que sangró en la piedra. —Imshael cogió aliento profundamente, feliz—. Ha pasado algún tiempo desde que logré ver el mundo. Me gustaría dar una vuelta.

Michel se detuvo, los dientes apretados con rabia.

—¿Harías que maldijera a alguna pobre criatura por tu posesión?

—Sí. —Imshael se volvió hacia él, y aunque había una sonrisa en la cara del demonio, sus ojos parecían arder—. No es placentero, ¿verdad? Es lo que la convierte en una elección.

Michel se dio la vuelta y empezó a caminar de nuevo. Vio huellas en la hierba delante de él, y se dio cuenta de que le había dado toda la vuelta al círculo de piedra.

—Debería destruirte.

—Romper un par de las runas lo lograría, —dijo Imshael sin romper el paso—. Por supuesto, entonces pasarías el resto de tu vida esperando a que alguien averiguara quién eres en realidad.

—Yo sé quién soy en realidad, —dijo Michel, y abandonó al claro y al demonio.

Los exploradores en el borde del campamento saltaron cuando lo vieron. Sus arcos se alzaron con una eficiencia admirable, y gritaron una alarma incluso mientras apuntaban, sus ojos bien abiertos y asombrados mientras lanzaban miradas atrás hacia el campamento donde, por todo lo que sabían, Michel *debería* haber estado atado.

Michel alzó las manos.

—Me rindo, —dijo él—. Llevadme de vuelta con mi emperatriz.

Por un momento, pensó que simplemente le dispararía, pero luego, tras intercambiar miradas, se cerraron sobre Michel en su lugar. Uno se quedó atrás, el arco aún alzado, mientras que los otros le agarraron y le empujaron al suelo.

Resistió los gritos, y los puñetazos y patadas, sin quejarse. Si le llevaba de vuelta a Celene, merecería la pena.

Sabía cómo iba a recuperar Orlais.

* * *

Celene había sido despertada por la sanadora elfa por la tarde temprano e informó de que los otros estaban vagando por el campamento Dalishano. Aún somnolienta, se incorporó, notó los guardias con sus armas ya desenvainadas, y pidió hablar con su Guardián. Ella había esperado que Michel y posiblemente incluso Briala estuvieran atados también. Ya que sólo la habían mantenido a *ella* atada, los Dalishanos probablemente entendían su valor como una rehén en potencia. Eso era, si no auspicioso, al menos un buen lugar donde empezar.

Ahora, con su cabeza aún adolorida y los guardias elfos sobre ella, Celene se sentaba ante el Guardián y los ancianos del clan Dalishano y negociaba por su vida. No tenía ni idea de dónde estaban Briala y Michel, y se negaba a mostrar debilidad preguntándolo.

—Una vez Gaspard haya caído, —dijo ella—, puedo asegurarme de que los Dalishanos ganen una nueva medida de respeto en Orlais, y miraremos hacia adelante para aprender de su sabiduría. Ya tenemos elfos asistiendo a nuestras universidades, y sería un honor permitir a su gente visitarnos.

—No tienes la fuerza para luchar contra este Gaspard, —dijo la anciana señora del hogar, su voz agrietada denotaba escepticismo—, ¿aún así piensas ofrecernos ayuda?

—El poder se acumula, —dijo Celene con confianza—, como una bola de nieve rodando por una colina. No necesito que luchen contra Gaspard por mí. Sólo necesito usar sus habilidades para ayudarme a alcanzar Val Royeaux antes de que lo haga Gaspard. Una vez lo haga, Gaspard no tendrá ocasión de oponerse a mí, y aplastaré su rebelión y haré que muera.

—Dejándote libre para romper tus promesas, —dijo el líder de guerra—, como los humanos antes de ti.

El Guardián le hizo un gesto para que guardara silencio.

—Harías que arriesgara las vidas de mi clan para ayudarte a colarte a través de los soldados de tu rival, y a cambio, ¿ofreces qué? ¿Una oportunidad para visitar tus edificios?

Celene quería una bebida, pero recordarles que estaba a su merced debilitaría su posición en la discusión.

—No sé lo que quieren, Guardián. Si tienen una propuesta, ciertamente puedo…

—¡Vosotros destruisteis el mayor imperio que haya visto jamás esta tierra! —El líder de guerra dio un paso hacia delante, el puño hacia atrás—. ¡Y cuando nuestra gente se alió con Andraste para obtener libertad de Tevinter, nos traicionasteis *de nuevo*!

Ella estaba sentada sin flaquear ante su rabia, luego se volvió hacia el Guardián.

—Es improbable que esta discusión cambie el pasado, —dijo ella—. Si tienen una petición, díganla.

—No lo entiendes, —dijo el Guardián. Él hizo un gesto de nuevo, y el líder de guerra retrocedió—. Nos pides que hablemos con lógica, cuando toda nuestra historia está llena de tu gente traicionando y degradando a la nuestra. Tomasteis nuestras tierras, nuestra cultura, incluso nuestra inmortalidad.

—Y ustedes no parecen entender la oportunidad que ha aterrizado en su regazo. —Celene miró al líder de guerra, luego al Guardián—. Este es tiempo de exigir reparaciones. ¿Desean que mejoren las condiciones para los elfos en nuestras ciudades? ¿Hacer libre la emigración a los clanes Dalishanos? —Al ver sus caras en blanco, hizo una jugada—. ¿Señorío honorario de Halamshiral y las tierras que lo rodean?

Ella había hecho una mala jugada. Lo vio inmediatamente mientras sus hombros iban hacia atrás, los tatuajes en sus caras retorciéndose mientras ponían una mueca con repulsión, pero no podía saber por qué.

—Señorío honorario. —El líder de guerra se mofó.

—Su naturaleza *nos contamina*, —dijo el Guardián lentamente—. Las pobres criaturas en las elferías que creéis elfos no son más que nuestros pobres primos, perdidos para nosotros para siempre. Algunos clanes pueden aceptar a un par de ellos para fortalecer sus números, o incluso nuestra pena desviada, pero no son nuestra gente. ¿Entiendes eso, emperatriz *shemlen*? Piensas en ofrecer un compañerismo, dejarnos asentarnos en Halamshiral y tratar con mercaderes *shemlen* y granjeros de orejas planas que lo han olvidado todo sobre el antiguo Elvhenan, y que nos inclinemos ante ti en tu trono en Val Royeaux. —Él sacudió la cabeza—. Si tú y Gaspard os masacrarais el uno al otro, y la guerra matara a cada humano de Orlais, y quemara cada elfería hasta los cimientos… *entonces* estaríamos dispuestos a volver a Halamshiral.

Eso la inquietó, aunque mantuvo su cara calmada.

—¿Entonces por qué estamos hablando, Guardián?

—Porque ese idiota de Felassan te trajo aquí, emperatriz *shemlen*. —El Guardián puso una mueca—. Y ahora debemos decidir qué Camino de los Tres Árboles seguir. ¿Te damos alguna ayuda simbólica y esperamos algún gesto simbólico después? ¿Te entregamos a Gaspard y esperamos lo mismo? ¿O te matamos, quemamos tu cuerpo, y esperamos que traigas al Clan Virnehn menos problemas muerta que viva?

El silencio fue roto un momento más tarde por gritos al borde del campamento. El Guardián y los ancianos miraron hacia allá, mientras que Celene estaba sentada tan calmada como podía, tratando de pensar. El dolor en su cabeza era hueco pero constante, y su ingenio era más lento de lo habitual.

Ella era la Emperatriz de Orlais. Estaba sin sus tocados, sus joyas, y sus ejércitos, pero eso no *debería* haber importado. Había jugado al Juego y ganado durante veinte años… pero estos elfos jugaban con normas diferentes. Si no las aprendía rápidamente, claramente terminarían lo que Gaspard había empezado.

Ella no permitiría eso.

—¿Qué es esto? —Gritó el líder de guerra—. ¿Cómo escapó? —Celene miró hacia allí luego, y vio a Ser Michel, magullado y ensangrentado, siendo arrastrado al campamento por un grupo de exploradores.

—¿Ha escapado? —Celene había supuesto que él y Briala habían sido retenidos en otra parte del campamento, o para interrogarles o minimizar el riesgo de que todos los prisioneros coordinaran una escapada.

El líder de guerra la miró a ella con desdén.

—¿Pensabas que dejaríamos a un guerrero *shemlen* caminar libre? Bastante malo es dejar suelta a la mascota de Felassan. Él estaba atado junto a ti hasta que… —Él se quebró, se detuvo, luego sacudió la cabeza, mirando al punto junto a Celene confundido.

—Se había ido cuando yo me desperté. —Celene miró a los guardias cerca—. ¿Quizás deberías preguntar a los hombres que dejaron que un prisionero atado escapara sin que se dieran cuenta durante varias horas?

—¡Yo no me escapé! —gritó Michel mientras los exploradores lo arrastraban más cerca, su voz forzada. No habían sido amables—. No abandonaría a mi emperatriz.

El líder de guerra caminó hacia delante y tiró de la cabeza de Michel hacia arriba por el pelo.

—¿Entonces cómo?

—Mi mente fue arrebatada por magia. —Michel encontró la mirada del líder de guerra de pleno—. Así como la de los guardias. Ellos me liberaron, y yo recuperé el sentido junto a un círculo de piedras con un demonio dentro.

Celene observó al Guardián volverse blanco, los tatuajes de su cara de repente vívidos contra la palidez. Miedo, entendió ella. Fuera cual fuera el motivo —incluso, el Hacedor la perdone, un demonio— se podía jugar con el miedo de la misma forma aquí que en la corte de Val Royeaux.

—¿Ha habido algún tipo de malentendido? —preguntó con una sonrisa inocente.

—Atadle, —soltó el Guardián. Los exploradores lanzaron a Michel al suelo, y los guardias rápidamente le ataron los brazos y las piernas—. ¡Mihris! ¡Ven! ¡Veremos a los guardias! —El Guardián se marchó sin decir ni otra palabra, y la joven sanadora que había tratado la cabeza de Celene corrió hacia él.

Eso era uno menos.

El resto de los Dalishanos miraron a Celene y a Michel con varios grados de disgusto y miedo. Por un momento, Celene se preguntó si había calculado mal de nuevo, si ellos la matarían en el acto.

—Exijo saber qué está pasando, —dijo ella. Ella miró a Michel, y él le dio un diminuto asentimiento—. Su trato ha sido intolerable, y negarse a explicarse…

—¡Suficiente! —El líder de guerra se volvió hacia los ancianos del clan—. Yo trataré con ellos.

Ellos asintieron y, mirando atrás con rabia y miedo en sus caras tatuadas, dejaron a Celene y Michel. Eso dejaba sólo a uno, aunque había sido uno preparado para atacarla justo desde el principio.

—Has puesto en peligro a mi clan con tu estúpida magia, *shemlen*, —dijo el líder de guerra a Michel. Sus puños estaban apretados, su cara roja de rabia, y las marcas en su cara parecían palpitar mientras su mandíbula se retorcía—. Te veré muerto.

—Deja que los exploradores me golpeen un par de horas más primero, —dijo Michel a través de sus labios ensangrentados—, y quizás tendrías alguna probabilidad. —Celene le lanzó una mirada de advertencia, pero Michel enfrentó su mirada, y tras un momento, ella entendió. El líder de guerra vería cualquier señal de sumisión como una debilidad, y justo ahora, la debilidad podía hacer que les mataran.

—Cuando luche con él, Ser Michel, por favor permítale que vaya con un aliado, —dijo ella—, por el interés de una pelea justa.

El líder de guerra les miró y se fue caminando, y los guardias, mirando a Michel y Celene nerviosos, se alejaron cierta distancia. Estaban lo suficientemente cerca como para vigilar de cerca a Celene, pero lo suficientemente lejos como para poder hablar el uno con el otro sin ser escuchado. Vio los rápidos movimientos furtivos de las manos, el movimiento nervioso. Se habrían reído de ellos en la sala de estar de Lady Mantillon, de tan obvio que era su miedo.

—Mis disculpas por tomar la iniciativa en esa conversación, —dijo Michel silenciosamente.

—Silencio, Michel. Tenía razón, y lo sabe bien.

—Esa no es excusa para ningunear la opinión de la emperatriz, —dijo Michel con una sonrisa que hizo que una herida de su labio se le abriera.

—Casi con seguridad nos matarán, —murmuró Celene—. Lo que sea que haya encontrado vale nuestras vidas.

—Eso puede ser, Majestad, pero puede que también les salve a ellos.

Celene se sobresaltó sorprendida.

—¿Magia?

—Ciertamente. —Él bajó la voz aún más—. Los elfos han invocado a un demonio. Buscan desbloquear unos espejos antiguos mágicos que permiten a los elfos viajar sin ser detectados por todo Orlais. Protegidos por magia, secretos durante siglos.

Celene se quedó quieta.

—Podría volver a salvo a Val Royeaux.

—Más que eso, podría mover exploradores o pequeños equipos en secreto, —añadió Michel—, para golpear a Gaspard sin advertencia y aplastarle sin piedad.

Celene sonrió lentamente.

—Ahora todo lo que necesitamos hacer es no dejar que nos maten.

Parecía que la visita a los Dalishanos no había sido un desperdicio después de todo.

Con un golpe suave, las primeras lluvias de otoño empezaron a caer.

* * *

Briala se separó de Felassan en el bosque.

Su mentor había mencionado un lago cercano que le daría una oportunidad de lavarse. También había sugerido delicadamente que permanecer lejos del campamento Dalishano sería más seguro de momento. El tiempo, dijo él, les abriría un camino.

Ella le tomó la palabra, más que dispuesta a dejar a los Dalishanos solos.

Encontró el lago sin muchos problemas. Era pequeño y plácido, alimentado por un río que bajaba de la Espalda Helada al este. Tapetes de lilas cubrían la superficie, y libélulas danzaban en el aire por encima de sus cabezas, aferrándose a una última oportunidad de encontrar pareja.

Las nubes gris oscuro que rodaban desde el norte traían con ellas un frío viento, pero Briala se quitó la armadura y la ropa interior de todos modos. Lavó su ropa interior y la escurrió, luego la dejó secar y caminó hacia el agua.

Estaba impactantemente fría, pero siguió moviéndose, primero hasta sus tobillos, luego hasta sus rodillas, y luego el último paso que la metió bajo el agua. Por un momento, entonces, el dolor helado se convirtió en adormecimiento, y no sintió nada salvo las diminutas ondulaciones de las olas que la lanzaban hacia atrás y hacia delante.

Ella recordó.

Saliendo del agua, una Briala de diez años sacudió la cabeza.

—¡Briala, tú te darías un baño en cualquier parte! —le reprendió su madre, aunque se reía mientras lo decía—. Ven, lávate el pelo. Te necesitamos lista y limpia para que puedas esperar a Miss Celene mañana.

Briala tiró de su pelo contra su cara.

—Celene no quiere que Lady Mantillon venga. Dice que Lady Mantillon da miedo.

La madre de Briala sonrió, mirando rápidamente a la puerta.

—Miss Celene no tiene nada de lo que preocuparse. Lady Mantillon la quiere mucho. Rápido. —Ella extendió el brazo y trabajó en los nudos del pelo de Briala—. Querrás lucir bien.

—¿Por qué? —Preguntó Briala, frotándose los pies con un cepillo enjabonado—. Lady Mantillon ni siquiera nos mira.

—Lo haría si estuvieras sucia, —dijo su madre con seguridad, tirando del pelo de Briala.

—¿Podemos arreglarme el pelo para cubrir mis orejas?

Las manos de su madre se pararon.

—¿Madre?

—No, hija. Nunca debes cubrirte las orejas. —La voz de su madre se quedó trabada, luego se contuvo.

—¿Por qué? —Briala retrocedió, luego se dio la vuelta y alzó la mirada—. ¿Me meteré en problemas por tratar de fingir?

—Quizás. —Su madre sonrió de nuevo, pero sus mejillas estaban sonrojadas—. Pero más que eso, tú eres mi hija, Briala. Servimos a un príncipe, y tú sirves a Miss Celene. Ninguno de esos elfos Dalishanos pueden decir eso. Deberías estar orgullosa de quién eres.

Bajo el agua, Briala extendió los dedos de los pies, perforando las algas y buscando terreno sólido.

Al salir del agua, una Briala de veinte años vio al conductor de la diligencia caer con un dardo en su garganta. El agua se deslizaba de sus ropas aceitadas, y no hizo ningún ruido mientras iba hacia el puente bajo. En la oscuridad sin luna, era sólo otra sombra.

Los caballos estaban inquietos, y ella le dio unos golpecitos en el costado para calmarlos, luego abrió una caja que había usado para bloquear el puente y forzar al conductor de la diligencia a detenerse.

Ella cogió su arco y carcaj de la caja, caminó alrededor del lateral de la diligencia, y disparó una flecha a través de la puerta.

Un momento más tarde abrió la puerta y miró dentro.

La flecha le había dado a Lady Mantillon en el abdomen. La herida apenas se notaba contra el vestido grueso borgoña de la anciana, pero su cara era mortalmente pálida.

—Mis disculpas por la presentación poco grácil, —dijo Briala—, pero me temía que sospechaba un ataque, y habría tenido algo preparado si simplemente abría la puerta.

Con una diminuta sonrisa, Lady Mantillon hizo un gesto hacia un estilete diminuto, enjoyado que yacía en el suelo, apenas más que una aguja de coser con una capa de un líquido negro aceitoso por la hoja.

—Tenías razón, Briala.

Briala se sobresaltó, luego se recuperó.

—Así que me recuerda. —Su pelo, recogido y trenzado para apartarlo fuera del camino incluso cuando estaba mojado, goteaba agua fría por su espalda—. Pensé que todos seríamos iguales para usted.

—Recuerdo a la hermosa sirvienta elfa de Celene, que lo observaba todo con cuidado. —La voz de Lady Mantillon era un susurro leve, y Briala se inclinó más cerca para escucharla—. Me preguntaba si Celene habría pasado sus lecciones en las artes bárdicas.

—Lo hizo. —Briala sonrió y sacó su daga—. Mucho mejor para vengar a mis padres.

—Ah. —Lady Mantillon asintió—. Y después de que esté muerta, Briala, ¿qué harás?

Briala se inclinó.

—Volveré con Celene, —dijo ella—, y la convertiré en la mayor emperatriz que Orlais haya visto nunca. Y si alguien trata de utilizarla, de convertirla en alguien como usted, veré que mueran siendo olvidados.

Ella esperaba que las palabras la hirieran, pero Lady Mantillon pareció relajarse en su lugar. La anciana dejó salir un suspiro largo y se recostó, doblándose mientras su respiración se quedaba atrapada. Cuando habló de nuevo, su voz era más fuerte.

—Lamento las muertes de tu familia, Briala. —Ella captó la mirada de Briala y preguntó calmadamente—: ¿Había algo más?

—No. —Briala apuñaló justo como había aprendido, alto entre las costillas, y Lady Mantillon se encogió, asintió una vez, y se quedó quieta.

Mientras su cuerpo se relajaba, un segundo estilete diminuto cayó de su mano y claqueteó contra el suelo de la diligencia. Briala lo miró incrédula.

Lady Mantillon había estado casi con seguridad lo suficientemente cerca como para golpear. La propia Briala se había inclinado para escuchar sus últimas palabras susurradas mejor. Y aún así Lady Mantillon había estado a mano.

Estúpida mujer noble.

Briala salió de la diligencia, luego cortó los arneses de los caballos y golpeó sus flancos. Corrieron hacia la noche, y ella se volvió y caminó de vuelta por el puente bajo.

En los bosques, fuera de la vista del camino, encontró a Felassan yaciendo inmóvil junto a un fuego. Las mantas estaban apiladas junto a la llama viva, y ella las envolvió a su alrededor, captando el calor mientras su mentor estaba quieto, apenas respirando. Un caldero lleno de estofado había sido calentado para ella también, aunque el humo aún olía a las hierbas que había lanzado al fuego para ayudarle a entrar al mundo de los sueños.

Ella finalmente se había calentado lo suficiente como para probar la sopa cuando Felassan abrió los ojos y se incorporó, su respiración acelerándose mientras se levantaba de su sueño mágico.

—¿Cómo fue?

—Mis padres están vengados. —Briala asintió y metió una cuchara en el estofado. La cuchara se sacudió en los dedos, y por mucho que lo intentara, no podía mantenerla quieta. El estofado goteó de la cuchara, y ella pensó en un rastro un charco rojo en el suelo de la sala de lectura y cerró los ojos. Estaba acabado. Ella había acabado.

—Bien. —Él sonrió—. Los nobles orlesianos. No son inmortales, como nuestros antiguos ancestros, pero son bastante difíciles de matar aún así. Bien hecho.

—Gracias. —Briala se llevó la cuchara a la boca, le dio un mordisco, y se dio cuenta de que tenía un hambre voraz. Se forzó a masticar y dejó que el calor se extendiera a través de ella con cada bocado.

—¿Estás segura de que estás preparada para volver? —Preguntó Felassan tras n tiempo—. ¿Estás absolutamente segura de que Celene te recibirá de vuelta en su casa?

Briala pensó en los labios de Celene aplastados contra los suyos, y sintió como se ruborizaba.

—Sí. Ella me recibirá.

—Entonces harás mucho bien para los elfos en el palacio de Val Royeaux, —dijo Felassan, y miró hacia ella—. No dudes de eso, da'len.

—Aún así desearía poder ver a los Dalishanos. —Ella rascó la cuchara contra el fondo del caldero, luego los puso ambos a un lado.

—Lo sé. —Felassan sonrió—. Pero Val Royeaux es adonde se te necesita. Los Dalishanos ayudarán como puedan. Tú puedes ayudar como puedas. Los tatuajes en la cara no te convierten en un auténtico elfo, —añadió él, cuando ella se quedó en silencio—. Siéntete orgullosa de quien eres.

Saliendo del agua, Briala cogió una bocanada de aire.

Para cuando terminó que quitarse la tierra de sus extremidades y limpiar el humo de su pelo, su cuerpo se había adormecido cómodamente. Ella nado, sin pensar en nada, luego alzó la mirada cuando sintió la humedad salpicar su cara. Las nubes grises sobre su cabeza se habían abierto con densas gotas de lluvia mojadas.

Cambió de una llovizna a una lluvia constante mientras nadaba de vuelta a la costa, golpeando sus pies contra las rocas de la costa. La lluvia había empapado su ropa interior, y ella se estremeció cuando se la puso. Se puso las botas, pero cargó con el resto de su armadura en lugar de llevarla puesta mojada.

Había estado en la corte de Celene demasiado tiempo.

Demasiados años siendo llamada «conejo,» demasiados años agachando la cabeza y trabajando desde las sombras. Demasiados años *sintiéndose orgullosa de quién era*, un sentimiento al que podía aferrarse como un leño flotando en un río corriendo. Había mantenido su cabeza por encima del agua, pero nunca se había permitido trazar su propio rumbo.

Lucharía por su gente, porque nadie más lo haría, y que Fen'Harel se llevara a quien fuera que se metiera en su camino.

12

—Empapada y temblando, Celene observó a Briala atravesar el aguacero a través del campamento Dalishano. Briala estaba empapada también, aunque por su pelo relamido por la lluvia, Celene suponía que había ido a bañarse cerca.

Los guardias no habían ofrecido mantas, aunque se habían movido a cubierto. Aunque la mayoría de los Dalishanos se habían retirado a sus carretas o habían levantado toldos de lona para protegerse a ellos mismos y a sus pertenencias de la lluvia, Celene y Ser Michel habían sido abandonados a los elementos.

El campamento había estado en silencio bastante antes de que la lluvia comenzara. El regreso de Michel, y la revelación de que el campamento había sido hipnotizado por la magia del demonio que el Guardián había invocado, había apagado a los Dalishanos. Las canciones y las charlas se habían detenido. El entrenamiento de combate se había vuelto rutinario, perfunctorio. Y en ese triste silencio, Celene había visto más Dalishanos de los que había esperado.

Había menos de cincuenta, se había dado cuenta, y a no ser que hubiera más niños y adolescentes jugando en los bosques, el campamento no crecería en los siguientes años. Cierto, no era más que un clan de muchos, pero por lo que había entendido Celene, los clanes sólo se encontraban raramente, por su propia seguridad. Podría haber sólo un puñado de otros planes en todo Orlais.

Eran el ejército rebelde que Gaspard temía, la esperanza secreta de los elfos que vivían en los suburbios. A Celene le parecía una carga pesada de esperanza y miedo para cargar sobre tan pocos hombros.

La lluvia había empapado las ropas de Celene. Ella estaba acurrucada junto a Michel, ambos tratando de mantener el calor lo mejor que podían. Estaba oscureciendo, aunque la neblina hacía difícil estar seguro de qué hora era.

Briala caminó hacia el campamento como si no sintiera nada, caminando con la gracia confiada de un noble. Ni siquiera miró a los guardias hasta que ellos salieron y la desafiaron. Ella rechazó sus preguntas con una arrogancia casual que hizo sonreír a Celene, luego fue hacia donde ella yacía. Los guardias no parecían seguros de si era una visitante o una compañera prisionera. Ellos se movían extrañamente y se retiraron bajo la cubierta donde podían seguir observando y permanecer secos.

—¿No os han dado refugio? —preguntó Briala, confundida.

—Tienen otras preocupaciones, —dijo Ser Michel, las palabras amortiguadas por su labio partido y su mejilla hinchada, y Briala se encogió cuando vio lo que le había pasado a su cara.

Celene bajó la voz y rápidamente compartió lo que Michel había descubierto acerca de los eluvians. Había entrenado bien a Briala. Para cuando Celene había acabado, Briala estaba asintiendo, sus grandes ojos hermosos encogidos pensando.

—Un viaje rápido por Orlais. Una emboscada allá donde desees. Caminos de suministros que ni siquiera pueden ser encontrados, mucho menos interrumpidos. ¿El

demonio decía que estaba cerrado? —Ella mantuvo su voz baja y se volvió para mirar a Celene, su espalda hacia los guardias, en caso de que trataran de leer la palabra de sus labios.

—No estoy seguro, —dijo Michel—. Él sólo dijo que necesitaban ser despertados.

—Sea lo que sea lo que requiere, —dijo Celene—, algo evita que los Dalishanos lo usen.

—El demonio puede abrir los eluvians, —dijo Michel—, pero los Dalishanos no pueden darle lo que él quiere. Lo que *eso* quiere, más bien. —Sus palabras eran duras, y Celene vio el miedo que ocultaba tras ellas. Su campeón no temería a ningún hombre mortal en combate, pero un monstruo de más allá del Velo era diferente.

Golpearía su orgullo mostrar que ella había visto su miedo, así que lo dejó pasar.

—¿Podemos nosotros darle lo que quiere? —preguntó Briala. Michel asintió sin hablar, y Briala frunció el ceño pensativa. La lluvia se deslizaba por su cara como lágrimas—. Esto podría darnos una ventaja con los Dalishanos. Trabajando juntos, podríamos…

—Bria. —Celene mantuvo su voz baja, manteniendo su tono habitual de autoridad fuera de las palabras—. Los Dalishanos nunca trabajaran con nosotros. Lo he sabido bien hoy. Ahora mismo, están tratando de decidir si entregarnos a Gaspard o matarnos en el acto.

—Pero ellos no… —Briala se detuvo, fuera cual fuera la defensa espirituosa de los Dalishanos había empezado a morir en sus labios. Había pasado tiempo con ellos, supuso Celene, y había aprendido sus propias lecciones infelices acerca de cuánto se preocupaban los Dalishanos por su gente.

—Pasé la tarde hablando con su Guardián, —dijo Celene—. Ofrecí ayudar a los elfos de las elferías. Él dijo que preferiría que todos simplemente muriéramos.

Por un momento, Briala parecía como si fuera a objetar. Luego se detuvo, y su cabeza se hundió con aceptación.

—Michel, —dijo Celene—, denos un momento. —Con un asentimiento, él se arrastró hacia el otro extremo de la carreta, tan lejos como sus ataduras le dejaban moverse. Celene inmediatamente sintió el frío arremolinarse alrededor de ella desde donde él había estado sentado, y se estremeció involuntariamente.

Briala se acercó y envolvió sus brazos alrededor de Celene.

—Celene, —susurró ella.

La lluvia había aplastado su pelo oscuro contra su cara, y su túnica y pantalones estaban empapados y grises. Sus orejas sobresalían a cada lado, la lluvia goteando de sus puntas.

Ella era la criatura más hermosa que Celene había visto nunca.

—Te conozco, Bria. Todo el tiempo que hemos estado juntas, has presionado por tu gente. Me diste la espalda por lo que hice en Halamshiral, y por el Hacedor, no puedo culparte, ya que no me enorgullezco de sacrificar a tu gente para contraatacar a Gaspard.

—Aún temblando mientras la fría lluvia les azotaba, Celene miró a las carretas—. Pero esta *no* es tu gente.

Los brazos de Briala se reafirmaron a su alrededor.

—Lo sé.

—No les importan los elfos de las elferías como a ti. Como deberían.

Celene sintió a Briala estremecerse a su alrededor.

—Lo sé. Y si Michel puede hacer que el demonio despierte a los eluvians, entonces pueden acceder a ayudarnos aún así. El demonio no les ayudará a ellos. Nos *necesitan* a nosotros.

—¿Los necesitamos nosotros a ellos?

Celene sintió a Briala quedarse quieta, luego apartarse de ella. Ella miró a la profundidad de los ojos de Briala sin flaquear.

—¿Harías que los traicionáramos? —preguntó ella. Celene no podía leer nada en su voz.

—La traición implica una confianza rota. Ellos nos han cogido prisioneros, nos han amenazado de muerte, y nos han abandonado en la lluvia. —Celene permitió que su voz temblara por el frío y vio a Briala encogerse ante las palabras—. Dime que te han recibido con los brazos abiertos como una hermana hace tiempo perdida, y no diré más.

Briala cerró los ojos.

—Dime eso, y me alegraré de que mi amor haya encontrado a su gente, incluso aunque mi pecho duela con cada latido que viva sin ti.

—Como el mío, —susurró Briala.

—Entonces quédate conmigo. —Celene extendió sus manos atadas y tocó la fina línea de la mandíbula de Briala, y los ojos de Briala se abrieron—. Ayúdame a volver a Val Royeaux, y golpearé cada ley que limite la libertad de tu gente y te convertiré en una lady. —Celene sonrió—. La Condesa de los Elfos.

Briala suspiró.

—No puedes hacer eso. Los lords…

—Los lords se han enfrentado y temblado y jugado con sus lealtades, y yo estoy harta de aquellos que creen que debo ganarme su lealtad mientras que no me ofrecen nada. Tu gente merece algo mejor. —Celene encontró la mirada de Briala—. Ellos no tienen voz en los Valles para luchar por ellos, como temen nuestros lords y ladies. No son los elfos de Arlathan. Son orlesianos. Son míos. —Ella cogió el hombro de Briala y tiró de ella suavemente—. Así como tú eres mía.

Su beso fue lento pero salvaje, brusco para despertar un sentimiento en unos labios que se habían vuelto azules con el frío. Celene sintió el calor florecer entre ellas mientras las manos de Briala se deslizaban hasta la cintura de Celene y acariciaban su cara, ahora cálidas pese a la lluvia que caía por sus mejillas.

Cuando se separó, Briala estaba ruborizada también.

—Encontraré a Felassan, —dijo ella—: Cuando creemos la distracción, puedes escapar y llegar al demonio.

—¿Se puede confiar en Felassan?

—Eso creo, —dijo Briala—. Puedo ganármelo.

Entonces se levantó y se volvió hacia los guardias.

—Debo hablar con Felassan. ¡Conseguidles una manta, idiotas, a no ser que deseéis que mueran antes de que el Guardián haya acabado con ellos!

Ella se fue caminando con una confianza que Celene sabía que había aprendido de Val Royeaux, y Celene ocultó una sonrisa.

Cuando se hubo ido, se volvió hacia Michel.

—¿Ha oído?

—Creía que quería privacidad, —dijo Michel, en lo que no era del todo una respuesta, mirándola interrogante.

—¿Cómo se siente?

Él forzó una sonrisa.

—Estoy preparado para luchar cuando me necesite, Majestad.

—¿Luchar y ganar?

Él giró sus hombros lentamente, doblándose un poco del dolor.

—Sería más fácil si no me hubiera ordenado dejar que su líder de guerra luchara contra mí con un aliado, —dijo seriamente—, pero lo lograré.

Al igual que el demonio, su campeón necesitaba su orgullo. Ella sonrió y le dejó tenerlo.

—Podría liberarle de esa orden, mi campeón.

—No, no. Los elfos hablarían. Tenemos una reputación que mantener. —Michel sonrió, luego miró a los guardias y bajó la voz—. ¿Cuándo nos movemos?

Celene miró a la lluvia.

—Lo más probable, cuando la gente empiece a morir.

* * *

Briala abandonó el campamento antes de que los guardias decidieran arrestarla, sus manos temblando y su corazón palpitando como el de un conejo corriendo.

Trató de no pensar en los elfos que caminaban libres y felices por la plaza del mercado, en los gentileshombres acabando con sus palizas punitivas cada vez que los elfos se quejaran, en la Capilla aceptando a mujeres elfas en su sacerdocio. Felassan le había dicho mientras cazaban que probar la comida fastidiaba el tiro. Ella lo apartó de su mente y se centró en la tarea entre manos.

Fuera del campamento, ella recuperó su armadura de piel de draco y se la volvió a poner, ignorando el agua que se escurría a través de la ropa interior empapada y el trozo de armadura donde el frío y la lluvia arruinaban un buen ajuste. Luego, preparada para lo que fuera que viniera, se fue de caza.

Briala encontró a Felassan volviendo hacia el campamento desde los bosques. Había estado usando cierta magia sutil, y apenas estaba mojado pese a la lluvia que ahora, en el crepúsculo, caía en un muro casi sólido de agua.

Por un momento, ella no estaba segura. Pero había pensado en todo lo que él había dicho incluso antes de que hablara con Celene, y su memoria nunca le había fallado antes. Si se equivocaba, no tenía ninguna flecha en el carcaj, y en ese momento necesitaba una flecha desesperadamente. Para sí misma, y para su emperatriz.

Probar la comida fastidia el tiro. Ella alzó una mano, y mientras Felassan la veía y asentía, dijo:

—Michel fue sacado del campamento por un demonio que Thelhen invocó. Todo el Clan Virnehn está aterrorizado.

Felassan se rió.

—El Clan Virnehn tiene una visión admirablemente optimista de la magia protectora de su Guardián.

—Lo que están haciendo está mal.

—Difícilmente está *mal*. —Felassan se encogió de hombros—. Al contrario que los magos del Círculo, los Dalishanos no pensamos en los demonios como malvados, sino como animales salvajes, peligrosos si se tratan sin cuidado. —Felassan se encogió de hombros—. Ahora, si hubieras dicho que lo que estaban haciendo era *estúpido*…

—Van a matar a Celene y a Michel.

Felassan se inclinó y arrancó una pequeña planta cuyas hojas húmedas colgaban sin fuerza en la lluvia.

—Hay una pequeña flor que crece en esta parte del bosque. Si se deja florecer y morir por su cuenta, permanece pequeña y de poca consecuencia, pero si es arrancada, toda una hueste de flores saldrá del área de donde fue arrancada. —Él frotó las hojas entre sus dedos—. Siempre me ha encantado la idea de la vida que sólo puede crecer de la violencia.

Briala alzó una ceja.

—¿Es esa la flor?

—No, esta es… —Felassan miró más cerca—. …hierba urticante, en realidad. —Él soltó la planta y se frotó las manos en sus pantalones—. No hay metáforas fascinantes ahí.

Briala no estaba segura de si los Dalishanos eran la flor especial y Celene y Michel eran la hierba urticante, o al revés. La lluvia golpeaba a pequeños golpes de frío por sus brazos, goteando por su pelo, y ella decidió que no le importaba. Estaba cansada de ser la buena elfa de ciudad que pacientemente luchaba por aprender la sabiduría de sus ancianos.

Había visto a sus ancianos. Ellos invocaban demonios y dejaban morir a su gente.

—Voy a rescatar a Celene y a Michel de los Dalishanos, —dijo ella, y Felassan reprimió una risa—. Me gustaría contar con tu ayuda.

—Imagino que te gustaría, *da'len*. ¿Te has percatado de mi encantador *vallaslin*? —Él señaló a su cara, que estaba casi completamente seca pese a la lluvia.

—Una vez me dijiste que esos tatuajes en mi cara no me convertían en una auténtica elfa.

Él tosió.

—Estaba siendo educado.

—Oh, para. —Ella resopló—. Está oscureciendo, y no tengo magia que me mantenga seca en la lluvia. Ambos sabemos que vas a ayudarme.

Felassan era a menudo caprichoso, a veces filosófico, pero muy rara vez aterrador para Briala.

Pero en el silencio después de que sus palabras hubieran caído, Briala sintió una extraña pesadez en el aire, y aunque Felassan sonreía educadamente, no retorcía los tatuajes alrededor de sus ojos como lo habría hecho una auténtica sonrisa, y sus manos se habían quedado quietas, una de ellas metida bajo su capa donde tenía su bastón. Aún se inclinaba contra el árbol, pero una pierna se había movido, el movimiento apenas perceptible, para darle ventaja para patear alejándose del árbol.

Sólo alguien que había pasado su vida entrenando para observar gente, alguien que conocía el humor de Felassan y su lenguaje corporal de años de entrenamiento, habría sabido que estaba preparado para matar si fuera necesario.

—¿Y cómo, *da'len*, sabemos eso? —preguntó, su voz aún ligera y amistosa.

—Porque este no es tu clan, —dijo ella—, y has dejado escapar en una docena de formas diferentes que no te importan, no eres para nada como ellos.

Él dio una patada al árbol, lento y como si nada y aún sonriendo, e inclinó su cabeza, mirándola con interés mientras empezaba a caminar en un lento círculo a su alrededor.

—Continúa.

Briala no se volvió para encarar a Felassan. Su espada le picaba entre los omóplatos, pero no mostró su miedo. Él la había enseñado bien. En su lugar, ella alzó una mano y elevó un dedo.

—Primero, entras en un trance para entrar al mundo de los sueños. Yo pensé que todos los Dalishanos hacían eso, pero vi elfos durmiendo antes en el campamento.

—Sólo los *somniari* pasan por el trance, —dijo Felassan desde detrás de ella—, y sólo los magos son *somniari*. Y no todos los Dalishanos son magos.

—Cierto. —Por un momento, Briala pensó que había dejado de llover. Luego se dio cuenta de que simplemente había dejado de llover a *su* alrededor. Felassan estaba lo suficientemente cerca como para que cualquier magia alrededor de él la envolviera a ella también—. Segundo, cuando pasaste por las estatuas que honraban a los dioses elfos, no las miraste. La mayoría de los miembros del clan se inclinan o hacen una reverencia, pero *todos* ellos miran mientras pasan… todos excepto tú.

—No me has convencido, *da'len*. —Su aliento suspiró en su oreja.

—No necesito convencerte. Si llevo mis sospechas al Clan Virnehn, ¿se volverán en tu contra? ¿Cómo tratan los elfos Dalishanos con los espías?

—En mi experiencia, —dijo él—, ellos pasan varios años debatiendo…

—Tercero. —Ella alzó otro dedo—. Acabas de llamar a los Dalishanos *ellos* en lugar de *nosotros*, como a menudo haces.

Por un momento, no hubo ningún sonido a su alrededor, ninguna lluvia, ningún árbol crujiendo en el viento, ni siquiera el sonido de su propio corazón.

Entonces Felassan sacudió la cabeza y rió.

—Maldición, lo hice, ¿no? —dijo mientras daba la vuelta para encararla.

La lluvia salpicó sobre Briala, sorprendentemente fría pero agradable a la vez.

—No me culpes, *hahren*, —dijo ella, sonriendo—. Tú me hiciste así. No tienes que culpar a nadie salvo a ti mismo cuando te quemas los dedos en el fuego que tú has avivado.

—No he avivado nada, —dijo Felassan, haciendo un gesto desechando sus palabras—. Vi un fuego que ya ardía brillantemente… y se consumiría si no se vigilaba. Yo meramente ofrecí guía.

Ella le tenía ahora, podía decirlo, pero tenía que presionar.

—¿Tu clan sabe mucho más que este?

Felassan suspiró.

—Triste, ¿no es así?

—Triste, y más que un poco implausible. —Ella inclinó su cabeza, deliberadamente imitando el propio lenguaje corporal de Felassan—. ¿Eres siquiera Dalishano?

Felassan dio un paso hacia delante de nuevo, hasta que su cara estaba a centímetros de la suya, y todo lo que podía ver eran sus ojos y los tatuajes a su alrededor.

—¿Quieres saber la respuesta a esa pregunta, *da'len*, o quiere mi ayuda?

Aún estaba lloviendo sobre ella, y Briala pensó que eso significaba que ya no estaba en auténtico peligro, que Felassan no estaba preparando su magia para golpearla hasta matarla si respondía mal. Pero se le ocurrió, mirando a aquellos ojos, que si alguien podía ser tan controlado, tan firmemente preparado, como para mantener sus habilidades mágicas a ralla en aquellas ocasiones en las que estaba auténticamente preparado para matar, sería su mentor.

Como si escuchara sus pensamientos, dijo silenciosamente.

—No era una pregunta retórica.

Ella tragó saliva.

—Quiero tu ayuda, *hahren*.

—Bien. —Y con eso, él le dio un abrazo—. Y porque yo sé que estabas preguntándotelo, *tú* eras la flor. Ahora… —Él retrocedió, y su sonrisa ahora era depredadora pero familiar y segura, al menos para Briala—. …vamos a matar a algunas hierbas urticantes.

* * *

El sol se había puesto no hacía mucho, pero la lluvia continuaba, dejando el campamento Dalishano en sombras húmedas. Los propios Dalishanos se habían retirado a sus carretas, y los elfos con asuntos fuera los atendían con reluctancia, maldiciendo la humedad mientras patrullaban el perímetro o cargaban comida de otra carreta.

Ser Michel lo observaba todo, percatándose de los guardias, las luces en las carretas, todo.

Los guardias le habían dado a Michel y a Celene mantas. La fina tela se había empapado en minutos, envolviendo a Michel en una capa de frío. Celene había tratando de colocar la suya como un toldo improvisado para evitar la lluvia. Michel llevaba la suya. Los guardias habían estado sorprendidos y enfadados cuando lo habían atado, y eso les había vuelto torpes. Bajo la manta, él trabajaba a buen ritmo en los nudos y esperaba la distracción.

No había hecho un plan, porque sólo tenía la más vaga idea de lo que Briala y Felassan harían, y un plan diseñado con una información tan escasa sólo perturbaría sus acciones. Un gentilhombre sabía cuándo anticiparse y cuándo simplemente reaccionar, confiar en instintos cultivados a través de años de entrenamiento.

Tanto la bolsa de lona con su armadura y la armadura de cuero robada que Celene había llevado estaban junto a la carreta del líder de guerra, bajo un toldo de lona que las protegía de la lluvia. Sus armas estaban allí también.

Había tres guardias a la vista, y todos ellos alcanzarían a Michel antes de que él alcanzara su espada. Retorció su brazo y tiró, la piel resbaladiza por la lluvia deslizándose dolorosamente a través de las ataduras, y luego estaba libre y preparado para lo que fuera que hiciera Felassan.

La lluvia pareció aminorar un momento, deteniéndose como si no estuviera segura de sí misma. Esa fue la única advertencia que tuvo el campamento antes de que enormes rayos de relámpago desgarraran desde la tormenta y destrozaran el silencio. Un rayo partió un árbol en el límite del campamento. Michel ni siquiera pudo oír el crujido de la madera destrozada mientras un trueno estruendoso sacudía las carretas y hacía temblar sus dientes.

—¿Michel? —preguntó Celene mientras los Dalishanos gritaban y corrían. Por el campamento, Michel vio al Guardián saltar de su carreta y correr hacia los bosques, su bastón una ascua roja en la oscuridad.

Otro rayo rugió desde el cielo, y una de las grandes carretas se prendió fuego. Alguien dentro gritó.

—Un momento, Majestad. —Tres guardias, y Michel no tenía armadura y ningún arma salvo una manta.

Él se levantó, manteniendo la manta sobre la parte delantera de su cuerpo, y caminó hacia ellos.

Los guardias estaban mirando a la carreta ardiendo y no le vieron venir hasta que casi estaba allí. Entonces el primer guardia miró hacia él, lo vio, y se volvió para alzar un grito.

Michel lanzó la manta empapada hacia su cara, le pateó en la rodilla, golpeó la manta alrededor de la parte trasera de la cabeza y aplastó su rodilla contra la cara atrapada del guardia.

Quedaban dos, y aunque se había movido rápido, los Dalishanos estaban bien entrenados, y ya estaban volviéndose y desenvainando sus espadas.

Michel dejó que el primer guardia cayera y sostuvo la manta por su cuerpo como un escudo.

Los gentileshombres *preferían* luchar con armadura. Tener un juego de armadura era una señal de riqueza y nobleza, y contrariamente a las bromas de los bardos, un guerrero entrenado aún podía moverse rápida y grácilmente en una armadura pesada, siempre que la armadura ajustara bien.

Sin embargo, cualquier grupo que deseara mantener su reputación de producir los mayores guerreros en Thedas tenía que estar preparado para enfrentarse a luchadores que preferían otros estilos.

Como, por ejemplo, los duelistas de Antiva o Rivain, que luchaban con sus hojas ligeras y a menudo no llevaban armadura salvo sus capas.

El guardia a la derecha apuñaló hacia él. Michel retorció la manta, atrapó la espada, dio un codazo contra la cara del guardia, *cogió* la espada, y cortó la garganta del guardia mientras se alejaba.

El guardia a la izquierda palideció, luego gritó y llegó con fuerza con un corte alto. Michel se agachó, giró la manta para que cegara la cara del guardia, y luego empujó *a través* de ella, dándole un puñetazo a la armadura de corteza de hierro y clavándole a una carreta.

Michel sacó la espada de nuevo, a través de carne, armadura, y manta, y luego la lanzó la manta a un lado. Agarró la espada del guardia muerto para su mano izquierda, camino de vuelta hasta Celene, y cortó sus ataduras.

—Emperatriz, si llega al camino, estaré con usted en un momento. —Él hizo un gesto a la carreta del líder de guerra—. Sólo necesitaré recuperar nuestro equipo.

—Ve con el Hacedor, Ser Michel, —dijo Celene mientras se levantaba.

Michel asintió y caminó a través del aguacero y los rayos sonando por el campamento Dalishano, pasando los fuegos empapados y humeantes y hacia la carreta de guerra donde esperaba su equipo. Sus muñecas le ardían de librarse de las cuerdas, y sus labios y costillas aún tenían las magulladuras de la paliza de los Dalishanos, pero estaba más que preparado.

Había sido educado. Había limitado sus insultos, como Felassan le había pedido. A cambio, los Dalishanos le habían atacado, le habían insultado, y le habían sometido a la desagradable magia de los demonios.

Ser Michel de Chevin estaba preparado para demostrar a los Dalishanos lo que podía hacer un gentilhombre orlesiano.

Un guerrero salió de la carreta mientras se acercaba a ella, una silueta contra la luz de las velas dentro, y Michel apuñaló sin vacilar y acabó con el elfo. Mientras caía, otro

guerrero gritó desde dentro, y Michel bloqueó un par de golpes rápidos mientras el segundo guerrero salía de la carreta.

Era el guerrero que había entrenado a los niños. Aunque era poco más que una forma oscura en el aguacero, Michel podía saberlo por los movimientos del elfo. Atacaba bien, con fuertes golpes rápidos que Michel apenas podía ver en el crepúsculo.

Entonces el guerrero elfo cortó, y Michel se hizo a un lado. El guerrero se movió para enfrentarle, y sus pies se deslizaron en el suelo embarrado, al igual que Michel había visto antes ese día.

Con un salto rápido, Michel chocó contra el guerrero y enfrentó las espadas. El guerrero se tambaleó, se desequilibró y su pie se resbaló. Con su espada izquierda, Michel cortó y perforó el músculo y el hueso. Con una sacudida corta, rápida, Michel golpeó con la empuñadura de su espada derecha la cara del guerrero, apagando el grito del elfo, luego retrocedió y acabó con él misericordiosamente con un corte rápido que abrió su garganta.

Michel esperó, pero ningún otro guerrero salió de la carreta, y los elfos alrededor del campamento se estaban moviendo frenéticamente para acabar con las llamas. Nadie más se había percatado aún de él.

Se aseguró de que sus armas y escudo estuvieran preparados, en caso de que fuera interrumpido. Entonces se colocó su armadura rápida y eficientemente, ignorando la incomodidad de su ropa interior mojada. Cuando acabó, agarró la armadura y armas de Celene también y caminó por el campamento Dalishano.

Michel había pasado la última carreta y estaba casi en el camino cuando un rayo de una luz azul resplandeció hacia él desde la izquierda. Apenas lo vio venir y se agachó a un lado, pero le dio en las costillas, un frío adormecedor que le dolió incluso a través de su armadura. Dejó caer el equipo de Celene y se volvió hacia donde el rayo había sido disparado.

La aprendiz del Guardián, la chica elfa que había ayudado a Celene, estaba con su bastón brillante apuntando hacia él, y las gotas de lluvia que caían a su alrededor chisporroteaban mientras se convertían en granizo. Ante el balbuceante brillo blanco de su bastón, su cara estaba retorcida con miedo e ira.

Con un grito, Michel alzó su espada y escudo y corrió hacia ella. Ella flaqueó, bajó la mirada a su bastón y luego de nuevo a él, y lanzó otro rayo de fría energía chisporroteante. Esta vez Michel lo recibió con el escudo, y el metal chirrió, protestando contra el frío antinatural.

Michel estaba casi sobre ella cuando un grito vino del camino a su derecha, y él se volvió justo a tiempo de bloquear un golpe feroz. Paró la espada con su escudo, pero no tuvo tiempo de contraatacar mientras una figura con armadura chocaba contra él y le tiraba de espaldas.

—Bien, —dijo el líder de guerra elfo mientras Michel se tambaleaba y luego recuperaba su equilibrio—. Tienes tu armadura. Quiero ver al gentilhombre *shemlen* en

su auge. —Él se lanzó de nuevo, y Michel recibió el golpe con su escudo y se tambaleó hacia atrás mientras el líder de guerra pateaba hacia su rodilla.

—Por el insulto que has hecho a mi emperatriz, —dijo Michel—, tu vida está acabada. —Él cortó, y el líder de guerra recibió el golpe con su propio escudo. Michel vio la patada venir esta vez y golpeó con su escudo hacia abajo con fuerza, llevando el borde a la pierna con armadura del líder de guerra.

El líder de guerra apuñaló alto, tomando ventaja del escudo bajo de Michel, y Michel tuvo que bloquear, luego se tambaleó mientras el escudo del líder de guerra golpeaba su lateral.

—¿Y qué hay del insulto hacia ti, *shemlen*?

Michel empezó a responder, pero la sanadora lanzó otra explosión de aire frígido que atravesó su escudo, y el frío se hundió como una pica en su latera, robándole el aliento. Se tambaleó hacia atrás, jadeando.

—Mihris, ahorra tus fuerzas, —gritó el líder de guerra—. Le tengo.

Él se movió, golpeó a un lado el escudo de Michel, y golpeó con fuerza. El golpe se deslizó por la armadura de Michel, luego le dio y se deslizó a través justo bajo sus costillas.

Y por un diminuto momento, justo como Michel había supuesto, el líder de guerra se detuvo para admirar su golpe.

—No me tienes. —La espada de Michel cortó hacia arriba por el interior del brazo de la espada del líder de guerra. Con un jadeo de dolor, el líder de guerra perdió el agarre de su espada, y Michel aplastó su escudo contra la cara del otro hombre, tiró de su escudo hacia el lateral, y luego bajó con un corte brutal que cortó a través de la armadura y aplastó el cuello del líder de guerra. El hombre cayó al suelo, retorciéndose—. No me insultaste cuando me llamaste *shemlen*, orejas de punta. —El último golpe de Michel atravesó la armadura de corteza de hierro del líder de guerra y limpiamente atravesó su corazón—. Y luché contra ti con uno de tus aliados, justo como mi emperatriz me pidió.

Michel siguió moviéndose mientras el líder de guerra se sacudía y moría, ignorando el dolor caliente justo bajo sus costillas. Había aprendido los diferentes tipos de dolor en su entrenamiento. Este le mataría en un par de días, pero no dejaría que le ralentizara esta noche.

Girando, golpeó su escudo contra el bastón de la sanadora, y el disparo que ella había estado apuntando resplandeció hacia los árboles, dejando un rastro de escarcha cayendo a su paso. La espada de Michel bajó y golpeó el bastón fuera de sus manos.

—Por favor, —dijo la chica, tambaleándose hacia atrás—. Por favor, no.

—Me habrías matado. —Michel alzó su espada.

Ella cerró los ojos.

—Mataste al hombre que amaba, antes en el campamento.

—¿Uno de los guardias? —Michel se preguntaba si habría sido el más joven, aquel cuya espada había cogido después de abrir la garganta del hombre—. Él también me habría matado. Y tú eres una apóstata. Una maga fuera del Círculo.

La chica abrió los ojos. La lluvia manchaba su cara. Michel no podía decir si estaba llorando.

—Estoy indefensa, *shemlen*. ¿Dónde está tu honor de gentilhombre?

—Aquí, —dijo Michel, e hizo caer su espada.

Comprobó su lateral. La armadura podía ser reparada, aunque un fuerte golpe atravesaría la armadura hasta entonces. La herida le dolía. Sus instructores le habrían dicho que se quitara la armadura y la atendiera, pero también le habrían dicho que el deber llegaba primero. Su emperatriz le necesitaba.

Michel se comprometió al hacer un par de movimientos de *Probar la Hoja*, una serie de estiramientos que un luchador listo podía usar para encontrar músculos torcidos o ligamentos forzados que su propia tolerancia al dolor ya habría rechazado como inconsecuentes. Tras un par de movimientos, decidió que su lateral podía esperar. La herida sangraría, pero el líder de guerra no había encontrado órganos vitales con lo que resultó haber sido su golpe mortal.

Encontró a su emperatriz en el camino hacia el círculo del demonio. Celene salió de los árboles, y sólo su pálida piel detuvo a Michel de alzar su espada contra otro ataque.

—Emperatriz, —dijo con alivio—. Sus armas y armadura.

—Gracias, Michel. —Celene extendió sus brazos, y Michel rápidamente ató su armadura y apretó las hebillas.

Casi había acabado cuando Briala y Felassan salieron de los árboles. Felassan se inclinaba con pesadez sobre su bastón, y Briala tenía su arco fuera.

—¿Algún problema? —preguntó ella.

—Nada inesperado. —Michel terminó de atar a Celene su armadura y se irguió—. ¿Y vosotros?

—Evadimos un par de sus exploradores, —dijo Briala—, y Felassan dificultó la vida a su Guardián.

—Entonces corramos, —dijo Celene.

Michel les llevó bajando la colina. Incluso en la oscuridad, apenas capaz de atisbar el camino en la lluvia y la oscuridad, sus pies parecían conocer el camino con naturalidad.

En el pequeño bol en la base de la colina, las piedras brillaban con magia, su luz lo suficientemente brillante como para forzar a Michel a encoger los ojos. Y dentro del círculo de piedras, donde el demonio estaba con su capa negra, perfectamente iluminado, ni una gota de lluvia caía.

—Ser Michel, —dijo él, sonriendo mientras Michel bajaba hacia el hueco—. Y has traído amigos. ¿Alguno de ellos es para nuestro… —Él vaciló, luego miró a Michel y dijo delicadamente—, …acuerdo?

—Imshael, —dijo Felassan. Sonaba impresionado.

—Hola, Flecha Lenta. —El demonio sonrió—. Ha pasado algún tiempo. ¿Cómo te ha ido?

—Oh, ya sabes.

—Quiero que despiertes a los eluvians, —dijo Michel.

Imshael parpadeó.

—Eso no era lo que yo…

—Despierta a los eluvians, —dijo Michel, y alzó su espada—, o aplastaré las runas en estas piedras. Antes hoy, dejaste escapar que eso te heriría.

—Bueno, hay dolor, y luego… —Imshael dejó de hablar—. ¿Por qué querrías *tú* los eluvians?

—Sugiero que hagas lo que él dice, demonio, —dijo Celene tras Michel.

—¡Espíritu! —dijo Imshael exasperado—. ¿Cuántas veces tengo que…? ¡Vale, vale! Queréis los eluvians. —Él miró a Michel buscando—. Ah, para tu emperatriz, para que pueda colar asesinos por todo el imperio y parar a Gaspard sin que nadie se enterara. ¿Y tú me darás lo que yo quiero?

Sin vacilar, Michel alzó su mano, aún roja con la sangre de la herida que había recibido luchando contra el líder de guerra.

—Haré lo que debo.

Imshael encogió los ojos, luego sonrió.

—Suficientemente bien. Entonces tenemos un trato. —Él presionó sus manos juntas, y unos zarcillos de luz roja brillaron de entre sus dedos. Cuando separó sus manos, sostenía un rubí del tamaño del puño de un niño—. La piedra angular, —dijo él—. Despertará al espejo más cercano a ti. Una vez que lo atravieses, permanece en el camino, y encontrarás tu camino hacia los cruces. Desde allí, deja que la piedra angular te guíe. Te apuntará hacia una cámara donde encontrarás un pedestal que carezca de tal gema. Coloca la gema, susurra cualquier cosa que quieras, y todos los eluvians se despertarán, listos para usarlos. —Él sonrió—. Pero sólo para aquellos que susurren la misma frase. Magia antigua. Dejemos que entren los honorables guardias, mantengamos a los ladrones de tumbas fuera.

—¿Eso es todo? —preguntó Celene.

Imshael sonrió.

—Eso es todo. Oh, puede que encontréis un par de problemas de camino a la cámara central, pero estoy seguro de que no es nada que la Emperatriz de Orlais no pueda manejar. —Él giró el rubí a través de sus dedos, luego lo colocó en el suelo, se alejó, e hizo un gesto hacia él invitándoles—. Ahora, entonces, es vuestro… tan pronto como yo tenga lo que quiero.

—Hecho, —dijo Michel.

Con un gruñido, golpeó la empuñadura de su espada contra la runa brillante de la piedra más cercana.

—¡Ey! —Gritó Imshael—. ¡Teníamos un trato! ¡Hiciste una elección! —Él se lanzó hacia el rubí.

Michel hizo caer su empuñadura una vez más con toda la fuerza que podía soportar, y la runa se partió y siseó, luego se volvió oscura. Todo alrededor del círculo, las piedras se destrozaron como cristal estallando.

El demonio dejó salir un grito sobrenatural y cayó de rodillas, aferrándose a su pecho. El aire a su alrededor chisporroteó de luz roja, y él se envolvió y se retorció sobre sí mismo, como si no fuera sino un reflejo en un lago, y alguien hubiera dejado caer una piedra en el agua.

—¿Has acabado *ya*? —preguntó Felassan, poniendo sus ojos en blanco.

Y con un diminuto relámpago, la luz se desvaneció, e Imshael se levantó.

La hierba donde estaba arrodillado mostraba huellas.

—Gracias, sí, eso creo, —dijo Imshael, y salió del círculo.

Michel sintió el lento temor acuciante reptar por su cuello y tensar su mandíbula.

—Se suponía que debías morir.

Imshael bajó la mirada hacia sí mismo, luego de nuevo a Michel.

—Entonces esto debe ser muy decepcionante para ti.

—En realidad, el *elgar'arla*, la trampa de espíritus, era lo que le retenía, —dijo Felassan—. Por referencia, esa sería la roca que acabas de destruir.

Michel se volvió hacia Felassan, sus manos temblando.

—¿Tú lo sabías?

—¿Y le permitiste liberarse? —preguntó Briala.

—Bueno, pensad en la alternativa, —dijo Imshael mientras caminaba hacia ellos. El aire alrededor de Michel parecía convertirse en acero, y él cayó de rodillas, jadeando. Briala y Celene habían caído también. Sólo Felassan parecía no ser afectado—. Si *realmente* hubieras aceptado mi trato, entonces te habría poseído. Celene habría perdido a su campeón, y vuestra pequeña banda alegre no habría sobrevivido a los eluvians. Tal y como están las cosas, todo el mundo tiene lo que quiere.

Michel luchó por ponerse de nuevo en pie.

—Pero tú dijiste…

Imshael alzó una ceja.

—Sí, yo *dije* que deberías olvidarte de los eluvians, y tú te fijaste en ellos. Dije que deberías aceptar mi trato y evitar dañar las piedras, y tú volviste y las destruiste. —Él sonrió y se acercó—. Hiciste *precisamente* lo opuesto a lo que te pedí, Ser Michel de Chevin. Y ahora, por las *elecciones* completamente predecibles que has hecho, has liberado a un… espíritu… sobre tu imperio.

Michel alzó su espada, e Imshael le lanzó una mirada. El aire alrededor de Michel se tensó de nuevo, y su espada se deslizó de sus dedos sin nervio.

—¿El eluvian más cercano? —preguntó Felassan.

—A un par de cientos de yardas en esa dirección, en medio de tres peñascos de aspecto cuadrado. —Señaló Imshael—. No puedes perderlo. No os olvidéis de la piedra angular.

—Aprécialo. —Felassan asintió—. Diviértete.

—Normalmente lo hago. —Imshael tensó su capa y empezó a caminar por el camino hacia el campamento Dalishano.

Por un momento, los cuatro en el claro estuvieron en silencio. Luego el aire llenó los pulmones de Michel de nuevo, y él tomó un par de respiraciones estremecedoras y volvió a ponerse en pie.

El demonio habría hablado educadamente, bromeado, contado chistes, pero aún era un demonio. Y Michel lo había liberado sobre el mundo. Él tosió, tratando de despejar el recuerdo de esa sofocante vise envuelta alrededor de sus pulmones.

—¿Hay algo que hacer respecto a él? —preguntó Celene, aún de rodillas.

—Ciertamente. —Felassan hizo un gesto en la dirección que Imshael había ido—. Ve a por él. Ve cómo acabas. —Ante la mirada de Celene, él suspiró—. Por ahora, a él sólo le importan los Dalishanos. Si le acosáramos, él vería cuál de nosotros hace más ruido cuando nos desgarra la piel.

—Entonces lo merecemos. —Michel bajó la mirada, los nudillos adoloridos por el agarre en la empuñadura de su espada—. Debemos matarle, o mandarle de vuelta al Velo, o…

—O recuperar Orlais, —terminó Briala.

Celene se puso irregularmente en pie y se tambaleó hacia el círculo de piedra. Ella cogió el rubí, tosiendo, y se irguió como si sostenerlo le hubiera dado fuerzas. Cuando Michel encontró su mirada, era como si su cara estuviera tallada en mármol.

—Recuperamos Orlais, —dijo ella—. Vamos. Que los Dalishanos se encarguen del demonio que ellos invocaron.

Abandonaron el claro y volvieron a entrar en la oscuridad y la lluvia.

13

Celene miró los tres peñascos cuadrados, formas tenues brillando verdes y húmedas en la lluvia ante la luz del bastón de Felassan.

En el centro del círculo que formaban los peñascos, la tierra se había abierto.

Ella estaba congelada, empapada, aún herida de cuando se había golpeado la cabeza huyendo de los sylvanos. Pero mientras encogía los ojos hacia el agujero, se sintió sonreír.

—Pasar a través de los eluvians. —Felassan sacudió la cabeza. A la luz verde de su bastón, de repente parecía muy joven—. O los pocos de ellos que quedan, supongo.

—¿Es seguro? —preguntó Briala. Ella estaba junto a Celene, y mientras hablaba, su mano reptó hacia la de Celene. Incluso a través de sus suaves guantes de cuero, Celene podía sentir el calor.

—En absoluto, —dijo Felassan con una sonrisa.

—Explícate, —dijo Celene tras un momento cuando el mentor de Briala se quedó en silencio.

—Los eluvians fueron sellados hace siglos, —dijo Felassan, y dirigió la cabeza de su bastón hacia el agujero. Mientras la luz verde iluminaba los laterales, Celene vio que tras quizás un pie de tierra, las paredes eran de piedra, lisas como su palacio en Val Royeaux y grabadas con runas que brillaban cuando captaban la luz—. Conectan todo Orlais, y más allá. Originariamente fueron construidos en muchos lugares diferentes, pero sospecho que pocos salones élficos de gobierno o mercados de comercio hayan sobrevivido. Los eluvians que aún funcionan probablemente son aquellos que residen en las tumbas de los grandes líderes del imperio élfico. Los gobernantes, los guerreros… los magos.

—Trampas, entonces, —dijo Michel. El campeón de Celene aún tenía fuera su espada, y miró alrededor en busca de enemigos mientras hablaba. Su cara podía haber sido tallada en la misma piedra de las paredes del pasadizo—. Para frenar a los ladrones.

Felassan asintió, y Celene se volvió hacia Briala.

—¿Puedes ver lo que puedes encontrarte?

Briala sonrió torciendo la cabeza.

—No sé si los antiguos elfos usaban las mismas trampas que nosotros, —dijo ella, pero dejó ir la mano de Celene y reptó hacia el agujero—. ¿Felassan?

—Por supuesto, *da'len*. —Él cerró los ojos y se tensó, y un momento después, la luz resplandeció de su bastón, convirtiendo la noche en día en el claro a su alrededor.

Celene parpadeó, sus ojos aguándose con el dolor del brillo repentino. Mientras se ajustaban, lentamente, ella tuvo que reprimir una mueca. Briala, arrodillada en el suelo junto al agujero, estaba sucia y desaliñada. Ser Michel, su campeón, tenía abolladuras y arañazos en su armadura y escudo, y su cara estaba pálida y manchada de sangre. Incluso Felassan parecía exhausto tras los tatuajes en su cara, aunque él de algún modo

permanecía intacto por la lluvia. Sólo podía imaginarse cómo se veía ella misma… sin lavar, herida y llevando una armadura robada de dos hombres muertos.

—Placas de presión, —dijo Briala silenciosamente mientras bajaba hacia el agujero con los pies por delante. Se deslizó fuera de la vista, y Celene sintió su corazón palpitar por un momento. Luego la cabeza de Briala se alzó de nuevo, cansada pero sonriente—. Lo tengo. Supongo que *sí* las hacían muy similares a las nuestras.

—Esa debería ser la única, —dijo Felassan—, aunque querremos comprobar periódicamente. —Él dejó escapar un suspiro, y la luz de su bastón se atenuó hasta su resplandor normal. Sin esperar, caminó hacia el agujero, cogiendo la mano de Briala mientras bajaba.

Michel asintió hacia Celene, y ella siguió a Felassan, parpadeando ahora ante la oscuridad repentina que tenía imágenes persistentes jugando ante la oscuridad lluviosa ante ella.

Era una escalera, vio Celene mientras sus ojos se ajustaban, con el primer juego cerca de cuatro pies abajo. Ella bajó, doblándose ante el repentino mareo, y sintió la mano de Briala sobre su hombro, reconfortándola mientras bajaba.

—Gracias, —dijo Celene, sonriendo, y Briala le dio una diminuta sonrisa en respuesta.

Ella siguió a Briala y a Felassan por las escaleras, con Michel tras ella, su armadura sonando con cada preciso paso. En unos momentos, el cielo nocturno se había ido, reemplazado por piedra.

Las escaleras se ampliaron mientras bajaban, hasta que los cuatro pudieron cómodamente caminar separados. Las propias escaleras eran ligeramente más largas de lo normal. Requería sólo un poco más del paso normal cubrir un único escalón, pero no lo suficiente para dos, y Celene se encontró acomodándose en un extraño ritmo, dando dos pasos cortos y luego uno largo. Le hacía pensar en las danzas escritas en la forma de tres ritmos, y tuvo que esforzarse para no tararear.

—Estos escalones tienen un tamaño extraño, —dijo Briala delante de ella.

—Quizás una vez fuimos más altos, —dijo Felassan con una sonrisa entre dientes. Celene no estaba segura de si estaba hablando en serio o no.

—Ahora que tenemos tiempo, —dijo Celene a Felassan mientras caminaban—, dinos cómo funcionará esto.

—Milagrosamente, —dijo Felassan sin detenerse.

Celene le lanzó una mirada.

—¿Caminamos a través de uno de esos espejos mágicos como si fuera una puerta, y somos transportados por magia a Val Royeaux?

—Ah. No. —Felassan se mordió el labio, ausentemente moviendo su mano por las runas en la pared—. Los eluvians… los espejos… nos llevarán a otra tierra. En tiempos antiguos, unos caminos llevaban a los elfos a través de esa otra tierra, de eluvian a eluvian. Esperanzadamente los caminos permanecerán.

—¿Esperanzadamente? —preguntó Michel, mirándole.

—Ha pasado un tiempo.

—Así que cualquier parte donde está colocado un eluvian, —dijo Briala lentamente—, es como el distrito de una ciudad. La otra tierra con los caminos es la calle, y queremos encontrar la plaza central de la ciudad, desde la cual podemos ir a cualquier parte que deseemos.

—Algo como eso. —Felassan sonrió—. Sólo que menos urbano. Debemos encontrar primero la cámara central que mencionó el demonio. Eso nos hará despertar cualquier eluvian que deseemos, sin el rubí del demonio. Entonces, esperanzadamente, localizamos un eluvian en alguna parte cerca de la cuna de tu imperio, y tú sales caminando y reclamas tu trono.

Celene asintió. No lo entendía, o al menos no tanto como le habría gustado, pero Felassan parecía tener un plan.

Ella suponía que había cerca de una hora antes de que las escaleras terminaran en una cámara del tamaño de un pequeño comedor. Mientras alcanzaban el fondo, Felassan se detuvo e hizo un gesto hacia Briala, y ella caminó hacia delante y buscó en la base de las escaleras.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Celene, bajando la mirada hacia la cámara. Estantes de piedra perfilaban la pared, con un par de frascos pequeños aquí y allí, y lo que parecían botellas de perfume. Grandes tubos de metal, perfilados con las mismas runas de la pared, estaban colocados en el suelo, cerca de palés de piedra que eran cada uno lo suficientemente grandes como para ser un altar.

La sala terminaba abruptamente en una pared de forma irregular que Celene se dio cuenta tras un momento que era basura. Botellas y tubos que habían sido volcados, y los palés de piedra en ese lado de la habitación estaban medio cubiertos y agrietados.

—¿Excavaciones? —preguntó Michel.

—Dudo que lo diseñaran de esa forma, gentilhombre, —dijo Felassan—. Afortunadamente, el tiempo no ha borrado lo que buscamos. —Él hizo un gesto con su bastón, y la luz resplandeció, lo suficientemente brillante como para iluminar el otro lado de la habitación.

Al principio Celene pensó que estaba mirando a una entrada, por ornamentada que estuviera decorad. Grandes estatuas de guerreros con orejas de elfo puntiagudas se erguían, talladas en armaduras que habrían sido dignas de gentileshombres. Flanqueaban un gran plano de cristal azul grisáceo que se arqueaba hasta un punto en la parte superior. Alrededor de todo el espejo, grabados en piedra se retorcían y torcían en un patrón que hacía que a Celene le dolieran los ojos mientras trataba de seguir las líneas.

—Esto debe haber sido una cámara funeraria, —dijo Felassan, rompiendo el silencio—. Trajeron al muerto aquí con toda la pompa que esperarías. Camas con sábanas de satén, cojines acolchados, todo eso. Entonces el muerto sería lavado, y los magos quemarían los tejidos internos. —Él miró a la distancia, sonriendo—. Aquellos que habían entrado en *uthenara*, el sueño eterno, serían limpiados y atendidos por sirvientes

de forma que ningún dolor oculto los retuviera en este mundo, luego eran bañados en aceites aromatizados para darles la chispa de sabiduría en su viaje.

Briala se irguió.

—Otra placa de presión. Muy antigua, muy sensible, pero creo que está a salvo ahora.

—Bien. —Felassan bajó a la cámara—. Sugiero que antes de caminar a través del espejo mágico antiguo a otro mundo, durmamos algo. Dudo que seamos molestados aquí.

Celene y Briala le siguieron, con Michel llegando a la cámara el último. Celene vio a Felassan moverse de estante a estante, extendiendo el brazo pero sin tocar nunca los cacharros. Briala estaba examinando una de las tuberías de agua, y Celene llegó a ella y suavemente tocó sus hombros.

Era más un gesto que un toque real, dada la armadura de Briala, pero por sólo un momento, Celene pudo imaginar que estaba de vuelta en sus aposentos en Val Royeaux, y Briala se había colado a través del pasadizo secreto, un espíritu pálido y hermoso a la luz de la luna.

—Cuando volvamos a casa, —murmuró Celene a su oído—, tomaremos un largo baño caliente juntas.

Briala apagó una risa y se inclinó hacia atrás contra Celene.

—He echado de menos enormemente la oportunidad de… estar limpia. —Ella olía a sudor y a cuero, y Celene la quería igualmente—. Aunque Felassan dijera que estos eran baños ceremoniales. Sería de un mal gusto terrible.

Celene bajó la mirada a la tubería de agua, y algo en ella se sentía mal. Si eran las runas grabadas en el metal o los ángulos bruscos y esquinas, algo en su forma decía que no estaba hecho para ella.

—Sí, —dijo ella—. Será mejor evitarlos.

—Es una pena, aún así, —dijo Briala suavemente—. Son hermosos. No creo que haya visto nunca nada así. —Ella se dio la vuelta, lo suficientemente cerca como para que sus narices se frotaran mientras susurraba—: Y algún día, majestad, cuando los elfos sean libres, podremos tener esto de nuevo.

Celene cerró los ojos, apartando lo erróneo del baño y la habitación.

—Algún día, —dijo Celene, y tiró de ella para darle un beso.

* * *

—¿Qué quiere decir, —dijo Gaspard con una paciencia que no sentía—, con que los árboles están atacando?

Había presionado a sus exploradores, siguiendo el rastro hacia el sur pasando una pequeña aldea de campesinos hacia los Valles. Había ofrecido un generoso elogio y buenas comidas cada noche, ladrado órdenes y resoplado ante los retrasos cada día. Era como él trataba con perros, caballos y hombres, y siempre obtenía resultados.

Habían rastreado a Celene y habían ganado terreno sobre ella, hasta donde podían decir los exploradores. Con el aguacero de la última noche, Gaspard sabía que el rastro sería más difícil de seguir.

Ahora, a la gris luz de la mañana, uno de los exploradores estaba ante él, obviamente aterrorizado, con arañazos en su cara y brazos, diciéndole que las cosas estaban incluso peor de lo que las había imaginado.

—Cobraron vida, mi lord, —dijo el explorador. Para su crédito, su voz era firme—. Algún tipo de magia. Estábamos siguiendo el rastro, y vimos señales de batalla con algún tipo de bestia. Entonces los árboles se movieron. Mataron a los hombres ante mí.

Gaspard gruñó, luego se volvió en la silla de montar para encarar al resto de sus caballeros.

—¡Traigan aquí a Lienne!

Remache cabalgó en su lugar, su podenco resoplando un saludo mientras se detenía junto al caballo de Gaspard.

—¿Hay algún problema?

Gaspard bajó la mirada a su explorador y vio un pequeño rastro de sangre fluyendo por el lateral de la cara del hombre.

—Consiga algo para adecentarse, —ordenó, y el explorador se inclinó y se fue corriendo. Gaspard de volvió hacia Remache—. Dice que los árboles atacaron a su grupo.

Remache apretó sus labios.

—Interesante.

—Esperaba que se mofara de los cuentos de los soldados plebeyos, —dijo Gaspard, alzando una ceja.

Remache sonrió.

—Eso es ciertamente posible, mi lord, pero recuerde que no estamos demasiado lejos de Lydes. Y he oído a los campesinos rogar a mis gentileshombres ayuda contra las cosas en el bosque. A menudo es cerca del lugar de una batalla, donde los muertos descansan inquietos.

—Los muertos, —dijo Lienne de Montsimmard—, no hacen esas cosas. —Ella montaba una pequeña yegua negra que caminaba tan silenciosamente que Gaspard ni siquiera se había percatado de que se aproximaba a través de la húmeda hierba.

—¿Y las historias de los cuerpos levantándose y alzándose en armas contra los vivos? —preguntó Remache.

—Espíritus. —Lienne hizo un gesto al bosque de delante, inclinándose en la silla de montar. Por todos los Valles, grandes batallas tuvieron lugar una vez. Piense en toda la ira, toda la muerte. Piense en la adrenalina de la batalla mientras corta a los hombres, mi lord. Mientras siente sus vidas empapar la hierba porque usted les superó.

Gaspard asintió.

—Sí, Lienne, ¿qué pasa con eso?

Ella sonrió.

—Los espíritus se reúnen alrededor de esa violencia como polillas alrededor de una lámpara, presionando para mirar más de cerca, hasta que el Velo entre este mundo y el Velo se hace delgado. Donde se rompe, los espíritus entran, desesperados por probar lo que los mortales dan por sentado. —Su mirada se volvió distante—. Los débiles poseen algo que no pueda resistirse, como un cuerpo… y mientras los espíritus reviven las batallas de las cuales una vez fueron testigos, imitando lo que creen que es la vida, nosotros los mortales sólo vemos un cuerpo levantarse y atacar.

—¿Qué hay acerca de los árboles? —Preguntó Gaspard, señalando con su mentón hacia el bosque que yacía delante de ellos—. Los exploradores me dicen que los árboles cobraron vida y atacaron.

—Sylvanos, —dijo Lienne, asintiendo—. Similares en naturaleza a los cuerpos, pero los espíritus poseen árboles en lugar de cuerpos humanos. —Ella desmontó, frunciendo el ceño mientras miraba al bosque por delante, luego preparó su bastón—. Puedo ayudar, pero querrá fuego.

Gaspard desmontó también, frunciendo el ceño ante la hierba húmeda y el bosque húmedo por delante.

—El fuego va a ser difícil.

—Entonces tendrá que hacerlo con sangre, supongo, —dijo Lienne encogiéndose de hombros, y empezó a caminar—. Un par de docenas, no más. De otro modo, los rezagados se perderán… o encontrarán.

Gaspard miró a Remache, que aún estaba montando.

—Qué los arqueros preparen las flechas. Dígale a los gentileshombres que iremos a pie. Una marca de cada, voluntarios.

—Mi lord. —Remache se inclinó y espoleó su montura.

Gaspard, Remache y las dos marcas de guerreros encontraron a los primeros sylvanos un par de horas más tarde, cerca de los cuerpos aplastados y descuartizados de uno de los hombres de Gaspard y lo que debía haber sido uno de los caballos de Celene. Mientras el árbol se lanzaba y crujía con vida, convirtiéndose en cierta burla grotesca de la forma de un hombre, Lienne inscribió un glifo en el suelo con luz brillante, y resplandeció con una radiación blanca pura que hizo que el sylvano se lanzara hacia atrás, desgarrando sus propias raíces del suelo y rugiendo con furia. Los arqueros de Gaspard lo perforaron con flechas en llamas que parecían herir a la criatura, y Lienne lanzó rayos de luz blanca que agrietaron su corteza, hasta que finalmente colapsó, chamuscado y ardiendo.

Lienne se volvió hacia Gaspard, sonriendo.

—Habrá más.

—Entonces me alegro de tenerla aquí con nosotros, querida. —Gaspard sonrió e hizo un gesto a sus exploradores para que siguieran en movimiento.

Mientras ella y los exploradores seguían presionando, Remache se detuvo junto a Gaspard.

—Mi lord.

Gaspard se volvió.

—¿Algún problema, Remache?

—Su apóstata. —Remache hizo una mueca—. Tiene un poder importante, y nunca hablaría mal de una hija de Montsimmard…

—Da miedo, ¿verdad? —Gaspard sonrió—. Usted y yo somos hombres de mundo, Remache. Denos un problema que pueda resolverse en la corte o en el campo de batalla, y sabemos justo lo que tenemos que hacer. Háblenos sobre espíritus y el Velo…

Remache sacudió la cabeza.

—¿Vio su cara? Esos espíritus le hablan, o ella desea que lo hagan. Y ella nunca ha pasado por la Angustia del Círculo.

—No lo ha hecho, —aceptó Gaspard—. ¿Preferiría haberse enfrentado a esa criatura-árbol sin su magia? —Ante la mirada de Remache, él asintió—. Cierto. Así que por ahora, debemos admitir que hay cosas terribles más allá de nuestra comprensión en este mundo que el Hacedor nos dio… y Lienne de Montsimmard bien puede ser una de ellas.

—¿Y no podría volverse más peligrosa para nosotros que los árboles? —preguntó Remache.

—No soy un templario, —dijo secamente Gaspard—, pero creo que una hoja de acero a través del corazón a menudo funciona.

Remache asintió sin palabras e hizo un gesto a los hombres.

Encontraron más sylvanos mientras pasaba el día, y Gaspard llevó sus hombres a una rutina que trataba con las grandes bestias de forma segura. Cada vez, la magia de Lienne mantenía a las criaturas a raya, y los arqueros de Gaspard hundían flechas llameantes en ellos. Los hombres estaban nerviosos, quejándose de luchar contra criaturas antinaturales, pero cuando vieron a los sylvanos colapsar en madera muerta antes de que siquiera los alcanzaran, los hombres reafirmaron sus filas con la disciplina que Gaspard esperaba.

Entonces, a la tarde, el bosque vino a por ellos.

Uno de los exploradores de Gaspard gritó mientras encontraba algo —una tira de tela desgarrada en una rama— y luego la rama se movió, retorciéndose alrededor de la cabeza del explorador. Antes de que se pudiera alzar la alarma, las grandes ramas se retorcieron y se lanzaron, y el explorador fue lanzado al cielo, la cabeza arrancada de sus hombros y la sangre saliendo en espray mientras el cuerpo giraba.

—¡Arqueros! —Gritó Gaspard—. Disparen flechas. ¡Lienne!

—¡Sin fuego, mi lord! —gritó en respuesta el líder arquero, y Gaspard maldijo.

—¡Entonces disparen, pues, por cualquier maldito bien que hagan!

Lienne inscribió su glifo ante ella, y resplandeció y brillo, y el sylvano rugió y se tambaleó hacia atrás de nuevo, pero las flechas que golpearon su tronco parecían hacer poco.

—¡Vienen más desde el flanco, mi lord!

—¡Gentileshombres, a las armas! —gritó Remache, desenvainando su propia espada. El sylvano que fue lanzado hacia atrás por la magia de Lienne estaba viniendo hacia delante de nuevo, ignorando las flechas y balanceando sus ramas como porras enormes.

Gaspard se unió a sus gentileshombres en la fila mientras los arqueros caían hacia atrás, cortando y tajando. Grandes ramas chocaron contra su escudo, llevándole de rodillas con cada golpe. Sintió al hombre junto a él caer y tumbarse, golpeando con su escudo en alto para apartar un golpe que habría acabado con el gentilhombre. Él cortó hacia abajo y partió la rama, mandando un espray de savia negra volando por todas partes.

Entonces, incluso mientras alzaba su espada, sintió la energía recorrerle, una fuerza y vitalidad que no había sentido desde los impetuosos días de su juventud. Los hombres a cada lado de él gritaron con un grito de guerra, y Gaspard miró hacia allí y vio el brillo de la magia a su alrededor.

Era Lienne, entonces. Gaspard recibió cualquier don que estuviera ofreciendo, se lanzó de nuevo en pie, y balanceó su espada larga como si fuera una vara de entrenamiento, cortando a través de la corteza y cortando profundamente al sylvano con cada golpe. Junto a él, sus hombres gritaban y lanzaban grandes golpes propios, y el sylvano rugió, cayó hacia atrás, y luego colapsó con una llamarada de humo en tanta madera muerta.

Aún sintiendo el arrebato de la magia de Lienne, Gaspard se volvió. Por un lado, Remache protegía a un gentilhombre que había caído, heroicamente recibiendo golpe tras golpe de una gran bestia que empequeñecía a las que habían visto hasta el momento.

El sylvano era enorme, su tronco anudado y retorcido con la edad, y movía sus ramas no como garras sino como una gran porra de madera. Remache apenas llegaba a la cadera de la cosa, y mientras otro golpe caía, cayó sobre una rodilla, aún protegiendo al hombre que había caído.

—¡Lienne! —Gaspard miró por encima de su hombro y la vio tras él, sudando. Su piel agrietada con el mismo brillo que zumbaba a través de sus huesos—. ¡La necesito!

Ella cogió aliento.

—No le tocaré, mi lord.

Gaspard asintió.

—¡Conmigo! —gritó él, y cargo hacia el gran sylvano.

Lo vio venir, y al contrario que las bestias simples que habían matado antes, esta tenía cierta sesera. Gaspard lo vio moverse para enfrentarse a él, alzando su gran porra, y haciendo un gesto con su otro brazo como desafiándole.

Entonces una enfermiza energía negra lo recorrió, y el gran sylvano se estremeció y retrocedió.

—Eres viejo, árbol, y una vez, en siglos pasados, ardiste, —dijo Lienne desde detrás de Gaspard. Sus palabras no eran fuertes, pero la magia vivía dentro de ellas, y cortaron a través del aire y golpearon a la bestia como flechas en llamas—. *Recuerda*.

El gran sylvano gritó, estremeciéndose, y Gaspard corrió hacia delante y lo cortó. La magia chisporroteaba a su alrededor, y sintió su espada moverse en su guantelete, un diminuto resbalón que cambió el ángulo sólo ligeramente. Cuando su hoja se hundió en el sylvano, ese diminuto movimiento hizo que la espada alcanzara una junta que Gaspard no

había visto siquiera, mandando una savia negra supurando. Alrededor de él, sus hombres golpeaban furiosamente, y cada golpe era bueno, mordiendo profundamente y encontrando debilidades ocultas mientras el árbol gritaba y rugía.

El gran sylvano se balanceó entonces, pero estaba débil y deteniéndose, y Gaspard dio un paso a un lado evitando el golpe que chocó contra el suelo junto a él, y golpeó de vuelta con un gran golpe cortante que cortó la corteza y reveló una madera pálida que sangraba savia negra por debajo. Sin detenerse, invirtió su agarre y clavó su espada.

El gran sylvano se quedó quieto, y Gaspard sintió un viento frío repentino recorrer el bosque, cortando a través de la armadura y mandando un frío erizando la médula de sus huesos. El sylvano pareció suspirar y relajarse, y luego era sólo un árbol de nuevo, la savia negra siseando en humo y desapareciendo en un viento que Gaspard ya no podía sentir.

—Ya está hecho, —dijo Lienne débilmente desde detrás de él, y él se volvió a tiempo para verla caer.

Gaspard se tambaleó hacia atrás, las fuerzas huyendo de sus extremidades tan repentinamente como habían llegado. A su alrededor, los hombres cayeron de rodillas y sacudían sus cabezas.

—Atiéndanla, —ordenó, y los arqueros la alzaron suavemente y la llevaron de vuelta a salvo.

—Estúpida chica. —Remache se inclinó sobre su espada, respirando con fuerza.

—¿Aún quiere que acabe con ella? —preguntó Gaspard, y Remache se rió, luego se puso serio mientras comprobaba al gentilhombre caído que había estado defendiendo—. ¿Está vivo?

—Sinceramente eso espero, —dijo Remache, buscándole el pulso—. Estaría enormemente descorazonado por haber arriesgado mi vida tan inútilmente por un hombre muerto.

Gaspard le agarró por el hombro.

—Le he contrariado, Remache.

—No lo ha hecho, mi lord. —Remache alzó la cabeza y llamó a los otros—: ¡Necesitaremos que alguien atienda las heridas de este hombre!

—Lo he hecho. Hay honor fuera de los gentileshombres, y soy lento al reconocerlo. Tiene mis disculpas.

—Una disculpa del Gran Duque de Orlais. —Remache pareció considerar esto mientras un arquero entrenado con hierbas llegaba para atender al gentilhombre caído—. Impresionante… Aunque no tan impresionante como una del emperador.

—Espero que mejore su fortuna, entonces. —Gaspard sonrió y tiró liberando su espada del gran cuerpo del sylvano con un gruñido, y los dos fueron a ver cómo estaba Lienne.

No encontraron más sylvanos para recordar el día, aunque todos los hombres miraban aprensivamente a los árboles. Lienne, cabalgando tras Gaspard y Remache hábilmente pero cuidadosamente, explicó que el gran sylvano que habían matado probablemente

mantenía a los otros espíritus bajo su control, y sin él, el resto habría huido de vuelta a donde fuera que hubieran venido.

Gaspard había encendido piras para cuatro hombres, y otros diez estaban demasiado heridos como para luchar. Los mandó de vuelta con un par de hombres capaces para protegerles. Se sentía un derroche, pero sus exploradores insistían en que Celene no tenía más de tres o cuatro hombres con ella, y él estaba razonablemente seguro de que veinte hombres, la mitad de ellos gentileshombres, podrían encargarse de la emperatriz.

Y aunque no lo dijera en voz alta, se encontraba a sí mismo sintiendo la sensación inesperada y completamente indeseada de culpa. Pidiendo a los soldados que marcharan para luchar contra hombres era una cosa. Llevarles a la batalla contra una magia antinatural era otra cosa por completo.

Pero Celene necesitaba ser atrapada, por la seguridad de Orlais.

Más tarde esa tarde, vadearon un río inundado por la lluvia. No mucho más tarde, los exploradores encontraron los cuerpos.

Gaspard oyó el grito, y su primer pensamiento fue que más árboles estaban atacando. Entonces su mente, cansada de la batalla y un largo viaje, se dio cuenta d que el grito había sido de descubrimiento, no de alarma. Cabalgó por el camino de animales que se había vuelto constantemente más grande y mejor mantenido, hasta que era más una carretera que un camino. Delante, en un claro, uno de sus exploradores estaba arrodillado junto al cuerpo.

—¿Qué es?

—Elfo, mi lord, Dalishano, a juzgar por la corteza de hierro. —El explorador le dio la vuelta al cuerpo y Gaspard aspiró un suspiro. El elfo parecía haber quemado desde dentro, dejando atrás sólo un cascarón chamuscado.

—¿Lienne? —Gritó Gaspard—. Al frente, por favor.

Ella cabalgó lentamente, su bastón fuera, y bajó la mirada.

—Quemado.

—Sí, querida. Adivinamos eso. ¿Qué haría tal cosa?

Ella se encogió de hombros.

—Imagino que lo averiguaremos.

Gaspard suspiró y se recordó a sí mismo que ella les había salvado la vida no hacía mucho. A su explorador, le dijo:

—Yo tomaré el liderazgo ahora. Vigile nuestros flancos y difunda la palabra de mantener la distancia si ven algo moverse. —Estaría condenado si perdía más hombres ante la magia hoy.

Gaspard cabalgó hacia delante con Lienne y, para su sorpresa, Remache. Un par de minutos más tarde, encontraron otro elfo muerto en mitad del camino, este desgarrado por la mitad. Un tercero colgaba de un árbol, anclado al tronco por toda una veintena de flechas. Los exploradores de Gaspard se movían con las flechas apuntando, y los gentileshombres habían desenvainado sus espadas. Gaspard no había dado la orden, pero difícilmente podía culpar a los hombres.

Finalmente, cabalgaron hacia el campamento Dalishano.

Los elfos habían estado viviendo en esta parte del bosque durante años, lo suficiente como para formar claros y caminos y probablemente trazar un comercio a escondidas con la aldea más cercana.

Ya no vivían más aquí.

El claro en el centro del campamento estaba lleno de cuerpos. Viejos y jóvenes, hombres y mujeres, guerreros y cocineros, todos yacían masacrados como juguetes rotos. Gaspard había visto campos de batalla en sus tiempos, y había visto un par de aldeas la mañana después de que los gentileshombres lo hubieran celebrado. Esto avergonzaba sus experiencias.

—Por el Hacedor, Remache, —dijo Gaspard en silencio, tirando de las riendas de su montura, entrenado para cabalgar sin flaquear hacia la batalla, resopló y pateó el suelo—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

Para un guerrero y estratega, el resultado de una batalla *normal* contaba una historia. Aquí había venido un grupo, recibiendo fuego de los arqueros enemigos. Allí una línea de defensa había colapsado, dividiendo una fuerza en dos. Pero esta escena sólo hablaba de caos.

—Sospecho que desea hablar con Lienne, mi lord, no conmigo. —Remache sacudió la cabeza—. Ningún hombre mortal hizo esto.

—No lo entiendo. —Lienne se volvió en la silla de montar, sus nudillos blancos mientras agarraba las riendas—. Debe haber sido magia, algún espíritu, algo, pero… Mire. Allí, un elfo fue despellejado, probablemente mientras aún estaba vivo. Y allí, otro fue hervido, si esas quemaduras son…

—¿Su punto, Lienne? —preguntó Gaspard. No apartó la mirada. El Emperador de Orlais no apartaría la mirada. Pero incluso los elfos no merecían esto.

—Los demonios son, sobre todo, *simples*, —dijo Lienne, su voz temblorosa—. Matarán con fuego, si es lo que les gusta. O con garras, o espadas, o magia que te mata mientras duermes. Pero casi siempre encontrarán *algo* que les gusta, y no lo variarán. Carecen de la astucia para hacerlo de otro modo.

—Entonces esto no es un demonio, —dijo Gaspard, hablando sobre ella en lugar de permitirle seguir. Los hombres estaban ya lo suficientemente agitados, y el propio Gaspard sentía escalofríos ante lo que ella sugería—. Y lo que sea que es no importa, a no ser que tengamos que matarlo. Lo que importa es Celene. Ignoren esta masacre, —gritó a sus exploradores—. Son elfos muertos. Todos lo hemos visto ya. Encuentren el rastro.

Los exploradores desmontaron lentamente, mirando de Gaspard al uno al otro.

—¡Muévanse! —soltó Gaspard, y ellos se dispersaron, aunque sus arcos aún estaban fuera, y apenas miraban al suelo mientras se abrían paso hacia el bosque.

—¿Espera que encuentren algo en este desastre? —preguntó Remache silenciosamente junto a él.

—Es mejor que sentarse aquí mirándolo.

—Cierto, —dijo Remache—. Nunca esperé ver el día en que sentiría lástima por los elfos… —Su voz se apagó—. Ahí, mi lord. ¿Lo ve?

Gaspard miró hacia donde Remache estaba señalando, a una carreta donde yacían un par de guerreros muertos.

—No.

Remache desmontó, y Gaspard le siguió mientras el lord se abría paso para arrodillarse para examinar los cuerpos.

—Cuello roto, —dijo Remache con una profesionalidad silenciosa—. La garganta cortada. Este ha sido derrotado. —Él alzó la mirada de vuelta a Gaspard—. Un poco mundano dado el resto del campamento.

—El campeón de Celene. —Gaspard asintió y le lanzó a Remache una sonrisa—. Si Lydes no es de su gusto, podía hacer de usted un buen explorador.

Remache se levantó, sonriendo mientras se limpiaba la hierba de las rodillas.

—Lo tendré en mente, mi lord.

—¡Exploradores, por aquí! —Gaspard hizo un gesto—. Celene estuvo aquí, o su campeón. Empiecen aquí, y averigüen adónde han ido… a no ser que Lord Remache necesite encargarse de eso también.

—Puedo decirle adónde han ido, mi lord, —dijo la voz de una joven.

La hoja de Gaspard estaba fuera y alzada mientras se giraba. Remache desenvainó su espada también.

Era una chica elfa, aún adolescente, guapa si te gustan ese tipo de cosas, con los tatuajes que todos los Dalishanos llevaban recorriendo su pálida cara. Sostenía un bastón que brillaba de un rojo ennegrecido, aunque no estaba apuntando a ninguno de ellos, y sus túnicas estaban manchadas de barro y sangre.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Gaspard, manteniendo su voz calmada y confiada. Alrededor de él, todos los exploradores la rodearon silenciosamente, preparados para que él diera la palabra.

—Fui Mihris, la Primera del Clan Vimehn, —dijo ella. Gaspard asintió como si significara algo para él—. ¿Buscan a la mujer que clama ser emperatriz?

—Sí, lo hacemos, —dijo Gaspard. Ante la mirada de Remache, añadió—: Deberíamos también saber qué le ocurrió a tu gente aquí.

—El guerrero que servía a la emperatriz mató a los guardias y la liberó, —dijo Mihris, señalando a la carreta sin mirar—. Luego fue a uno de nuestros lugares sagrados y liberó a la cosa que mató a mi gente.

Gaspard sintió un escalofrío, y vio a sus hombres mirando alrededor inquietos.

—Pero no te mató, —dijo Lienne desde detrás de él. Mientras todos los demás miraban hacia *ella*, Gaspard mantenía sus ojos sobre Mihris, y vio el resplandor de rabia y vergüenza ante la cara de la elfa deslizarse a una neutralidad blanca.

—A mí no, —dijo Mihris, asintiendo—. Ya ve, el guerrero escogió no matarme cuando podría haberlo hecho. —Ella alzó la mano que no sostenía el bastón y se retiró el pelo, mostrando un moratón horrendo en el lateral de su cara—. Eso… interesó a la cosa

que mató a mi gente, y dijo que el guerrero lo había insultado, así que me dejaría vivir, que podría guiarles *a ustedes* hacia los eluvians… y obtener venganza de mi gente contra el hombre que los destruyó. —Ella extendió su mano, y Gaspard vio que un enorme rubí brillaba en su palma—. Incluso me dio una forma de ayudarles a detenerles.

—¿Y qué hay de usted, Primera del Clan Vimehn? —preguntó Gaspard. Aún no significaba nada para él, pero siempre había sido bueno con los nombres—. Desea que sigamos a Celene y matemos a Ser Michel. Eso lo entiendo. ¿Pero qué hay de usted? ¿Debo dejar a una maga apóstata elfa correr libre a cambio de su servicio?

Él no había dado la señal, y sus hombres sabían que no debían alzar sus armas. En realidad, había hecho la pregunta para incitar su respuesta. No fue decepcionado.

Su cabeza se alzó, y ella encontró su mirada de lleno.

—No, —dijo ella—. Va a dejarme ir con ustedes y matar a Ser Michel yo misma. Esa es *mi* elección.

14

Briala no tenía ni idea de cuánto tiempo habían dormido, pero cuando Felassan finalmente la sacudió para despertarla, se sintió como si la aplastante fatiga de la ardua pelea y el poco sueño finalmente la estuvieran abandonando. Tiró de Celene cerca por un momento en las mantas burdas que Felassan había encontrado en la habitación. Celene se tensó mientras se despertaba, y luego se relajó contra ella.

Era extraño, pensó Briala. Cada vez que había dormido junto a Celene en Val Royeaux, se había despertado para encontrar a su emperatriz ya mirando por la ventana a su imperio, preocupada por todo lo que tendría que hacer ese día. ¿Era el puro cansancio lo que le había dado finalmente a Celene toda una noche de sueño? ¿O era porque justo aquí, en esta antigua cámara funeraria élfica, Celene no tenía ningún imperio del que preocuparse?

Briala la besó en la nuca, ignorando el sabor a sudor viejo.

—Ojalá pudiera hacerte algo de té.

—Cuando esto haya acabado, —dijo Celene, rodando para encarar a Briala y frotar el sueño de sus ojos—, tendré una nueva cama que avergüence a mi antigua cama. Las sábanas serán de seda de araña, la manta tejida por los más finos artesanos de Antiva, y el colchón y los almohadones estarán hechos de plumas arrancadas de demonios del deseo.

Briala sonrió.

—No estoy segura de lo cómodo que sería eso. ¿Los demonios del deseo siquiera tienen plumas?

—Mandaré buscar a uno que las tenga. —Celene la besó, y aunque el beso fue corto y simple, aún golpeó a Briala con una sacudida zumbante que calentó sus mejillas e hizo que temblara todo su cuerpo.

Tenía a Celene de nuevo. Pero salvo por el té, y el pequeño ritual de ponerse la máscara mientras se escabullía de la habitación, esta podría haber sido una mañana cualquiera. Y quizás eso hacía la cámara funeraria aún mejor que el palacio. Nadie les vería hoy, salvo Michel y Felassan. Briala no tenía necesidad de escabullirse.

Lo que había ocurrido en Halamshiral era un dolor que aún perduraba, pero los elfos se *habían* rebelado. Celene había hecho lo que tenía que hacer. Si Briala hubiera estado allí, habría sido capaz de volver a Celene a una ruta diferente, pero la propia Briala era la que se había marchado.

No era culpa de Celene que ella hubiera sido manipulada para hacer lo que había hecho, no más que Briala por dejar a Celene sin la guía que había querido. Era la culpa de Gaspard. Él había hecho esto. Él era el culpable.

Briala silenció la inquietud en la parte trasera de su mente, recordándose a sí misma que odiar a Celene era exactamente lo que Gaspard habría querido que ella hiciera. Ella sabía que siempre albergaría ese dolor, el dolor de no haber sido capaz de acabar con esa rebelión limpiamente, con menos daño a los estúpidos que habían hecho caer la justicia del imperio sobre ellos. Pero podía perdonar a Celene. Podía hacerlo.

Y nunca abandonaría a la emperatriz de nuevo.

Los elfos de todo Orlais serían libres. Briala *podía* hacer eso, con la ayuda de Celene. Su emperatriz le daría a su gente la libertad que habían merecido desde hacía tanto tiempo.

Ella se ató su armadura de piel de draco, doblándose del dolor por un par de rozaduras.

—¿Ahora qué, *hahren*?

—Ahora viajamos a otro mundo, —dijo Felassan—. Si sobrevivimos, será muy interesante.

Michel, que aún estaba poniéndose la armadura, gruñó.

—Inspiras poca confianza.

Felassan le ignoró.

—Esos espejos han estado dormidos durante siglos. Requeriría una poderosa magia despertar uno. Yo podría ser capaz de hacerlo, pero necesitaría que el resto de vosotros carguéis conmigo el resto del día. Pero *tú*, Emperatriz, deberías tomártelo con más calma.

Briala observó a Celene asentir y sacar el rubí de un bolsillo en su cintura. Ella caminó hacia el eluvian.

—¿Qué hago, Felassan?

—No tengo ni idea.

—No creo que necesites hacer nada, —dijo Briala, mirando al espejo—. Ya está sucediendo.

Mientras Celene caminaba hacia el eluvian, el cristal azul grisáceo se movió. Al principio parecía sólo captar la luz diferentemente, un espejo apagado captando un poco del reflejo de Celene, pero luego las formas se arremolinaron en la superficie del espejo, vagas y ondulantes, como nubes de tormenta en un fuerte viento.

El rubí en el agarre de Celene brilló con una luz repentina, y el eluvian respondió. Las nubes en su superficie ardieron, y luego fue como si aquellas nubes ocultaran una puesta de sol ardiente, mientras la superficie del espejo volvía las ondas de morado y carmesí.

—Interesante, —Felassan caminó junto a Celene y metió el dedo en la superficie del espejo. Unas ondas moradas se estremecían desde donde él había tocado, y él asintió—. Bueno, no perdí el dedo. Esto podría funcionar realmente.

Sin vacilar, él caminó a través del espejo y se desvaneció. Era como si hubiera pasado a través de la lámina de una cascada.

Briala saltó.

—¡Espera!

—¿Se supone que simplemente debemos seguirle? —preguntó Michel, mirando mientras se ataba la última parte de su armadura.

—Supuestamente, —dijo Celene, bajando la mirada al rubí en su mano con los ojos encogidos—. Bria, tú y Michel deberíais ir primero. Si la magia del espejo se desvanece tan pronto me marche, os podríais quedar abandonados aquí.

Briala asintió y le dio a Celene una pequeña sonrisa.

—Entonces te veré al otro lado, —dijo ella, y caminó hacia delante.

Ella se tensó mientras extendía el brazo hacia el espejo, involuntariamente. Luego, consciente de Michel y Celene tras ella, reafirmó su espalda y continuó, medio convencida de que simplemente chocaría contra el cristal y se sentiría como una idiota.

No chocó contra el cristal.

Incluso se *sentía* como caminar a través del espray de una cascada, si las cascadas estuvieran hechas de luz. Por un momento, la fría energía presionó a su alrededor, y luego estalló como una burbuja de jabón, y ella terminó el paso que había empezado, parpadeando ante la luz mareante.

—¡No morimos! —dijo Felassan, y luego, tras una pausa, añadió—, creo.

Cuando su visión se despejó, Briala vio que estaban en un camino cuyas piedras estaban talladas con las mismas runas que habían decorado los laterales del túnel la última noche. Al contrario que en el túnel, sin embargo, las piedras brillaban con una luz brillante. La luz parecía blanca, pero cuando Briala apartó la mirada, brilló con arco iris en el borde de su visión. El camino se extendía en la distancia por delante. Tras ella, terminaba en el eluvian, el cual parecía aquí igual que lo había hecho antes en la cámara funeraria, sólo que sin las decoraciones elaboradas.

Más allá del camino, todo era difícil de atisbar. El suelo parecía hierba, pero era gris y tenue, pese a la luz que venía de las piedras del camino. Briala pensaba que podía ver árboles en la distancia, pero eran meramente perfiles borrosos contra el horizonte.

—¿Qué es este lugar? —preguntó a Felassan, que estaba lanzándose hacia atrás y hacia delante sobre sus talones.

—Ya sabes, *da'len*, honestamente no tengo ni idea. —Él se inclinó y miró las piedras—. No es el Velo. Las runas son élficas… Si tuviera que adivinar, diría que nuestros ancestros realmente *crearon* algún tipo de diminuto mundo entre los eluvians.

—¿Puede hacerse eso?

—Aparentemente. —Felassan salió del camino y extendió el brazo hacia la hierba.

—El demonio dijo que no hiciéramos eso.

—El demonio dice un montón de cosas. —Felassan centró su mirada, y la hierba gris alrededor de su mano se llenó de color, un único punto de verde vivo en la extraña pradera tenue—. Y a este pequeño mundo parecemos gustarle.

Briala estaba a punto de pedirle que se explicara cuando Ser Michel salió del eluvian hacia el camino.

—¡Por el aliento del Hacedor! —maldijo, sacudiendo la cabeza y tambaleándose. Briala extendió el brazo y agarró un brazo con armadura para reafirmarle. Un momento más tarde, Celene lo atravesó también. Ella se tensó, inclinó la cabeza, y cayó sobre una rodilla con un grito bajo.

—Felassan, ¿qué pasa? —parecía peor para ellos de lo que había sido para ella. Celene se estremeció, doblándose del dolor, y usó a Briala para apoyarse mientras lentamente se levantaba.

—Sospecho que esta tierra estaba hecha para los elfos, —dijo Felassan mientras Michel se levantaba, tenso y extraño, doblándose del dolor ante la luz—. Los cuales ellos no lo son.

—¿Majestad? —Preguntó Michel—. ¿Está bien?

Celene cogió aliento profundamente, encogiendo los ojos contra la luz.

—Sobreviviré. —Ella miró a Briala pensativa—. Aunque parece que esto es más cómodo para ti, Bria.

—Eso parece. —Briala bajó la mirada a las runas brillantes—. Parece extraño, pero eso es todo. ¿Qué hay de ti, Michel?

—Se siente mal. —La postura de Michel era rígida, y su mano se retorcía como si quisiera desenvainar la espada—. Hay un ruido en el límite del oído, y la luz de esas piedras parece retorcerse cuando la miras. —Él sacudió la cabeza—. Odiaría tener que luchar aquí dentro.

—Y siguiendo con ese pensamiento animado, deberíamos ponernos en marcha, —dijo Felassan—. ¿Si los humanos están preparados?

Celene asintió, y se marcharon, con Felassan y Briala liderando el camino. El camino se extendía delante de ellos, brillante e inmutable, curvándose suavemente a un lado o al otro, aunque siempre se sentía como si estuvieran caminando rectos hacia delante.

—Es asombroso, —dijo Briala, igualando su paso al de Felassan—. Nunca habría pensado ver tal despliegue pensado para nuestra gente.

—Es un poco difícil de asimilar, —dijo Felassan—, especialmente cuando casi cada elfo que has visto nunca es un sirviente en ropas de segunda mano o un granjero en los suburbios. —Él sacudió la cabeza—. Teníamos un imperio. Era… todo en lo que uno piensa cuando escucha tal palabra. ¿Lo entiendes? Toma el distrito más rico de Val Royeaux. Esa era nuestra gente.

Briala sonrió al pensar en ello.

—Debía haber sido hermoso, si tenían el poder de fabricar un mundo entre los eluvians.

—Por lo poco que sobrevive entre los Dalishanos, lo era. —Felassan suspiró—. Toma el distrito más rico de Val Royeaux, y añade la magia que era parte de nuestra vida de cada día. Cada estatua de cada fuente podía hablar a través del agua que salía por su boca. Cada columna brillaba con runas que los estúpidos de Tevinter copiaron de memoria como niños trazando letras. Cuando la noche caía, los caminos eran iluminados por piedras como estas, lo suficientemente brillantes como para encontrar el camino a salvo, pero lo suficientemente suaves como para aún poder ver las estrellas.

—Sólo puedo imaginarlo.

—¿Puedes? —Felassan la miró abruptamente—. ¿De verdad, puedes? Entonces dime, *da'len*, ¿quién barría los suelos?

Ella parpadeó.

—Yo… si la piedra está encantada, entonces… quizás se limpia a sí misma. O si nuestra gente tenía golems como los enanos…

—Éramos un imperio, —dijo Felassan de nuevo, y esta vez ella escuchó la rabia en su voz—. No era la Ciudad Dorada. No era la pacífica otra vida que este Hacedor ha hecho para ellos mismos. Toma el distrito más rico de Val Royeaux, y dime ¿cuántos estúpidos están tramando los unos contra otros en cada baile? ¿Cuántos sirvientes son azotados por colocar la vajilla de plata de forma poco adecuada?

—Nosotros éramos los nobles. —Le sacudió a Briala como un golpe. Recordó un lento rastro de sangre abriéndose paso hasta el punto donde se había escondido en la sala de lectura de la propiedad de Celene durante la infancia, donde sus padres habían muerto por orden de Lady Mantillon.

—Éramos *todos*. No había humanos, ni enanos, ninguna raza salvo los elfos. Cada atrocidad que buscas vengar por tu gente rota en sus elferías, las cometían los nobles elfos sobre sirvientes elfos.

Briala tragó saliva.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Tu emperatriz, —dijo él—. Confías en ella. Crees que ella liberará a tu gente.

—Lo creo, —dijo Briala sin vacilar.

—¿Entonces quién va a barrer el suelo? —preguntó Felassan, y sonrió.

—No confías en ella porque es humana.

—No. —Felassan se detuvo—. Bueno, está bien, sí, pero más que eso, no confío en ella porque ha gobernado con éxito un imperio. Nadie que hace eso cede poder. Incluso si son sabios. Incluso si es para mejor, a la larga. Incluso si no hacerlo finalmente lo destruye todo.

Estaba demasiado cerca de lo que la pequeña voz en la parte trasera de la mente de Briala había sugerido. Ella la silenció mientras empezaba de nuevo y miró a Felassan.

—Celene es diferente.

—Ciertamente lo es, —dijo Felassan, y se detuvo.

Briala se detuvo también. El aire a su alrededor aún zumbaba con la luz irisada humeante de las runas del camino, y el aire se sentía frío y limpio con cada respiración.

Ella miró atrás y vio a Celene y a Michel lejanos en la distancia tras ellos, luchando con cada paso y encogiendo los ojos contra lo que era, para ellos la dura luz del camino.

Briala no se sentía cansada, incluso tras el extenuante trabajo de los últimos días. Ella y Felassan habían estado caminando con normalidad, su paso relajado. Lo habría jurado.

—El camino nos favorece más a nosotros que a ellos.

—Ciertamente lo hace. Incluso caminando a su paso, alcanzaremos en horas lo que nos habría llevado días en el mundo normal. Pero esta magia nos toca de una forma especial, como nunca podrá tocarles a ellos. —Felassan bajó la voz—. Y si deseas hacer más que barrer los suelos, necesitarás *eso* mucho más que la bendición de tu emperatriz.

—Ya lo veremos, —dijo Briala, y le sonrió a Celene.

* * *

Michel vio a Briala volverse y sonreír a Celene. Junto a él, Celene le devolvió la sonrisa.

La emperatriz de Michel parecía cansada, pero la sonrisa parecía sincera pese a las líneas alrededor de sus ojos y el moratón aún sanando en su cabeza. Parecía feliz pese a la incomodidad de este extraño mundo por el que ella y Michel caminaban ahora, una mujer enamorada.

No se dio cuenta de que le habían pillado mirando hasta que Celene dijo:

—Lo desaprueba.

Briala y Felassan ya estaban tirando hacia delante de nuevo. No parecían estar caminando mucho más rápido que Celene y Michel, pero cada vez que Michel alzaba la mirada, los elfos estaban más hacia delante, sombras contra la luz morada retorcida de las piedras. Él parpadeó y alzó la mirada y la alejó, sacudiéndose la luz retorcida de los ojos. No era tan malo si no miraba a las propias piedras. Cuando las mirada directamente, todo el mundo se retorcía bajo él como un barco en una tormenta.

—Difícilmente es mi lugar aprobar o desaprobar, Majestad.

—Pare, Michel. —Celene aceleró su paso mientras los elfos se movían delante de ellos, y Michel se apresuró para igualarlo—. No necesita temer retribución por decir lo que piensa. Podría en realidad apartar mi mente de esta condenada luz.

—¿Le duele la cabeza?

—Abominablemente.

Michel asintió.

—Confieso una pequeña e indigna pequeña satisfacción al saber que no sólo soy yo.

Ellos siguieron caminando, y Michel pensó.

Briala y su arco, y su armadura obviamente hecha a mano, y sus dagas de platerita. Todo un lado de la emperatriz del que nunca había sabido. ¿Habían pasado cada noche juntas? Con seguridad los guardias fuera de su habitación habrían difundido la palabra. Los sirvientes nunca podían guardar un secreto.

Excepto el que Briala claramente había guardado.

—Briala ha demostrado ser capaz, —dijo Michel tras un momento.

—-Ella ha sido mis ojos y oídos durante la mayor parte de mi reinado, —dijo Celene, y de nuevo, Michel vio la profunda pequeña sonrisa—. Siempre ha estado ahí para mí.

—Y usted ha prometido liberar a su gente, —dijo Michel.

Esta vez, Celene se quedó en silencio. Michel alzó la mirada y vio a Briala y a Felassan esperando, las sombras rodeadas por una luz retorcida que hería sus ojos.

—La necesitábamos, —dijo Celene, frenando su paso ligeramente—. Y ella necesitaba saber que me importaban los elfos.

—Tras Halamshiral.

—Sí. —Dijo ella sin vacilar, pero su voz era baja.

—Lo cual fue necesario, Majestad, porque los nobles habían empezado a temer que se preocupara en exceso por los elfos.

Celene suspiró.

—La necesitábamos, —repitió ella—. Yo la necesitaba, Michel. Sin su ayuda, habríamos muerto en ese campamento Dalishano.

—Distrajeron a un par de guardias, —dijo Michel, mirando de nuevo a sus botas—. Podría haberla liberado sin ellos, Majestad.

—Entonces quizás necesitaba su confianza, mi campeón. —Celene se frotó los ojos y puso una mueca—. Tengo suficientes cortesanos aduladores y nobles planeando, pero ella me ha servido desde la infancia. La necesitaba.

—Y cuando vuelva a Val Royeaux, y reúna sus fuerzas para aplastar a Gaspard…

—Tendremos el elemento sorpresa, gracias a los eluvians, —terminó Celene—, y nos ganaremos a los elfos campesinos, que sabrán, gracias a Briala, que luchan por su libertad.

—Y perderá a los nobles que les gobiernan, —dijo Michel bruscamente—. Yo lucharé por usted hasta que la sangre deje de fluir por mis venas, Majestad, ¿pero cuántos lords se aliarán con Gaspard para mantener a los elfos bajo control?

—Varios. —Celene se inclinó más cerca de Michel, aún caminando lentamente—. Quizás los elfos encontrarán su libertad una vez que se haya tratado con Gaspard. Puede extenderse entre los elfos con susurros. Los nobles no necesitan oír de ello.

—¿Cree que ella aceptará eso?

—¿Por qué no, Michel?

—Majestad… —Él se detuvo—. Es…

—*Es* su lugar decirlo.

—Usted dijo que necesitaba a Briala para *usted*. Sólo puedo imaginar que siente lo mismo. —Él consideró alzar la posibilidad de que Briala estaba utilizando a Celene, pero eso casi con seguridad no haría nada salvo enfadar a su emperatriz—. Ahora, aunque la necesita como una persona, debe intercambiar promesas e insinuaciones con ella como si fuera uno de los nobles con los que lucha por mantener contentos.

Celene suspiró. Por un momento, no era su emperatriz, sólo una mujer caminando dolorosamente junto a él, tratando de encontrar el camino a través de una tierra oscura.

—Esa es la elección que siempre he tenido que tomar, mi campeón.

—Este maldito lugar hace que me duelan los ojos, Majestad, pero para ella, es el sueño de la grandeza élfica en vida. ¿Espera que ella salga de esta tierra y se vuelva a poner la máscara de sirvienta?

—Lo espero. —Celene habló con confianza, pero encogió los ojos hacia delante hasta donde Briala y Felassan caminaban lejos—. Briala me ha ayudado a jugar al Juego durante años, Michel. Dudo que un camino encantado cambie eso.

Michel recordó a un chico de los suburbios de Monfort. Después de que la madre de Michel hubiera muerto, habían ido juntos con unos cuantos más. Había sido una pandilla lastimera, pero él y el otro chico habían luchado con fuerza para mantener a su gente a salvo.

En el día en que el Conde Brevin le encontró, Michel había encontrado a su amigo siendo golpeado por otra panda. Sin nada más que un palo largo, Michel había luchado con los chicos mayores para salvar a su amigo.

El Conde Brevin lo había visto y había estado impresionado. Había llamado a Michel a su diligencia y le lanzó un saco lleno de monedas para dejar claro que tenía buena intención.

Michel había entrado en la diligencia.

Su amigo, sólo entonces poniéndose en pie, le había lanzado una mirada confundida, y Michel le había dado un corto medio gesto de despedida.

Nunca había vuelto a ver a su amigo. Ni siquiera recordaba el nombre del chico.

—Majestad, la gente que encuentra una oportunidad para una nueva vida, un nuevo poder… —Michel bajó la mirada a sus botas, ignorando el dolor de la luz de las piedras—. Hacen lo que deban para mantenerlo.

—¡Celene! ¡Michel! —Michel alzó la mirada ante el grito excitado de Briala. No muy lejos en la distancia, ella y Felassan se habían detenido. Michel habría jurado ante el Hacedor que el camino por delante había estado vacío durante millas, pero ahora terminaba en otro de los espejos mágicos.

Los elfos esperaron mientras Celene y Michel les alcanzaban. Michel estaba molesto de ver que ambos parecían relajados y calmados, como si hubieran disfrutado de un placentero paseo en el parque en lugar de un mundo de incomodidad que ya le había dado un dolor de cabeza con su luz retorcida y su sonido sonando en sus oídos.

Mientras se aproximaban, el espejo resplandeció como el de la primera cámara, y una luz roja surcó las nubes en su superficie.

—No puedo esperar a librarme de este lugar, —murmuró Celene, y Michel se rió entre dientes involuntariamente.

Él caminó a través del espejo sin vacilar, caminando directamente pasando a Briala y a Felassan. La extraña energía hormigueante rodó por su piel, y luego se deslizó, y cuando se fue, lo mismo hizo el dolor que había estado sintiendo. El aire era frío, y la habitación era oscura y olía a piedra y polvo, pero era normal, con nada de la extraña magia que le había contagiado en el camino élfico.

La única luz en la habitación venía del eluvian, y mientras Michel se volvía, Briala y Felassan caminaron fuera. Celene les siguió un momento después.

—Ah, la normalidad, —dijo Felassan, y alzó su bastón. La luz resplandeció, y el resto de la habitación surgió a la vista.

Era un enorme círculo, al menos tan grande como la sala del trono en Val Royeaux, y llena de fila tras fila de sarcófagos. Las runas en el techo captaban la luz del bastón de Felassan y brillaban suavemente, sin el dolor cegador de aquellas del camino.

Y espaciados regularmente alrededor de las paredes de la gran sala circular había eluvians.

—¿Esta es la cámara central? —preguntó Michel. Si uno de esos eluvians lleva de vuelta a Val Royeaux, podrían estar de vuelta en palacio antes de la puesta de sol… aunque significaría caminar por el condenado camino de nuevo.

También significaría que su emperatriz debería decidir cómo trataría con Briala, pero eso era cosa de ella, no de él.

—No del todo, —dijo Felassan—, aunque esto al menos nos ofrece un número de opciones. Cada eluvian se enlaza con otro por uno de los caminos, y uno de ellos puede llevar a la cámara donde *todos* los eluvians pueden ser despertados.

Celene puso una mueca.

—Pero con la gema que el demonio nos dio, ya podemos despertar cualquiera que necesitemos. ¿No podemos simplemente usarla para ir a Val Royeaux?

—Ciertamente. —Felassan hizo un gesto que asimiló toda la habitación—. ¿Cuál de esos te llevará allí? —Celene suspiró, y Felassan sonrió—. Ah, ya lo ves. Imshael dijo que el rubí te llevaría a la cámara central. Sin él, estarías caminando a ciegas por aquellos caminos durante algún tiempo, esperando no acabar en mitad de Tevinter.

Celene asintió irritada.

—Lo sé. El camino era bastante incómodo para algunos de nosotros. Perdonarás mi deseo momentáneo de limitar el número de veces que lo experimente. —Ella cogió la gema del bolsillo en su cintura y lo sostuvo en alto—. Creo que se supone que debemos atravesar… ese, —dijo ella, señalando a uno de los espejos al otro lado de la habitación—. Aunque quizás debamos descansar primero. —Ella sonrió a Michel mientras lo decía.

—No me importarían un par de minutos de paz antes de que entremos en ese mundo de nuevo, Majestad. —Él sacudió la cabeza, y algo tenue e irregular en el suelo captó su mirada—. Aunque parece que el camino era incluso menos cómodo para algunos.

Los otros siguieron su mirada y vieron los antiguos restos esqueléticos yaciendo en el suelo con finas sedas que el tiempo había reducido a harapos. Algunos de los cuerpos estaban cerca los unos de los otros, los huesos antiguos entrelazados como si los elfos se hubieran sostenido los unos a los otros para reconfortarse antes del fin. Otros yacían solos, acurrucados sobre sí mismos como niños.

—Sin armas, —dijo él tras un momento, moviéndose hacia uno de los cuerpos con curiosidad.

—Cuidado, —dijo Briala. Ella estaba agachada, encogiendo los ojos mientras miraba al suelo y suavemente recorría las piedras con sus dedos, y Michel se dio cuenta tras un momento que estaba buscando trampas.

Sentado calmadamente al borde de un sarcófago, Felassan respondió a Michel.

—Sirvientes, no guardias. Atrapados aquí dentro cuando los eluvians se durmieron. Nota que no hay salidas naturales de la habitación.

—Eso es… —Briala se miró a sí misma y miró de nuevo al suelo—. …trágico, —dijo ella tras un momento, y metió un cuchillo en la junta entre dos piedras—. Creo que he encontrado el punto central para las trampas de esta cámara.

—Me pregunto cómo acabaron aquí arriba, —dijo Felassan—. ¿Quizás los eluvians no se durmieron todos a la vez? Quizás estaban huyendo, esperando llegar a una cámara con una salida, sólo para acabar… aquí.

Algo en la extraña voz del elfo estaba mal. Michel miró hacia él abruptamente. Los ojos de Felassan estaban descentrados mientras miraba por la gran habitación, y sus dedos daban golpecitos a un extraño ritmo en el sarcófago. Michel recordó el sentimiento cuando los elfos Dalishanos habían caído en su trance, cuando le habían liberado e ignorado mientras él se marchaba.

—Felassan…

—¿Puedes imaginarlo? —Preguntó Briala, sus dedos aún trabajando en el cuchillo que estaba metido en la junta entre las piedras—. Atrapados aquí dentro, sabiendo que estás condenado a morir por… ¿por qué? —Su voz sonó forzada también—. ¿El orgullo y el honor de los nobles que os sellaron aquí dentro?

—Estoy segura de que a los nobles les fue igual de mal en la superficie, —dijo gentilmente Celene.

—Majestad, espere. —Michel sintió los pelos en la nuca erizarse.

Briala no pareció escucharles a ninguno de ellos. Su voz era cruda ahora.

—Ellos jugaban a sus juegos, mientras que los sirvientes sangraban y morían por ellos. ¡Escondiéndose aquí abajo, esperando ser encontrados, rodeados por cuerpos que vestían mejor que ellos!

—Sus últimos momentos, —dijo suavemente Felassan—, habrían estado llenos de hambre e ira.

Retorciéndose y sonando, los huesos en el suelo empezaron a moverse.

—Majestad, los cuerpos. —Michel caminó hacia delante y abofeteó a Felassan abruptamente en la cara. Mientras el elfo parpadeaba y sacudía la cabeza, Michel se volvió y abofeteó a Briala también.

—Los veo, mi campeó. —Celene sacó sus dagas—. ¿Sugerencias?

Mientras que la mayoría del entrenamiento de la Academie se centraba en luchar contra otros hombres con armadura, los gentileshombres difícilmente habrían clamado tal excelencia si no hubieran estado preparados para luchar contra enemigos menos comunes. Michel había estudiado técnicas templarias para luchar contra magos y tácticas de Guarda Gris para luchar contra engendros tenebrosos.

Y, en funestas pruebas en los lugares de las antiguas batallas, estremeciéndose en su armadura, Michel había aprendido a luchar contra los muertos.

Había docenas de ellos. Los pobres sirvientes elfos que habían muerto todos congregados en esta cámara, al parecer. Se arrastraron en pie, los huesos antiguos crujiendo y sonando, los harapos maltrechos desgarrándose. Las cuencas de los ojos de los cráneos estaban iluminadas con una fría luz.

—Están desarmados, al menos, —dijo Celene, volviéndose lentamente en un círculo. Estaban rodeados.

—No. —La voz de Briala era temblorosa, pero era ella misma de nuevo—. Mirad sus manos, sus dientes. —Los huesos se habían alargado y retorcido, las manos curvándose en salvajes garras y bocas brillando con colmillos desiguales.

—¡Felassan! —Gritó Michel, preparando su espada y alzando su escudo—. ¿Puedes llamar a tu magia?

Felassan saltó hacia uno de los sarcófagos y alzó su bastón, no como un complemento mágico sino como un arma simple.

—Ciertamente. —Por supuesto, al hacer eso debilitaría el Velo aún más y dejaría que más de esas cosas entraran en la habitación.

—Entonces apártate del camino. —Los cuerpos, finalmente en pie, se sacudían hacia delante, las garras preparadas. Aunque no les quedaban gargantas, un siseo místico predatorio sonaba desde sus bocas con colmillos. Michel estudió a sus enemigos y aliados y se movió—. Briala, con él en terreno elevado. Que llueva fuego en las filas traseras. Majestad, a mi flanco.

Sin esperar para ver si escuchaban, Michel alzó su escudo y se movió.

Un guerrero podía obtener honor al matar bandidos, derrotar a otro guerrero en un duelo formal, o incluso cazar a alguna gran bestia. Todos aquellos enemigos estaban vivos, y una lucha contra ellos significaba una voluntad y fuerza enfrentadas contra otra cosa que poseía un deseo de vivir.

Una pelea contra cadáveres y engendros tenebrosos, sin embargo, era una carnicería. No había honor, no había gloria, sólo el sombrío orgullo al saber que el mundo tenía un monstruo menos.

Michel aplastó hacia atrás a un cuerpo con su escudo, bajó su espada y aplastó el cráneo de otro, y golpeó con su hombro a un tercero que estaba tratando de acercarse. Caminó, alzó su escudo para alejar las garras afiladas como dagas, y destrozó el hombro de otro cuerpo con un segundo golpe de revés.

Nunca aprendían, incluso mientras golpeaba a un tercero, luego a un cuarto. Era simple. De la misma forma que correr con una armadura completa desde el amanecer al anochecer era simple. Si tenía la disciplina y las fuerzas para evitar que le superaran, los molería en polvo. Si vacilaba, debido a la fatiga o al miedo, moriría.

Bloqueo, paso, golpe, paso. Su aliento estaba retenido en su pecho. Todo a su alrededor, los cuerpos siseaban y ponían muecas. Las garras se curvaban alrededor del borde de su escudo. Mientras su espada se volvía pesada, era tentador dejar que los muertos tiraran de su escudo, usar su tirón para guiar su siguiente paso.

Michel había visto a un compañero entrenando ceder a esa tentación, tratando de hacer un movimiento fugaz para cubrir su fatiga. Los cuerpos habían destrozado su garganta unos momentos más tarde.

Liberó su escudo de su agarre, golpeó los cuerpos hacia atrás y aplastó otro cráneo con el mismo golpe de revés maldito por el Hacedor. Bloqueo, paso, golpe, paso.

En el límite de su visión, vio a Celene cortar a la horda con sus dagas. El hierro o el acero habría hecho poco al hueso, pero las hojas de platerita de Celene cortaban a través

de las garras de los cuerpos, lanzando llamas que calcinaban el amarillo apagado a negro. Había hecho caer a un par de ellos, pero había evitado que flanquearan a Michel, lo cual era suficiente.

En las filas traseras, los cráneos se destrozaban como vasijas de arcilla mientras Briala hacía disparo tras disparo desde su arco. Como el trabajo simple de Michel, era más un ejercicio práctico que una forma de arte.

Bloqueo, paso, golpe, paso. Michel se resbaló con un hueso del brazo, se recuperó, y balanceó su espada en un gran barrido que tiró de espaldas a los cuerpos más cercanos antes de que pudieran rodearle. Torpe, demasiado torpe. Sus antiguos maestros le habrían arrancado el pellejo por eso. Cansados y vagos, los pasos sueltos llevaban a malos pasos. La espada larga, la espada de un noble en brillante platerita, se sentía como un gran martillo de piedra, y una voz en la parte trasera de su mente empezó a susurrar, como siempre lo había hecho durante los entrenamientos más largos.

Sólo pon más en cada barrido, y descansa un segundo cuando la espada se clave.

Deja caer el escudo y cambia a un agarre a dos manos. Será mucho más fácil con ambos brazos.

O incluso mejor que eso, simplemente corre. Corre antes de que cometas el error que haga que te maten. Antes de que te descuides y les demuestres que sólo eres un farsante, sólo un chico de los suburbios.

—Yo soy, —gruñó él a través de los dientes apretados—: Ser Michel de Chevin.

Bloqueo, paso, golpe, paso.

—Yo soy Ser Michel de Chevin. —Otro cráneo destrozado. Un trío de cuerpos lanzaba sus garras por su armadura, y él aplastó sus manos en polvo con un barrido de su escudo, los empujó de espaldas, y se colocó en la postura adecuada, aunque sus piernas ardían y la espalda gritaba.

—¡Yo soy Ser Michel de Chevin! —Una flecha zumbó pasando su cara y empujó a través del cráneo de un cuerpo, y él bloqueó, dio un paso, golpeó a orto, luego dio un paso hacia su siguiente objetivo sólo para encontrar una gran cámara funeraria ante él llena de extremidades dispersas y huesos aplastados.

Él cogió aliento en gran medida y, sin quererlo, dejó que se le escapara la risa mientras se inclinaba contra un sarcófago. No tenía ni idea de cuántos cuerpos se habían alzado y caído, pero la voz oscura en la parte trasera de su mente se había equivocado. Sus antiguos maestros habrían estado orgullosos.

Entonces, desde detrás de ellos vino una voz.

—*Ciertamente* eres Ser Michel de Chevin, —dijo el Gran Duque Gaspard—, y yo estaba ansioso por vengar la muerte de mi bardo.

* * *

El mundo de Celene fue de caliente a frío en un instante mientras se giraba para mirar al gran duque.

Gaspard había entrado a través del mismo eluvian que ellos habían usado. Aún estaba activo tras ellos, y Celene no tenía ni idea de si era debido a su rubí, o si Gaspard de algún modo había hecho su propio trato con el demonio.

Estaba al borde de la habitación, flanqueado por Lord Remache y una joven mujer con una túnica de satén gris, sosteniendo un bastón que brillaba de un blanco suave. Tras ellos, los soldados estaban aún atravesando el eluvian.

Estaban superados en número, y de mala manera. Michel, aún así se mantuvo orgulloso y alto, pese a estar exhausto.

Aún así, tenía que ser ahora. Si el resto de los hombres de Gaspard atravesaban la puerta, no tendrían oportunidad.

Ella abrió la boca para ordenar el ataque, y un diminuto movimiento en el límite de su visión captó su mirada. Era Briala, sacudiendo la cabeza aunque ligeramente.

—Gran Duque Gaspard, —dijo Celene suavemente—, continúa impresionándome. Aunque podría haber llegado un par de minutos antes y haber ofrecido ayuda.

—¿Con los muertos? —Gaspard sonrió—. Habría estado ligado por el honor a asistirla si lo hubiera pedido. Qué bien que llegara tarde.

Celene retrocedió, un movimiento simple, pero prudente que puso un sarcófago de piedra entre ella y Gaspard y también colocó a Briala más claramente en su línea de visión. Briala tenía una flecha preparada en su arco, alzado pero no apuntando. Mientras Celene miraba, Briala toqueteó su arco con el meñique. Cualquiera que no hubiera sido entrenado en las artes bárdicas simplemente habría pensado que era un gesto nervioso de un luchador torpe.

De un bardo a otro, el gesto de Briala significaba, «Haz que se acerquen».

Celene no tenía ni idea de lo que pretendía Briala, pero el gesto llevaba la sugerencia implícita de un plan, lo cual era más de lo que tenía Celene de momento.

—¿No será razonable, Gaspard? ¿Cuántas vidas ha desperdiciado en este juego de poder? ¿Cuántas más morirán debido a que se negó a jugar al Juego?

—*Su* juego, —dijo Gaspard—, no el mío. Y en cuanto a cuántas más… —Él se encogió de hombros, sonriendo—. Suficientes. Pero pocas de las mías.

Estaba demasiado seguro. Ella necesitaba desequilibrarlo.

—¿Y si aceptara su proposición de matrimonio?

La sonrisa de Gaspard se desvaneció.

—La ofrecí de buena fe, Celene. Esto, ahora, es otro de tus pequeños juegos. No soy rival para usted en una batalla de palabras. Nunca pude serlo. —Mientras más soldados se apiñaban tras él, él dio un paso hacia delante.

Celene miró a Briala, que le hizo una señal de «aún no».

—Si piensas tan bajo de tu habilidad con las palabras, —dijo ella—, entonces quizás no encuentres el trono de Orlais tan cómodo como crees. Todos vosotros os habéis excedido. Brutos guerreros que creen que podéis mantener el imperio a salvo balanceando vuestras espadas con la suficiente fuerza. —Ella miró al hombre junto a Gaspard—. Duque Remache, que se presenta como el siguiente gran duque pese a no

haberse convertido nunca en un gentilhombre. Y… la joven Lady Lienne de Montsimmard, —dijo ella, adivinando los rasgos familiares de la chica—. Que cree que Gaspard protegerá a una apóstata incluso después de que tenga al Círculo para servirle. La futura alta nobleza del imperio… —Celene sonrió fríamente—. Acobardada en la puerta mientras su emperatriz y su campeón luchan contra los muertos.

—Sí, Celene, se llama táctica, —dijo Gaspard con un suspiro. Celene notó que Remache se tomó la provocación enfadado, mientras que Lienne se encogió de hombros sin preocuparse—. Es este concepto nuevo que los gentileshombres me enseñaron mientras usted estaba consintiendo a la Capilla e intercambiando insinuaciones con los cortesanos. ¿Y funcionó eso, en cualquier caso? ¿Ha evitado que los templarios y los magos arrastren a nuestro glorioso imperio a la guerra?

—Usted lo dejó bien claro más allá de la discusión cuando *usted* arrastró a nuestro glorioso imperio a la guerra. —Celene sacudió la cabeza, y con el movimiento vio a Briala hacer un ligero gesto con un pie. Estaba apuntado a su daga, aún anclada en la placa del suelo que controlaba las trampas antiguas de la cámara. Y con eso, Celene lo entendió—. Y cuando perdamos más tierras ante Ferelden o Nevarra, —añadió ella—, sin duda clamará que no fue culpa suya, irritado por su derrota en batallas que nunca debería haber tenido que luchar.

Gaspard la miró.

—Pero creo que ganaré esta, Celene, —dijo él, y caminó hacia delante de nuevo mientras más soldados atravesaban el espejo hacia la habitación—. Arqueros, preparados. Si su antigua emperatriz desea jurarme lealtad a mí, vive. —Una última figura caminó a través del espejo. Para sorpresa de Celene, era la joven sanadora elfa del campamento Dalishano—. ¿El espejo?

—Se cerró tras nosotros, —dijo la elfa, y le lanzó a Celene una mirada helada—. Pero si consigue la gema que ella lleva, puedo activar cualquier eluvian que necesitemos.

—Te lo conseguiré en un minuto. ¿Celene? —Él sonrió, y cuando ella no dijo nada, Gaspard dijo, sin romper el contacto visual—: Hombres, si ella y su gente son lo suficientemente estúpidos como para luchar, mátenlos en el sitio. —Entonces miró a Briala—. Al menos serás enterrada con tu gente.

—¿Recuerdas lo que me dijiste mientras estaba sentada en la carreta de prisioneros, Gaspard? —preguntó Briala, caminando lentamente desde el sarcófago.

Gaspard alzó una ceja.

—¿Qué eras más agradable para la vista que yo? —Mientras Briala aterrizaba, pateó su daga para soltarla.

—No. Me dijiste que era peligrosa.

Mientras se agachaba tras un sarcófago, las flechas siseando junto a ella, Briala hizo un único disparo.

Era un tiro vago, tambaleante desde un arco medio desenfundado que nunca atravesaría una armadura o llegaría hasta el hueso.

Fue, sin embargo, suficiente para activar la pequeña placa de presión en el suelo junto a Gaspard.

Un rugido de llamas destrozó el aire en una explosión de luz y sonido. El impacto tiró a Celene al suelo, sus oídos sonando, y las llamas se arquearon sobre el punto donde ella había estado. Mientras mareada trataba de respirar, se dio cuenta de que la explosión no la había tirado. Michel sí, escudándola con su propio cuerpo. Él rodó libre, volviendo a ponerse en pie suavemente, pero Celene vio que su armadura humeaba.

El suelo donde Gaspard y sus hombres habían estado estaba calcinado, y la mayoría de los soldados eran cascarones chamuscados en el suelo, nuevos cuerpos uniéndose a los antiguos. El propio Gaspard, su armadura chamuscada y humeando como la de Michel, estaba de nuevo en pie, su cara seria. Remache estaba de rodillas a un par de yardas de distancia, tosiendo, y Lienne estaba tranquila e inmóvil en el suelo, mientras que la sanadora elfa, envuelta en un brillo de energía mágica chispeante, bajaba la mirada hacia ella con curiosidad.

Tras ellos, el eluvian que habían atravesado estaba rodeado con telarañas de grietas, y su superficie estaba gris opaca y sin vida.

—¡Por la emperatriz! —gritó Michel, y se lanzó hacia Gaspard. Gaspard alzó su escudo. Los dos gentileshombres se encontraron en un choque sonoro de acero, y Michel presionó hacia delante, mandando a Gaspard tambaleándose hacia atrás, frenéticamente bloqueando el furioso asalto de Michel.

Parecía que el tiempo de hablar había pasado, y por su propia parte, Celene estaba preparada para matar a alguien.

Uno de los hombres de Gaspard luchaba por ponerse en pie, y sin vacilación, Celene se lanzó hacia delante, le pateó tras la rodilla, y le cortó la garganta. Otro guerrero, malherido pero aún consciente, sacó su espada, pero entonces una flecha salió de su garganta, y él colapsó sin una sola palabra.

—Como dijo Ser Michel, por la emperatriz. —De nuevo en pie, Briala ancló otra flecha, y Celene le lanzó una pequeña sonrisa.

Luego se volvió hacia Remache, estaba volviendo a ponerse en pie.

—Ah, Duque Remache. —Celene se lanzó, esquivó su torpe corte, y cortó con un corte que abrió su mejilla—. De verdad debía haber reconsiderado su carrera como dramaturgo.

—Michel. —El odio frío hizo que Celene mirara, y ella vio que era la sanadora elfa, alzando su bastón mientras hablaba.

A su alrededor, la energía se movía, la luz retorciéndose, y con un giro retorcido en su tripa, Celene vio zarcillos de luz enroscarse alrededor de los cuerpos cercanos de los muertos. La energía siseaba desde los cuerpos, y la sanadora elfa brillaba como si estuviera iluminada desde dentro.

—¡Briala, la elfa! —Celene se agachó alejándose de Remache y se lanzó hacia la sanadora, pero Remache dio un paso para colocarse entre ellas. Mofándose bajo la sangre

que caía de su mejilla, golpeó a Celene salvajemente, y su alcance, si no su habilidad, la forzaron a ceder terreno.

Gaspard empujó a Michel atrás, escudo contra escudo, y cortó con un corte alto. Michel lo apartó con una velocidad asombrosa y se acercó con una patada baja que dio a Gaspard en la pierna y le hizo tambalearse. Michel continuó con un revés alto, y Gaspard lo atrapó con su escudo, sólo para gritar mientras el escudo de Michel golpeaba al suyo propio y le hacía tambalearse.

—Michel, —dijo la sanadora elfa, su voz haciendo eco a través de la cámara, y esta vez incluso Michel la escuchó—. Deberías haberme matado.

Ella alzó sus manos como si recogiera el aire entre ellas, y luego endureció sus manos en garras.

El aire alrededor de Michel zumbó, y luego un campo humeante de energía brillo alrededor del campeón de Celene. Se fusionó a su alrededor, y Michel gritó, cortando inútilmente. Luego gruñó, luchando contra la fuerza de la magia, y Celene escuchó el lento gemido agudo de su armadura abollándose.

Remache parecía estupefacto, mirando con una enfermiza fascinación a la magia brillante que estaba aplastando a Michel. Celene corrió pasándolo.

—¡Briala! —gritó ella, y se lanzó hacia la sanadora elfa, que aún brillaba con la energía brillante sacada de los cuerpos alrededor de la habitación.

A un palmo de la garganta de la maga elfa, las dagas de Celene brillaban sin dañarse sobre una barrera brillante de energía arcana. Un momento más tarde, la flecha de Briala se destrozó sobre la misma barrera.

La elfa ni siquiera les dedicó una mirada. Sólo tenía ojos para Michel, que había caído sobre una rodilla, luchando contra la fuerza aplastante de su magia.

—¡Tú mataste a mi gente! —gritó ella, mientras Michel gruñía—. ¡Tú mataste a todos los que amaba!

—Oh, bien, estamos fardando de talentos mágicos esotéricos, —gritó Felassan, irguiéndose con el humo aún saliendo de su capa—. ¿Puedo ir yo ahora? —Su propio bastón tembló con poder mientras él lo giraba en un rápido círculo, y una oleada de fuerza ondeante explotaba a través de la habitación.

Bañó a Celene, y la habitación se quedó en la oscuridad.

Durante un latido terrorífico, pensó que se había quedado ciega, pero luego vio que los eluvians aún brillaban alrededor de la habitación, salvo el que estaba agrietado. También vio un pálido brillo alrededor de Michel donde se arrodillaba… la luz espectral ondulándose y cayendo a una nada luminosa como un dibujo de tiza en la lluvia.

Celene se dio cuenta entonces de lo que Felassan había hecho. Había alejado toda la magia cercana.

La sanadora elfa gritó, y Celene miró para verla contorsionada de dolor mientras los zarcillos de energía chisporroteaban a su alrededor. Toda su magia, la barrera protectora y cualquier poder que hubiera arrancado de los cuerpos cercanos, siseó por su piel. Su bastón cayó al suelo, su luz roja atenuándose.

El bastón de Felassan parpadeó, y luego lanzó su luz una vez más, bañando toda la habitación con el mismo brillo suave que antes. La sanadora elfa estaba en el suelo, temblando, y todos los demás estuvieron quietos por un momento. Remache tenía su mano presionada contra su cara sangrante. Briala miraba a Felassan asombrada, e incluso Gaspard parecía inseguro de qué hacer ahora, retrocediendo un par de pasos y mirando de persona a persona con su guardia alzada. Michel, aún de rodillas, estaba pálido y sudando, y su armadura estaba llena de abolladuras donde la fuerza espectral casi le había aplastado hasta la muerte.

Para sorpresa de Celene, el propio Felassan parecía más preocupado que exultante.

—Una dispersión mejorada, la cual puede proveer de un desagradable retroceso a cualquiera que se rodee con demasiada magia ambiental, —dijo ante el silencio—. ¿Y puedo por favor pedir a todos los magos presentes que eviten *cualquier gran y vistosa magia adicional* en la sala con el Velo muy delgado, para que nada decida venir a través?

Con el retumbar bajo de la piedra antigua, las tapas de los tres sarcófagos más grandes en la habitación se deslizaron abriéndose.

15

Ser Michel nunca había sufrido tanto dolor. Ni durante su infancia en los suburbios, ni durante el duro entrenamiento en la Academie.

Lo que fuera que Felassan hubiera hecho para romper el hechizo de la chica elfa le había ayudado a él también. Alguna energía restante mandaba un calor humeante a través de sus extremidades, aligerando el dolor mordaz de las costillas que estaba seguro que se habían roto bajo la fuerza. Aún así, su ventaja momentánea sobre Gaspard se había ido. El gran duque encontraría poco desafío en Michel, lo sabía, incluso mientras luchaba por ponerse en pie y se colocaba para evitar que las rodillas le temblaran.

Pero Gaspard no atacó. No estaba ni siquiera mirando a Michel. En su lugar, miraba al otro extremo de la habitación, la espada y el escudo alzados en la guardia del *Pescador con lanza*. Era una posición defensiva, utilizada para recuperarse de la fatiga, y la mayoría de gentileshombres se referían a ella como la guardia de elección cuando sabías que estabas siendo superado. Parpadeando, Michel siguió la mirada de Gaspard y vio por qué.

Tres de los grandes sarcófagos en la cámara se habían abierto, y de ellos se alzaron cuerpos. Pero al contrario de los horrores simples con garras que Michel había masacrado a veintenas en los últimos minutos, estos estaban claramente más allá de cualquier cosa para la que hubiera entrenado.

Dos de las criaturas eran simples esqueletos, pero incluso mientras se levantaban, el aire alrededor de ellos brillaba con magia, y luego una armadura con púas, abultada y espantosamente poco práctica para moverse, se formó a su alrededor. Cada uno llevaba una espada ancha tan grande como Michel, y bajo los cascos con púas, una luz fría resplandecía de las cuencas vacías. Michel había oído leyendas de esas criaturas: apariciones, guerreros mortíferos que matarían a cada criatura viviente que pudieran encontrar.

Para la tercera figura, Michel no tenía nombre. Se alzó en el aire, y la energía se arremolinó a su alrededor como una gran ala dorada, solidificándose en unas túnicas brillantes rojas y doradas. Sus garras huesudas chisporroteaban con energía, y no tenía otra arma. Alrededor de su cabeza, la magia formó un casquete dorado, y bajo él, una piel gris formó una burla de cara, con ojos que ardían como ascuas mirando de manera amenazante.

—Un *era'harel*, —siseó Felassan, y Michel se sorprendió de escuchar toda esa rabia y miedo mortal en la voz del elfo—. Es, ah, un demonio-gamo, esencialmente. Sólo que es peor de lo que suena.

Michel miró atrás a los otros. Briala y Celene estaban en pie, al igual que Remache. Felassan parecía exhausto por cualquier magia que hubiera utilizado. Las magas de Gaspard estaban aún peor. La sanadora elfa aún estaba en el suelo, temblando, mientras que la joven noble estaba inconsciente.

De los soldados de Gaspard, no había supervivientes. O habían muerto en la explosión o, peor, habían sido abandonados en ese camino condenado por el Hacedor entre los espejos por toda la eternidad cuando el eluvian se había agrietado.

—¡Gaspard! —dijo Celene abruptamente—. Diría que tenemos una causa común.

El gran duque le devolvió la mirada, luego a los horrores alzándose de sus tumbas.

—Estoy de acuerdo. —Él miró a Michel, y sus labios se retorcieron con una diminuta sonrisa—. Ven, entonces, hermano. Mostremos a esas cosas lo equivocados que han estado de enfrentarse a gentileshombres orlesianos en el campo de batalla.

Gaspard tenía que saber que Michel apenas se tenía en pie. Podría haber sido aliento o insulto, pero en cualquier caso, fue suficiente para hacer que Michel se volviera a ponerse firme. Alzó su espada en la guardia del *Pescador con lanza*, reafirmó su agarre en su escudo, y le dio a Gaspard un asentimiento solemne.

—Estoy de acuerdo.

Entonces cojeó hacia delante, sonriendo a través del dolor mientras cada paso hacía que su armadura abollada se clavara en sus hombros y costado. Gaspard igualó su paso… no una carga completa, ya que sólo un estúpido cargaría contra tales criaturas desconocidas y poderosas, sino un trote que colocaría la fuerza en sus cuerpos con armaduras detrás de sus primeros golpes.

—¡Debéis masacrar al demonio-mago! —gritó Felassan tras ellos—. ¡*Da'len*, despeja un camino!

Rápida como el rayo, una flecha presionó la armadura de la aparición a la derecha, incluso mientras un peñasco golpeaba al de la izquierda. El aliento silbando en sus pulmones, Michel corrió pasando a las apariciones hacia el cuerpo-mago, al que Felassan había llamado *era'harel*.

Casi había alcanzado a la cosa cuando ella alzó sus manos. La energía llovió de arriba y llevó a Michel de rodillas. La habitación daba vueltas, y sólo sus años de entrenamiento evitaron que se le cayera la espada de sus dedos sin nervio.

Habría sido tan fácil dejar que acabara. Había masacrado a toda una habitación llena de muertos. Nadie podría acusarle de hacer menos que su deber. Incluso los gentileshombres tenían sus límites, y el cuerpo reanimado de un antiguo mago elfo era ciertamente un enemigo digno. En alguna parte en la distancia, el fuego rugió y los rayos chisporrotearon mientras Felassan atraía su poder.

Entonces el suelo se sacudió *de nuevo* debajo de Michel, y con un retorcer enfermizo, se encontró a sí mismo en pie no ante el cuerpo-mago, sino ante una de las apariciones. Aunque media docena de flechas sobresalían de su placa pectoral y grebas, sostenía su espada ancha sin preocupación.

Michel apenas tuvo tiempo de alzar su escudo antes de que el primer golpe cayera, más rápido de lo que ningún hombre mortal podría haber movido tal arma, y la fuerza casi arranca el escudo de Michel de su brazo. Incluso mientras se tambaleaba, la espada volvió a alzarse con una velocidad cegadora, aplastando a través de la guardia de Michel y haciéndole girar hacia atrás.

Michel golpeó con fuerza un sarcófago, y el shock físico del golpe fue suficiente como para apartar la niebla de su mente. Recobró el sentido justo a tiempo para ver la gran espada bajando hacia él. Tambaleándose e inclinándose contra la piedra junto a él, Michel no tenía defensa.

El escudo de Gaspard recibió el golpe.

El gran duque en persona fue llevado de rodillas por la fuerza del golpe… había saltado, se dio cuenta Michel con retraso, para detener lo que con seguridad habría sido un golpe mortal. Incluso la aparición pareció haber sido cogida desprevenida, tambaleándose hacia atrás momentáneamente.

Gaspard podría morir justo aquí, se dio cuenta Michel, y si lo hacía, él moriría habiendo defendido a otro gentilhombre que estaba demasiado asustado y cansado como para luchar por sí mismo.

Ser Michel de Chevin, campeón de la Emperatriz de Orlais, no permitiría que este fuera su legado.

Con un rugido, Michel saltó y cortó hacia el brazo de la aparición, desgarrando a través de la armadura mágica y el hueso antiguo justo por debajo del codo. En lugar de soltarse, el brazo colgó en su sitio, y Michel vio zarcillos de magia serpenteando de la extremidad seccionada. Poniendo una mueca, Michel llevó el borde de su escudo hacia la herida, y mientras la aparición siseaba con ira, Michel saltó y golpeó con la empuñadura de su espada la cara de la cosa.

Gruñó, tambaleándose y tratando de liberar su brazo del escudo de Michel, de utilizar su temible espada, y entonces alzó su otro brazo, los dedos con guantelete curvados en garras.

Gaspard cortó la otra mano de la aparición a la altura de la muñeca con una risa salvaje. El gran duque encontró la mirada de Michel y le dio un diminuto asentimiento. Luego ambos hombres se liberaron de la aparición, volviéndose al unísono, y golpearon al antiguo guerrero desde ambos lados.

El golpe de Michel cortó en su torso. El golpe de Gaspard perforó su hombro. La criatura antinatural cayó de espaldas, volutas de magia saliendo de él como un espray sangriento, y una flecha zumbó pasando el oído de Michel, siseó bajo el casco de la aparición, y explotó en la parte trasera del cráneo de la cosa.

Un esqueleto antiguo, agrietado y todo roto, cayó al suelo sin armadura y desnudo.

Michel se alzó, sabiendo que la furia de la batalla que estaba actualmente manteniéndole en pie podía desertar de él en cualquier momento. La otra aparición estaba sobre la forma caída del Duque Remache, pero estaba cayendo también, congelada en un hielo que hacía que incluso su armadura espectral siseara y chirriara mientras se agrietaba. Una flecha le dio en su placa pectoral, y luego una bola de fuego rugió a través de la cámara, y cuando el humo se despejó, la armadura y la espada se habían ido, y sólo un esqueleto chamuscado cayó al suelo, desmoronándose en polvo mientras aterrizaba.

El cuerpo-mago flotó hacia delante, sus manos alzadas con energía chisporroteando entre ellas.

Michel corrió hacia él, la espada meciéndose salvajemente en un intento de interrumpir cualquier hechizo que la criatura estuviera preparando, pero antes de alcanzarla, Celene salió de las sombras tras un sarcófago y clavó sus dagas en la espalda de la cosa.

Flaqueó, dejando caer cualquier horrorífico hechizo que hubiera estado preparando para desatar, y eso fue todo el tiempo que Michel necesitó.

Su golpe llegó rápido y limpio, cortando a través del cuello de la criatura. El Gran Duque Gaspard llegó casi al mismo tiempo, su golpe cortando desde el hombro hasta la entrepierna.

El hediondo demonio poseyendo al cuerpo se fue, derrotado, y otro esqueleto antiguo cayó al suelo.

Celene, Gaspard y Michel estaban sobre la cosa que casi los había masacrado. Parecía lastimera ahora, un esqueleto desnudo vestido con harapos desvanecidos que una vez habían sido túnicas. Aunque era difícil decirlo, con tantos huesos cruelmente destrozados, el esqueleto parecía pequeño. En vida, Michel se preguntaba si el mago elfo le habría siquiera llegado a la altura del hombro.

Ofreció un pequeño rezo al Hacedor. Pese a cualquier dios pagano que este mago hubiera adorado en vida, se había merecido algo mejor que el que sus huesos hubieran sido poseídos por demonios.

Luego miró a Celene. Ella estaba mirando al esqueleto también, pero con la atención calculada que significaba que estaba pensando con fuerza. Ella alzó el agarre de sus dagas, y su mirada permaneció en el esqueleto, no en Gaspard, incluso cuando el gran duque dejó salir una risa entre dientes que normalmente habría atraído su atención.

Ella no quería alertarle.

Michel la vio pensarlo. Vio el diminuto movimiento de su peso que dejaría que su hoja se deslizara tan fácilmente por la garganta de Gaspard, terminando con una guerra y poniéndola de vuelta al trono sin ningún coste salvo el de una tregua rota.

Nadie lo sabría nunca, excepto Michel. Él ni siquiera necesitaría atacar, sólo quedarse perezosamente y no decir nada mientras Celene cogía a Gaspard por sorpresa. Michel podría desaprobarlo, pero Celene difícilmente era una gentilhombre, restringida por el mismo código de honor al que se aferraban Michel y Gaspard.

Pero Michel *era* un gentilhombre.

—Gaspard, —dijo Michel mientras retrocedía, bajando su espada—. ¿Ha concluido nuestra tregua, o hablará más?

Pretendió no ver el resplandor de frustración en los ojos de Celene.

* * *

Briala observaba desde encima del sarcófago, junto a Felassan, mientras Celene, Michel y Gaspard estaban sobre los cuerpos del demonio-mago y las apariciones. Su arco estaba

alzado, una flecha preparada en su mano libre, preparada para lo que fuera que viniera ahora.

Como resultó ser, lo que vino ahora era hablar.

Briala bajó su arco, sonriendo ante la estupidez de los humanos.

—Por la sangre del Hacedor. Ella debería haberle matado ahí y ahora.

Felassan se encogió de hombros ligeramente.

—Humanos.

Briala miró a los humanos mientras hablaban. Gaspard estaba tenso y formal, como si su honor del campo de batalla pudiera de algún modo borrar la traición del intento de usurpar el trono en primer lugar. Celene había cambiado su postura, un diminuto paso que hacía que pareciera sólo un poco más pequeña y más sumisa. Antes de convertirse en emperatriz, había utilizado esa postura para hacer que los chicos hicieran estúpidas cosas por ella. Michel estaba prácticamente muerto en pie, las piernas atrancadas, sosteniéndose por pura fuerza de voluntad.

—No sería una seguridad, —dijo ella. Había usado la mayoría de sus flechas en la batalla de antes, y no había tenido la oportunidad de recuperar ninguna del campo de batalla.

—Cierto. —Felassan saltó abajo, y Briala le siguió—. Esto sólo fue el primer peligro. Con seguridad habrá más. Di lo que quieras acerca de los humanos, pero son lo suficientemente listos como para quemar a sus muertos.

Briala asintió.

—¿Así que en vez de matarnos los unos a los otros aquí y luego morir a manos de lo que sea que protege los eluvians, nos aliamos con Gaspard, llegamos a la cámara central, y luego decidimos las cosas allí?

—Tiene sentido.

—Sí. —Briala miró a los humanos de nuevo. Celene había vivido demasiado tiempo tras su máscara. Su diminuta sonrisa denotaba que estaba obteniendo lo que quería—. Pero eso no es por qué lo están haciendo ellos.

—Probablemente no. —Felassan miró a los aliados de Gaspard—. Dime qué es lo que viste de Mihris.

Briala parpadeó ante el cambio de tema, luego miró hacia la Primera del Clan Virnehn. Se había recuperado del ataque mágico de Felassan, aunque aún estaba de rodillas a una docena de yardas de distancia, cerca de la maga humana inconsciente. Su bastón yacía en el suelo junto a ella.

—Su bastón brillaba blanco antes, pero ahora es rojo. —Ella encogió los ojos—. Y es el mismo bastón. ¿Es común?

—No. Aunque supongo que podría haber robado alguna baratija mágica de su clan ahora muerto. —Felassan se mordió el labio inferior pensativo—. Eso *explicaría* por qué la aprendiz de Thelhen de repente estaba arrojando esos hechizos tan impresionantes.

Los cuales, notó Briala, Felassan había contraatacado con bastante habilidad.

—Sólo te he visto controlar los elementos antes de ahora. No tenía ni idea de que podías hacer eso.

—¿De verdad? —Felassan inclinó la cabeza—. Supongo que no nos hemos topado con muchos magos en nuestro tiempo juntos. Eso es para lo único que sirve este hechizo. —Felassan sacudió la cabeza, sonriendo, pero sus ojos estaban muy lejos—. Cuando vives lo suficiente, tienes el tiempo para estudiar hechizos que sólo necesitarás en raras ocasiones. La mayoría de los humanos se contentan sólo con lanzar fuego o rayos.

Briala estaba a punto de responder cuando Mihris tosió y alzó la mirada hacia ellos.

—Michel, —dijo ella.

Celene y Gaspard estaban al otro extremo de la habitación. Esto, entonces, era cosa suya para encargarse de ello.

A una docena de yardas, Briala podría poner una flecha a través del ojo de la maga nueve de cada diez veces, pero estaban entre los sarcófagos, y un simple ruedo podría cubrir a Mihris, con tiempo para preparar un hechizo que podría matarlos a todos.

Briala alzó su arco, una flecha anclada y preparada.

—Celene y Gaspard llamaron a una tregua momentánea, Mihris. Extiende la mano hacia ese bastón, y consideraré que la estás rompiendo.

Mihris la miró.

—No esperaba que lo entendieras, orejas planas. Mi clan está muerto por culpa de Michel.

—Sí, —dijo Briala sin bajar su arco—, ¿qué sabría una *elfa de ciudad de orejas planas* acerca de los gentileshombres matando a sus seres queridos?

—¿Cómo mató Michel a tu clan? —Preguntó Felassan—. La tormenta y los relámpagos fueron cosa mía. No es que quiera tu venganza apuntándome a mí, necesariamente…

—Imshael. —Mihris escupió el nombre—. Michel liberó a Imshael, y luego Imshael destruyó a mi clan.

—Tu clan aprisionó a un demonio antiguo, —dijo Felassan—. Podrías querer dirigir tu venganza a Thelhen por ser tan idiota.

Mihris sonrió amargamente y continuó como si Felassan no hubiera hablado.

—Sólo vivo porque Imshael encontró entretenida la *elección* de Michel de no matarme… y porque el demonio respetaba mi *elección* de matarle en respuesta. —Ella miró a Michel, y sus dedos se retorcieron hacia el bastón.

—Puedes intentarlo, —dijo Briala—, pero yo lo necesito. Tú tendrás una flecha en tu corazón antes de alcanzarlo.

Felassan miró a Mihris con interés.

—Aún así, sin embargo, tienes una elección. Podrías esperar sobrevivir al disparo de Briala, quizás usar tu magia espiritual para atraer un poco más de energía de esos cuerpos y sanarte. Dado el poder que demostraste antes, podrías vivir lo suficiente como para ver a Michel morir antes de que yo te mate.

Briala ahorró una mirada a Felassan.

—¿Hay algún motivo en particular por el que la estás alentando?

—Sí. —Felassan hizo un gesto educadamente con una mano y alzó su bastón con la otra—. ¿Mihris?

Ella le miró con un odio absoluto, sus ojos moviéndose al bastón, a Michel, a Briala y a la flecha que ya estaba preparada para volar.

—¡Briala, Felassan aguardad! —gritó Celene desde el otro lado de la cámara.

—Mihris, —añadió Gaspard—, he accedido a una tregua. Viajamos con ellos como aliados contra lo que sea que esta cripta maldita por el Hacedor nos arroje.

—Una vez alcancemos la cámara central, resolveremos esta disputa con una pelea justa, —dijo Celene—. El ganador controlará los eluvians.

—Dijiste que podía *matarle*. —Mihris señaló a Michel.

—Y ahora te estoy diciendo que esperes, —dijo Gaspard—, o por mi juramento como gentilhombre, te arrancaré la cabeza y arrojaré tu cuerpo de vuelta con el resto de tu clan.

Mihris apretó y aflojó la mandíbula.

—Nunca debí haber confiado en ti. —Ella recogió su bastón, lenta y cuidadosamente, y lo volvió a colocar en su funda—. Vosotros los *shemlen* rompéis cada acuerdo salvo los que hacéis los unos con los otros.

—Buena chica, —dijo Gaspard—. Ahora atiende a Lienne y Remache, si puedes.

Briala miró a Felassan, que se encogió de hombros.

Tenían la tregua, como ella había esperado. Y tenía sentido, como Felassan había señalado.

Pero Briala no estaba del todo en desacuerdo con Mihris.

* * *

Celene perdió la noción del tiempo mientras se abrían paso a través de los caminos entre mundos.

El paso se sentía lento, al menos para los humanos. Felassan, Briala y Mihris siempre de algún modo iban delante sin parecer caminar más rápido que Celene o Michel, y siempre estaban esperando en las ruinas que yacían al otro lado del eluvian, esperando que el rubí de Celene guiara el camino y despertara al eluvian que les llevaría al siguiente camino.

Remache había recibido una herida en la pelea contra los guerreros muertos, y aunque Lienne la sanó lo mejor que pudo, aún estaba claramente adolorido por ella. La propia Lienne estaba aún agitada por la explosión que la había dejado inconsciente, y además, parecía no estar acostumbrada a ningún ejercicio real. Ambos lucharon por permanecer con el grupo, lanzando dagas con la mirada a Celene cuando ella ofrecía frenar.

Cuando alcanzaban otro eluvian y salían a una tumba antigua para un par de horas de precioso descanso y alivio del dolor de los caminos, Remache y Lienne se retiraban para hablar el uno con el otro en silenciosos susurros, mirando a Celene y Gaspard casi con

igual medida. En el caso de Remache, al menos, la mirada podría haber venido de la fina nueva cicatriz que decoraba su cara, cortesía de la daga de Celene.

Independientemente del motive, Celene suponía que ninguno de ellos se comportaría grácilmente si Gaspard perdía el duelo con Michel. O ella o ellos morirían antes de ver la luz del día de nuevo.

Era un alivio tener enemigos simples, encontró Celene. No necesitaba pretensiones con ellos, ni preocuparse por sus sentimientos o que cuestionaran sus motivaciones. Los mataría antes de que ellos la mataran a ella, y eso sería todo.

Gaspard, mientras tanto, marchó con una precisión militar e hizo una conversación educada mientras caminaban por los caminos del otro mundo.

—Es sorprendente ver lo que hicieron los elfos, —notó él, haciendo un gesto a la luz dolorosa en el camino—. Te destroza los ojos, aún así. Me pregunto cómo lo soportan los elfos.

—Los elfos lo ven de forma diferente. —Celene no *quería* precisamente hablar con él, pero estaba haciendo un esfuerzo por ser educada en honor a su tregua. Además, siempre estaba la oportunidad de que pudiera dejar escapar algo en una conversación casual.

Estaba la oportunidad de que *ella* pudiera dejar escapar algo en esa conversación también, pero Celene estaba dispuesta a arriesgarse. Como el propio Gaspard había señalado, nunca podría derrotarla en una batalla de palabras.

—¿Alguna idea de por qué? —Preguntó Gaspard—. ¿Los ojos grandes? ¿O algún tipo de hechizo?

—Probablemente lo último, —dijo Celene encogiéndose de hombros.

—Fascinante. Su mago dijo que nos estábamos moviendo más rápido de lo que parecía también. Piense en eso. Más rápido que si fuéramos cabalgando, y sin nadie que se percate en la superficie. Oh, qué podría hacer con eso una mente militar, por mucho que odiara tener que dormir aquí abajo. —Él se rió entre dientes—. Ser Michel, ¿adónde mandaría sus fuerzas?

Michel miró a Celene cautelosamente, y ella asintió.

—Primero a Val Royeaux, al igual que haría usted, mi lord.

Gaspard alzó una ceja.

—Bueno, tiene sentido para mí. Es un golpe maestro al corazón del poder de Celene. Un poco cuidadoso de su parte, ¿no?

—*Soy* el protector jurado de la emperatriz, mi lord, —dijo Michel educadamente—. Y el auténtico poder de los eluvians es moverse más rápido que un caballo o una nave. Podríamos permitirnos tomar un primer paso defensivo, siempre que fuera rápido, para desechar cualquier rumor y reunir las suficientes fuerzas como para lanzar asaltos a sus fortalezas.

—Ah, punto recibido, —dijo Gaspard, y miró a Celene—. Escogió bien a su campeón.

Celene sonrió.

—Y usted debería recordar que son *mis* fuerzas, aunque estoy de acuerdo con la afirmación de mi campeón. ¿Le gustaría saber adónde los mandaría *después*?

El duque Remache, pálido y sudoroso, resopló.

—Como si fuera a decirnos la verdad. Esto es un juego estúpido.

—Difícilmente, Remache, —dijo Celene con una elegante mirada de soslayo que le habría cortado hasta matarlo en la corte—. Esta conversación distrae la mente más placenteramente de las incomodidades de los caminos. Y además, cuando alcancemos la cámara y la piedra angular, resolveremos esto. Quien sea que pierda es improbable que sobreviva. No pierdo nada por contarle mis planes, los cuales no provienen de la noble tradición de los gentileshombres, sino de cualquier entendimiento insignificante que pueda haber obtenido en mis veinte años de gobernar el imperio más grande del mundo conocido.

Gaspard sonrió.

—Bien dicho, prima. ¿Y dónde golpearía, entonces? ¿Mi hogar en Verchiel, imagino?

Celene sacudió la cabeza.

—Lydes.

Mientras Remache resoplaba ultrajado, Gaspard lanzó hacia atrás su cabeza y se rió.

—Por el aliento del Hacedor, Celene. Había olvidado lo bien que juega al Juego.

—Destruir Verchiel le deja sin nada que perder…

—No, no, lo veo ahora. Así que destruye los hogares de Remache y cualquier otro lord que se ponga de mi lado. Los aterroriza, les muestra qué le ocurre a cualquiera que se oponga al trono. —Gaspard asintió—. En lugar de un valiente héroe luchando por vengar su hogar, soy un peligro para cualquier lord que se alíe conmigo. Bien podría estar caminando con la peste.

—Me complace que sea capaz de apreciar la sabiduría del plan de Celene de destruir Lydes, —dijo fríamente Remache—. Es una lástima que no sea tan lúcido como para respetar la destrucción de mi ciudad.

—Es un buen plan, debe admitirlo, —le provocó Gaspard—. Y además, Remache, no planeo perder.

—Aún así, —dijo Celene—, eso no es usar los eluvians en su auténtico potencial. Mírelos. —Ella hizo un gesto hacia delante, donde los elfos eran siluetas distantes en la luz morada retorcida. Incluso mientras intentaba mirar, la luz hacía que apartara los ojos, y cuando miró de nuevo, los elfos se habían ido—. Se mueven incluso más rápido que nosotros.

Ahora Gaspard frunció el ceño.

—¿Un ejército de elfos, Celene?

—Una fuerza de algún tipo, al menos, —dijo Celene—. Exploradores, escaramuzas, capaz de estar en cualquier parte del imperio rápidamente y sin ser vistos. —Ante la mirada aturdida de Gaspard, ella sonrió—. Considere la idea mi regalo hacia usted, si sobrevive como para usarlo.

—Majestad, —dijo Michel—, eso parece demasiado poder como para confiárselo a los elfos. Quizás uno o dos como guía en una gran fuerza de hombres, pero si estuvieran unidos, agrupados, tendrían ideas.

—Ya *están* agrupados, mi campeón. —Celene frunció el ceño—. Y no tenían escasez de ideas en Halamshiral.

Gaspard resopló.

—Por favor, Celene. Cuando colocamos a los elfos en los suburbios, no los ponemos allí con armaduras de platerita y caballos de guerra y esperamos que nunca se les ocurra provocar problemas. ¿Esto? —Él miró a las runas brillando dolorosamente en el camino—. Esto es suficiente como para tentar a cualquiera. Y usted, prima, piensa del todo demasiado en los elfos.

—Supongo que lo veremos, —dijo Celene con una sonrisa.

Gaspard no sonrió en respuesta.

—Usted ha quemado un gran trozo de Halamshiral, y aún así cree que merecen su confianza. Ese clan Dalishano trataba con demonios para tener acceso a estos espejos. Los elfos nunca serán felices, Celene. Ni en nuestros bosques ni en nuestros suburbios… —Él le lanzó una mirada dura—. …ni en nuestras camas. No mientras Orlais sea el imperio de los hombres.

Celene abrió la boca, preparada para discutir el punto. Los elfos merecían la oportunidad de demostrar que podían confiar en ellos, y cuando ella les diera esa oportunidad, sabía que estarían agradecidos. El antiguo Tevinter había construido su imperio sobre las espaldas de esclavos, y la historia había demostrado que tal labor a regañadientes e involuntaria nunca producía la grandeza que podía lograrse por ciudadanos que creían en su causa. Elfos sirviendo a Celene por amor, apasionados y leales a ella y a lo que ella representaba, le daría a Orlais la fuerza que necesitaba para resistir la tormenta que se avecinaba.

Pero al final, no tenía sentido discutir… si Celene ganaba más tarde, Gaspard estaría muerto, y si ella perdía, ella misma moriría. Sin importar cómo acabara la batalla, dudaba que pudiera convencer a Gaspard de que se equivocaba.

Ella suspiró, se quedó en silencio, y se apresuró en alcanzar a los elfos de delante.

* * *

Para Briala, los siguientes varios días pasaron en un borrón de magia.

Cuando se despertaban, caminaban por los caminos. Briala, Felassan y Mihris permanecían por delante. Sin importar lo cuidadosos que fueran, siempre miraban a tras para ver que los humanos se habían quedado atrás.

Cada vez que un camino terminaba en otro eluvian, exploraban las ruinas medio colapsadas que yacían al otro lado para asegurarse de que estaban solos. Entonces llegaba una escasa comida de las raciones de Gaspard y la poca comida que Felassan había cogido de los Dalishanos, y luego, finalmente, era hora de descansar.

Y entonces Briala estaba con Celene de nuevo. Se acurrucaban en los brazos la una de la otra con tiempo para poco más que un rápido abrazo, y cuando dormían, Briala soñaba en grandes agujas elfas alcanzando los cielos, en ciudades construidas por magia, donde los elfos reían y comerciaban y luchaban y amaban. Cuando Felassan le hacía despertarse cada mañana, su mente estaba despejada y alerta, mientras que junto a ella, Celene estaba grogui y se doblaba del dolor como alguien que hubiera bebido demasiado la noche antes.

A Mihris le hacía reír ver a los *shemlen*, cuyo nombre en Élfico significaba «los rápidos,» moverse tan lentamente. Briala, que sabía cómo era perder a la familia ante la violencia, dejó que la chica Dalishana disfrutara de su amarga broma.

Y fue lo suficientemente fácil ignorarla y disfrutar de la belleza de los caminos, ahora que estaba acostumbrada a ello, a escuchar la sutil canción que la llamaba con cada paso. Se sentía como si estuviera finalmente donde se suponía que debía estar. La luz, el sonido, incluso la tenuidad gris peculiar de ese pequeño mundo que yacía fuera del camino entre los eluvians, todo ello se sentía como su hogar de una forma en que el hogar familiar de Celene nunca lo había hecho. Briala lo dejó acunarla en una placentera meditación consciente mientras caminaban por los caminos brillantes.

Incluso las habitaciones que conectaban los eluvians eran maravillosas en su propia forma, aunque ninguna era tan grande como en la que habían luchado contra los cuerpos. Pasaron a través de cámaras llenas de urnas y más sarcófagos, e incluso grandes dormitorios donde los elfos que no habían muerto sino que en su lugar habían ido al sueño eterno de *uthenara* habían perecido por su largo descanso.

Cuando llegaron a la primera de esas habitaciones, Felassan se detuvo y miró al cuerpo antiguo que medio yacía bajo las sábanas de satén. Para Briala, no parecía diferente de aquellos contra los que habían luchado en ese terrible primer día, pero la cara de Felassan estaba retorcida con lástima.

—Innecesario, —dijo él silenciosamente, y Briala, curiosa, salió de su ensoñación y miró.

El cuerpo descansaba en una posición de descanso, con una sabana limpia blanca cubriéndole cuidadosamente el pecho, dejando sólo la cabeza y los hombros expuestos. No se había despertado al morir, no había luchado. Aunque la piel estaba marchita hasta un cuero desgastado tirante sobre los huesos, nada había limpiado aquellos huesos de carne.

Pero ahí, en la garganta, Briala vio un único corte fino, junto con el más fino rastro de manchas de sangre en la almohada.

—¿Por piedad? —Preguntó Briala—. ¿Una muerte rápida, para que no muriera de hambre con los sirvientes?

Mihris resopló.

—Estúpida orejas planas. Aquellos que encontraban la paz del *uthenara* no necesitaban sustento mortal. Podían dormir durante toda la eternidad y nunca pasar hambre.

—Casi, *da'len*, —dijo Felassan—. La mayoría de aquellos que entraban en el *uthenara* podían sobrevivir de una simple poción. Agua, con miel y hierbas añadidas para mantener al cuerpo vivo. Los sirvientes la frotarían por los labios del soñador en la luna llena, y luego olerían la muñeca desnuda del soñador ante la luna nueva. Si olía al aroma perfumado de las hierbas, significaba que el brebaje había llegado al cuerpo, y seguirían alimentando al soñador. Si la muñeca estaba desprovista de aroma, entonces significaba que el soñador había aprendido a atraer el sustento del propio Velo, y nunca necesitaría alimentarse de nuevo. Aquellos auténticos soñadores eran colocados en camas del blanco más puro, significando el logro de la perfección del soñador. —Él sonrió y sacudió la cabeza—. O eso dicen las antiguas canciones.

Briala miró a las sábanas de satén blanco.

—Venganza, entonces.

—Vaya un desperdicio. —Felassan sacudió la cabeza—. Este sólo podía haber ayudado.

—¿Cómo? —Preguntó Briala—. Su imperio estaba cayendo. Me contaste que aquellos en *uthenara* podían visitar a la gente en sueños. ¿Qué dirían, aparte de desearnos suerte en las elferías?

—No sabes nada, —dijo Mihris—. Desde el Velo, los antiguos podían ver todo nuestro mundo. Podían decirnos dónde estarían nuestros enemigos, y en qué números. Donde el Velo era fino, podían mandar espíritus para hacer lo suyo y ayudarnos.

—¡Podían matar a sus enemigos mientras dormían! —La cara de Felassan brillaba con excitación—. ¡Podían conceder deseos a los soñadores cuyas almas fueran puras! O podían yacer allí y no hacer nada salvo inspirar relatos populares románticos Dalishanos. —Él sonrió.

—Nunca sabremos lo que podrían haber hecho por nosotros. —Mihris escupió en el suelo—. Ya que a algunos estúpidos sirvientes les importó más la venganza que el bien de la gente.

Briala la miró.

—Estoy segura de que eres mejor que eso, Mihris. —Mientras Mihris la miraba, la rabia retorciendo los tatuajes en su cara, Briala sonrió—. Aunque sé que culpas a Ser Michel por la muerte de tu clan, estoy segura de que ya que la Emperatriz Celene es la mejor esperanza para los elfos, detendrás tu mano contra su campeón.

Mihris apretó sus puños, y Briala pensó por un momento que en sus ojos ardía fuego.

—Eres basura de alcantarilla, orejas planas.

—Y tú nunca has *visto* las alcantarillas donde luchamos para sobrevivir, —dijo Briala sin vacilar—. Tu clan podría haber ayudado a los elfos en las ciudades, acogiendo a *los descarriados*, como tu Guardián dijo. En su lugar, viajáis por ahí en carretas y buscáis objetos abandonados por nuestros ancestros. Invocasteis demonios y trajisteis vuestra condena sobre vosotros mismos.

Mihris puso una mueca y caminó hacia el otro lado de la habitación sin responder.

—Eso fue frío, *da'len*, —dijo Felassan, mirando a la maga.

—Al igual que ella. —Briala suspiró—. ¿Cuántas veces te pasé información, pensando que estaba trabajando *con* ellos? Y mientras tanto, sólo se preocupaban de ellos mismos. —Ella sacudió la cabeza—. Al menos Gaspard es honesto al respecto.

—¿Y Celene no se preocupa sólo de sí misma?

—Ella se preocupa por… —Briala miró al cuerpo en la cama—. Ella se preocupa por mí. Y ayudará a los elfos para hacerme feliz.

Felassan sonrió.

—Gaspard no es el único que es honesto.

—Celene no ha conocido otra cosa salvo el poder y el lujo toda su vida. No es de extrañar que necesite ayuda para ver los aprietos de aquellos necesitados, —dijo Briala, mirando atrás al eluvian que acababan de atravesar. Los humanos aún tienen que unirse a ellos.

—Ya sabes, hay una historia antigua acerca de Fen'Harel.

—Me sorprende, *hahren*.

—Me hieres. —Él sonrió—. En la historia, Fen'Harel fue capturado por la diosa cazadora Andruil. Él la había enfadado por cazar al halla sin su bendición, y ella le ató a un árbol y declaró que tendría que servir en su cama durante un año y un día para pagárselo. Pero mientras ella acampó esa noche, el dios oscuro Anaris los encontró, y Anaris juró que mataría a Fen'Harel por los crímenes contra Los Olvidados. Andruil y Anaris decidieron que tendrían un duelo por el derecho a reclamar a Fen'Harel.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Briala.

—¿Qué crees, *da'len*? —Felassan sonrió—. Has oído suficientes de mis historias durante los años.

Briala pensó por un momento.

—Fen'Harel encontró una forma de engañarlos a ambos y escapar.

—Llamó a Anaris durante la pelea y le contó sobre un defecto en la armadura de Andruil justo sobre la cadera, —dijo Felassan, asintiendo—, y Anaris apuñaló a Andruil en el costado, y ella cayó. Entonces Fen'Harel le dijo a Anaris que le debía al Lobo Terrible la victoria y el juramento de obtener su libertad. Anaris estaba tan afrentado por la audacia de Fen'Harel que se volvió y gritó insultos al prisionero, y por lo tanto no vio a Andruil, herida pero viva, alzarse tras él y atacarle con su gran arco. —Él sonrió de nuevo y miró a Briala—. Anaris cayó con una flecha dorada en su espalda, malherido, y mientras ambos dioses se tambaleaban para sanar sus heridas, Fen'Harel mordisqueó sus cuerdas y escapó. *Has* oído suficientes de mis historias durante los años, *da'len*. —-Su mirada se acomodó sobre ella, calmada pero firme—. Quizás es hora de que escribas la tuya propia.

—Yo no soy una diosa. —Briala se sentía estúpida incluso mientras lo decía, y la risa entre dientes de Felassan la hicieron ruborizarse.

—Eso lo tendrán que decidir las historias. —Él rompió mientras Celene, Gaspard, y el resto de los humanos finalmente salieron del eluvian, pareciendo exhaustos y adoloridos—. Por ahora, ve con tu emperatriz.

* * *

La cabeza de Celene le dolía para cuando Felassan llamó para un descanso en lo que suponía que era el final del día. La habitación en la que se encontraban era una pequeña cámara circular con palés reunidos en un círculo. En medio de la habitación, un fuego ardía animado en un gran bol de metal que no tenía combustible que Celene pudiera ver.

—Encontré comida en un cofre junto a la pared, —dijo Briala, y Celene miró para verla asar lo que parecía una pieza fresca de pan sobre el fuego—. Felassan dijo que era seguro, preservado por la magia de algún modo.

—Lo cogeré para tener más raciones de viaje. —Gaspard dejó caer su equipo y empezó a desatarse su armadura. Aún estaba arañada y abollada por la pelea.

—¿Qué fue esta cámara? —preguntó Celene, sentándose junto al fuego. No tenía frío, pero pese a su origen mágico, la luz del fuego natural era benditamente bienvenida para sus ojos después de tanto tiempo en el que la única fuente de luz natural era el brillo doloroso del camino o el brillar extraterrenal de los bastones de los magos—. Y al cocinar sobre ese fuego… ¿Estamos violando alguna costumbre de los elfos antiguos?

—Ninguna que importe, —dijo Felassan animado.

—En esta cámara los *somniari* realizaban los grandes rituales, —dijo Mihris, mirando a Briala y Felassan—. Las hierbas sagradas eran lanzadas al fuego eterno, y el humo guiaba a los soñadores elfos al Velo.

—Esa es una historia encantadora, Mihris. —Felassan sonrió—. También podría haber sido un lugar donde cocinaban. O igual de probable, un lugar para proteger a los soñadores mientras dormían, en lugar de confiar en que los sirvientes no les mataran en sus camas.

—Prudente, —dijo Gaspard, sacándose la placa pectoral con un gruñido.

Celene pensó en su tetera mágica. Siempre había pensado en ella como un simple trocito de elegancia, un privilegio de su posición. Después de caminar por cripta tras cripta y encontrar tantos misterios élficos antiguos, Celene podía entender que los campesinos pudieran tener miedo de tal baratija. Ella misma no confiaría en la magia tan fácilmente una vez que volviera al trono.

Sin embargo, ella extendió las manos hacia el fuego, recibiendo el calor.

Entonces Briala estaba junto a ella.

—¿Qué estás haciendo?

Celene se movió para inclinarse contra Briala. Ambas olían a armadura que había visto demasiadas batallas, a sudor y sangre y a humo de hoguera y ropas que habían sido dejadas fuera en la lluvia. Nunca habría imaginado que podría encontrar hermosa a Briala incluso así, pero tras un largo día de viaje, estaba preparada para acurrucarse con ella y simplemente olvidarlo todo.

—Estoy pensando en este maravilloso lugar, —dijo ella—. Aunque no lo veo con tus ojos, aún puedo ver tantas posibilidades. —Ella miró a Briala, sonriendo—. Después de que reclamemos Orlais, por supuesto.

—Por supuesto, —dijo el Duque Remache, mirándolas a ambas. Estaba trabajando en su armadura, como Gaspard. Michel estaba haciendo lo mismo, martilleando como hacía cada noche las abolladuras que permanecían del hechizo mortal de Mihris.

Celene ignoró a los hombres y se volvió hacia Briala.

—Imagina lo que podríamos hacer, Bria. Imagina a los nobles haciendo el viaje a Val Royeaux en días en lugar de semanas o meses. ¿Cuántas políticas han sido limitadas debido a que mis órdenes sólo podían viajar a la velocidad del caballo de un mensajero?

—¿Cómo dejar salir a los elfos de los suburbios? —preguntó Briala, mirando a las llamas chisporroteantes.

—Oh, mucho mayor que eso. —Celene podía verlo con el ojo de su mente—. Comercio, Bria. Recolectar sabiduría en la universidad. Si pudiéramos mover los eluvians a salvo, podríamos colocar uno en cada ciudad, y Val Royeaux nunca estaría a más de un corto paseo de cualquier parte del imperio.

Briala se rió entre dientes, pero Celene sabía que fue forzada por la forma en que cogió aliento antes de reírse. Fue deliberado, no espontáneo, y los preciosos ojos grandes de Briala no se encogieron con las líneas de risa como deberían haberlo hecho. El anillo en el dedo de Celene, el regalo de Lady Mantillon que la había ayudado a ver las debilidades de un enemigo en una pelea, agudizaba su ingenio también, dejándole ver detalles que habría pasado por alto de otro modo.

—Confieso, —dijo Briala—, que puedo ver poco más allá de la libertad de mi gente.

—Oh, tu emperatriz tiene planes para tu gente. —Gaspard no alzó la mirada de la tira tensa de sus grebas—. Moverlos fuera de los suburbios hasta aquí abajo a los túneles como su propia pequeña red de espías.

Celene resopló.

—Después de toda una vida en nuestros suburbios, los elfos de Orlais podrían disfrutar de ver su historia antigua, como lo han hecho nuestros compañeros elfos. Dado lo placentero que parece para los elfos, imagino que tal acuerdo podría beneficiar a todo el mundo. —Ella miró por la habitación hacia donde Mihris y Felassan estaban examinando runas antiguas en la pared, con una Lienne aburrida junto a ellos.

—Bueno, usted se beneficiaría, ahora, ¿no, Su Resplandor? —preguntó Remache, mirando a Briala.

—Sacar a los elfos de los suburbios sólo para convertirlos en sus asesinos personales. —Gaspard sonrió y sacudió la cabeza—. Eso traerá a un par de nobles a mi bando, imagino.

—Como usted estará descansando en los brazos del Hacedor para entonces, no debería preocuparle en absoluto, —dijo Celene secamente, y Gaspard se rió y extendió el brazo hacia el pan.

Briala pasó el trozo que había estado asando.

—Si Su Majestad Imperial tiene el amor y el apoyo de cada elfo en cada ciudad del imperio, los nobles no se atreverán a moverse en su contra. —Ella sonrió a Gaspard—.

Podremos ser insectos, Gran Duque, pero también lo son las avispas. Un hombre sabio evita golpear su nido.

Gaspard cogió el pan.

—Por supuesto que lo evita. Un hombre sabio se libra de las avispas con humo. O fuego. —Él dio un buen bocado crujiente al pan, y asintió—. Esto es bueno.

—¿Se cree que me he olvidado de Halamshiral? —Dijo Briala, su voz tensa y enfadada—: ¿Qué puede dividirme de Celene con un recordatorio? Recuerdo que usted *provocó* la quema de Halamshiral.

—La Emperatriz Celene no habría atacado la ciudad si usted no la hubiera forzado, —dijo Michel, alzando la mirada de su trabajo para encontrar la mirada de Gaspard.

—Cierto. Pero eso no es lo que dijo Briala en la carreta fuera de la ciudad, —dijo Gaspard, y dio otro bocado al pan—. Tal y como lo recuerdo, incluso sabía qué iba a hacer, y fracasó en advertir a Celene.

—Difícilmente la habría escuchado, —dijo Celene, incluso mientras miraba a Briala con sorpresa—. Todo lo que importa es que los elfos vivirán mejores vidas cuando acabemos aquí.

—Mejores vidas. —Remache frunció el ceño—. Hace tratos con basura de alcantarilla.

—La cosa es, —dijo Gaspard a Celene, ignorando a Remache—, ¿la mayoría de los elfos? No los Dalishanos, no su doncella, ¿pero la mayoría de ellos? No les importa vivir en las elferías… o en los suburbios, en Halamshiral. No les importa lo que un gran duque o una emperatriz llamen libertad. Les importa tener un techo sobre sus cabezas y comida sobre la mesa. Cuando haga su atrevida proclamación, los nobles se volverán y encontrarán una forma de olvidarse de los elfos.

—Entonces se lo recordaremos. —Briala miró a Gaspard, y luego a Celene.

Celene cogió su mano sin vacilar.

—Haré lo mejor para tu gente, Bria. Lo juro.

La mano de Briala se reafirmó en la suya, y Gaspard y Remache se volvieron incómodos mientras Celene se inclinaba contra ella más de cerca. Michel volvió a su armadura, aparentando no darse cuenta.

A la luz de la hoguera, Celene podía ver a los elfos muriéndose de hambre y provocando disturbios entre los plebeyos, los nobles enfadados mandando gentileshombres demasiado rápidos para que incluso ella los detuviera. Podía ver a los soldados imperiales viniendo a quemar los hogares de los mercaderes que protestaban por su competición élfica, los elfos volviéndose al bandidaje y a la rebelión cuando su primer sorbo de libertad les dejara queriendo tener más demasiado rápidamente.

Podía ver su imperio ardiendo. El fuego estaba ya preparado. Todo lo que podía esperar controlar era quién era consumido por las llamas.

16

Habían sido cuatro noches, según la cuenta de Ser Michel. Cuatro noches de comer la carne seca que Gaspard sacaba o el pan duro que Felassan había traído del campamento Dalishano. Cuatro noches de dormir sobre la piedra dura tras caminar todo el día en una armadura que aún no estaba del todo reparada tras el daño que Mihris había provocado. Gaspard le había ordenado sanar las heridas de Michel, y su toque había ardido de un frío helado mientras lo había hecho, mirando a Michel con un odio ardiente.

Cuatro noches de observar con ojos de piedra mientras su emperatriz compartía manta con Briala.

—Es extraño ver que las emperatrices comparten cama al igual que todo el mundo, ¿no es así? —llegó la silenciosa pregunta esa noche, y Michel se volvió para ver a Gaspard sentado a un par de pasos de distancia. Estaba trabajando cuidadosamente para alisar un pequeño desgarrón en su placa pectoral, al menos lo que fuera posible con sólo herramientas de campo. Al contrario que las abolladuras en la armadura de Michel, el desgarrón realmente podía atrapar una hoja si no era arreglado.

Michel había estado afilando su espada, y se volvió de vuelta al trabajo.

—Un poco, mi lord.

—Por el Hacedor, Michel, ¿no sientes algo por ella tú mismo? —preguntó Gaspard con una suave risa.

—No. —Michel se rió entre dientes también—. Aunque adoro a nuestra emperatriz, no pienso en ella de esa forma. He oído demasiadas historias en mi juventud de gentileshombres condenados por un amor trágico, muriendo por errores cometidos por el calor de los celos o la pasión.

—Yo preferiría ir a manos de los malditos engendros tenebrosos. —Gaspard frotó el largo arañazo de su placa pectoral—. Hágamelo saber si necesita aceite de pulido.

—Gracias, mi lord. —Michel recorrió la longitud de su hoja, encontró un saliente, y se puso a trabajar. En Val Royeaux, habría tirado una espada con tal imperfección, o como mucho le habría pedido al herrero que la reforjara. Aquí en las salas de los elfos muertos, no tenía tal lujo. Tras un minuto de trabajo, añadió—. Difícilmente puedo juzgar. Yo he compartido mi cama con la ocasional chica plebeya. ¿Por qué la emperatriz sería diferente?

—Cierto. —Gaspard gruñó, poniendo todo su peso en abultar la armadura, luego la miró críticamente—. Es todo lo que es.

El saliente en la espada iba a retenerse la primera vez que Michel enfrentara espadas con algo sólido. Con una mueca, Michel sacó la piedra de afilar. La platerita era lo suficientemente dura como para que fuera difícil de afilar una vez que perdía su increíble filo, y si se hacía incorrectamente, podía arruinar la hoja.

—¿Se supone que debo admitir mis recelos, mi lord, y volverme a su causa?

—Le mataría aquí y ahora si lo hiciera, —dijo Gaspard sin vacilar—. Somos gentileshombres, jurados por el honor y el deber. Y usted ha hecho un juramento como su campeón.

—Usted tuvo pocas preocupaciones por el honor cuando empezó los rumores contra ella.

—Hice lo que el imperio necesitaba. —Gaspard pasó un dedo por su placa pectoral, frunciendo el ceño—. Luché para ganar. ¿Qué dicen en la Academie? El honor no precede…

—… a las tácticas, —dijo Michel, terminando la antigua lección—, y la gloria no se gana a través de la estupidez. Sí, mi lord.

—Celene siempre ha sido una maestra del Juego. Por el aliento del Hacedor, así es como acabó en ese trono en primer lugar. Yo sólo jugué dentro de las limitaciones de las normas que ella estableció. —Gaspard suspiró—. La verdad sea dicha, mi mayor arrepentimiento fue usar esa bardo en su contra. Ya sabe, hice que intentara averiguar cualquier cosa que pudiera manchar su nombre.

El recuerdo de Melcendre tentando a Michel en el almacén le heló la sangre. Pero había visto el Juego el suficiente tiempo como para saber que si preguntaba qué sabía Gaspard, habría mostrado ese miedo. Él se encogió de hombros en su lugar.

—Como usted dijo, mi lord, usted jugaba al Juego. Se basa en rumores e insinuaciones. Y en ese sentido, soy afortunado por haber llevado una vida tan vacía.

—Aún así, Ser Michel, fue indigno de un gentilhombre a otro, y tiene mis disculpas. —Gaspard sonrió—. Cuando encontremos esta cámara, nuestra tregua acabará, y haremos lo mejor que podamos por matarnos el uno al otro en el campo de batalla. Usted lo sabe, y yo lo sé, pero lucharemos con honor, sin ser ensombrecidos por el Juego, por chismes o mentiras. Como dos hombres que se conocen a sí mismos y llevan ese conocimiento orgullosamente para que todo el mundo lo vea.

Gaspard no lo sabía. Michel había estado seguro de que el gran duque habría utilizado la información antes, antes de su ataque a Halamshiral, pero alguna parte de él siempre se lo había preguntado, esperando a que Gaspard golpeara.

Recordó el inmediato palpitar de su sangre, el arrebato caliente de fuerza que exigía la muerte de Melcendre cuando ella le amenazó con lo que sabía.

Una diminuta tensión en la base de su cráneo, ahí durante tanto tiempo que se había olvidado de que estuviera siquiera allí, se relajó con un frío baño de alivio por su espíritu. Era libre. Podía vivir y morir como Ser Michel de Chevin.

—Sí, mi lord, —dijo él, y volvió a pulir las imperfecciones en su arma.

Al día siguiente, tras caminar por un camino maldito por el Hacedor más, caminaron a través del eluvian y salieron a una gran sala circular que era más grande que cualquier cosa que hubieran visto antes.

Estaba iluminada por grandes braseros dorados que ardían con fuego mágico, como la pequeña llama que Briala había usado para tostar pan la última noche. Por todo alrededor de la pared, enormes columnas de apoyo habían sido talladas en las formas de elfos en

armadura o sosteniendo bastones. Flanqueaban docenas de eluvians, y sobre las puntas de los grandes espejos, enormes formas monstruosas habían sido talladas en el techo también. Michel vio demonios, dragones y cosas para las cuales no tenía nombre.

El suelo de la gran sala había sido tallado en una forma de bol con una pendiente suave. Por las pendientes superiores, unos finos bancos de mármol miraban al interior. Abajo, se habían trazado runas en el suelo en un patrón que Michel no podía entender, retorcidas formas arácnidas que se superponían las unas a las otras, algunas pareciendo criaturas estilizadas, otras patrones que podrían haber sido fuego o relámpagos, y aún otras simples formas geométricas que se retorcían en direcciones que no tenían sentido. Le recordaban a las runas del camino, pero no ardían con la misma luz brillante, y algo en la forma era diferente, aunque no podía decir qué.

En medio de la sala, en el centro del gran círculo de runas, un gran pedestal de piedra se alzaba, su superficie desnuda excepto por un punto en medio, moldeado precisamente como el rubí que el demonio Imshael le había dado a Celene. Hasta ese momento, Michel se había preguntado si el demonio simplemente los había mandado aquí para morir.

—Impresionante, —dijo Gaspard. Su voz hizo eco a través de la cámara, rebotando en las paredes—. Rómpele las puntas a las orejas a esas columnas y no estaría fuera de lugar en Val Royeaux.

—Esta no era una cámara funeraria, —dijo Briala, y Michel notó con un pequeño hormigueo de preocupación que *su* voz no hacía eco—. Felassan, ¿qué era esto? ¿La sala funeraria?

Los elfos habían llegado a la habitación bien antes que Michel y los otros, y Briala y Mihris parecían asombrados por la extravagancia. Tan sólo Felassan no parecía impresionado.

—En parte, —dijo él—. Pero los fieles también venían aquí a suplicar.

—¿A qué? ¿A vuestros heréticos dioses? —preguntó Remache, la cicatriz en su mejilla retorciéndose mientras ponía una mueca.

—Nuestros ancianos, los que habían entrado en *uthenara*. —Si Felassan había sido ofendido por la interrupción de Remache no lo había mostrado—. Los suplicantes caminaban por el laberinto, —dijo él, haciendo un gesto a la masa retorcida de runas—, y las canciones dicen que si eran dignos, encontrarían las respuestas que buscaban en sus sueños esa noche.

—Caminar por… —Remache miró a las runas que rodeaban el pedestal—. ¿Hay algún *patrón* en eso?

—Oh, ¿no puedes verlo? —preguntó Felassan, y sonrió—. Quizás no eres digno.

Remache puso su mano en su espada, luego se detuvo ante el gesto de corte de Gaspard.

—¿Entiendo que puedes ver el camino a través de ese desastre? —Ante el asentimiento de Felassan, Gaspard se volvió hacia Celene—. Entonces parece ser, prima, que nuestra tregua se acerca a su fin. —Él se alejó de ella, y aunque no desenvainó su espada aún, su mirada estaba preparada para una pelea—. Tenemos la clave para

despertar a los eluvians en nuestro poder. Si yo gano, mi elfa me hace pasar a través. Si usted gana, uno de los suyos lo hace. La única cuestión que veo es cómo desea resolver esto. ¿Desatamos más magia y nos arriesgamos a despertar a otro demonio maldito por el Hacedor tratando de matarnos los unos a los otros, o que su campeón y el mío luchen como hombres?

Michel se colocó entre Celene y Gaspard, y sin mirar atrás por encima de su hombro dijo:

—¿Majestad? —Mihris ya había caminado al lado de Gaspard, mirando a Michel con una anticipación ansiosa, mientras Briala salía a una posición que le daría un tiro limpio a Lienne o Mihris.

Remache miró de Celene a Gaspard, los ojos encogidos en pensamiento, y Michel lo notó y se recordó a sí mismo que cuando se llegara a los golpes, mataría a Remache tan rápidamente como pudiera. El lord tenía habilidad con una espada y ningún código de gentilhombre para retenerle, y sin duda esperaría a que la batalla comenzara, luego vendría y atacaría por sorpresa donde pudiera hacer más daño.

Antes de que Celene pudiera decir nada, aún así, Lienne intercedió.

—No. No, *no* tenemos los eluvians. No tenemos *nada*. Algo se despierta, algo antiguo y enfadado.

Gaspard le lanzó una mirada.

—Lienne, si tienes algo que decir…

—Percibo magia obligada a servir. Puedo *sentirlo*, mi lord. Es… —Los ojos de Lienne se abrieron como platos, y ella miró alrededor como buscando. Luego frunció el ceño—. Está a todo nuestro alrededor. O… —Ella alzó la mirada.

Con un gran rugido de piedra chocando, el techo cayó sobre ellos.

* * *

Tan pronto Briala escuchó el ruido de rugido, estaba en movimiento, hundiéndose sin pausa bajo el banco de mármol más cercano. Escuchó gritos de dolor mientras la piedra chocaba sobre aquellos que no se habían movido lo suficientemente rápido.

Incluso mientras Briala se metía bajo el banco, estaba escuchando.

Entonces la piedra cayó chocando, un temblor que sacudió su barriga y la hizo moverse por el suelo.

Pero no era un derrumbe, se dio cuenta ella. Los derrumbes no se restringían a ciertas áreas.

Y no caminaban.

Ella rodó fuera, alzando su arco, y vio lo que parecía una gran columna de piedra caer de las fantásticas criaturas talladas en el techo. Sólo mientras se alzaba desde un banco de mármol aplastado sus ojos se percataron de las grandes garras en la base de la columna y, con un cambio de perspectiva, se transformó en una pierna en armadura de piedra más grande que ella.

La criatura era enorme pero delgada para su gran tamaño, un cuerpo angosto posado sobre cinco largas patas que tenían púas y estaban segmentadas como las de un insecto. Un diminuto torso sacó dos brazos con garras que no eran más grandes que los de un hombre, y terminaba en una cabeza sin ojos cuyas fauces con colmillos de piedra se abrieron mientras la criatura siseaba y olfateaba el aire.

Briala asimiló todo esto en un instante mientras se hundía lejos y lanzaba una flecha al pecho de la criatura, esperando que el área más pequeña fuera más débil. La flecha se destrozó en el pellejo de piedra.

Más rápido de lo que habría sido posible para algo tan enorme, la cosa se abrió paso oscilándose, y una gran pierna en armadura aplastó, destrozando las piedras de mármol mientras Briala se apartaba.

—Felassan, ¿qué es eso?

—¡Varterral! —Gritó él, incluso mientras Briala veía a Remache y a Michel cargar contra la criatura—. ¡Muy malo! ¡Muy muy malo!

Felassan no estaba atacando aún. Quizás tenía un motivo, o quizás sabía que la cosa era demasiado fuerte. Mientras la pierna con armadura aplastaba cerca de Briala de nuevo, ella saltó a salvo, giró, y disparó una flecha a la pata más cercana, apuntando a las juntas. De nuevo, el disparo rebotó sin hacer daño en la armadura de piedra. Michel y Remache cortaban a las otras patas del otro lado de su cuerpo con poco éxito.

El varterral aplastó sus piernas en el suelo, y la piedra osciló bajo los pies de Briala. Michel y Remache fueron lanzados atrás, aterrizando con un gran choque de metal, y Mihris, su cara mortalmente pálida tras sus tatuajes curvados, caminó hacia delante, su bastón alzado. Gaspard, sacudiendo la cabeza, estaba junto a ella, y Lienne estaba tras él, su bastón brillando con una magia que zumbaba alrededor de Gaspard también.

—¡Esperad! —gritó Felassan. Briala se arriesgó a una mirada rápida y vio que había trepado a un banco—. ¡Id a terreno alto y contened la mano!

Gaspard le miró aturdido.

—¿Lo dices *en serio*?

—¡Ahora! —El varterral siseó y golpeó sus mandíbulas en dirección a Gaspard, y un espray de ácido siseó a través del aire. El escudo de Gaspard se partió y recibió el espray mortal, y el gran duque saltó ágilmente a un banco, luego extendió una mano y ayudó a Lienne a subir. Su escudo humeaba y burbujeaba donde el ácido le había dado.

Briala rodó hacia atrás para poner cierta distancia entre ella y la criatura y saltó de nuevo a un banco. Al lado, Celene estaba haciendo lo mismo, y Briala vio a Michel y Remache trepar también.

Por un momento, nadie se movió. El varterral se retorció en el sitio, abriendo sus monstruosas fauces incluso aún más mientras olfateaba el aire. Se volvió en sus cinco largas patas, sorprendentemente ágil, y arañó el suelo. Parecía confuso, aunque Briala sólo podía adivinar sus emociones dada la monstruosa cara sin ojos del varterral.

Por supuesto.

—No puede ver, —susurró ella.

—Correcto, *da'len*. —La voz de Felassan era igual de silenciosa—. Percibe nuestros movimientos a través del suelo, como una serpiente, y saborea la culpa de aquellos que deshonran este lugar. Este estaba aquí para defenderlo contra los humanos que penetraran al lugar sagrado de los eluvians. Sólo debería luchar contra los elfos para defenderse a sí mismo.

—Muy útil, —gritó Remache—: ¡Pero no todos nosotros somos elfos! —Ante sus palabras, el varterral se sacudió, entonces saltó imposiblemente alto y rápido, bajando y aplastando la piedra bajo sus garras mientras aterrizaba sólo a un par de pasos de Remache. El lord palideció y se quedó en silencio y quieto mientras la gran bestia siseaba en silencio, moviéndose hacia atrás y hacia delante, buscándole.

—Trató de matar a Briala. —Gaspard no lo dijo como si fuera una acusación. Briala podía ver los ojos del gran duque encogidos en concentración.

—Ella lo atacó. Si hubiera actuado pacíficamente, la habría ignorado.

Gaspard asintió, aún pensando.

—Así que huele si eres un elfo, no los ataca.

—Bueno, *este* lo hace. Fen'Harel sabe lo que los otros harán.

El varterral aún estaba buscando mientras Remache, aún congelado sobre el banco, miraba al resto de ellos desesperadamente. Con un siseo enfadado, la bestia golpeó con una gran garra al suelo, y Remache se tambaleó y se meció para mantener el equilibrio.

—Michel, *Los Lobos Toman al Oso*, —gritó Gaspard, y Michel asintió. Para el resto, Gaspard gritó con fuerza—: ¡Todo el mundo, hostigar y retirarse! ¡Elfos, alejadlo de nosotros mientras trabajamos! —El varterral se apartó de Remache ante las palabras de Gaspard, y el gran duque sonrió—. ¡Es cierto, gran bestia! ¡Ven y cógeme!

El varterral saltó de nuevo, y sus grandes patas largas destrozaron trozos de piedra del suelo mientras aplastaba el banco donde había estado Gaspard. Había saltado lejos, e incluso mientras aterrizaba, Michel estaba haciendo llover golpes sobre la pata trasera del varterral.

Briala disparó, tratando de darle en la cabeza esta vez, y dio a la bestia en el hombro en su lugar. Rugió y se giró hacia ella, luego siseó de dolor mientras una oleada helada de frío lo bañaba. Mihris, su bastón brillando en blanco de nuevo, puso una mueca y lanzó otra oleada de frío en la pata del varterral, congelándolo en una fina capa de hielo. Mientras la bestia se volvía hacia Mihris, un peñasco navegó por la habitación y chocó contra la pata debilitada.

El varterral gritó de dolor, y su pata herida colgó muerta mientras giraba sobre Felassan. El maestro de Briala no tuvo tiempo de moverse. Las rocas del suelo se deslizaron hacia arriba para cubrir su cuerpo mientras el varterral golpeaba, y cuando le dio, la piedra se destrozó. Felassan golpeó el suelo con fuerza y no se movió.

El varterral se detuvo sobre el cuerpo de Felassan, una pata con púas se alzó para un golpe mortal, pero se detuvo mientras Gaspard gritaba:

—¿Cómo está la para, bestia? —y cortó en la extremidad herida de la cosa con un golpe que agrietó la armadura de piedra y mandó un icor siseando—. ¡Parece que duele!

—Gaspard parecía brillar con poder, y cada golpe golpeaba con más fuerza de la que cualquier hombre podría tener. Tras él, Lienne tenía su bastón alzado, mirando a Gaspard con una concentración feroz mientras su magia le daba fuerza a Gaspard.

Briala vio al varterral volverse hacia Gaspard, sólo para que Remache y Michel la atacaran desde atrás. Mientras se volvía hacia Remache y alzaba una garra para golpear, Briala captó un vistazo de su tripa sin armadura. Sin vacilar, disparó otro tiro.

La flecha de Briala se hundió en la parte inferior del varterral cerca de una de las juntas de la pata, y ella vio el icor salir en espray. La bestia gritó de nuevo.

—¡Debajo! —gritó ella—. ¡Id debajo de él!

Ella se dio cuenta incluso mientras la cosa se volvía hacia ella de lo suicida que sonaba eso, pero entonces estaba saltando lejos mientras la piedra se destrozaba donde había estado, y un siseo de ácido viajaba por el suelo tras ella mientras la cosa escupía su rabia.

Entonces Celene se hundió junto a Briala y dio una voltereta bajo el varterral.

Briala aún estaba corriendo, la bestia cortando hacia ella con furia, pero desde el rabillo del ojo, vio a Celene salir de su ruedo, las dagas resplandeciendo y dejando un rastro de llamas. Ella saltó y apuñaló con una precisión rápida como el rayo, extendiéndose hacia arriba para darle a la tripa de la bestia. Si el anillo de Lady Mantillón guiaba la mano de Celene, Briala no podía decirlo, pero el varterral aulló de dolor.

Celene rodó fuera mientras la bestia llevaba su peso chocando hacia abajo, y se levantó no muy lejos de Remache, las dagas alzadas. El varterral se volvió hacia ella, su cara sin ojos contorsionada en una furia de colmillos y ácido, y tras él, Gaspard hizo bajar su espada de nuevo en su pata herida.

Briala vio como el ritmo funcionaría. Remache, Michel y Gaspard estaban espaciados regularmente alrededor de la bestia. Celene atacaría desde abajo, y Briala y Mihris golpearían desde lejos, mientras que Lienne ayudaba como podía.

Peligrosa, frenética, el tipo de batalla para la que ni siquiera los cacareados gentileshombres de Michel podían prepararse, pero Briala podía verla funcionar.

El varterral empezó a volverse, justo como Briala había predicho.

Entonces observó con horror mientras el Duque Remache golpeaba su escudo en la espalda de Celene.

—Por Lydes, —dijo calmadamente mientras Celene caía hacia delante y se golpeaba con fuerza contra la pata del varterral.

—¡Remache! ¡Maldición, hombre! —gritó Gaspard, aún cortando salvajemente a la bestia desde atrás, pero dada tal presa fácil que acababa de herirle tan fácilmente, el varterral le ignoró. Se inclinó hacia abajo, sus brazos más pequeños, de tamaño humano, se extendieron hacia Celene.

Gritando, Briala disparó una flecha, luego otra. Rebotaron sin hacerle daño, y las garras del varterral se cerraron.

Sobre Ser Michel.

Empujando a Celene fuera del camino, Michel rodó hacia las garras cerrándose, cortando desesperadamente a la muñeca de la criatura. Los golpes rebotaron en el pellejo rocoso del varterral, y la bestia atrapó a Michel en su agarre y sin esfuerzo alzó al gentilhombre del suelo.

Sus fauces con colmillos se abrieron del todo, y mientras Michel bramaba, el varterral lo llevó a sus grandes mandíbulas.

Luego se detuvo, mientras un grito sonaba desde abajo.

—¡Luche, mi campeón!

La Emperatriz Celene de Orlais se hundió entre las patas del varterral, luego saltó, pateó el interior de la rodilla de la bestia, y hundió sus dagas en la parte inferior de la bestia de nuevo.

Briala creía en Celene, la había amado desde que eran niñas, y nunca habría soñado que vería a su emperatriz arriesgar su propia vida por uno de los que la servían.

Con un aullido de dolor, el varterral arrojó a Michel al suelo. Él aterrizó con un choque, gruñendo pero vivo, y Celene rodó fuera y lejos mientras la bestia chocaba contra el suelo, tratando de aplastarla. Su cara estaba roja pero exultante, y entonces, con una mirada en pánico, se agachó lejos del Duque Remache, que se acercaba a ella con cortes desesperados.

—¡Remache! ¿Dónde está su honor, hombre? —Gaspard aún estaba cortando hacia la pata trasera del varterral con Lienne mágicamente potenciándole. El varterral se volvió hacia él pero flaqueó mientras una explosión de frío se esparcía por su flanco.

—Estúpida bestia. Lo tenías en tus garras. —Mihris disparó otra explosión de frío, luego saltó ágilmente hasta otro banco mientras el varterral aplastaba aquel en el que había estado.

El ataque dejó al varterral vulnerable desde donde estaba Briala, y ella cogió una flecha del suelo y la alzó hacia la tripa sin armadura del varterral. Rugió de nuevo, y de nuevo Briala se agachó lejos mientras el suelo tras ella se destrozaba.

El varterral había reducido la mayoría de los bancos casi a escombros. Briala se deslizó tras los restos derrumbados de uno de ellos, luego rodó mientras trozos de piedra salían en espray a su alrededor. Volviendo a ponerse en pie, vio una gran pata en armadura de piedra sacudiéndose y giró con el golpe. El impactó aún le arrebató el aire de los pulmones, y por un momento estaba volando, luego patinó por la burda piedra rota hasta que el salvaje impacto de un banco de mármol detuvo su progreso. Mareada, luchando por volver a meter el aire en sus pulmones, sólo podía yacer allí y observar por un momento.

Pensó que el varterral vendría tras ella, pero un espray de hielo de Mihris por sus fauces con colmillos captó su atención, y la gran bestia se volvió hacia la sanadora elfa, siseando con rabia.

A un lado, Remache había rodeado y estaba tratando de dirigir a Celene hacia atrás hasta el varterral. Él alzó su espada para forzarla a retroceder más.

El Gran Duque Gaspard caminó entre Celene y Remache y golpeó el golpe de Remache a un lado con su escudo.

—Aprecio su lealtad, Remache, —dijo Gaspard tristemente, y golpeó con un puño enmallado en el casco del duque.

—Pero esto… —Él apartó su escudo y, con su brazo recién liberado, tiró del visor de Remache abriéndolo.

—… no es… —Él hundió su espada a través de la rendija del visor, y Briala vio la punta empujar a través de la parte trasera del casco de Remache.

—… aceptable. —Mientras Remache se hundía de rodillas, Gaspard pateó el cuerpo del hombre con fuerza y liberó su espada—. Celene, me disculpo por la conducta deshonrosa de mi hombre.

Briala no escuchó la respuesta de Celene, mientras su aliento finalmente había vuelto, y se forzó a ponerse de rodillas, luego de nuevo en pie. Su arco estaba cerca, y ella lo agarró y ancló una flecha. Sus manos estaban temblando. La batalla había durado demasiado, y el golpe le había eliminado de la pelea.

Volvió hacia el varterral justo a tiempo de ver a Mihris caer, bateada al suelo con un golpe de revés que mandó a la sanadora elfa patinando a través del suelo lleno de escombros.

Michel se había levantado finalmente, lento pero en movimiento, con ácido marcando su armadura donde el veneno del varterral le había goteado. Él bramó y se lanzó hacia la bestia con golpes crispados, eficientes. No había furia tras ellos, aún así. Briala no era la única que había sido sacudida por la batalla.

Entonces Gaspard estaba ante ella, despreocupado del varterral que golpeaba hacia Michel. Gaspard había recuperado su escudo, pero estaba quitándose un guantelete con malla por motivos que Briala no entendió hasta que vio el anillo en su dedo.

—Quiero esto de vuelta, —dijo Gaspard secamente mientras se lo deslizaba y lo lanzaba hacia ella. Ella lo atrapó por reflejo.

Aunque más grande, del tamaño de los dedos de un hombre, tenía la misma forma intricada de puzle que el anillo que llevaba Briala, recibido de Lady Mantillon.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó Briala, mientras Celene cortaba hacia las patas del varterral y alejaba su atención de Michel.

—Lady Mantillon, —dijo él, alzando una ceja ante su pregunta—. Tras la primera vez que la impresioné en el Juego.

El varterral estaba allí, rugiendo con rabia, aplastando la piedra, pero por un momento, todo lo que Briala pudo ver era una sala de lectura con sangre en el suelo. Celene levantándola de su escondite. Un nuevo anillo en el dedo de Celene.

—¡Ey! —Las manos de Gaspard estaban en sus hombros, agarrándola bruscamente—. Recomponte. Tus flechas y las dagas de Celene han herido a esa cosa más que nuestras espadas. —Él se volvió hacia Celene y Michel y alzó la voz—. ¡Michel, nosotros protegeremos a la elfa! —Michel flaqueó, luego asintió—. Briala hunde flechas en las tripas de esa cosa hasta que muera. Celene, prepárese para ir debajo de nuevo si tiene

ocasión. ¿Lienne? —Él se volvió hacia su maga, que estaba en el banco donde había estado todo el tiempo, usando su magia para ayudar a Gaspard—. Olvídate de mí. Maldice al bastardo ciego.

Lienne sonrió, incluso mientras el varterral se volvía hacia Gaspard.

—Espíritu nacido de la madera y la piedra y el aire, tú fuiste creado para proteger a aquellos que ahora están muertos. Has fracasado en tu deber. —Ella alzó su mano, y su bastón resplandeció con una luz pálida—. *Fracasa de nuevo*.

El varterral se tambaleó, una luz pálida e incierta parpadeando a su alrededor por un momento, y Briala se deslizó el anillo de Gaspard en su dedo. El aire a su alrededor se quedó quieto, y mientras alzaba su arco podía sentir la firmeza de su movimiento. Sabía incluso antes de disparar cómo se movería el varterral, cómo alzar su pata expondría un diminuto trozo de su tripa desprotegida.

Su disparo resplandeció pasando la garra alzada de la bestia y se hundió en la carne sin armadura.

Rugió y se volvió hacia ella, pero Michel y Gaspard estaban allí, los escudos alzados contra sus grandes patas con garras, y aunque su fuerza aún los hacía retroceder, los golpes rebotaron donde antes habrían dado. Michel y Gaspard se tambaleaban pero se recuperaban, sus escudos alzados mientras el varterral esparcía ácido en espray hacia ellos con su ira.

Briala disparó de nuevo, esta vez a sus fauces abiertas, y la gran bestia se hundió y aulló, golpeando el suelo con su furia. Trozos de piedra fueron en espray por todas partes, y Gaspard y Michel cayeron de rodillas. En un resplandor, el varterral los había pasado e iba hacia Briala, alzando dos patas para atravesarla donde estaba.

El anillo de Gaspard aún hacía trabajar su magia en Briala. Vio al varterral, aún inseguro, determinado a aplastarle la vida. Vio sus patas traseras, llevando su peso mientras sus patas delanteras estaban alzadas, desprotegidas y vulnerables para que Celene incapacitara a la bestia y la mandara hacia atrás antes de que pudiera golpear a Briala. Vio a Celene, calculando y preparada, sosteniendo sus dagas.

Así que Briala disparó otro tiro, mandando una flecha directamente entre las patas alzadas del varterral hacia la tripa sin armadura.

El varterral gritó de nuevo.

Celene vaciló, luego mantuvo su posición.

Las patas del varterral chocaron contra el suelo, y demasiado tarde, Briala se agachó hacia el lateral. De nuevo fue golpeada con una fuerza aplastante, pero esta vez sintió el dolor desgarrador mientras el golpe la aplastaba contra el suelo, y su cuerpo estaba ardiendo incluso mientras luchaba por respirar, con estrellas bailando enfrente de sus ojos mientras trataba de moverse, luchar, hacer cualquier cosa.

Celene no se había movido. Había arriesgado su vida por Michel, y había vacilado por ella.

Briala tosió, forzó su cabeza para levantarla, y vio, a través de una neblina de rojo, al varterral sobre ella.

Y *entonces* Celene entró, sus dagas resplandeciendo mientras apuñalaba la tripa del varterral una y otra vez. El varterral gritó y cayó hacia delante, y Briala trató de moverse, pero su cuerpo ardía con un dolor que le recorría el lateral, y estaba indefensa mientras el peso aplastante bajaba sobre ella.

La última cosa que vio fue a Celene agachándose lejos para ponerse a salvo.

Pareció sólo un instante, pero Briala se dio cuenta casi de inmediato que debía de haber perdido el conocimiento. Yacía donde había caído, y el gran cuerpo del varterral estaba junto a ella. Michel y Gaspard estaban junto a él, jadeando, y se dio cuenta de que debían haberlo empujado de encima de ella.

El calor se esparció por su torso, y ella bajó la mirada para ver a Lienne presionando sus manos contra el estómago de Briala.

—La próxima vez que una gran bestia se alce sobre ti, —dijo ella, sonriendo calmadamente—, te sugiero que te *apartes*.

—Yo… —Briala se detuvo, dándose cuenta de que no sabía qué decir. Había estado segura de que Celene habría visto la misma apertura y que se movería para incapacitar a la bestia. Después de todo, Celene llevaba el mismo tipo de anillo que Briala, el anillo que mostraba aperturas y oportunidades.

El anillo que Celene había recibido de Lady Mantillon.

—¿Mihris y Felassan? —preguntó a Lienne en su lugar.

—Ambos bien, —dijo Gaspard—. No han recibido ningún daño serio. Tú, mientras tanto, necesitarás encontrar a un buen forjador de armaduras.

Briala se puso de pie, recibiendo la mano que Lienne le ofrecía. Estaba adolorida por el impacto en el duro suelo de piedra, y sintió el dolor aún firme de la herida que Lienne había sanado en su torso. Su armadura colgaba extrañamente, y cuando bajó la mirada, se dio cuenta de lo que había querido decir Gaspard. El pecho de su fina armadura de piel de draco azul había sido destrozado, desgarrado justo por la mitad por las garras con púas del varterral.

Fuera cual fuera la protección que la armadura le hubiera dado, no podría haber sufrido tanto daño y haber detenido lo suficiente como para salvarla. Ella se volvió hacia Lienne.

—Gracias.

La joven sonrió de nuevo.

—Todos hacemos lo que podemos con nuestros dones.

—Cierto. —Briala se volvió hacia Michel—. ¿Estás intacto tú también?

Michel asintió.

—Aunque es un día oscuro cuando el campeón de la emperatriz debe mirar a la emperatriz para que le salve.

—Sí. —Briala tragó saliva. Ella se había entregado por él.

Gaspard se rió entre dientes.

—Tres magos, dos gentileshombres, y más, y apenas hicimos caer esa cosa. Quizás tenía razón, Celene. Cuando controle esos eluvians, podría tener que usar elfos. Para que

la cosa maldita por el Hacedor no vaya tras ellos. —Él miró a Briala, luego añadió—: No demasiado, en cualquier caso.

—Importa poco ahora, —dijo Felassan mientras llegaba alrededor del cuerpo del varterral, cojeando ligeramente. Parecía más interesado en él que en ellos—. Este está muerto. Bien re-muerto. Se parecen un montón a los golems.

—Una lástima, —dijo Gaspard—. Un buen guardián es difícil de encontrar. Casi imposible estar seguro de la lealtad de nadie estos días. —Él miró a la forma caída de Remache y suspiró.

—Pensé que se suponía que no mataba nobles, —dijo Briala, y Gaspard agachó la cabeza.

—Él era mío, —dijo el gran duque—, y rompió nuestra tregua para golpear a un aliado por detrás en el calor de la batalla. Su muerte no fue sólo justificada. Era exigida. —Él parecía genuinamente triste—. Habría sido una ayuda inmensurable en la corte. Nunca debería haberlo traído aquí, donde no entendía las normas.

Briala no estaba segura de que ella misma entendiera las normas justo entonces.

Ella miró a Celene, que estaba sentada en uno de los pocos bancos de mármol que no habían sido reducidos a escombros por la furia del varterral. Celene estaba respirando con fuerza, pero estaba intacta hasta donde podía decir Briala, su cara aún ruborizada por el cansancio de la batalla. Le daba un semblante rosado que Briala casi nunca había visto durante sus días en Val Royeaux, cuando Celene siempre estaba pálida y enmascarada.

Le recordaba a aquellos vagos momentos perezosos después de hacer el amor, cuando cualquier cosa parecía posible, y Briala podía creer que se mantendrían las promesas.

Celene sonrió mientras captó la mirada de Briala. Sus ojos bien abiertos ante el estado de la armadura de Briala, pero aún parecía genuinamente contenta de que Briala hubiera sobrevivido.

—Y ahora, —dijo Gaspard, antes de que Briala pudiera pensar en qué hacer—, lamentablemente, es hora de que determinemos quién controla los eluvians, Celene… y quién de nosotros permanece aquí abajo con los muertos.

17

Aunque su corazón golpeaba su pecho, Celene se levantó y presentó a Gaspard con una calma helada.

—¿Pretende atacar ahora, con mi campeón herido, mientras sus propios sanadores le mantienen a usted en perfectas condiciones?

Gaspard se rió, una carcajada profunda que hizo eco en las paredes aún hermosas de la gran sala.

—Celene, si hubiera pretendido hacer eso, no habría hecho que Lienne sanara a su elfa. Por el aliento del Hacedor, simplemente *no habría empujado tanto*, y ella habría muerto clavada bajo esa maldita cosa. —Él hizo un gesto hacia el varterral muerto.

Celene se quedó sin aliento. Cuando la gran cosa había golpeado, su corazón se había detenido un momento. Había hecho todo lo que había podido, salvo probablemente dejarse matar tratando de distraer a la bestia, y nunca olvidaría observar indefensa mientras la mujer que amaba se desvanecía bajo las garras del monstruo.

—¿Así que no planea ninguna traición, más allá de la que ya ha llevado a cabo?

Gaspard suspiró y sacudió la cabeza.

—Sería más fácil. Y nadie en la superficie lo sabría. —Entonces sonrió—. Pero yo lo sabría. Y he hecho un juramento. Así que arreglaremos esto con honor, Celene.

—¿Usted contra mi campeón? —Preguntó Celene—. ¿Y sin magia, aparte de la que ambos llevan encima? —Ella miró a Lienne con énfasis.

Los duelos formales en Orlais podrían haber tenido normas acerca de qué equipo se llevaba, qué magia se permitía, e incluso qué estilo de combate se usaba. Dada la falta de espadas de duelo en este pozo bajo la tierra, lo mejor que podía esperar Celene era evitar que Lienne usara su magia para fortalecer a Gaspard y maldecir a Michel.

—De acuerdo. —Gaspard asintió—. Y si gano, tiene incluso mi juramento de que no se le hará daño a sus elfos.

Celene vio a Briala lanzarle una sonrisa quebradiza, y ella sintió el arrebato de la misma rabia que debía haber recibido su amor.

—Si gana, moriré, y dudo que considere sus juramentos vinculantes a aquellos que llama *orejas de punta*.

Gaspard se encogió de hombros.

—Tómelo como quiera, Celene. Ser Michel, si necesita tratamiento de Lienne, es bienvenido. —Él miró al varterral muerto y puso una mueca—. Tras casi ser comido por esa monstruosidad, estaría sorprendido de que no lo hiciera.

—Gracias, —dijo Michel—. Lo apreciaría.

—Y yo mismo me tomaré un par de momentos para limpiar algo del maldito ácido de esa cosa de mi escudo y armadura. —Gaspard asintió hacia Michel, luego se retiró cierta distancia, a otro punto con un par de bancos sin dañar. Mihris fue con él, aún sacudiendo la cabeza y caminando cautelosamente. Lienne se quedó, extendiendo sus manos brillantes sobre Michel un par de momentos, y luego les siguió.

Cuando ni Gaspard ni aquellos leales a él estaban al alcance del oído, Celene se hundió de nuevo en el banco. Habría cambiado la mitad de su imperio por una cama en ese momento.

—Y así todo se reduce a una pelea, —murmuró ella.

El Juego. Todo su trabajo. Años de mantener a diferentes facciones leales y tratar de arrastrar al mayor imperio de Thedas a una era de civilización, y ahora todo colgaba del resultado de una pelea en las profundidades de una tumba élfica.

—Michel, —dijo suavemente, y él se acercó. Briala y Felassan se aproximaron también, pero se quedaron atrás, entendiendo que este momento era para ella y su campeón.

—Su Majestad Imperial. —Él se inclinó.

Ella se calmó.

—¿Puede derrotarle?

Michel se irguió.

—Él es un gentilhombre, Emperatriz. Está bien entrenado, bien equipado, y preparado para luchar a muerte. —Él cogió aliento—. Pero puedo derrotarle, y le derrotaré.

Celene dejó salir un aliento que no sabía que había estado conteniendo, y luego sonrió.

—¿Y me lo diría si no pudiera, Michel?

—Probablemente no, Majestad. —Él sonrió—. Pero haré lo que pueda por demostrar ser un hombre de palabra.

—Siempre lo hace. Y cuando reclame mi trono, se lo deberé a usted, mi campeón.

—No. —Él sacudió la cabeza, aún sonriendo—. Cuando reclame el trono, se lo deberá a su propia fuerza, Majestad. Nadie que la viera llevando la armadura de un hombre muerto y cortarle la garganta a aquellos que se le oponían dudaría jamás de que se ha ganado el derecho a gobernar.

—Gracias, Michel. Luche bien. —Él se inclinó de nuevo y se alejó un par de pasos, haciendo girar sus hombros y estirando sus brazos.

Celene se volvió para ver a Briala y a Felassan aún allí, esperando que ella dijera algo.

—Felassan, —dijo ella—: Gaspard ha aceptado un honorable duelo, pero cuando me atacó por primera vez en Halamshiral, fue a través de la traición. No podemos confiar en él. Su apóstata, la chica Lienne, utiliza magia para ayudar a guerreros o debilitar a sus enemigos.

—Sí. —Felassan miró hacia donde Lienne estaba ahora atendiendo a Gaspard—. Magia de creación. Es un poco como sus habilidades de sanación.

—O como el anillo que llevas, —dijo Briala—, el que Lady Mantillon te dio.

Su voz era forzada. Celene se dio cuenta de que aún debía estar sintiendo sus heridas.

—Sí, imagino que el anillo del Zorro Negro usa un encantamiento similar. —Ella giró el antiguo anillo en su dedo.

—En realidad… —Empezó Felassan, luego se encogió de hombros—. Está bien, algo similar. Sin embargo, su habilidad con los maleficios… debilitar a sus oponentes… es de lo que *deberías* preocuparte. Es bastante habilidosa.

—Si lo intenta, —preguntó Celene—, ¿puedes detenerla?

Felassan asintió.

—Eso creo. —Él inclinó la cabeza, mirando a Celene con curiosidad—. Si tuviera el poder de potenciar a Michel, o maldecir a Gaspard, ¿desearía que lo usara?

—Michel ha dicho que puede derrotar a Gaspard, —dijo Celene—. Respetaremos su confianza. —Felassan sonrió ligeramente y asintió, luego se fue caminando.

Entonces Celene y Briala estaban solas. Ella extendió una mano, y tras un momento de vacilación, Briala la cogió y se sentó. Su armadura colgaba de ella, desgarrada por el ataque del monstruo, y su camiseta estaba desgarrada y sangrienta debajo.

—Cuando esa cosa… —Celene se calló—. Casi te perdí. —Ella aún podía ver la bestia sobre ella, posada para golpear. Aún podía ver a Briala disparando, desafiante en el rostro de la ira del gran monstruo, mientras que Celene, su corazón palpitando, sólo podía quedarse ahí y observar, incapaz de ayudar sin arriesgarse a que el varterral cayera sobre ella.

La mano de Briala se tensó sobre la de Celene, aunque ella no le miró.

—Y aún así, aquí estoy.

—Casi estamos, mi amor, —susurró Celene. Ella sacó la piedra angular que el demonio le había dado, el rubí del tamaño del puño de un niño, y la sostuvo por un momento—. Una vez Gaspard esté muerto, tendremos los eluvians. Con ellos, tendremos Orlais. Y con eso, —terminó ella—, le daremos a tu gente una nueva vida. —Fuera cuanto fuera lo que llevara, por la propia seguridad de los elfos así como la del imperio.

Briala bajó la mirada, y una lágrima cayó de su ojo.

—Me darías ese asombroso regalo. —Sus dedos, aún entrelazados con los de Celene, jugaban con el anillo en la mano de Celene—. Regalos… ¿cuándo te dio Lady Mantillon este?

Celene liberó su mano de un tirón. Ella metió la piedra angular de rubí en un bolsillo en su cintura, luego alzó la mano y miró al anillo del puzle, con unas formas entrelazadas intricadas que nunca podía seguir del todo.

—Ya sabes, no estoy segura de recordarlo. Fue después de que muriera mi padre, y estaba sola. Debió haber sentido lástima por mí, una huérfana en la corte. Sí, ahora lo recuerdo. Dijo que me ayudaría a mantener mi ingenio, que podría necesitarlo.

Era una historia agridulce. En otra vida, incluso podría haber sido cierta.

Briala asintió, y otra lágrima cayó, resplandeciendo por un momento en la armadura de cuero de dragón en su pierna.

—Por supuesto. —Ella alzó la mirada a Celene, y aunque sus ojos estaban humedecidos, sonrió—. Nunca pensé que perdieras tu ingenio. Fue uno de los motivos por los que siempre te he amado.

Ella se inclinó, y con una fuerza sorprendente, tiró de Celene para darle un beso. Sus suaves labios eran urgentes esta vez, su aliento cálido mientras Briala trazaba besos por la mandíbula y garganta de Celene. Los brazos fuertes de Briala se envolvieron alrededor de Celene, tirando de ella más cerca mientras Celene le devolvía le beso, y sus manos agarraban el muslo de Celene, acariciando el cuelo y el pecho de Celene.

—Nunca olvidaré esto, —susurró Briala, y luego se apartó—. Debo devolverle algo a Gaspard.

Ella se levantó, sus manos aún conscientemente tirando de su armadura arruinada, y se fue caminando, aún cojeando y exhausta por la pelea.

Celene fue hacia Michel un momento más tarde.

—¿Está preparado?

—Lo estoy, Emperatriz. —Él parecía más fuerte, relajado de nuevo, y su respiración era constante, aunque su armadura aún estaba abollada y quemada por el ácido. Celene esperaba que la de Gaspard no estuviera mejor.

—Entonces tome esto. —Ella le extendió ambos anillos—. Su duelo con Gaspard permite las mejores armas y objetos encantados. No hay deshonor en luchar con todo lo que pueda llevar.

Tras un momento de vacilación, Michel asintió.

—Ciertamente no vamos a usar espadas de entrenamiento, —dijo él, sosteniendo en alto su fina espada larga de platerita y dándole un giro rápido. Deslizó el anillo de rubí en su dedo más pequeño, y las llamas inmediatamente danzaron por la longitud de su hoja. Se puso el anillo de regalo de Lady Mantillon en su otra mano, parpadeando y probando su peso.

Entonces cogió su escudo, maltrecho y calcinado como estaba.

—Gracias, Emperatriz. Estoy preparado.

—Usted es un gentilhombre, Ser Michel, y es mi campeón. Gane esto para mí.

Ella se volvió hacia Gaspard, preparada para el duelo que decidiría el destino de Orlais.

* * *

Por acuerdo mutuo, Michel y Gaspard escogieron empezar su duelo lejos de donde habían luchado contra el varterral. Los escombros destrozados habrían hecho un paso traicionero, y ni Michel ni Gaspard deseaban que este duelo fuera decidido por algo tan ignominioso como resbalarse con una roca.

Abajo cerca del fondo del gran bol de la sala, las runas retorcidas del laberinto cubrían la mayor parte del área plana. Sin embargo, entre el borde exterior del círculo de runas y la primera fila de bancos de mármol había un área abierta de unos diez pasos de amplitud. Bajaba ligeramente hacia el laberinto, notó Michel, probando su pie, pero no tanto como para afectar su estilo de lucha.

Los bancos estaban a su izquierda. El borde del círculo de runas estaba a su derecha. Justo enfrente del círculo de runas estaba el resto de su grupo: Lienne y Mihris, Celene y Briala, y Felassan un poco apartado de todos ellos.

Ante él estaba el Gran Duque Gaspard. Su escudo, como el de Michel, aún estaba quemado por el ácido, y su armadura llevaba rastros de los arañazos que había tratado tanto de pulir. El arañazo podía atrapar una espada, si Michel apuntaba bien, y los golpes de Michel quedarían atrapados en el escudo un poco más fácilmente en lugar de rebotar.

Había luchado contra gentileshombres antes, tanto en duelos honorables como en batallas contra aquellos que incurrían en el descontento de Celene. Habían sido las peleas más difíciles de su carrera —hasta que había bajado hasta estas ruinas élficas, en cualquier caso— pero también habían sido las más simples.

Todos habían entrenado en la Academie. Conocían los mismos entrenamientos, las mismas técnicas, habían estudiado las mismas lecciones. No había sorpresas. La batalla se ganaba por el hombre que había entrenado más duramente.

Y ese hombre siempre había sido Michel.

Michel desenvainó su espada, y las llamas parpadearon y fluyeron por su longitud. Gaspard notó las llamas y sonrió mientras desenvainaba su propia espada.

—La muerte antes que el deshonor, Ser Michel.

—La muerte antes que el deshonor, Ser Gaspard. —Aquí, y sólo aquí, el rango de gentilhombre importaba más que ningún otro título.

Se saludaron.

Luego se movieron.

Gaspard se movió con su escudo en alto. Michel le dio con un golpe, luego retrocedió mientras la espada de Gaspard se deslizaba para una puñalada baja. Golpeando con su escudo hacia abajo a la espada, la apartó, lanzándose con su hombro para golpear el escudo de Gaspard fuera de posición, e impulsarlo en alto.

Gaspard fue un pelo más rápido, y las llamas de la espada de Michel simplemente lamieron las plumas del casco de Gaspard mientras el gran duque se deslizaba lejos.

Con los escudos chocando llegaron juntos y se apartaron, dando un rodeo.

Gaspard sonrió, el gesto retorciendo su mostacho, y llegó con un corte de revés alto que Michel apartó con un bloqueo fácil. Un momento más tarde, Gaspard cortó de nuevo, e incluso mientras Michel se movía para bloquear, vio venir la finta y se volvió en su lugar, llevando todo su escudo contra el impulso repentino invertido y bajo que le habría roto la pierna. El escudo de Gaspard golpeó su costado, pero Michel lo ignoró y lanzó una patada baja que le dio a Gaspard en la parte trasera de la rodilla.

—Maldición. —Mientras el gran duque se resbalaba, Michel giró, caminó, pivotó, y se volvió con un golpe de revés que llevó todo el peso de su cuerpo tras él. Gaspard alzó su escudo, pero la hoja en llamas desgarró el metal debilitado por el ácido y cortó en la placa pectoral de Gaspard, justo por debajo del hombro.

—Hah. Debería haber esperado eso. —El gran duque se tambaleó hacia atrás, doblándose, y cortó con su espada a través de un giro rápido para evitar que Michel le

siguiera. Terminó con una sonrisa y un rápido asentimiento, luego saludó de nuevo—. Eres un campeón digno.

Michel raramente hablaba durante las peleas. Siempre lo había encontrado distractorio y pensaba que aquellos que lo hacían eran o idiotas tratando de mejorar su confianza u hombres astutos usando sus palabras como un arma más.

Gaspard llegó de nuevo, golpeando con fuerza. Michel lo recibió en el escudo, y Gaspard se acercó antes de que Michel pudiera contraatacar. Sus escudos se enfrentaron, y Gaspard se acercó e hizo caer su talón sobre el pie de Michel, siguiendo con un fuerte empujón.

Muchos entrenando en la Academie habían acabado sobre sus espaldas en la tierra tras tal movimiento, una espada en sus gargantas. Michel cayó sobre una rodilla, dejando que el empujón se deslizara sobre él, y apuñaló en alto. De nuevo, el metal chirrió mientras su espada ardiente desgarraba la armadura de Gaspard, esta vez partiendo la mitad de su hombrera.

Michel estaba seguro de que le había hecho a Gaspard una herida inutilizadora, si no una mortal, y el gran duque se tambaleó hacia atrás.

En un instante, Michel se dio cuenta de que había juzgado mal al gran duque. Mientras que algunos pocos lords hacían el mínimo entrenamiento y se olvidaban de sus lecciones tras ganarse la pluma amarilla de los gentileshombres, Michel había estado seguro de que Gaspard se había mantenido en forma para la pelea. Quizás no estaba acostumbrado a los rigores de las largas batallas, o quizás había confiado demasiado en su fina armadura. En cualquier caso, el duelo había acabado.

Michel se irguió, preparado para dar el golpe piadoso para acabar con ello.

Y en ese instante, el tambaleo de Gaspard se convirtió en un giro, y el pie embotado del gran duque golpeó la placa pectoral de Michel.

Michel alzó su escudo incluso mientras se tambaleaba hacia atrás, y el golpe que le siguió rebotó. Pero incluso mientras Michel observaba lo que había estado seguro que iba a ser una carga, el golpe que dio él mismo para bloquear con su escudo se deslizó al lado y hacia arriba bajo su guardia. Con un movimiento de gancho delicado, Gaspard cortó limpiamente a través del protector del muslo y en el muslo de Michel.

O quizás había juzgado correctamente a Gaspard después de todo.

Aún estaba tambaleándose, y el dolor como un cuchillo al rojo vivo por su pierna casi le tira al suelo. Se colocó con fuera y cortó hacia abajo, pero Gaspard ya había esquivado el golpe. Con un gruñido de esfuerzo, el gran duque embistió con el borde superior, irregular, aún ardiendo, de su escudo en el visor de Michel.

Un dolor cegador desgarró los ojos de Michel, y él se agachó lejos por instinto, incluso mientras otro golpe pasaba su escudo y mordió su placa pectoral. Golpeó justo sobre el muslo, donde el capitán de los guerreros Dalishanos había perforado su armadura con una puñalada afortunada, y Michel cayó hacia atrás, sólo para sentir el poder aplastante de otra patada dándole en su placa pectoral mientras caía.

La armadura de Michel se agrietó mientras su espalda golpeaba algo duro. Uno de los bancos de mármol. Se había desorientado y había perdido su mapa mental del campo de batalla, un error que haría que perdiera su entrenamiento. Forzó sus ojos para abrirlos, parpadeando con fuerza ante el calor y el dolor que ponía un velo de rojo sobre todo. Aún podía ver. El visor había recibido la mayor parte del golpe. Vio a Gaspard moverse para matar.

Alzó su escudo, volvió el golpe, y recibió otra patada en la placa pectoral en su lugar, un golpe aplastante que hizo que perdiera el aire de sus pulmones. El siguiente golpe bateó su escudo a un lado, y él rodó con él mientras el siguiente golpe perforaba un trozo del banco de mármol contra el que se había inclinado.

A través de la visión emborronada con el dolor, Michel vio a Gaspard.

El gran duque estaba sonriendo de nuevo, confiado en su victoria, y Michel no podía estar en desacuerdo con la afirmación del hombre.

* * *

Briala observó mientras la pelea cambiaba. Michel había parecido tener la mano ganadora, pero entonces cada ataque que hacía pasaba por alto in hacer daño, mientras que Gaspard daba golpe tras golpe brutal.

Había visto cambiar las batallas antes. Había observado a los duelistas atraer a sus oponentes con fintas maestras y sugerencias de debilidad. Había visto a guerreros al borde de la derrota alzarse y tomar a sus enemigos por sorpresa con un último arrebato asombroso de fuerza.

Esto era diferente.

Michel luchó por volver a ponerse en pie, recibiendo otro corte que rebotó en su armadura mientras lo hacía. Esquivaba desesperadamente, su armadura lanzando chispas mientras Gaspard le golpeaba con golpe tras golpe.

Junto a Briala, Celene apretaba sus puños. Su respiración se había agudizado.

Al otro lado, Mihris y Lienne estaban en silencio.

Ahí fue cuando Briala lo supo.

Se volvió y caminó junto a ellas.

—Parad, —dijo ella, sin alzar la voz.

—¿Que paremos qué? —dijo Mihris, sin mirarla.

—Estás maldiciendo a Michel, —dijo Briala a Lienne, que sonrió pero no dijo nada. A Mihris, dijo—, y tú lo estás ocultando, enmascarando el brillo que normalmente se forma alrededor de la magia.

—¿Qué? —Celene se volvió, y cuando vio la sonrisa de Lienne, gritó a Gaspard—: ¡Gaspard! ¡Detenga esto de inmediato!

Gaspard y Michel enfrentaron espadas, y Gaspard lanzó atrás a Michel, golpeando al campeón de Celene con fuerza contra uno de los bancos de nuevo.

—No pueden oírte, —dijo Mihris.

—El gran duque, hasta donde él sabe, ganará esta pelea justamente, —añadió Lienne, aún sonriendo—. Y cuando protestes, él pensará que eres una mujer sin honor que no puede aceptar la derrota.

—Felassan, —dijo Celene—, hazlas caer.

El labio de Felassan se retorció, pero incluso mientras él alzaba su bastón, Mihris alzó el suyo. La cabeza brilló de un rojo ceniciento.

—¿Estás segura de que esa es una buena idea? —preguntó ella. Los tatuajes en su cara se retorcieron mientras sonreía—. He estado inundando toda esta área con energía ambiental para enmascarar la maldición de Lienne. Si utilizaras tu pequeño truco de purga, la explosión resultante haría un gran daño al Velo. ¿Quién sabe qué podría atravesarlo esta vez?

—*Tú* lo sabes, —dijo Briala—, porque es de donde vienes, ¿no es así?

Mihris sonrió y no dijo nada. Lienne mantuvo su bastón en alto, dividiendo su atención entre Briala, que estaba más cerca, y Gaspard y Michel.

La chica noble, pensó Briala. Bien dotada pero sin ataduras, salvada del Círculo por unos padres indulgentes, sin estar acostumbrada a una caminata dura o a cualquier otro tipo de labor. Ella era el punto de debilidad. Ella era el lugar desde el que empezar.

—¿Qué te lo delató, *da'len*? —preguntó Felassan tras ella.

—¿Delatar *qué*? —preguntó Celene.

Michel golpeó con fuerza, pero su golpe rebotó sin hacer daño en el escudo de Gaspard. El contragolpe de Gaspard chirrió mientras desgarraba la armadura y cortaba el costado de Michel.

—Cientos de pequeñas cosas, —dijo Briala—. En el campamento, Mihris era una sanadora, pero no dio señales de ser una maga realmente dotada… ciertamente no lo suficientemente dotada como para cambiar la magia en su bastón. Era blanca antes, ¿no?

Lienne miró al bastón rojo brillante de Mihris, porque tras una pregunta como esa la inclinación natural era mirar, incluso durante un momento de estrés. Su atención abandonó a Briala, sólo un momento. Justo como Briala había planeado.

Briala dio un paso más con una gracia fácil que no atraía la atención, y luego deslizó su daga suavemente en el estómago de Lienne.

La joven noble jadeó, y su cara se volvió mortalmente pálida mientras se tambaleaba.

—Eres una sanadora bastante buena, Lienne. —Mientras la chica noble caía, Briala la atrapó y la colocó en el suelo—. Estoy segura de que puedes sanarte a ti misma, si lo intentas. ¿Pero crees que puedes sanarte a ti misma *y* maldecir a Ser Michel al mismo tiempo?

Lienne le lanzó una mirada venenosa, jadeando a través del dolor.

—Te… veré… muerta… *zorra orejas de punta*.

Era una amenaza de noble. Briala recordaba a la madre de Lienne, Lady Montsimmard, quejándose acerca de la comida hasta que la hacendada amenazó a los sirvientes con un látigo. Ahí fue probablemente donde Lienne lo había aprendido. Habla

fuerte, amenaza a los sirvientes y deja claro que puedes hacerles lo que sea que quieras sin repercusiones.

Pero no estaban en Val Royeaux.

—¿Lo harás? Entonces sería una estúpida si te mostrara alguna piedad, ¿no? —preguntó Briala, y cortó su garganta.

Había sido por el duelo, sí, pero una parte de ella se rió mientras el cuchillo cortaba por la piel, la misma parte que había visto morir a Lady Mantillon y encontraba cierta justicia en el mundo.

Entre los bancos de mármol, la hoja de Gaspard cayó, pero esta vez, el escudo de Michel la atrapó limpiamente, y la hoja de Michel se alzó y golpeó un golpe que rebotó en el casco de Gaspard. El gran duque se tambaleó hacia atrás, y Michel se alzó, ensangrentado pero vivo, y una vez más luchó con todas sus fuerzas.

—Veré a Michel muerto. —Mihris alzó su bastón.

—Esa sería tu elección, —dijo Briala—, *Imshael*.

Mihris se detuvo, y Celene le lanzó a Briala una mirada incrédula. Felassan asintió.

—Como estaba diciendo, —continuó Briala como si no acabara de asesinar a una noble, su mente tan asombrosamente calmada que sus pensamientos parecían trozos de cristal deslizándose en su lugar en algún gran puzle enano—, tu uso de la magia ha aumentado, y hablas de ella con mucho más conocimiento de lo que una simple sanadora Dalishana lo habría hecho. Y justo ahora, estás nublando las mentes de Michel y Gaspard para evitar que nos vean, justo como hizo el demonio para tentar a Michel fuera del círculo en primer lugar. Todo ello me hizo preguntarme por qué Imshael le salvaría la vida a una chica Dalishana, si, como dijiste, el resto de tu clan había sido masacrado.

—Porque ella hizo una elección, —dijo Felassan—. Ella quería venganza contra Michel por liberar a Imshael sobre su clan, y estaba dispuesta a permitir ser poseída para hacerlo posible.

Celene miró a Mihris con disgusto.

—¿Poseída por un demonio?

—Espíritu, —le corrigió Mihris, y luego se recompuso y se rió entre dientes. Cuando habló de nuevo, su voz parecía haberse profundizado en aquella del hombre que había estado en el círculo—. Ah, una lástima. Eres un poco más astuta de lo que pareces. Sí, Emperatriz, ofrecí a la joven Mihris aquí un poco de poder adicional a cambio de conseguir venir. —La cosa dentro de Mihris sonrió—. Nada de lo cual explica por qué no debería simplemente haber matado al valiente Ser Michel ahora para completar mi final del trato.

Michel y Gaspard estaban luchando de nuevo en serio, las espadas sonando con el patrón irregular de dos guerreros maestros, pero Briala lo ignoró. La vida de Michel y su plan se aferraban a que ella pensara muy rápidamente.

—Podrías haberlo matado antes, después de que lucháramos por primera vez. No lo hiciste. ¿Por qué?

—Porque Mihris tiene que *elegirlo*, —respondió Felassan, mientras el demonio se volvía hacia él con una sonrisa curiosa—. Deja que Mihris tome la elección de atacar, sabiendo que nosotros la mataríamos, o hacerse a un lado y seguir la tregua. Ella *eligió* seguirla.

—Entonces ella tomó su elección, —dijo Briala, mirando a Imshael—. Y tu fin del trato ha sido completado.

El demonio se encogió de hombros.

—Posiblemente, amor. Pero si tú y tu preciosa emperatriz ganáis los eluvians, ¿qué importa? Todo lo que quiero es un mundo por explorar y desesperar, gente motivada con la que jugar. ¿Qué puede darme tu imperio que no pueda el de Gaspard?

—Yo liberaré a los elfos, —dijo Celene—. Piensa en el caos, la oportunidad. El equilibrio de poder…

—Será manejado cuidadosamente, como siempre. —El demonio le lanzó a Celene una mirada de conocimiento—. Liberarás a los elfos cuando estés preparada, cuando sea *seguro*. Me ofreces una cena pospuesta, —dijo él, moviendo el bastón de Mihris perezosamente—, cuando lo que yo *quiero* es el festín, la glotonería a puñados de un hombre hambriento. Los elfos, los templarios y los magos… podrían matar a un par de miles de personas, pero no es sólo fuego y espadas. El fuego y las espadas son *vacíos*. —Sus ojos brillaron—. Hay tantas cosas más en este maravilloso mundo, tantas formas más de marcar la medida de un hombre.

—No permitiré que pongas en peligro mi imperio, —dijo Celene, su voz fría—. Si dejarte caminar libre pondrá las vidas de mi gente en tal riesgo, yo misma me lanzaré a la espada de Gaspard.

Imshael la miró con sorpresa.

—Realmente lo harías, ¿no es así? Y aquí yo que pensaba que no valorabas nada más que tu trono.

—Sabes, tienes un buen punto, —dijo Felassan—. El fuego y las espadas *son* vacíos. ¿Pero y si algo más grande estuviera en camino?

—Te escucho, Flecha Lenta, —dijo el demonio—. ¿Qué podrías hacer *posiblemente* que tú y yo no hayamos visto cientos de veces antes mientras los sudorosos mortales codiciaban y forcejeaban y desangraban sus vidas?

Felassan no dijo nada, sólo sonrió, retorciendo los tatuajes alrededor de su cara.

—Oh, cielos, —jadeó Imshael—. ¿Eso es una promesa?

—Bueno, *iba* a ser más una amenaza.

Imshael se volvió hacia Celene, que le miró insegura.

—Emperatriz, —dijo él—, te deseo la mejor de las suertes. Creo que vas a necesitarla. Pase lo que pase, creo que Orlais va a estar bastante excitado por el tiempo por venir.

Entonces la luz resplandeció alrededor de Mihris, y ella cayó de rodillas, su bastón parpadeando de nuevo en un blanco helado. Por un momento, una forma humeante parpadeó alrededor de Mihris, una neblina que se aferraba a su cuerpo, y luego estaba

humeando por la habitación a través de uno de los espejos en la pared. El espejo resplandeció de un rojo brillante, luego se volvió a oscurecer al vacío inerte de su estado durmiente, y el demonio se fue.

Gaspard y Michel se separaron, y ambos hombres lanzaron a Lienne y Mihris una mirada. Entonces, sin palabras, volvieron a su batalla.

Briala miró al laberinto de runas. El patrón era complejo, pero mientras Celene y Michel clamaban no ser capaces de verlo, tenía un perfecto sentido para los ojos de Briala.

Entonces ella miró a Celene, que le lanzó un asentimiento agradecido antes de volver a observar el duelo.

Y finalmente, miró a Felassan, que le había contado la historia de Fen'Harel atado al árbol.

* * *

—Pensé que le tenía por un momento, —jadeó Gaspard mientras él y Michel se separaban.

Michel no respondió. Gaspard casi le había tenido con sus palabras antes.

Su muslo estaba sangrando, un dolor caliente y firme, y podía sentir el lento goteo de la sangre encharcándose bajo su armadura. Sus ojos aún le ardían del truco desesperado de Gaspard con el escudo, y las heridas de su costado y justo sobre su cadera le frenarían antes de que pasara mucho tiempo. Sus brazos le dolían, y sus pulmones le apuñalaban con cada respiración. Esperaba que fuera simple fatiga y no un corte que hubiera ido más profundo de lo que había pensado.

Maldijo su despreocupación. No se había sentido tan torpe desde sus primeros días en la Academie. Entonces, cada entrenamiento era una amenaza, cada ejercicio un riesgo de traicionarse a sí mismo como un farsante, un plebeyo.

Un fraude.

Gaspard entró, y en lugar de simplemente sostenerle firmemente, Michel enfrentó la carga. El choque tintineante de armadura los sacudió a ambos, pero Michel mantuvo su pie y su ventaja, alzó un brazo para golpear el extraño golpe corto de Gaspard a un lado con su avambrazo, y golpeó con la empuñadura de su espada en el visor de Gaspard. El gran duque se tambaleó hacia atrás, y Michel empezó un golpe de revés, luego aplastó a Gaspard con su escudo y le mandó chocando contra uno de los bancos.

Había compensado su miedo en la Academie con rabia. Había perdido su temperamento con la práctica, luchado con fuerza y apasionadamente, y escogido las peleas con los otros estudiantes. Sus instructores habían visto la rabia como la cobertura que era, y habían supuesto que tenía miedo de fracasar. Con los años, le habían moldeado en una fina arma, forjando la agresión en una furia de lucha disciplinada que le había llevado a través de cada batalla en la que había estado.

Gaspard caminó hacia el banco y bajó la mirada a Michel.

—¿Viene, Ser Michel?

Michel no era lo suficientemente estúpido como para cargar contra un hombre en terreno elevado, pero si esperaba, sus heridas le harían caer en minutos como mucho. Y Gaspard, el bastardo, lo sabía.

Michel caminó hacia un banco, entonces saltó de él al siguiente. Sonriendo, Gaspard le igualó, saltando de banco en banco para acercarse a Michel.

Los bancos sólo estaban un paso separados, lo suficientemente cerca como para luchar en ellos. Cruzaron espadas, cuidadosamente ahora, comprobando su equilibrio y midiendo cada golpe. Gaspard saltó a otro banco, y Michel saltó también, y de nuevo cortaron, esquivaron, bloquearon y midieron las fuerzas el uno del otro.

Michel vio a Gaspard moverse para saltar de nuevo, saltó también, y se dio cuenta en mitad del aire de que Gaspard había fingido su salto, y estaba esperando para golpear mientras Michel aterrizaba. Con un giro, Michel alzó su escudo, aterrizó e inmediatamente cayó del banco y cargó hacia delante. El golpe de Gaspard se ancló en la parte superior del escudo maltrecho de Michel, y entonces Michel se abrió paso directamente hacia Gaspard con todo el peso de su cuerpo.

No había sido el chaval elfo de sangre humana en las calles durante más de una década. Era Ser Michel de Chevin.

Todo lo que permanecía de aquel chico era el miedo permanente de estar indefenso, de esconderse en la basura y esperar que los gentileshombres no le encontraran en sus bruscas aventuras en la elfería, y observar cada rostro en el mercado para asegurarse de que ninguno de ellos reconocía al chico que se había ido corriendo.

Eso, y la rabia.

Mientras Gaspard se tambaleaba hacia atrás, Michel llegó con un corte superior feroz que desgarró el escudo de Gaspard fuera de su posición, luego lanzó una patada que tiró a Gaspard del banco.

El gran duque aterrizó de espaldas en el suelo y se forzó a levantarse, y la espada llameante de Michel mordió su escudo mientras Michel golpeaba. Gaspard cortó la pierna de Michel, y Michel la bloqueó y bajó con otro golpe por encima de la cabeza, este inclinado pasando el escudo de Gaspard.

Atrapó a Gaspard en el hombro derecho, el de la hombrera que ya había sido dañada, y su golpe arrancó el resto de ella y cortó profundamente justo pasando la clavícula. Gaspard gritó sin palabras y se tambaleó hacia atrás, agarrándose su brazo herido.

Él era Ser Michel de Chevin, campeón de la Emperatriz Celene. Él jadeó las palabras para sí mismo mientras saltaba desde el banco y corría hacia Gaspard, que aún se tambaleaba hacia atrás.

Golpeó con su escudo, apartando el escudo de Gaspard fuera de guardia, luego golpeó.

Y Gaspard, no tan herido como parecía, saltó hacia el banco y golpeó con su escudo mientras aterrizaba, llevando todo el peso de un gentilhombre en armadura contra la espada que golpeaba.

Había apuntado perfectamente a la diminuta muesca en la espada de Michel, la diminuta imperfección que podía causar la muerte de incluso la más fina arma de platerita.

Atrapada entre el escudo y el banco de mármol, la hoja de Michel se partió, el metal chirriando mientras se destrozaba.

Gaspard saltó desde el banco, su propia espada alzada, y Michel apuñaló hacia arriba con los restos irregulares de su espada rota.

Atrapó el largo arañado que había marcado la placa pectoral de Gaspard, y la platerita irregular se deslizó, luego se quedó atrapada y cortó a través.

El Gran Duque Gaspard aterrizó sobre Michel, y los dos cayeron al suelo juntos, luego rodaron a un lado.

—Oh, Hacedor, pensé que le tenía de nuevo. —Gaspard jadeó las palabras, bajando la mirada a la espada de Michel. Pese a la hoja rota, Michel la había enterrado casi hasta la empuñadura en el lateral de Gaspard—. Atrapé esa muesca en su espada *a la perfección*. Maldición si no se dio cuenta de mi armadura la última noche, al igual que yo observé su espada.

Michel se permitió una sonrisa.

—Como uno de los mayores gentileshombres me dijo una vez, el honor no precede a las tácticas.

Gaspard forzó una risa, poniendo una mueca ante el movimiento.

—¿Por qué escuchó siquiera a ese viejo estúpido?

Michel se puso de rodillas, liberó su espada con un esfuerzo que hizo gruñir a Gaspard, y se alzó sobre el gran duque.

Miró a la hoja, luego la arrojó a un lado y recuperó la espada de Gaspard de donde había caído. El gran duque merecía morir con una muerte limpia, y Michel dudaba que los restos irregulares de su propia espada pudieran dársela.

Gaspard vio lo que estaba haciendo, y asintió con gratitud mientras Michel se aproximaba. Con un esfuerzo, el gran duque rodó hasta ponerse sobre sus manos y rodillas, luego se levantó de un empujón de forma que estaba arrodillado con su cabeza bien alta.

—Bien luchado, gentilhombre.

—Y usted, gentilhombre. —Michel alzó la espada.

—¡Ser Michel! —llegó un grito desde detrás de él, y Michel se volvió.

Era Briala.

—Reclamo tu deuda.

Mientras el terror envolvía sus frías manos alrededor del corazón de Michel, Briala le miró y asintió.

—Ríndete.

* * *

Celene sintió el aire pararse a su alrededor mientras se volvía hacia Briala.

—¿Qué estás haciendo?

Briala no respondió. Ella miró a Michel, que parecía abatido, su cara sonrojada volviéndose pálida.

—¡Briala! —Celene le agarró por los hombros, forzando a la elfa a mirarla, pero no ayudó. La cara de Briala carecía de expresión. Bien podría haber estado muerta—. ¿Por qué?

Junto a ellos, mientras el momento de Victoria de Celene se deslizaba fuera del camino hacia la oscuridad, Felassan empezó a reír.

Celene empujó a Briala hacia atrás, sacudiendo su cabeza para despejarla. Fuera lo que fuera, cual fuera la estupidez que se había apoderado de ella, Celene trataría con ello más tarde. Se volvió hacia Michel.

—¡Michel, acabe esto!

Él la miró, luego volvió a mirar a Briala.

—Usted es mi campeón. Pero incluso mientras lo decía, sabía que era mentira. Si eso aún fuera cierto, ya habría golpeado. Y sus ojos nunca se habrían movido hacia Briala.

—Él es un gentilhombre, —dijo Briala, y cuando Celene miró hacia ella, aún estaba mirando a Michel—. La muerte antes que el deshonor.

Gaspard, aún de rodillas, miró a Celene, luego a Briala, antes de volver a mirar a Michel.

—¿Michel?

Michel se quedó quieto como una roca, la espada aún alzada.

—*Soy* Ser Michel de Chevin, —dijo él, finalmente—. Pero también soy el hijo bastardo de una madre elfa.

La espada claqueteó mientras golpeaba el suelo.

—Me rindo.

Las universidades cuyas bibliotecas estaban llenas a rebosar. Los caminos restaurados llenos de carretas ricamente cargadas. Elfos en los mercados, sonriendo mientras servían al mayor imperio del mundo. Una taza de té caliente servida cada mañana antes del amanecer. Pequeños dedos, fuertes, suavemente quitándole la máscara de la cara.

Dos palabras de su campeón desvanecieron cientos de sueños.

Celene se volvió hacia Briala, sus dagas desenvainadas. Briala se alejó un paso, dos pasos llevándola fuera de su alcance. Ella no desenvainó sus propias espadas, pero ciertamente estaba mirando a Celene ahora, y Celene se maldijo a sí misma por ser una estúpida mientras veía la rabia en los ojos de su amante.

—¿Por qué? —Celene agarraba sus espadas tan firmemente que le ardían los dedos.

—Dime de nuevo cómo liberarás a mi gente.

—¡Te di mi palabra! —Celene dio un paso hacia delante, una daga alzada—. ¡Lo juro!

—Y creo que incluso tú lo creías. —Briala tragó saliva—. Pero cuando los nobles protesten, cuando amenazaran con debilitar el imperio, tendrías que *dejarlo pasar*.

Habrías ignorado tus promesas hacia mí, sabiendo que yo siempre te perdonaría. Que siempre estaría a tu lado. —Ahora sus espadas salieron—. Después de todo, creí en ti incluso después de que mataras a mis padres.

Celene hizo un gesto de negación.

—¡Eso fue Lady Mantillon! Lo que sea que pienses…

—¡Gaspard! —Gritó Briala—. ¿Cuándo te dio Lady Mantillon tu anillo?

Gaspard se había hundido sobre su costado, inclinándose contra uno de los bancos.

—Después de que demostrara mi valía.

—¿Y cómo lo hiciste? —Briala no miró hacia él. Sus ojos estaban fijos en los de Celene.

Gaspard tosió.

—Ordené la muerte de un hombre como parte del Juego.

Celene miró la cara angustiada de Briala, y recordó, como hacía tan a menudo en aquellas horas previas al amanecer, su encuentro con Lady Mantillon.

—Me ha impresionado, Princesa, —dijo Lady Mantillon, su cara oculta tras capas de maquillaje—. Mi propio hijo cree que está segura de aceptar su mano si la apoyo. El hijo de la Condesa Jeannevere, coincidentemente, cree que aceptará su mano.

Podría haber sido una amenaza. Celene no flaqueó. Con una sonrisa encantadora, dijo:

—Una no puede ser responsable por lo que los hombres jóvenes creen.

—Florian está fallando, —dijo Lady Mantillon—, pero con todos los esfuerzos del imperio, podría vivir aún durante años, débil, ineficaz, permitiendo que el caos creciera a su alrededor. Si la presento al Marqués Etienne, ¿podría mantener su apoyo intacto hasta que su tío sienta la mano del Hacedor sobre él?

Otra prueba.

—Si no pudiera, —dijo Celene, aún sonriendo—, no habría extendido esta adorable invitación, Marquesa Mantillon. —Tras un latido, evaluando a la noble con cuidado, añadió—: Pero por el bien del imperio, sería mejor que se decidiera rápido.

Tenía dieciséis años, huérfana y sola en Val Royeaux, y acababa de pedir a esta mujer que asesinara al emperador de Orlais.

—Si somos descubiertas antes de ponernos en movimiento, —dijo Lady Mantillon, dando unos golpecitos con una uña elegantemente enlacada en el brazo de madera pulida de su silla—, fracasaremos, o seremos asesinadas. Ninguna es aceptable.

—Entonces no debemos ser descubiertas, —dijo Celene con una confianza que no sentía, e hizo una reverencia a Lady Mantillon—. Haga lo que deba. Estoy preparada.

—¿Lo está? —Preguntó Lady Mantillon, mirándola con curiosidad—. ¿Qué tan cuidadosamente se ha movido? ¿Qué tan circunspecta ha sido? ¿Hay alguien que pudiera, a través de los sobornos o amenazas o incluso engaños, traicionar sus intenciones?

Celene pensó. Se había movido perfectamente, utilizando todo lo que Lady Mantillon le había enseñado para colocar las piezas de su última estrategia. Todos los otros

jugadores, todos en los que confiaba, podían perder tanto como ella si su plan fracasaba. Ella recordaba sorber el vino con el hijo de Lady Mantillon, beber café Antivano con Lord Joseph Montbelliard, sopesando cada movimiento, captando pistas sutiles que sus cuerpos revelaban cuando miraban a los sirvientes que pasaban.

Los sirvientes que pasaban…

Celene tragó saliva.

—Mi propiedad está actualmente vacía, —dijo ella—, salvo por los sirvientes. —Ella encontró la mirada de Lady Mantillon—. Un ataque por presuntos asesinos traería más simpatía a mi causa… y aseguraría que los bardos no escucharan cuentos en la plaza del mercado.

Lady Mantillon la miró por un largo momento.

Y entonces su cara perfectamente maquillada rompió en una lenta sonrisa.

—Estoy de acuerdo, su Majestad Imperial.

—Si no hubiera ordenado que mataran a los sirvientes, Bria, Lady Mantillon nunca me habría respaldado. Gaspard me habría hecho matar.

Briala asintió lentamente.

—Como pensé. Y de ese modo Gaspard gana el duelo.

Aún inclinado contra el banco, Gaspard rió débilmente.

—No la habría hecho matar, Celene. Habría hecho que se casara con algún noble Fereldeño para librarme de usted, sin embargo.

Con las dagas desenvainadas, ella avanzó hacia él.

—Usted no ganó este duelo, Gaspard. Usted perdió antes… —Ella miró a Ser Michel, que no enfrentaba su mirada—. …su oponente se rindió, cuando sus magas hicieron trampa para ayudarle a ganar.

—Me preguntaba qué le había ocurrido a Lienne, —dijo Gaspard, mirando junto a Celene a la chica caída.

—Con su traición, este duelo está perdido. —Celene extendió su daga, preparada para golpear.

Gaspard resopló.

—Para perder, tendría que haber aprobado tal traición. Lo cual, en mi honor como gentilhombre, no hice.

—Qué conveniente para usted, —dijo Celene, y atacó.

Su brazo enmallado golpeó a un lado su golpe, y con un gruñido de esfuerzo, Gaspard se levantó y lanzó un codazo que le dio a Celene en la barriga y la mandó tambaleándose hacia atrás.

—Estoy herido, prima. No muerto. —Él se inclinó en el banco, los dientes apretados—. Y usted le dio a su campeón todos los preciosos pequeños anillos que lleva para cubrir el hecho de que nunca tuvo que aprender a luchar correctamente. —Él extendió el brazo hasta su bota y sacó una daga de hoja corta. Era fea pero práctica, un filo de acero que Gaspard probablemente había guardado como arma de último recurso desde sus días en la Academie—. ¿Le gustan sus probabilidades?

Celene hizo girar su daga. La había cogido por sorpresa, y el golpe había herido, incluso amortiguado por su coraza de cuero.

—Me gustan bastante, Gaspard. Tan indigno como es tal trabajo para una emperatriz, le veré muerto por mi propia mano, y entonces clamaré los eluvians y retomaré Orlais.

—¿Briala? —dijo Michel, y Celene retrocedió del alcance de Gaspard y miró por encima de su hombro.

Briala estaba caminando a través del laberinto d runas, sus pasos pequeños y cuidadosos pero seguros mientras se abría paso a través del patrón retorcido. Ya estaba a más de medio camino.

—¡Pero no puede! No tiene…

Briala había parecido tan forzada cuando la había besado sólo un par de minutos antes. Una mano había presionado firmemente su nuca, y la otra había agarrado la cintura de Celene.

La mano de Celene fue al saco en su cintura donde había guardado la piedra angular de rubí. Estaba vacío.

Gaspard se rió.

—*Es* peligrosa.

Celene se volvió y esprintó hacia Briala. Podía ver el rubí ahora, aferrado en su mano. Briala casi había atravesado el laberinto. Celene alzó una mano, saltó hacia ella, y luego cayó hacia atrás con un grito de dolor mientras una sacudida de energía la lanzaba lejos. Las runas en el borde del laberinto brillaban de un rojo enfadado.

—¡Briala!

Ella no miró.

Celene alzó su daga, la movió hacia una posición de lanzamiento.

—Bria. Por favor. No hagas esto.

Entonces una oleada de escarcha golpeó su costado, un adormecimiento helado que fue seguido de un frío ardiente mientras Celene se tambaleaba hacia atrás, la daga cayendo de sus dedos sin nervio.

—Creo, —dijo Mihris, alzándose en pie con su bastón preparado para otro estallido—, que estoy preparada para elegir de nuevo.

Celene la miró, luego a Felassan, frotándose para recuperar la sensibilidad en su brazo.

—Estaba tan preocupada por Gaspard, —dijo ella—, que nunca pensé en preocuparme por *ti*.

—No te sientas mal, —dijo ella—. Nos pasa a todos.

Sin otro plan, ninguna última estrategia, Celene sólo pudo mirar a Briala mientras caminaba hacia el pedestal. Colocó el rubí en él, se inclinó cerca, y susurró palabras que nadie más podía escuchar.

Ella alzó la cabeza, encontró la mirada de Celene, y mientras una oleada de luz rojo rubí bañaba la habitación, dijo:

—Reclamo estos eluvians para los elfos de Orlais.

* * *

La oleada de luz roja había despertado a cada eluvian en la habitación, al menos por un momento. Estaban todos dormidos de nuevo, ahora, pero Briala podía percibir la energía que permanecía en el aire, el zumbido de energía cuando se acercaba a ellos. Se despertarían cuando ella escogiera.

Gaspard y Michel la miraron mientras atendían sus heridas, lanzando miradas cuando pensaban que ella no se percataría. Ella los ignoró. Mihris la miró abiertamente.

La magia había fluido a través de ella también en ese momento, un escalofrío de viento frío que había erizado el pelo en sus brazos mientras había estado sobre el pedestal. Los eluvians eran suyos ahora, todos ellos, preparados para llevarles a ella y a su gente donde ella escogiera. Llevaría un tiempo explorarlos, tratar con cualquier cadáver poseído o trampa antigua que pudiera poner en peligro a su gente. Pero se podía tratar con esas amenazas.

Y cuando eso acabara, tendría todo lo que necesitaba para ayudar a su gente.

—Los habría liberado, Bria.

Celene estaba a un par de pasos de distancia. Mihris y Felassan se inclinaban contra los pedestales, sin bloquear del todo el camino de Celene hasta Briala.

—Eso dices, —dijo Briala—. Pero la libertad no se da. Se gana.

—Es ambos. —Celene sacudió la cabeza, limpiándose las lágrimas de sus ojos. Parecía mucho más pequeña ahora de lo que lo había parecido en Val Royeaux—. ¿No has visto *nada* en todos los años que has pasado a mi lado? El cambio llega a través de un planeamiento cuidadoso, a través del compromiso.

—Tú *comprometiste* a mis padres.

Había lágrimas en los ojos de Celene mientras asentía, y sin maquillaje o una máscara, Briala podía ver los puntos de rojo en las mejillas de Celene.

—Tenía dieciséis años, Bria. El Juego acababa de matar a mi madre, y mi padre acababa de morir vengándola. Habría sido asesinada si no hubiera demostrado ser digna ante Lady Mantillon. ¡Por todo lo que sabía, todos podríais haber muerto conmigo!

—¿Y así es como lo decidiste? —preguntó Briala, su voz tranquila—. ¿Sacrificar a algunos para salvar al resto? —Hubo un tiempo, sabía, en el que escuchar a Celene admitirlo la habría roto, despojándola de todo lo que Briala pensaba que sabía del mundo y su lugar en él. Ahora… aún dolía, por supuesto, y Briala derramaría lágrimas más tarde, por un largo tiempo por venir. Pero había resistido peores dolores en su vida.

—Yo… —Celene apartó la mirada—. La sangre de tu familia está en mis manos. ¿Qué importa cómo tomé mi decisión?

Los motivos importan, había dicho Felassan. Briala sabía que él tenía razón, gran parte de las veces. Pero no ahora.

—Hiciste más que probarte ante Lady Mantillon. Ella te apoyó incluso cuando la asesiné, —dijo Briala, y Celene se sorprendió—. Ella me podría haber llevado con ella, pero contuvo su mano. Siempre pensé que era porque se sentía culpable por lo que le

había hecho a mis padres. Pero fue porque le dije que te serviría lealmente. Ella vio que me habías engañado, y no deseaba, incluso por vengar su propia muerte, privarte de una herramienta útil.

—Tú no eres una herramienta, Bria.

—Ya no. —El miedo y la excitación del momento estaban empezando a desvanecerse, y sintió la gran oscuridad creciente dentro de ella. Ella la mantuvo a raya. No lloraría ahora.

—Michel y Gaspard se han ido, —dijo Felassan. Estaba junto a un eluvian, y mientras Briala lo miraba, el espejo se oscureció.

Briala les había ofrecido a todos un pasaje seguro. Podía sentir los eluvians ahora como sentía sus propias manos, y ella dirigió a Celene hasta un espejo que la llevaría lejos. Estaba entero, intacto, y con un extraño escalofrío, Briala podía incluso sentir el aire fresco contra ello que significaba que Celene no caminaría hacia su muerte en una cripta hundida.

—Entonces es tu turno, —dijo a Celene—. ¿Adónde deseas ir?

—A Val Royeaux. —La sonrisa de Celene era amarga—. Tengo un imperio que reclamar.

Val Royeaux sería posible. Briala sintió el tirón de la magia a través de ella, la sintió retorcerse para igualar sus intenciones. Pero Val Royeaux también pondría a Celene en una posición para acabar esta guerra rápida y fácilmente.

Briala había acabado con ayudar a Celene.

—Ve, entonces, —dijo ella, haciendo un gesto con la cabeza para ocultar la mentira implícita—. Lucha por tu universidad, tu cultura. Yo lucharé por los otros que no tienen a nadie como campeón por su causa.

Celene tragó saliva.

—Lucharé por salvar este imperio, Bria. Y me alegraré porque mi amor encuentre a su gente, incluso aunque mi pecho duela con cada latido que viva sin ti.

Celene caminó sola hacia el espejo, y con una frase silenciosa, Briala lo despertó.

—Como el mío, —susurró después de que Celene hubiera desaparecido.

Epílogo

Briala salió del túnel y fue a la luz del sol de media mañana.

El suelo estaba bañado de blanco, y captaba la amplia luz y brillaba. Las primeras nieves del invierno habían venido en serio mientras había estado abajo caminando entre los eluvians, y la mayoría de Orlais estaría cubierta de nieve para este punto. Delante de ella, los árboles cuyas ramas desnudas estaban envueltas de nieve crujían en la brisa. Tras ella, las llanuras se extendían, de un blanco diáfano en la distancia.

Estaba cerca de los Valles, a juzgar por los árboles. Había vuelto aquí a petición de Felassan, aunque planeaba abrirse paso hasta Val Royeaux tan pronto fuera posible. Tenía trabajo que hacer.

Con los eluvians, podía moverse por Orlais más rápido que un gentilhombre a caballo. Y ese gentilhombre nunca la encontraría.

—Será un duro invierno, —dijo Mihris tras ella, estremeciéndose—. Si ni Gaspard ni Celene acaban con esto rápidamente, mucha gente morirá.

—Las guerras a menudo tienen ese efecto, —dijo Felassan mientras salía a la luz, encogiendo los ojos.

—Quería decir que morirán de hambre, —dijo Mihris abruptamente.

—¿Y por qué te importaría eso? —preguntó Briala, volviéndose hacia ella—. ¿Crees que los Dalishanos sufrirán? ¿Estás preocupada por los otros clanes?

—Siempre, —dijo Mihris. Ella miró a los árboles, y Briala supo que estaba recomponiéndose. Su clan había vivido cerca de aquí durante años. Briala se preguntaba si Mihris pretendía buscar supervivientes, enterrar a los muertos, o simplemente marcharse. Realmente no importaba—. Como tú te preocupas por… tus elfos.

—Mis *orejas planas*, sí. —Briala miró atrás a la entrada del túnel tras ella. Incluso a un par de pasos, se mezclaba perfectamente, casi imposible de ver a no ser que estuvieras buscándola. No obstante, ella sabía dónde estaba, podía percibirla como una parte de su propio cuerpo gracias a la magia que aún zumbaba en su interior—. Estoy *muy* preocupada por mi gente, Mihris. Y por primera vez, tengo una forma de ayudarlos.

—Si entregaras el secreto de los eluvians a los Dalishanos, —dijo Mihris—, podríamos…

Briala se rió en su cara, y la mujer Dalishana se quedó en silencio.

—Cada elfo en esas elferías cree que sois criaturas de leyenda, —dijo a Mihris—, los elfos que nunca se rindieron cuando Halamshiral cayó. O están aterrorizados o inspirados por vosotros… vosotros sois los elfos que siguen luchando, que tienen la magia antigua. Creen que les estáis ayudando aquí fuera, que estáis haciendo más que jugar con demonios y cazar antiguas reliquias, y si realmente les *hubierais* ayudado, habríais tenido un ejército de elfos leales preparados para traer a Arlathan de vuelta para vosotros. —Ella sonrió—. Pero no lo hicisteis. Dijisteis que no eran realmente vuestra gente, y los abandonasteis para morir. Así que *yo* les ayudaré. *Yo* seguiré luchando. —Ella hizo un gesto hacia la entrada al túnel—. Y *yo* tengo la magia antigua.

—No soy tu enemiga, Briala. —Mihris bajó la mirada—. Te ayudé.

—Tenía algo que tú querías. —Briala siguió sonriendo—. Y tu gente *es* mi gente, aunque lo hayan olvidado. Trabajaré con los Dalishanos, pero sólo si ellos ayudan a *toda* nuestra gente. Cuéntale eso al próximo clan que te encuentres.

Mihris tragó saliva y asintió. Se volvió hacia Felassan.

—¿Me llevarás con tu clan?

—No creo que quieras conocer a mi clan, *da'len*, —dijo Felassan—. Pero buena suerte con cualquiera que te acoja.

—Sea cual sea al que me una, —dijo Mihris—, no será uno que trate con demonios. —Ella se fue caminando hacia los árboles. Su bastón brillaba del mismo color que la nieve fresca de la mañana.

—¿Crees que debería haberla matado? —preguntó Briala cuando la chica Dalishana se hubo perdido en los árboles.

Junto a ella, Felassan se encogió de hombros.

—Supongo que lo averiguarás. —Briala se rió entre dientes, y él se volvió hacia ella—. ¿Estás siendo sincera? ¿Usarás los caminos de los eluvians para ayudar a tu gente?

Briala lo pensó por un momento.

—Celene y Gaspard vieron un ejército, pero que estaría luchando por ellos. Con los caminos, podría llevar comida a las elferías donde los elfos por otra parte morirían de hambre. Me dejarían moverme hacia delante de un ejército que se aproxime y advertir al objetivo, o moverme detrás de ellos y atacar sus líneas de suministros.

—¿A qué ejército vas a incapacitar?

Briala miró hacia Felassan, sonriendo, incluso mientras empezaba a estremecerse por el frío del invierno.

—A cualquiera que parezca estar ganando. ¿Cómo era? ¿Anaris y Andruil?

Felassan sonrió.

—¿Prolongas su lucha, y en el caos, tu gente se libera de sus ataduras?

—Puede funcionar, creo. —Briala envolvió sus brazos a su alrededor—. Halamshiral inició los disturbios por un solo hombre noble. Puedo encontrar elfos que me ayuden con mi trabajo en cada ciudad de Orlais, y más que están demasiado asustados como para luchar, pero servirán como mis ojos y oídos si puedo ayudar a sus niños a sobrevivir al invierno.

—Eso es, —dijo Felassan, y tras una pausa, acabó—, un uso *único* de las reliquias antiguas de nuestra gente, *da'len*.

—Creo que Fen'Harel lo habría aprobado, —dijo Briala, y vio a Felassan reírse sorprendido.

—Podría haberlo hecho, —dijo su maestro—, aunque lo dudo mucho.

—Oh, casi lo había olvidado, —dijo ella—. La contraseña para acceder a los eluvians. En caso de que nos separemos, es…

Ella se separó mientras sus dedos frotaban sus labios, mirándole sorprendida.

Felassan sonrió de nuevo, pero sus ojos eran tristes, y más sabios de los que Briala podría imaginar nunca.

—No.

Ella le miró en silencio por un momento, y luego lo comprendió.

—Te marchas.

—Debo hacerlo.

—¿Los Dalishanos?

Él resopló.

—¿Ellos? Por favor. —Entonces su cara se volvió seria—. Pero los elfos de Orlais están en buenas manos, al parecer. Muchas otras cosas no lo están, y tengo más trabajo que hacer en otra parte.

Ella asintió, aunque sus ojos escocían. Rogarle que se quedara no lograría nada, lo sabía. Las protestas en la parte posterior de su mente —que ella tenía más que aprender, que no podía hacer esto sin él— las silenció antes de que tuvieran voz. El hombre más sabio que había conocido nunca confiaba en que ella ganaría la libertad para su gente. Y para su sorpresa, encontró que no había dudado en su juicio.

—Una última pregunta, entonces, *hahren*. Este… —Ella hizo un gesto hacia los túneles; luego a los bosques donde, en alguna parte a pocos días de viaje, el Clan Vimehn yacía muerto; luego hacia el norte, donde Halamshiral se inclinaba hacia la guerra que podría liberar a su gente—. ¿Ha sido siempre tu plan?

Él se rió entre dientes una última vez.

—No, *da'len*. Tú misma hiciste esto. —Él se inclinó y la besó suavemente en la frente. Sus labios ardían como un hierro de marcar, y su cabeza dio vueltas por un momento.

Cuando volvió a abrir los ojos, estaba sola, y aunque miró en todas direcciones, ningún rastro marcaba por dónde se había ido Felassan.

Briala miró de vuelta al túnel. Ya no estaba estremeciéndose. Quizás Felassan le había dejado algún rastro de su magia para que le protegiera contra el frío del invierno, o quizás simplemente tener un propósito la calentaba.

Ella vocalizó la contraseña, y el túnel se cerró tras ella, como si nunca hubiera existido.

—*Fen'Harel enansal*. —La bendición del Lobo Terrible.

Haría que valiera la pena.

* * *

Doblándose del dolor contra la luz antinatural, Celene dio los últimos pasos en el camino y atravesó el eluvian.

Había pedido que Briala la mandara de vuelta a Val Royeaux. Había sido su meta original, después de todo, antes cuando había tenido una amante y un campeón. Alcanzar

Orlais antes de que Gaspard dejara claro que el ataque de Gaspard había fracasado, y luego hacer correr todo el poder del ejército orlesiano y aplastar a los rebeldes.

Y habría funcionado.

Pero Celene había visto la cara de Briala cuando la emperatriz había hecho su petición. Había visto en los ojos conmovedores de Briala el pequeño brillo del cálculo. Sabía lo que ella misma habría hecho en el lugar de Briala.

Y por lo tanto no se sorprendió cuando atravesó el eluvian, parpadeó contra la extraña oleada de energía, y se encontró a sí misma en un modesto comedor decorado de reliquias élficas.

Había utilizado la habitación para el desayuno ocasionalmente, ya que tenía unas encantadoras ventanas que miraban a los jardines.

Estaba en su propio Palacio de Invierno justo a las afueras de Halamshiral.

Celene suspiró y sacudió la cabeza. Podría haber sido peor. Briala al menos había sido lo suficientemente amable como para no mandarla a su muerte en alguna tumba hace tiempo abandonada. Se dio la vuelta y miró al eluvian, y tras un momento las nubes carmesí que marcaban su superficie se desvanecieron en un gris azulado apagado.

No tenía ningún campeón, ningún ejército, ni ningún maestro de espías. Estaba bien lejos de su cuna de poder, cerca de una ciudad que Gaspard probablemente había conquistado.

Su corazón estaba roto, y lloraría por ello más tarde, estaba segura. Pero perversamente, alguna pequeña parte de ella, profundamente en las partes más oscuras de su mente, se estaba riendo. Se sentía como una chica de dieciséis años de nuevo, huérfana y sola en Val Royeaux… y la última vez que se había sentido así, había ganado.

Por un tiempo, sospechaba, no tendría problemas en dormir hasta tarde por las mañanas, incluso aunque durmiera sola.

Cerró los ojos, escuchó con fuerza, y luego salió del comedor hacia el pasillo. Había crecido pasando sus inviernos en su palacio familiar, y conocía los pasillos traseros que la mantenían fuera de la vista.

Un par de momentos más tarde, alcanzó su habitación. Cogió una campana de plata junto a la mesita de noche, la hizo sonar con fuerza y esperó.

Una de las sirvientas del palacio, una mujer humana corpulenta y maternal, entró confundida, entonces miró aturdida.

Celene, aún llevando la armadura robada, sucia y desenmascarada, simplemente esperó.

Tras un jadeo, la mujer cayó en una reverencia baja.

—Su Resplandor.

La clave, como en todas las cosas, sería la confianza.

—Necesito un informe de Halamshiral, un baño y una fuerte taza de té, —dijo ella, y ocultó su sonrisa mientras la sirvienta se apresuraba en obedecer.

Se desnudó mientras se preparaba el baño, ordenando que quemaran la armadura. Mientras se bañaba y frotaba, escuchó al antiguo senescal del palacio, un hombre alto,

delgado, que había conocido desde que era un bebé, mientras se sentaba al otro lado de la pantalla de modestia e informaba de la rendición de Lord Pierre ante Gaspard, y sus subsecuentes peticiones para que los guardias del Palacio de Invierno se rindieran también.

—Mande un mensajero a Halamshiral pidiendo que Lord Pierre venga aquí en persona para discutir la rendición, —dijo ella, e hizo un gesto sin palabras para que sus asistentas usaran más jabón con aroma a lavanda.

Tuvo su primer sorbo de té mientras las sirvientas le ponían un corsé y un tocado. El tocado era morado oscuro, engarzado con leones de oro que eran tanto el símbolo de su familia como el símbolo de la propia Orlais. El té era caliente, fuerte, y delicioso, y lo bebió profundamente, suspiró con placer, y luego mantuvo su cara quieta para que una antigua doncella elfa pudiera ponerle maquillaje.

Las sirvientas anunciaron la llegada de Lord Pierre justo mientras Celene encontraba su máscara de repuesto. Se la colocó y sintió una extrañeza momentánea ante su sensación contra su cara, los diminutos muros al borde de su visión. Habían pasado décadas desde que había estado tanto tiempo sin llevarla.

Esperó sobre la escalera en espiral blanca, cómodamente fuera de la vista, mientras Lord Pierre era anunciado. Escuchó a Pierre entrar, junto al claqueteo de armadura que debía ser tanto de sus guardias del palacio como de sus propias tropas. Él saludó al senescal con toda la educación de un orgulloso lord orlesiano.

—He venido, como solicitó, —dijo él—, y estoy preparado para mostrar toda la amabilidad a usted y a su personal. Por supuesto, estos son tiempos difíciles para todos, como puedo atestiguar por el estado de la propia Halamshiral, y no hay deshonor en rendirse ante el rostro de tal fuerza.

Mientras empezaba a hablar, Celene descendió las escaleras. Lo había sincronizado perfectamente, cortesía de sus años de práctica, y salió a la vista para toda la sala justo mientras Lord Pierre terminaba de hablar.

—Estoy encantada de oír que dice palabras tan nobles, Lord Pierre, —dijo la Emperatriz Celene de Orlais mientras Lord Pierre estaba allí mirándola anonadado—, y mientras que en tiempos más oscuros un emperador podría haber hecho que su lord fuera ejecutado en el acto por tal deslealtad, encuentro mi corazón conmovido por su discurso. —Ella sonrió mientras alcanzaba el fondo de las escaleras, y sus guardias de palacio dieron un paso para flanquearla—. Y por lo tanto acepto su rendición.

Lord Pierre de Halamshiral era un hombre bueno, amable, pero nunca había sido uno fuerte. No tenía la voluntad de tratar con la rebelión de elfos él solo, ni el coraje para desafiar a Gaspard, y ninguna de esas cosas sorprendió a Celene.

Tras un largo momento, Lord Pierre cayó sobre una rodilla, y eso no la sorprendió, tampoco.

—Emperatriz.

Celene había vuelto sólo hacía un par de horas, y ya había tomado su primera ciudad.

* * *

Michel y Gaspard gruñían mientras salían de las diminutas ruinas elfas donde el eluvian los había depositado y volvían al mundo de los hombres. Estaban en una llanura barrida por el viento, cubierta de nieve, marcada con un par de árboles cubiertos de maleza. La puesta de sol le daba a la nieve un tinte rojo pálido que a Michel le recordaba al eluvian. Podría haber pasado sin volver a ver ese color nunca.

Un viento helado cortó a través de la fina capa de Michel, y él se estremeció, pero no era del todo invierno aún, y como gentilhombre, había tenido entrenamiento en supervivencia en duras condiciones.

Aunque ya no era un gentilhombre, suponía él.

—Por el aliento del Hacedor, —dijo Gaspard tras él—, prefiero un poco de frío a aquellos malditos caminos.

—Estoy de acuerdo, mi lord. —Michel miró a los árboles—. ¿Tiene alguna idea de dónde estamos?

Gaspard encogió los ojos, luego se rió.

—¿No lo reconoce? Si la memoria no me falla, estamos a un día a caballo de Val Chevin.

Michel hundió la cabeza, desazonado.

—He visitado la ciudad un par de veces, después de que el Conde Brevin asegurara mi título, pero difícilmente estoy familiarizado con el área.

—¿Brevin?

Michel suponía que debería haber dejado el nombre y la reputación del hombre intactos, pero el hombre estaba muerto. Más que eso, Michel estaba cansado de mentir.

—Sí, de Monfort. Él me vio luchando en la calle de niño. Me acogió para entrenarme con los guardias de su familia, y entonces finalmente hizo que mi título… se forjara, supongo. Dijo que tenía potencial.

—No se equivocaba, —dijo Gaspard, asintiendo—. No sería el primero. —Él se volvió—. El túnel se cerró justo detrás de nosotros. Ni siquiera se puede ver dónde estaba.

—Algún tipo de magia, sin duda. —Michel no miró. En el aire frío, sus heridas estaban empezando a doler.

Habían mantenido un paso lento, ambos, y aún habían llegado desde los Valles a Val Chevin en sólo un par de días, más rápido de lo que incluso un pájaro mensajero podría haber viajado. Hablaron poco, ahorrando sus fuerzas y manteniéndose alerta ante las amenazas que, como resultó ser, nunca vinieron. A la noche, antes de que descansaran, habían atendido las heridas el uno del otro.

—Vaya un desperdicio. Imagine si el Emperador Drakon hubiera sabido acerca de los eluvians. ¿Cuánto más podría haberse extendido Orlais? —Gaspard sacudió la cabeza—. Pero nunca lo sabremos. A no ser que la elfa de Celene decida escoger un bando.

Michel observó mientras la última franja de luz del sol se deslizaba bajo el distante horizonte del oeste.

—Ella no es ya de Celene, mi lord.

Gaspard se rió.

—No lo es. Y tampoco lo es usted, pensándolo bien.

Michel se volvió hacia él.

—¿Entonces qué ocurre ahora?

—Maldición si lo sé. —Gaspard se volvió de lado a lado, estirándose, y se dobló del dolor—. Esa herida que me hizo podría haber acabado con mis días de lucha. Y eso fue *después* de que rompiera su espada.

—Quería decir que qué ocurre conmigo, mi lord.

Gaspard se volvió hacia Michel.

—La Academie arrancaría su nombre de los pergaminos y ordenaría que le ejecutaran.

Michel asintió. Conocía las normas tan bien como Gaspard.

—Dígame algo, —dijo Gaspard tras un momento—. ¿Por qué no simplemente me mató?

—Di mi palabra, —dijo Michel, y sacudió la cabeza. Había parecido un asunto de colosal importancia mantener su secreto antes fuera del almacén en Val Royeaux. Si hubiera sabido el coste que tendría la promesa que había dado, ¿habría hecho algo diferente?

—¿Pero por qué *mantenerla*? —Insistió Gaspard—. Usted no es en realidad un gentilhombre, hijo.

Michel extendió la mano hacia una espada que no estaba allí, luego desenfundó su daga en su lugar.

—Si los gentileshombres desean arrancar mi nombre de los pergaminos y matarme, están en su derecho, —dijo él, mirando a Gaspard por la longitud de la hoja—. Pero no me quitarán mi honor. Y no aguantaré que se le insulte.

—¿Ve? —dijo Gaspard, y sonrió—. *Eso* es por lo que no informaré sobre usted a la Academie.

Michel parpadeó.

—No lo entiendo.

—Ser Michel. —Gaspard sacudió la cabeza—. Me derrotó en una pelea justa. Mantuvo su honor incluso cuando le costó todo. Es el maldito modelo de un gentilhombre, sin importar la sangre que corra por sus venas. —Él miró tras él de nuevo, hacia donde el túnel había estado—. Hace doscientos años, mataron a una mujer por hacer lo mismo, y luego llegó Ser Aveline, y Freyan cambió las normas.

Michel había bajado su daga mientras el gran duque hablaba. La enfundó ahora, hablando silenciosamente mientras lo hacía.

—Así que dejaría que permaneciera siendo un gentilhombre.

—Usted *es* un gentilhombre. Lo que haga con ello es cosa suya. —Gaspard se rió entre dientes—. Ahora, dudo que aún pueda servir como campeón de Celene…

—No, mi lord. —Celene había dejado eso abundantemente claro. Por su traición, su vida estaba acabada si ella ponía sus ojos sobre él de nuevo.

—Y no le insultaría pidiéndole que me sirva. —Gaspard miró hacia él, y Michel asintió con gratitud—. Dicho eso, estamos buscando el fuego y la muerte para este imperio. Celene y yo, los templarios y los magos. El Hacedor sabe lo que Ferelden y Tevinter harán cuando vean Orlais debilitado. Va a ponerse peor antes de mejorar. Fui contra Celene porque pensé que era el hombre que guiaría a Orlais a través de ello… —Él se detuvo, entonces sonrió levemente—. …y porque quería el trono, si estamos siendo honestos. Pero pase lo que pase, este imperio va a necesitar hombres que se preocupen más por el honor que por mantener sus títulos.

Michel tragó saliva.

—Gracias, mi lord.

—Agradézcamelo haciendo algo bueno cuando cuente, —dijo Gaspard, y extendió un brazo. Michel lo agarró.

El gran duque se marchó caminando hacia Val Chevin, silbando una melodía de marcha de soldados. Michel le observó irse, la forma del gran duque desvaneciéndose en el crepúsculo, luego se quedó un rato y miró las estrellas.

No tenía ni idea de adónde debería ir.

No tenía armadura, ni caballo, ni siquiera una espada que le marcara como gentilhombre. Si alguien le encontraba en el camino, pensarían que no es más que un campesino errante.

Y suponía que tendrían razón. Por primera vez en años, Ser Michel no tenía ninguna gran mentira que proteger, tampoco.

Sólo había una deuda con la que cargaba, ahora que lo pensaba. Había incurrido al servicio de Celene, pero Michel sabía que esta había sido sólo suya.

El demonio Imshael caminaba por el mundo ahora debido a las acciones de Michel. Podría estar en cualquier parte de Orlais, en cualquier parte del mundo, en realidad, pero estuviera donde estuviera, estaba provocando el caos y poniendo en peligro a gente inocente.

Michel no era ni un espía ni un rastreador. Encontrar al demonio podría ser el trabajo de toda una vida, si era en absoluto posible.

Pero era un propósito.

Cogió una dirección aleatoria y empezó a caminar hacia su nueva vida.

* * *

En la oscuridad esa noche, el elfo que se había llamado a sí mismo *Felassan* hizo un fuego en los bosques más profundos. Puso protecciones alrededor de su campamento, cuidadosamente haciendo un círculo con energías que le despertarían si algo se

aproximaba… porque los bandidos errantes eran *claramente* su mayor preocupación en ese momento. El pensamiento le hizo reír, y rechazó la protección con un negligente gesto de su mano. Siempre hacía que el aire oliera bien, en cualquier caso.

Atrapó a un conejo antes ese día. Lo asó sobre el fuego, tomándose su tiempo y saboreando la carne ahumada. Cuando acabó, se limpió los jugos de la cara y las manos con un poco de nieve, luego llamó a la magia para calentarse alejando el frío.

Miró al fuego, chisporroteando y siseando de la madera húmeda. El humo se curvaba hacia arriba a través de los árboles hasta que se perdía en un campo brillante de estrellas que bailaban en el cielo nocturno como diamantes distantes.

El pensamiento de permanecer despierto le sorprendió. Tenía hierbas que evitarían que soñara la mayoría del tiempo, y las protecciones funcionarían bien bloqueándole del Velo cuando las hierbas fallaran. Podría haber pasado un encantador momento, pensó él, corriendo y escondiéndose y mirando por encima de un hombro el resto de su vida.

Pero Ser Michel había mantenido su palabra, y Felassan no podía aguantar dejar que un chico cabezota le superara.

Era inútil retrasarlo más.

Extendió el brazo hacia su túnica y sacó un paquete de hierbas. Se sentó de piernas cruzadas, calmó su respiración hasta que encontró su auténtico yo dentro del cascarón de su carne, y esparció las hierbas sobre el fuego.

El fuego resplandeció, pasando a verde durante un par de momentos, y el olor del humo cambió a algo agudo y antiguo.

Felassan cerró los ojos y soñó.

Aún estaba sentado en el bosque ante la hoguera, pero todo a su alrededor brillaba levemente con el aura del Velo, y el olor a las hierbas era rico y fresco, como si caminara por una pradera en verano.

Tras él, las hojas muertas crujían mientras alguien se aproximaba.

—No tengo la contraseña, —dijo Felassan, sin darse la vuelta—. Briala no me la dijo.

Era una mentira, en cierto modo. Ella se la habría dicho, si no la hubiera detenido. Y la figura tras él escuchó la mentira y lo supo también.

—Sí, lo sé. Ella merece una oportunidad, —dijo Felassan—. ¿Y qué daño puede hacerse, en realidad? ¿Por qué no dejar que la chica lo intente?

Tras él, sólo había silencio. No habría debate, ninguna discusión lógica o súplica apasionada. Felassan lo había sabido cuando se sentó ante la hoguera.

Felassan suspiró.

—Lo siento. No le arrebataré los eluvians.

Las hojas muertas crujieron de nuevo mientras la figura se acercaba más tras él.

Felassan cerró los ojos, se tensó, e inhaló el rico aroma una última vez.

—Son más fuertes de lo que crees, ya sabes. —Él sonrió—. Ya sabes, sospecho que odiarás esto, pero ella me recuerda a…

Él nunca oyó el golpe que le mató.

Su último pensamiento fue para una chica elfa, sola, sin magia, sin familia, sin poder, buscando a su gente.

PATRICK WEEKES es escritor senior de BioWare y ha contribuido en los tres de los premiados juegos de *Mass Effect*. Sus cuentos han aparecido en las *Amazing Stories*, *Realms of Fantasy* y *Strange Horizons*. También ha publicado una novela independiente de fantasía.